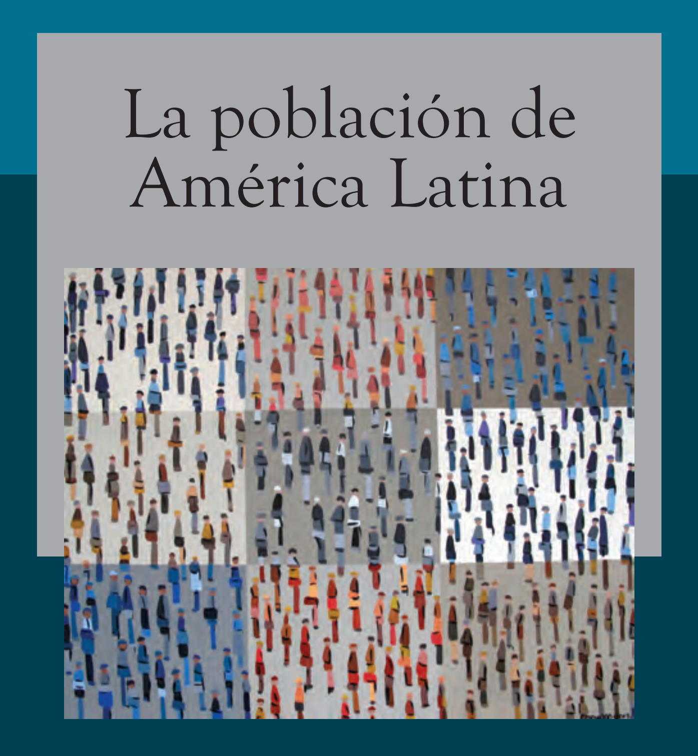


La población de América Latina



NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MÍNIMA
DE LA POBLACIÓN DE AMÉRICA LATINA, DESDE LOS TIEMPOS PRECOLOMBINOS AL AÑO 2025

HISTORIA MÍNIMA DE LA POBLACIÓN DE AMÉRICA LATINA, DESDE LOS TIEMPOS PRECOLOMBINOS AL AÑO 2025

Nicolás Sánchez-Albornoz



EL COLEGIO DE MÉXICO

304.6098
S669h

Sánchez-Albornoz, Nicolás

Historia mínima de la población de América Latina, desde los tiempos precolombinos al año 2025. -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2014.

285 p. ; 21 cm

ISBN 978-607-462-544-8

1. América Latina -- Población -- Historia. I. t.

Primera edición en El Colegio de México, 2014

Acceso abierto

Primera edición en Alianza Editorial, con el título:
La población de América Latina.
Desde los tiempos precolombinos al año 2000: 1973
Segunda edición en Alianza Universidad, con el título:
La población de América Latina.
Desde los tiempos precolombinos al año 2025: 1994

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-544-8

Impreso en México

CONTENIDO

PRÓLOGO

El libro que el lector tiene en sus manos abarca unos 400 siglos, desde que los cazadores y recolectores primitivos descubrieron el entonces Nuevo Mundo hasta el futuro inmediato, el no tan lejano año 2025. Su propósito es brindar una visión de conjunto y a la vez apretada de una de las facetas del pasado latinoamericano más apasionante.

Cada etapa de esta historia no es tratada por igual. La obra sobrevuela los años más antiguos y los por venir. Los prehistoriadores han reconstruido las líneas de la evolución más remota merced a una sabia dosis de inspiradas conjeturas y de inferencias estrictas. Divergencias en la interpretación subsisten, sin embargo, y lagunas importantes no han sido colmadas todavía (capítulo 2). En cuanto al futuro, los pronósticos, formulados según proyecciones matemáticas constantemente refinadas, establecen a lo sumo unos bretes entre los cuales es probable que transcurran los acontecimientos. Nada asegura sin embargo que vaya a ser así (capítulo 9). Los juegos de la adivinación prevalecen pues, en buen grado, en cuanto al pasado más remoto y al porvenir. Ni uno ni otro deben tratarse con la misma atención que aquéllos, propiamente históricos, para los que disponemos de datos más abundantes y rigurosos.

De los cinco capítulos que se fundan en fuentes históricas (capítulos 3 a 7), dos están dedicados al largo ciclo colonial y a su prolongación en los primeros años de independencia, uno a la sociedad moderna (de mediados del siglo XIX hasta 1930) y dos al medio siglo que dura la insólita explosión demográfica contemporánea. Cuanto más cercana la época, mejor la información y mayor la significación de los hechos para nuestra existencia. La exposición progresa pues en una suerte de *crescendo.*

Antes de entrar en materia, el primer capítulo bosqueja la evolución demográfica de América Latina y la compara con la de otras regiones del mundo. Otro apartado resume las fuentes disponibles para cada periodo. Importa en efecto que el lector adquiera de entrada la noción de que los hechos expuestos en el libro se hallan documentados y que, por otra parte, no toda la información conservada por siglos está agotada. Quedan aún sobradas cuestiones a indagar. El deseo de comprobar y de seguir adelante invitará seguramente a leer más sobre el tema. Amplias referencias se encontrarán con este fin en la bibliografía actualizada que cierra el libro. Más indicaciones se hallarán en dos publicaciones especializadas: el *Latín American Population History Newsletter,* que edita la Universidad de Minnesota, y la *International Bibliography of Historical Demography,* que patrocina la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población.

América Latina no constituye un espacio de límites naturales definidos. La colonización europea dividió el continente en dos grandes unidades. La mayor en tamaño, población y antigüedad —la ibérica— es la que constituye América Latina. La frontera entre ellas no ha sido fija, sino movediza. Al tratar el periodo colonial, aludiremos a lo acaecido entonces en territorios que fueron arrancados de este conjunto en el siglo XIX o antes. Los límites presentes han sido pues establecidos por la historia.

El adjetivo *latino* representa por otra parte una concesión a ciertos usos. El área a que se refiere comprende el territorio que, al sur del río Bravo, no pertenece a la América sajona. Define pues por exclusión. Ahora bien, los así relegados han tomado esta calificación y la enarbolan ahora con propósito reivindicativo y de autoafirmación. Como de ellos tratamos, usemos su lenguaje.

El término *latino* recubre aquí a la antigua usanza Hispanoamérica y Brasil —Iberoamérica—, así como también Haití. No incluye las naciones circuncaribes, ni las islas del Caribe de habla inglesa, holandesa o francesa, tradicionalmente aparte, pero que en la actualidad comparten, cada vez más, inquietudes y problemas con sus vecinos del sur. Puerto Rico, por otro lado, figura incluso después de que en 1898 fuera anexado a Estados Unidos. Si bien las estadísticas

internacionales, sujetas a cánones administrativos, suelen excluir la isla de la región entorpeciendo las comparaciones históricas, Puerto Rico y el resto de Latinoamérica no difieren en lo demográfico y no deben separarse. Su destino político en el siglo XX no justifica su consideración aparte.

Las primeras palabras del ensayo bibliográfico al capítulo sobre el impacto demográfico de la colonización, escrito por Linda Newson para la *Cambridge Economic History of Latin America* (vol. I, 2006: 529), destacan que mi *The Population History of Latin America* (University of California Press, 1974) "sigue siendo el único libro que proporciona una visión amplia de las tendencias demográficas de los periodos colonial e independiente". El juicio vale para la única edición en inglés, pero también para las sucesivas ediciones en castellano, desde el ensayo preliminar dado a conocer en Buenos Aires en 1968 hasta las publicadas en Madrid. Otras ocupaciones han impedido la puesta al día esta vez de la última edición de 1994. En el ensayo citado, el lector dispone al menos de una bibliografía actualizada para el periodo colonial.

1
BOSQUEJO Y FUENTES

La demografía histórica de América Latina trata de cómo hombres y mujeres se asentaron, se reprodujeron y se desplazaron dentro de esta región y de cómo aumentaron o menguaron a lo largo de 40 milenios. Esta historia se divide en primer lugar en dos partes. La primera se extiende desde que la primera horda de recolectores y cazadores cruzó el estrecho de Bering y puso pie en el entonces Nuevo Mundo; concluye el día que Colón tomó tierra en las Antillas. Durante casi 400 siglos, América fue entonces una prolongación étnica de Asia. Los cazadores, y luego los agricultores, se propagaron en esta primera etapa a tenor de su capacidad reproductiva. Las fuentes que atestiguan aquel pasado no pueden ser sino las arqueológicas.

La segunda fase comprende desde fines del siglo xv hasta el presente y es de suponer que se prolongará en el futuro. Abarca pues tiempos históricos para los que se dispone de información escrita. Durante estos cinco siglos —en lugar de milenios— la población de América no ha crecido únicamente de modo vegetativo, pues de 1492 en adelante no han cesado de sumársele europeos y africanos y, en menor escala, gentes procedentes de otros continentes. Por el Atlántico no sólo acudieron hombres y mujeres, sino que llegaron también pautas nuevas de asentamiento y de comportamiento.

La evolución de la población latinoamericana comporta, según otros criterios, cuatro fases separadas por tres inflexiones. Cada una posee un régimen demográfico propio. Hasta hace aproximadamente 8 000 años, recolectores o cazadores se sustentaron de la mera depredación. No alcanzaron a ser muchos debido a las condiciones precarias en que se desenvolvía su vida. La domesticación de plantas abrió luego paso, hacia

el año 6000 a.C., a la agricultura. En lugar de depender del azar de una batida de caza, el cultivo proporcionó a esta gente abundantes semillas y raíces que supieron conservar hasta la cosecha siguiente. Una mayor productividad agrícola permitió al campesino alimentar a mayor número de personas dependientes; una superficie menor subvino por consiguiente a las necesidades de una población más densa.

La intrusión europea interrumpió en el siglo XVI el ascenso gradual que las sociedades prehistóricas habían experimentado hasta entonces. Desarticuladas por la invasión, la mortalidad se disparó en estas sociedades provocando una fuerte caída de la población. La entrada de europeos y la de los africanos arrastrados por los conquistadores no compensaron las pérdidas ocasionadas. Pasaría siglo y medio antes de que la población repuntara, y bastante más antes de que igualara el volumen alcanzado antes de la Conquista. Durante el proceso de recuperación demográfica, América Latina creció mayormente por impulso propio, pero también en respuesta a estímulos provenientes de otros continentes.

La población de América Latina ha experimentado en fin un avance intrépido desde hace medio siglo. Sus habitantes se han duplicado cada veintitantos años en virtud ante todo de una brusca caída de la mortalidad, al revés pues de lo sucedido a raíz de la Conquista. Este tercer vuelco se debe en gran parte a la introducción y propagación de antibióticos y pesticidas, que han salvado la vida, antes que nada, a millones de niños y niñas que nunca hubieran llegado a alcanzar su madurez. Los nuevos productos químicos redujeron las defunciones, mientras que la fecundidad permanecía alta o incluso subía por vivir las mujeres en edad reproductiva más tiempo. Contra más se distanciaban los óbitos de los alumbramientos, mayor resultaba el saldo. Aunque la fecundidad se reduzca, como ocurre ya, la población de América Latina no dejará por eso de crecer, al menos por un tiempo, debido a la inercia, por más que lo haga cada vez más lentamente. Cuando la transición haya sido completada, nacimientos y defunciones volverán a oscilar entre puntos próximos unos de otros; esta vez lo harán a un nivel bajo. El remanente de estos nacimientos y defunciones será por consiguiente corto. Este fenómeno se está, por cierto, dando ya en algunas partes de Latinoamérica.

1. AMÉRICA LATINA EN EL MUNDO

Nada permite suponer que la población de América no se haya comportado como la de los demás continentes hasta hace medio milenio. Al ser conquistada esta parte del mundo, el derrotero que seguía se torció brusca e irremisiblemente, y el paralelismo inicial cesó. En vez de crecer o de permanecer estacionaria, como sucedió con los restantes grupos humanos, perdió la mayor parte de sus habitantes a lo largo de un par de siglos. Catástrofe demográfica de esta envergadura no parece que haya ocurrido en toda la historia, ni antes de 1492 ni tampoco después. Cuando, siglos más adelante, los europeos se impusieron en África y Asia en un proceso de colonización equivalente, la catástrofe no se reprodujo. África y Asia no quedaron despobladas, aunque sí varias islas del Pacífico experimentaron en esta ocasión mermas comparables.

Nueva discrepancia con respecto al curso general de la población se dio otra vez en nuestro siglo. La diferencia no estriba ahora en el rumbo seguido, que fue análogo al de los demás, sino en la intensidad de los cambios. En los últimos decenios, América Latina ha reducido su mortalidad y fecundidad a la manera en que lo han hecho los países desarrollados. Ahora bien, su transición demográfica ha revestido un carácter fulminante y no gradual, de tal modo que su población ha crecido de manera explosiva.

El gráfico 1.1 (trazado a escala semilogarítmica) compara la evolución de la población de la América central y meridional (latinoamericana) con la de los demás bloques del mundo. Éstos son Oceanía, África, Asia (menos el territorio perteneciente a la antigua Unión Soviética), Norteamérica (Estados Unidos y Canadá), así como Europa. Aparte figura además el ingente bloque de población de los estados euroasiáticos, antes soviéticos. El gráfico se extiende de 1500 al futuro año 2025 y recoge, para simplificar, las estimaciones mínimas de población que han sido propuestas para tan sólo cinco momentos: 1500, 1750, 1900, 1975 y 2025. Los trazos rectos que unen los puntos correspondientes desconocen, a la fuerza, los altibajos producidos entre cada fecha.

Gráfico 1.1. Población mundial, 1500-2025

1000
100
10
1
1500 1750 1900 1975 2025

Asia · África · América Latina · Ex URSS · Europa · Norteamérica · Oceanía

Fuente: Durand, 1977, y ONU, 1987.

La población de la América más tarde llamada latina constituía, al comenzar la comparación, el cuarto bloque mundial detrás de Europa, África y Asia. En volumen, en 1500 se hallaba por delante de Norteamérica, Oceanía y el conjunto euroasiático. Dos siglos y medio después, en 1750, la población latinoamericana aparece en cambio reducida. El gráfico no da empero cuenta debida del descalabro ocurrido entre ambas fechas, ya que, a mediados del siglo XVIII, la población indígena se encontraba afortunadamente en vías de recuperación. Por las ingentes pérdidas incurridas, la región ocupaba en 1750 el quinto rango entre los bloques, aunque seguía situada por encima de Oceanía y de sus vecinos septentrionales del mismo continente.

Al comenzar nuestro siglo, esta América del Norte había superado en población a la latina. Esta última había descendido incluso un peldaño en siglo y medio, colocándose en el penúltimo lugar. Únicamente sobrepasaba a Oceanía. En esta sima se mantuvo sin embargo poco. En enérgica reacción pasó a Norteamérica y a la antigua Unión Soviética,

volviendo a ocupar, antes de 1975, el cuarto lugar entre los bloques. En el año 2025, América Latina constituirá en fin el tercer conjunto humano del globo terráqueo, detrás de Asia y África y por encima de cualquiera de los pertenecientes al mundo industrializado.

De las siete evoluciones regionales contempladas, la latinoamericana es, por lo que se ha visto, la más singular. Sus reacciones bruscas —una catástrofe y una explosión demográficas— describen una historia inconfundible.

2. LAS FUENTES

La gran variedad de fuentes demográficas disponibles para el estudio de la población se agrupan en dos géneros mayores. Los censos, padrones o matrículas registran por un lado el número y los atributos de quienes residen en una localidad y, por extensión, en un área. Por su parte, los registros civiles o parroquiales anotan en forma consecutiva los principales acontecimientos —nacimientos, defunciones o matrimonios— acaecidos en un lugar. El primer tipo de fuente proporciona una visión puntual y plana de las características o de la situación de un grupo de personas en el momento de la enumeración. El segundo recoge, día a día o agrupadas por periodos más largos, las vicisitudes vitales, en suma el movimiento de la población.

La información estática y la dinámica no se excluyen, sino que una con otra se complementan. Cruzándolas cabe verificar la congruencia o no de los datos preservados de la acción del tiempo y, por inferencia, su fiabilidad o, al revés, su inconsistencia. La cobertura y formato de las fuentes varían por otra parte, según qué persona estuvo a cargo de la recopilación. La información disponible no debe en todo caso utilizarse sin un análisis crítico previo.

Censos y registros vitales son las fuentes principales, pero no las únicas disponibles. De índole seriada son también, por ejemplo, las entradas y salidas por las fronteras que dan cuenta de las migraciones internacionales. Noticias demográficas complementarias aparecen en ocasiones en documentos privados, como pueden ser los litigios o los

papeles de una plantación. Los testimonios indirectos o literarios pueden asimismo aportar, si no mediciones, explicaciones o, al menos, ilustraciones de los procesos poblacionales. Cuando la documentación directa escasea o falta, la suplantación se impone.

La prehistoria carece, como es obvio, de documentación escrita. Los datos arqueológicos son en este caso los que sugieren la dimensión, evolución, repartición, así como el comportamiento vital de la población prehistórica. A partir de los esqueletos de un cementerio, la *paleodemografía* o la *demografía antropológica*, ambas derivadas de la antropología física, detectan las causas más frecuentes de muerte o estiman la esperanza de vida en determinado lugar y tiempo. Que el caso específico represente a toda una cohorte no es seguro. La casualidad interviene en la preservación de los restos. El tiempo ha podido en efecto sesgar al azar la conservación de los materiales hallados. La inferencia generalizadora tendrá pues que estar revalidada con sólidos argumentos y contrastes.

Si en lugar de localizar individuos, el arqueólogo excava edificios habitados, volúmenes de depósitos o terrenos de cultivo, es capaz de descubrir por este procedimiento pautas colectivas de residencia, actividad y consumo de un grupo. Estos hallazgos cabe incluso fecharlos en términos absolutos y, de esta manera, datar al pueblo que los utilizó. La *demografía arqueológica* **infiere** a partir de esas pautas tamaños y densidades de población, e incluso tasas de crecimiento.

De observaciones repetidas, los estudiosos han concluido que ciertos estadios culturales y organizativos del pasado corresponden *grosso modo* con determinados regímenes demográficos (Hassan, 1978). Unas actividades económicas o tipos de Estado concuerdan con ciertas densidades o modos de reproducción. Es evidente que, por poner un ejemplo muy grueso, el tamaño que alcanza una sociedad recolectora es inferior al de un gran imperio, y que morir y nacer en una u otra condición son muy distintos. A la inversa, conocido el grado de desenvolvimiento de una sociedad por la arqueología, cabe suponerle determinados rasgos y comportamientos demográficos.

Por otro lado, las fuentes escritas del periodo histórico han sufrido en el transcurso de los siglos grandes variaciones en la modalidad, integridad y asiduidad de su relevamiento. En la estadística demográfica

de América Latina cabe reconocer tres etapas de complejidad y regularidad crecientes.

El periodo *preestadístico* (1514-1775) abarca desde el primer repartimiento de indios, hecho en la isla La Española un par de decenios después del desembarco de Colón, hasta el primer censo general levantado en la región hacia 1775. En estos dos siglos y medio largos, las autoridades coloniales recogieron datos con mayor o menor frecuencia por razones prácticas: fiscales, militares, administrativas o judiciales. Su información no es independiente y de aplicación múltiple como requiere la estadística actual. Por carencias administrativas o por obligado ahorro, la administración pública encomendó a menudo el relevamiento de datos a una institución con amplia y minuciosa implantación en todo el territorio, como fue la Iglesia. A veces incluso echó mano de los materiales que ésta reunía para fines propios. A menudo, Estado e Iglesia aparecen entonces estrechamente imbricados.

Durante el periodo *protoestadístico* (1775-1880), la administración pública asumió de modo creciente el relevamiento de la información demográfica. La secularización del cometido suscitó, al igual que en otros campos de la vida pública, fuertes tensiones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia católica se había habituado por tres siglos a prestar este servicio y no deseaba que su palabra dejara de dar fe. El Estado empezó no obstante a legislar en esta materia y, es más, creó los organismos necesarios para reunir esta información. A su iniciativa y a funcionarios públicos se deben entonces los primeros censos nacionales. El registro civil resultó en cambio más complicado de implantar y de ser aceptado. Una vez creado solió pasar bastante tiempo antes de que sus oficinas operaran con plena eficacia. La Iglesia no dejó por consiguiente de atestiguar por muchos años la celebración de bautizos, entierros y bodas. El registro de esta época transitoria no deja con todo de ser valioso para los actuales estudios de demografía histórica (Pérez Brignoli, 1988).

Hacia 1880, las oficinas de censos y los registros comenzaron en fin a funcionar con relativa regularidad en la mayoría de las naciones. Desde entonces, organismos públicos especializados tienen a su cargo

la compilación de los datos básicos. La transición de un sistema de registro a otro se halla completada. La era propiamente *estadística* comienza entonces. Definidas estas etapas, repasemos qué tipo de documentación se conserva para cada una.

Fuentes típicas del periodo preestadístico son las matrículas de tributarios y los libros parroquiales. Todo indígena adulto estuvo en principio sujeto al pago de un tributo a la Real Hacienda o a un encomendero. Niños y ancianos quedaron en general exentos; no siempre ocurrió lo mismo con las mujeres. La calidad y cobertura de estas *visitas* variaron según la dedicación de cada juez. En el mejor de los casos, el juez visitó casa por casa y anotó a la familia que en ella residía, pero otras veces se limitó a anotar los nombres que le dictaban caciques o curas de memoria. A menudo, se contentó también con empadronar sólo a los tributarios. Las visitas no se confeccionaron pues de una forma homogénea, ni son dignas de la misma confianza (Arretx *et al.*, 1983). Su periodicidad fue asimismo irregular. La brusca caída de la población aborigen obligaba a efectuar *revisitas* para ajustar el montante de los tributos debidos. Las autoridades se resistieron sin embargo a hacerlas con la frecuencia necesaria por lo costoso de la empresa. Los recuentos solieron efectuarse tarde y con un alcance local. Los indígenas continuaron por ende también tributando las más veces conforme a una base imponible desfasada.

Las autoridades ordenaron relevamientos generales de tanto en tanto. En Nueva España, la mitad del territorio fue censado, entre 1547 y 1550. Los resultados fueron condensados en una *Suma de Visitas,* base, con retoques ulteriores, del sistema tributario novohispano (Borah y Cook, 1960). Esta documentación tiene su equivalente en las tasaciones hechas por las mismas fechas en Guatemala por López Cerrato (Lovell *et al.*, 1984). Unos 20 años después, en 1568, una serie incompleta de matrículas hizo patente el fuerte descenso de la masa tributaria ocurrido. Las *Relaciones Geográficas,* ordenadas por Felipe II, dieron más adelante lugar a una nueva recopilación, entre 1577 y 1585. La introducción en fin, en 1592, de un nuevo tributo —el servicio real— exigió nuevo empadronamiento. De esta enumeración queda claro que los recuentos fueron periódicos a intervalos irregulares y que su cober-

tura tampoco fue la que los historiadores modernos desearían tener. El esfuerzo realizado resultó con todo gigantesco habida cuenta de la extensión del espacio a cubrir. Pocos territorios de la Europa de entonces cuentan por cierto con materiales censales tan abundantes como los que hay en Nueva España.

Pasando al siglo XVII, la Corona renovó entre 1604 y 1612 su esfuerzo por actualizar los datos. De entonces se conserva sólo alguna tabla relativa a Nueva España. En 1646, el virrey Salvatierra formó luego un estado sobre la base de la revisita de su predecesor, el obispo Palafox (Cook y Borah, 1979). Un siglo después, en 1742, el virrey Fuenclara efectuó en fin un censo de población, y no ya sólo de tributarios, precursor del general que levantaría en 1792 el virrey Revillagigedo (Cook y Borah, 1971). Además de esta documentación, existen para Nueva España padrones provinciales o locales, así como cuentas de tributarios formadas por la Iglesia para, por ejemplo, la percepción entre los indios de un medio real en beneficio de la fábrica de la catedral de México (Miranda, 1963).

En el virreinato del Perú se levantaron las primeras visitas durante los gobiernos de Vaca de Castro y La Gasca hacia 1560. Ejemplos notables de esta tanda son las relativas a Huánuco (Ortiz de Zúñiga, 1967) y Chucuito (Espinosa Soriano, 1964). El virrey Toledo realizó luego un empadronamiento de todo el Perú, de Quito a Charcas, sobre la base del cual fijó la tasa que habían de devengar los tributarios de cada pueblo (Cook, 1981). Esta visita de 1573 se convirtió en el punto de referencia obligado para la administración y las matrículas ulteriores. En las dos primeras décadas del siglo XVII, los virreyes Velasco, Montesclaros y Esquilache efectuaron revisitas de alcance local en un intento de actualizar los cómputos de Toledo. Estas matrículas patentizan una fuerte merma de tributarios. El recuento que el virrey Mancera encargó luego en 1645 a los párrocos se halla limitado al sur del Perú. Una ambiciosa numeración y retasa nueva fue ejecutada más adelante, en 1688, por el virrey duque de la Palata, pero la protesta simultánea de indios y criollos afectados por las nuevas clasificaciones e imposiciones demolieron en críticas los cómputos y paralizaron las reformas fiscales propuestas. Los ricos legajos preservados esperan

todavía un examen pormenorizado (Evans, 1981). Durante el largo gobierno del marqués de Castelfuerte se censó varias veces a los indios, diezmados por la peste de 1719. El conde de Superunda recabó por último, en 1754, un censo. Perú cuenta por lo tanto con una serie de enumeraciones equiparable a la de otras partes.

Las visitas de la Audiencia de Santa Fe no coinciden con la secuencia de Nueva España o Perú. De mediados del siglo XVI quedan simples listados de encomiendas e indios de las provincias de Santa Fe, Tunja, Vélez y Popayán. Algo posteriores hay otras de Pamplona y tierras calientes. Numeración general no se hizo hasta tarde (1595), llevándola a cabo el oidor Ibarra. Recuentos locales se hicieron algunos ulteriores y existe una tanda más amplia de 1634-1640 y 1670. Hasta 1740, la Hacienda no volvió empero a entablar nuevas matrículas, tal vez porque corregidores y doctrineros le elevaron al gobierno con regularidad padroncillos actualizados (Villamarín y Villamarín, 1981). En tiempos del virrey Solís, el oidor Aróstegui levantó en fin el primer censo de población del flamante virreinato de Nueva Granada. Éste, además de los indios, incluyó a blancos, mestizos y negros.

En comparación con la abundancia de censos del continente, el Caribe cuenta con muy pocos de aquella época. Los indios se extinguieron en las islas temprano y las demás clases estuvieron exentas de tributo. La falta de una base personal imponible no urgía aquí tales levantamientos.

Sobre la base de la información estadística que el Consejo de Indias acumuló en Sevilla, se confeccionaron dos manuales del imperio español. La *Geografía y descripción universal de las Indias,* obra del cosmógrafo mayor Juan López de Velasco (1971), precede en casi medio siglo al *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* de Antonio Vázquez de Espinosa (1968), confesor del todopoderoso conde-duque de Olivares. Datan estas obras de aproximadamente 1574 y 1622. Ambos libros nos brindan, con un panorama general del territorio, una preciosa información numérica que ha servido a Hardoy y Aranovich (1969) para tabular el vecindario de las ciudades españolas del Nuevo Mundo. De ambición parecida pero de alcance más reducido (sólo se refiere a Nueva España) es el truncado *Memorial y noticias sacras*

y reales del imperio de las Indias Occidentales de Juan Díez de la Calle de 1646.

De iniciativa local, no ya metropolitana, hay otras obras de ámbito más restringido. A título de ejemplo citaremos la *Razón de las ciudades, villas y lugares, vecindarios y tributarios* de la Audiencia de Guatemala de 1683, el *Teatro americano* de José Antonio de Villaseñor, que trata de la Nueva España (1748), o la *Descripción del Virreinato del Perú* de Cosme y Bartolomé Bueno, de 1763-1774. Aparte de conservarse la información básica de los empadronamientos, quedan asimismo resúmenes de época con datos de fuentes en muchos casos desaparecidas.

En buena parte de los siglos XVII y XVIII la Corona se apoyó en la Iglesia, como ya se ha dicho, a falta de una administración eficiente y confiable. Párrocos y doctrineros conocían más de cerca a sus feligreses que los corregidores a sus administrados. Además, los sacerdotes no tenían el mismo interés que los corregidores para ocultar tributarios y tributos a la Real Hacienda. Ordenanzas reales regularon cómo debían llevar los curas los libros (por castas) y actualizar los *padroncillos,* con altas y bajas sacadas de los libros parroquiales. Más de un padrón oficial no es más que un traslado de estos *statua animarum* o padrones de feligresía (Lodolini, 1958; Arretx *et al.,* 1983). Su ministerio obligaba también a los sacerdotes a llevar libros de confirmaciones, amonestaciones, dispensas y anulaciones de matrimonios, así como otros de confesiones en los que anotaban el cumplimiento pascual. En ocasiones, los párrocos hubieron de elevar relaciones puntuales de su doctrina o curato (*vg.* Villanueva Urteaga, 1982). Los párrocos regentaron pues entonces una suerte de oficina estadística local. Bien llevada les habría consumido bastante tiempo, y no es pues extraño que no falten lagunas en esta documentación.

Las visitas pastorales de los obispos son asimismo importantes. Ellas sirvieron para que párrocos poco diligentes fueran amonestados y se enmendaran o, más aún, dieron lugar a que los obispos redactaran memorias de sus diócesis en las que no faltan cifras sobre indígenas, blancos, castas y otros grupos de población. A menudo, éstas son por cierto las únicas disponibles sobre la composición étnica de las capas

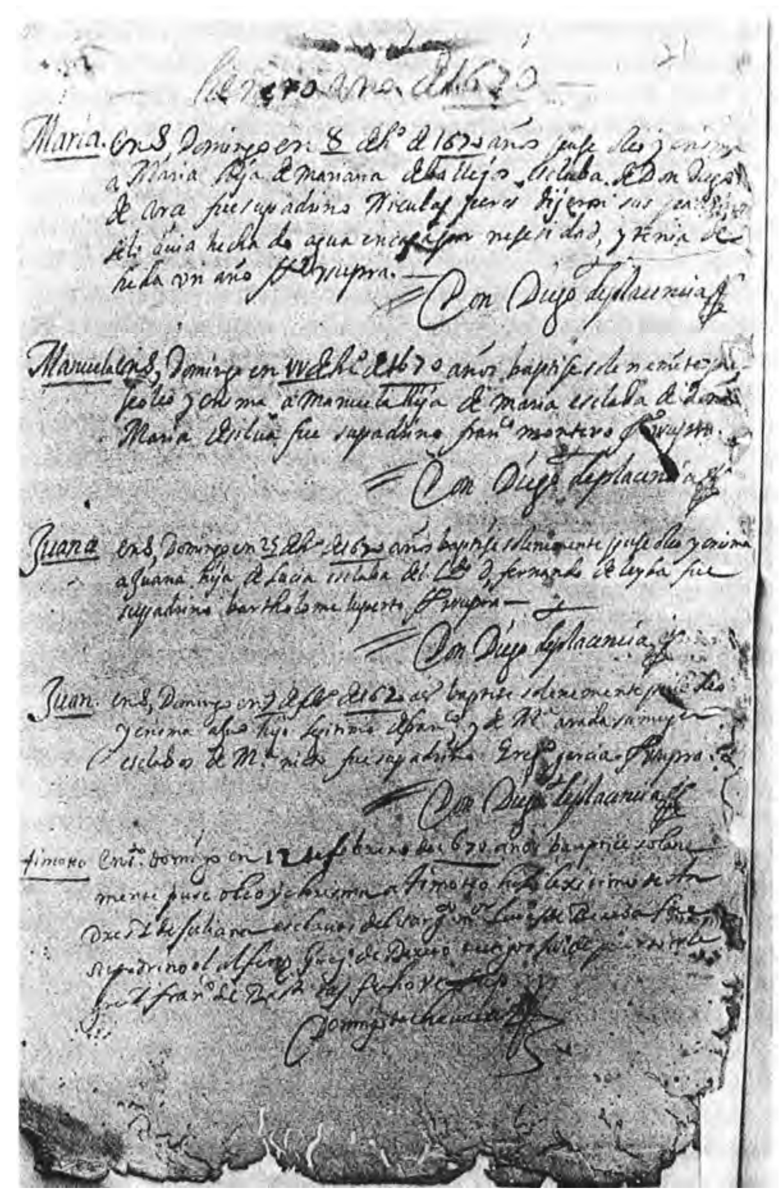


Lámina 1. Facsímil de una página de un libro de bautizos de esclavos de Santo Domingo, 1670.

rurales hasta que se levantaron los primeros censos nacionales. Ejemplos de estas visitas son la de Álvarez Abreu de 1739 en Santo Domingo (Moya Pons, 1974) o la realizada por Cortés y Larraz entre 1768 y 1770 en Guatemala (Cortés y Larraz, 1958). La variedad de castas residentes en las ciudades estuvieron siempre más expuestas a que se les hiciera un recuento.

En 1555, el Primer Concilio Provincial celebrado en México resolvió que los párrocos llevaran cuenta de bautismos y defunciones. En esto se adelantó al Concilio de Trento e incluso a la obligatoriedad de llevar un registro de entierros dispuesta por el papa Paulo en 1614. Más adelante, en 1585, el Tercer Concilio Mexicano reiteró la orden e introdujo dos libros más, los de entierros y confirmaciones. La Iglesia americana no marchó pues en esta materia a la zaga de la de Roma, sino que se le adelantó. Cierto es que entre la disposición y su aplicación medió un tiempo. La dimensión de las parroquias y el aislamiento de las poblaciones contribuyeron a que la implantación de las normas se retrasara a menudo. La fecha de comienzo de los libros varía de parroquia a parroquia. Aunque se conocen algunos que datan de 1574, la práctica no parece haberse difundido sino hasta el siglo XVII; en el siguiente en cambio se generalizó (Sánchez-Albornoz, 1967; Morin, 1972; Bromley, 1974; Cook y Borah, 1979; Marcílio, 1979).

La lámina 1 ilustra la forma en que se llevaron los libros parroquiales. Reproduce la hoja de un libro de bautismos de negros del siglo XVII procedente de la catedral de Santo Domingo, capital de la audiencia del mismo nombre. Cada casta —españoles, indios, negros, mestizos— fue en efecto asentada en libro aparte. De los libros de entierros y matrimonios cabría reproducir ejemplos similares.

Al custodiarse por siglos en las parroquias, los libros se han conservado de manera muy desigual. Descuidos o accidentes han destruido bastantes de ellos. Sólo desde hace pocos años, las autoridades eclesiásticas procuran reunirlos en la diócesis para su mejor preservación y consulta. La Genealogical Society ha realizado, por otra parte, un admirable esfuerzo de rescate microfilmando buen número de los de América Latina y del resto del mundo. Su depósito central se halla en Salt Lake City, Utah, pero la sociedad facilita la consulta de copias a

los investigadores en varios centros regionales. De la riqueza de estos fondos da idea el hecho de que, sólo para México, cuenta con 111 599 rollos de unos 30 metros de película cada uno.

Entre los legajos de la Casa de Contratación de Sevilla se encuentran por otro lado las licencias concedidas para pasar a Indias. Lagunas y omisiones no faltan, como tampoco alusiones a los frecuentes pases clandestinos. Del registro de navíos se colige en cambio la capacidad máxima disponible para el transporte de pasajeros; del de los buques negreros, la trata de esclavos (Mörner, 1976). En suma, de un modo directo unas veces e indirecto otras, cabe estimar, de forma aproximada, el volumen y las características de cuántos españoles y africanos ingresaron en el Nuevo Mundo durante el periodo colonial.

En cuanto a Brasil, una población indígena y una colonización menos densas han producido y legado menos datos de tipo censal. São Paulo relevó los fuegos u hogares de cada villa de la capitanía año a año a partir de 1765, pero el caso es excepcional. *Mapas* de esa índole sólo quedan ocasionalmente de otros lugares. En cuanto a la implantación del registro parroquial, es igualmente tardía. La administración lusa parece haber dependido de la Iglesia más tiempo y más veces para el acopio de información demográfica.

El periodo protoestadístico empieza en América Latina con el censo general de 1775. España y Portugal decidieron a la vez entonces, aunque independientemente, censar la población de sus posesiones ultramarinas. Esta feliz coincidencia permite formar un primer cuadro de conjunto, aunque no todos sus habitantes fueron contados entonces, sino la mayoría. Según las circunstancias, la tarea recayó sobre las autoridades civiles o religiosas. Los datos de Brasil y México son, por ejemplo, todavía de origen eclesiástico. Más adelante, serían los oficiales reales los encargados allí mismo de ejecutar estas tareas. De 1775 en adelante, la actividad censal y el rigor estadístico han ido en aumento en Hispanoamérica y Brasil, por más que la periodicidad y simultaneidad de los censos haya tardado en implantarse. Sólo a partir de 1950 los censos nacionales tienden a realizarse cada decenio, y en el mismo año, en toda la región (véanse cuadros 1.1 [1775-1874] y 1.2 [1875-1994]). Que coordinar los censos modernos haya llevado tanto tiempo

no hace sino resaltar el mérito de haber sido capaz de realizar uno general en 1775.

En los Andes, los visitadores Leuro (1769) y Escobedo (1784) instituyeron la actualización quinquenal de la matrícula de tributarios, gracias a lo cual las postrimerías del periodo colonial cuentan con abundante información demográfica sobre este grupo étnico. La práctica adquirida entonces seguiría aplicándose a menudo en el levantamiento de los primeros censos nacionales (véase cuadro 1.1, basado en las divisiones coloniales). Las láminas 2 y 3 reproducen en facsímil una página del manuscrito de la matrícula de Chichas y el resumen de la de Omasuyos, ambas provincias de la Audiencia de Charcas (1792). Ellas prueban el esmero, hasta gráfico, con que trabajó aquel personal. Por entonces también (1798), el virrey Resende levantó el primer censo civil de Brasil (Marcílio, 1977a).

Con la emancipación, la burocracia colonial se desintegró y los empadronamientos que venían haciéndose se espaciaron. La intensa agitación política y militar que sacudió Hispanoamérica durante medio siglo perjudicó, por otra parte, la compilación de datos o la recaudación fiscal. Difíciles de cobrar en estas circunstancias, los impuestos directos fueron sustituidos por los indirectos, como por ejemplo las rentas de aduanas, por lo que perdió urgencia conocer la población para fines recaudatorios. No siempre los Estados estuvieron, sin embargo, en condiciones de prescindir del ingreso seguro del antiguo tributo, ahora rebautizado contribución indígena. En los Andes, su percepción duró por decenios y con ella las matrículas periódicas de naturales. Los censos adquirieron, por otro lado, un sesgo más bien político en el siglo XIX. Los airados debates que su aprobación provocaba ante las cámaras denuncian la importancia de los intereses a que afectaba el reparto regional de los escaños. Los defectos de la enumeración ofrecían desde luego un blanco fácil para el ataque.

Antes de 1860, la Confederación Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile y Perú levantaron ya sus primeros censos, como puede verse en el cuadro 1.1, donde un trazo grueso separa los censos coloniales de los nacionales. Con la recuperación económica posterior, la información estadística sin fines políticos o fiscales ganó aceptación.

Cuadro 1.1. Censos generales de población. El primer siglo, 1775-1874

Año	*Capitanía general de Cuba*	*Virreinato de Nueva España*	*Capitanía general de Guatemala*	*Virreinato de Nueva Granada*
1775	De la Torre 1775			
		Bucareli 1777		
			Mayorga 1778	Flórez 1778
				Caballero y Góngora 1782
1785				
	Las Casas 1791	Revillagigedo 1791		
1795				
			Anguiano (Honduras) 1803	Mendinueta 1803
1805				
			Gutiérrez y Ulloa (El Salvador) 1807	
				Villavicencio 1810
1815				
	Cienfuegos 1817			
		1821		
			Congreso Constituyente (Costa Rica) 1824	
1825				Censo de la Gran Colombia 1825
	Vives 1827			

Capitanía general de Venezuela	*Virreinato de Perú*	*Capitanía general de Chile*	*Virreinato del Río de la Plata*	*Brasil*
	Guirior 1777	Jáuregui 1777		
			Vértiz 1778	
	Croix 1785			
Castro y Arauz 1787				
	Gil de Taboada 1790			
				Rosende 1798
				Ministerio de Guerra 1808
		1810		
	Abascal 1813	Congreso 1813	Asamblea Constituyente 1813	
		I Censo Nacional 1832		

Cuadro 1.1. (*concluye*)

Año	*Capitanía general de Cuba*	*Virreinato de Nueva España*	*Capitanía general de Guatemala*	*Virreinato de Nueva Granada*
1835				II Censo Nacional (Colombia) 1835
	O'Donnell 1841			
				III Censo Nacional 1843
1845				
1855				
				IV Censo Nacional 1859
	Censo Nacional de España 1860			
			I Censo Nacional (Costa Rica) 1864	V Censo Nacional 1864
1865				
				VI Censo Nacional 1869

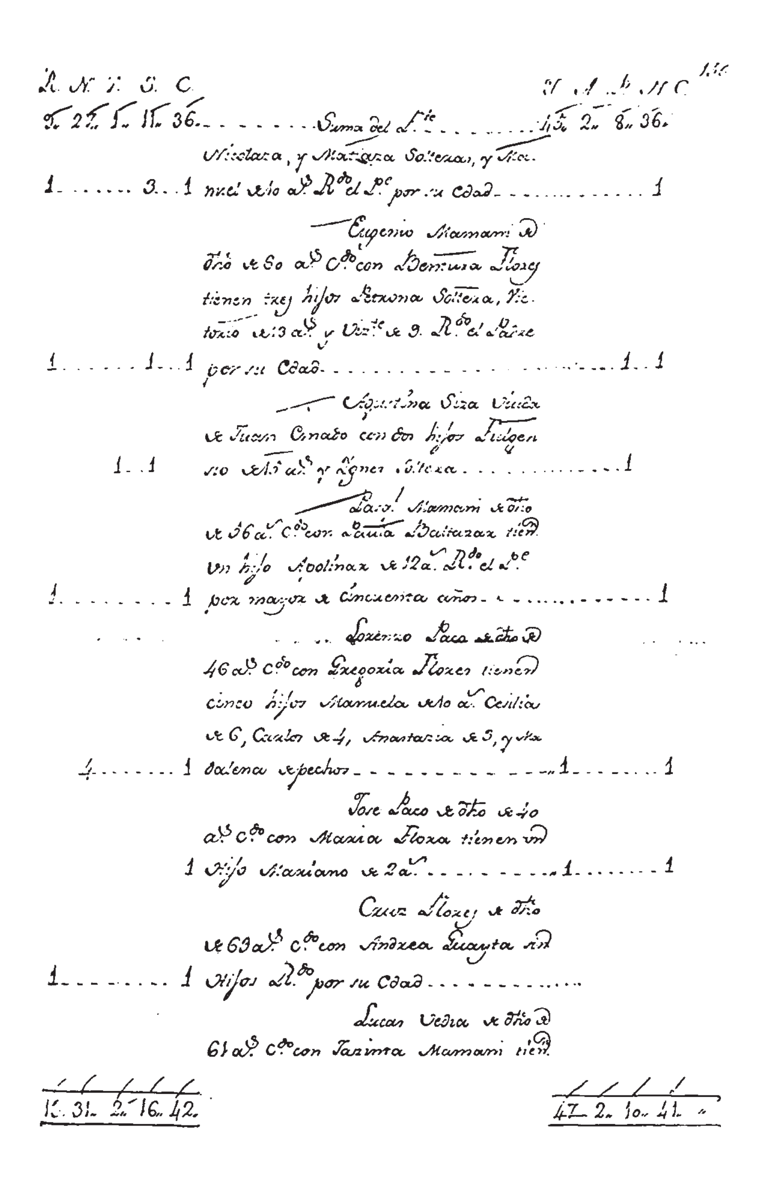
Capitanía general de Venezuela	*Virreinato de Perú*	*Capitanía general de Chile*	*Virreinato del Río de la Plata*	*Brasil*
	I Censo Nacional 1836			
Padrón 1838				
Padrones 1844-1847		II Censo Nacional 1844	I Censo Bolivia 1844-1846	
	II Censo Nacional 1850			
			I Censo Nacional (Uruguay) 1852	
Padrón 1854		III Censo Nacional 1854	Censo General (Bolivia) 1854	
Padrón 1857			Censo de la Confederación Argentina 1857	
			II Censo Nacional (Uruguay) 1860	
	III Censo Nacional 1862			
		IV Censo Nacional 1865		
			I Censo Nacional (Argentina) 1869	
				Censo del Imperio 1872
I Censo Nacional 1873				

Cuadro 1.2. Censos generales de población.
El segundo siglo, 1875-1994

	1875-1884	*1885-1894*	*1895-1904*	*1905-1914*	*1915-1924*
Argentina			2	3	
Bolivia			2		
Brasil		2	3		4
Colombia				7, 8	9
Costa Rica	2	3			
Cuba	E	E	G	1	2
Chile	5	6	7	8	9
Dominicana (Rep.)					1
Ecuador				0	
Guatemala	2	3			4
Haití					0
Honduras	1	2	3, 4	5, 6	7
México			1, 2	3	4
Nicaragua				0	1
Panamá				1	2
Paraguay		1	2		
Perú	4				
Puerto Rico	E	E	E, G	13	14
Salvador (El)	1★, 2★	3★, 4★	5★, 6★		
Uruguay			0	3	
Venezuela	2	3			4

E = España G = Departamento de Guerra de Estados Unidos
R = Administración de la Reconstrucción de Puerto Rico
0 = Censo no homologado ★ = Primera serie

1925-1934	*1935-1944*	*1945-1954*	*1955-1964*	*1965-1974*	*1975-1984*	*1985-1994*
		4	5	6	7	8
		3			4	5
	5	6	7	8	9	10
10	11	12	13	14		15
4		5	6	7	8	9
3	4	5		6	7	
10	11	12	13	14	15	16
	2	3	4	5	6	7
		1	2	3	4	5
	5	6	7	8	9	10
		1		2	3	4
8 9	10 11	12 13	14	15		16
5	6	7	8	9	10	11
	2	3	4	5		6
3	4	5	6	7	8	9
	3	4		5	6	7
	5		6	7	8	9
15	R 16	17	18	19	20	21
1		2	3	4		5
			4		5	6
5	6 7	8	9	10	11	12



R. N. T. S. C. — Y. A. L. M. C.

9. 27. 5. 11. 36. . . . . . . Suma del F.te . . . . 45. 2. 8. 36.

Nicolasa, y Margarita Solteras, y Ma-

1. . . . . . 3. . 1 nuel de 10 a.s R.do el P.e por su Edad 1

Eugenio Mamani de

o.do de 50 a.s C.do con Bentura Florez

tienen tres hijos Petrona Soltera, Vic-

torio de 13 a.s y Vizte de 9. R.do el Padre

1. . . . . . 1. . 1 por su Edad . . . . 1. . 1

Agustina Siza Viuda

de Juan Canado con dos hijos Fulgen

1. . 1 sio de 15 a.s y Ygnes Soltera 1

Pablo Mamani de o.do

de 36 a.s C.do con Paula Baltazar tien.

vn hijo Apolinar de 12 a.s R.do el P.e

1. . . . . . . 1 por mayor de cincuenta años 1

Lorenzo Paca de o.do de

46 a.s C.do con Gregoria Florez tienen

cinco hijos Manuela de 10 a.s Cecilia

de 6, Carlos de 4, Anastacia de 3, y Ma-

4. . . . . . 1 dalena de pechos 1. 1

Jose Paco de o.do de 40

a.s C.do con Maria Flora tienen vn

1 hijo Mariano de 2 a.s 1. 1

Cruz Florez de o.do

de 63 a.s C.do con Andrea Guayta sin

1. . . . . . . 1 Hijos R.do por su Edad . . . .

Lucas Vedia de o.do de

61 a.s C.do con Jacinta Mamani tien.

15. 31. 2. 16. 42. — 47. 2. 10. 41.

Lámina 2. Facsímil de una página de la numeración de los indios de la provincia de Chichas, Intendencia de Potosí, hecha en 1792.

Estado ó Resumen gen.l q.e manifiesta puntualmente el n.o de Yndios Tributarios y demas Individuos de Casta Tributaria segun lo operado en esta segunda Revisita en el Partido de Omasuyos Prov.a de la Paz.

Reserb.dos	Niñas	Viud.s	Solter.s	Casadas	Pueblos	Tributa.os	Ausent.es	Proxim.s	Niños	Caciq.s
337	1380	338	727	1560	Pueblo de S.n Pedro de Hachacache	1683	36	278	1624	2
608	2033	443	739	2064	Pueblo de N.ra S.ra de la Encarnac.n de Guarina	2036	60	362	2429	1
250	847	187	468	944	Pueb.o de N.ra S.ra de la Purisima Concep.n de Laxa	975	54	180	1058	1
261	1082	244	578	1186	Pueblo de N.ra S.ra de Alta Gracia de Pucarani	1143	38	290	1290	2
564	1263	235	609	1277	Pueblo y Santuario de N.ra S.ra de Copacabana	1147	47	204	1466	1
[illegible]	947	246	518	1078	Pueblo de Santiago de Guata	1004	37	333	1200	2
345	642	228	350	676	Pueblo de Santiago de Ancoraymes	737	52	117	799	1
331	606	108	274	584	Pueblo de Santa Cruz de Carabuco	580	26	118	680	1
152	521	111	377	736	Pueblo del Señor San José de Escoma	663	23	123	677	1
98	372	140	151	455	Pueblo de Santiago de Guaycho	423	16	103	472	1
2497	9693	2260	4531	10518	Total General	10347	369	2098	11695	15

Hombres
Reserbados ... 2497
Tributarios ... 10.347
Ausentes ... 369
Proximos ... 2098
Niños ... 11.695
Caciques ... 33
27039

Division de Sexos

Mugeres
Niñas ... 9693
Viudas ... 2260
Solteras ... 4531
Casadas ... 10.518
27000

Reunion
Hombres ... 27.039
Mugeres ... 27000
54.039

Segun la Demonstracion anteced.te son Diez mil trecientos quarenta y siete Indios Tributarios de todas clases distinguidos los sexos hay en este Part.do veintisiete mil treinta y nueve Hombres, y veintisiete mil Mugeres, que ambos componen el num.o de cinq.ta y quatro mil treinta y nueve Personas de Casta Tributaria.

D. Josef Marquez [rúbrica] — Juan Ramos Cox [rúbrica]

Pedro Platero [rúbrica]

Lámina 3. Facsímil del resumen de la numeración de los indios del partido de Omasuyos, provincia de La Paz, hecha en 1792.

La República Argentina, Brasil, Uruguay y Venezuela fueron los primeros países en levantar censos en los años sesenta y setenta del mismo siglo; la mayoría lo pospuso hasta la octava década.

El cuadro 1.2, que cubre de 1875 hasta hoy, anota el año exacto de cada censo siguiendo el orden de la serie oficial respectiva. Un 0 indica un relevamiento no homologado. En los casos de Cuba y Puerto Rico, los primeros censos fueron tomados bajo la administración española y, después de la ocupación, por el Departamento de Guerra norteamericano. Los posteriores corresponden a la numeración de Estados Unidos, con excepción del censo especial tomado por la Administración de la Reconstrucción.

Entre 1875 y 1899 se levantaron 25 censos en 12 naciones; ocho de ellas en cambio no lo hicieron. De los países pequeños, bastantes no contaban todavía con medios para ejecutarlos o no se planteaban su necesidad. Entre 1900 y 1949, los censos tomados ascienden a 47, con una frecuencia por el estilo de la anterior. Varios gobiernos de Centroamérica y del Caribe iniciaron entonces estas labores; al revés, otros, como Argentina, las descuidaron. A falta de censos nacionales, algunas provincias o municipios asumieron la tarea y censaron su jurisdicción.

Gracias al apoyo material y asesoramiento técnico que proporcionó en un principio la Organización de los Estados Americanos, los censos ganaron en frecuencia en la segunda mitad de nuestro siglo, soliéndose levantar al comienzo de cada década para mayor comparabilidad entre ellos. Todos los gobiernos latinoamericanos reconocen ahora la importancia de la información que los censos proporcionan, y si alguno se saltea el que corresponde al decenio, es por falta de recursos económicos o técnicos o por alguna razón especial. La secuencia presenta en efecto huecos: en Cuba falta el de 1960 y en Nicaragua y El Salvador los de 1980, debido a las convulsiones revolucionarias de la época. Por la cobertura y asiduidad de su información censal, América Latina se sitúa en la actualidad por delante de varias otras regiones del mundo.

La cantidad y el tipo de información recogida en los censos ha ido en aumento y mejorando con el tiempo. Las primeras libretas o boletas censales sólo anotaban, aparte del nombre, el sexo, la edad, el estado civil y, tal vez, el lugar de nacimiento, la nacionalidad y la ocu-

pación de la persona. A veces se distinguía también la raza, aunque la administración solió ser reacia a recabar este dato por temor de que fuera discriminatorio. La pregunta no resulta por lo demás demasiado veraz, pues no hay acuerdo sobre cómo definir y a quiénes comprende está categoría. Últimamente, el cuestionario incluye preguntas relativas a familia, educación, legitimidad e incluso, en los más modernos, sobre fecundidad. La calidad de los censos es discutible, sobre todo la de los más antiguos. Correcciones se imponen en los datos brutos, que obligan a su depuración y reelaboración. Los demógrafos contemporáneos se hallan por lo tanto enfrascados en sopesar críticamente las fuentes a su alcance, al modo que hacen habitualmente los historiadores.

Los registros civiles contienen en la actualidad la fuente principal de información vital. El cuadro 1.3 recoge la fecha oficial de su implantación en cada país, aunque su funcionamiento efectivo solió tardar. La pugna entre conservadores y liberales demoró en efecto la secularización del servicio. En México, por ejemplo, se pospuso hasta el derrocamiento del Imperio. Por otro lado, una administración civil bisoña no pudo sino anotar al principio de un modo imperfecto. Recchini de Lattes (1967), Cordero (1968) y otros trabajos en curso se hayan pues empeñados en corregir sus defectos más salientes, entre los que destaca el subregistro. En el presente, no obstante una mejora manifiesta, esta falla no ha sido eliminada siempre ni por completo (Figueroa Camps, 1989).

De las migraciones transoceánicas modernas, oficinas situadas, según los países, bajo la jurisdicción de los ministerios de Asuntos Exteriores, Interior o Agricultura han solido recoger información abundante y precisa. El cruce por tierra entre naciones limítrofes suele en cambio eludir fácilmente la fiscalización, por lo que tropezamos con un movimiento de un grupo específico e importante de migrantes desdibujado.

Las Naciones Unidas han creado el Centro Latino Americano de Demografía, con sede en Santiago de Chile. Celade asesora a los gobiernos, unifica criterios, realiza proyecciones, pero no releva datos por sí mismo. Reelabora los que le llegan y los normaliza a escala latinoamericana y mundial. Entre las tareas realizadas, se cuenta además la revisión de las series históricas de nuestro siglo.

Cuadro 1.3. Fechas de las leyes nacionales del registro civil

Perú	1852	Chile	1885
México	1859	Cuba	1885
Venezuela	1863	Costa Rica	1888
Guatemala	1877	Brasil	1889
El Salvador	1879	Ecuador	1901
Nicaragua	1879	Paraguay	1914 **
Uruguay	1879	Panamá	1914
Honduras	1882	Haití	1922
Rep. Dominicana	1884	Colombia	1938
Argentina	1884-1904*	Bolivia	1940 **

* Ley federal para la capital y territorios nacionales. Cada provincia dictó su ley respectiva entre 1885 y 1904.
** Paraguay y Bolivia anticiparon el registro de matrimonios a 1898 y 1911, respectivamente.
Fuente: ONU, 1955b.

Un manual de demografía histórica, escrito con Latinoamérica en mente, es el de Henry (1983). El libro expone las técnicas básicas empleadas en la recopilación y análisis de estadísticas demográficas pretéritas. Las lagunas o defectos que estos materiales presentan suelen sin embargo ser tantos que los procedimientos normales no siempre les resultan aplicables. Los historiadores se han puesto por consiguiente a explorar técnicas específicas o complementarias que les permitan sacar un partido mayor a la documentación deficiente o echar mano de datos supletorios. El volumen mencionado de Arretx *et al.* (1983) reúne varios ensayos metodológicos de este orden. A este tipo de trabajos cabe añadir, entre otros, los de McCaa (1981), Pérez Brignoli (1986a, 1986b y 1989) y Rabell y Necochea (1987).

Hollingsworth (1969) resume la multitud de capacidades que se exigen del demohistoriador:

> El tipo de investigador en demografía histórica habrá de tener un sentido histórico agudo y dominar todos los conocimientos y recursos de la demografía actual, lo cual le requerirá plena familiaridad con los métodos y resultados de cada uno de los sistemas nacionales censales y de registro vital del mundo. Deberá ser profundamente versado en economía, socio-

> logía, prácticas religiosas, arqueología, antropología, climatología, epidemiología y ginecología; habrá de conocer la metodología matemática de los estadísticos hasta el punto de ser capaz de innovar en ella por sí mismo. Será un paleógrafo, un experto en legislación y práctica tributarias, en planeamiento urbano y técnicas agrícolas, de cualquier tiempo y lugar; sabrá cómo reunir información cuantitativa, codificarla y transcribirla en tarjetas perforadas o cintas, así como analizarla mediante el empleo de computadoras. Será luego un lector voraz, con dominio de una docena de idiomas, que cada año leerá de cabo a rabo cientos de revistas científicas y otros tantos libros publicados en todas partes del mundo.

Hollingsworth concluye: "El historiador ideal de la población, por supuesto, no existe".

2
EL POBLAMIENTO ABORIGEN

UN CONTINENTE VACÍO acogió hará 40 000 años a los primeros ocupantes del suelo americano. Procedían de Asia y cruzaron de Siberia a Alaska por un corredor interior o, según recientes teorías, bordeando la costa. Los extensos casquetes glaciares que cubrieron el mundo durante el Pleistoceno, al absorber gran cantidad de agua, provocaron un descenso del nivel del mar. Tierras ahora cubiertas por el océano emergieron y otras hoy bajo hielos quedaron despejadas. El estrecho de Bering no constituyó entonces el obstáculo que ahora representa para la circulación humana.

1. LOS PUEBLOS RECOLECTORES Y CAZADORES

Las bandas que llegaron vivían de la simple recolección de frutos silvestres o productos del mar y de una caza de animales inferiores. Su dieta debió ser variada pero poco regular, al azar de sus hallazgos. La mortalidad infantil tuvo que ser alta; en contrapartida, su aislamiento limitó la difusión de enfermedades y epidemias. En suma, la vida de estos pueblos solió ser corta. En poblaciones primitivas contemporáneas, la esperanza de vida es al nacer de unos 18 años y es de sospechar que fue por el estilo entonces. Contra lo habitual en nuestros tiempos, parece que los hombres vivieron más que las mujeres. Las que no murieron en la infancia o en la adolescencia, alcanzaron a vivir a lo sumo hasta los 29 años. Su ciclo reproductivo fue por consiguiente muy corto, de apenas 11 años habida cuenta de su nubilidad tardía: 16 años, más dos de

esterilidad en la adolescencia. La vida nómada llevaba además aparejada un espaciamiento forzoso de las concepciones. Las madres en potencia tuvieron en definitiva escasas ocasiones de alumbrar y de criar hijos, de los que además perdían bastantes antes y después del embarazo (Hassan, 1981). En tales condiciones, el crecimiento de la población tuvo que ser lentísimo, lo cual no quita que, al cabo de decenas de milenios, los pueblos recolectores y cazadores ocuparan de norte a sur el continente.

Los aborígenes de América no descienden de un tronco único. La presencia de grupos somáticos y lingüísticos dispares sugiere que sucesivas oleadas introdujeron gentes y culturas nuevas desde Asia. Una de ellas, consagrada a la caza mayor, arrinconó a los recolectores-cazadores, aunque no los condenó a desaparecer. En algún lugar extremo como Tierra del Fuego, estos pueblos consiguieron sobrevivir hasta principios de nuestro siglo.

Artefactos correspondientes a cazadores superiores han sido encontrados asociados con restos de grandes mamíferos: mamuts, mastodontes, camélidos, caballos y antílopes. Datan de entre los años 20000 a 10000 a.C. y proceden de Hueyatlaco (Puebla), Cueva del Diablo (Tamaulipas), Texquixquiac (valle de México), así como de Pikimachay (Ayacucho) en Perú. Instrumentos y restos humanos de varias culturas más complejas posteriores son fechables entre 9000 y 7000 a.C. y cubren un área no menos extensa, de México a Patagonia. Entremedias se hallan los yacimientos de Madden en Panamá, Muaco y El Jobo en Venezuela, Inga (Ecuador) y Englefield (Chile) y otros más.

Las huestes de cazadores se supone que estaban formadas por unidades multifamiliares de unas 25 personas de todas las edades y sexos que, cuando sobrepasaban ese límite, tendían a subdividirse. La familia desgajada emigraba en busca de terrenos de caza sin explotar. La densidad de estas poblaciones nunca llegó a ser alta: entre 0.1 y 3 habitantes por kilómetro cuadrado.

Al retirarse los glaciares y comenzar el holoceno, actual estadio climático más templado, el continente se tornó más árido. La desaparición consiguiente de los grandes mamíferos aguijoneó la inventiva de algunos pueblos. En su excavación de Guilá Naquitz, Oaxaca, Flannery

(1985) ha identificado una fase fechada entre 8700 y 7000 a.C., en la que los habitantes de la cueva consumían ya, en 41%, carbohidratos procedentes de gramíneas silvestres. El paso siguiente fue domesticar semillas y animales. Los hombres manipularon la reproducción obteniendo recursos de un modo menos azaroso que con la caza o rebusca. No faltaron naturalmente pueblos reacios a las nuevas técnicas y que, como los patagones, consiguieron durar hasta nosotros sin someterse a la agricultura o a la ganadería.

El suelo de las cuevas de Tehuacán, en México, ha preservado en estratos superpuestos las fases de la domesticación local de plantas y animales. Entre los años 7000 y 5000 a.C. se cultivaban en el valle chiles, aguacates y amaranto. De entre 5000 y 3500 datan luego zapotes y frijoles y, entre 3500 y 2300, hicieron su aparición el maíz, las calabazas y también el algodón (Mac Neish, 1970). Otros cultígenos fueron desarrollados en la región andina. Hacia 5700 a.C. se plantaban en la costa (La Paloma, Lima) el maíz, el maní, los zapallos y el ají. En la sierra (Ayacucho) se cosechaban la quinua y los mates, a la vez que se criaban cuyes y llamas. Más tarde se conseguiría domesticar la papa en la sierra. En la cuenca del Amazonas se haría otro tanto con plantas autóctonas como la yuca. La domesticación importó una ingeniosa experimentación y una cuidadosa selección hasta dar con las variedades más rendidoras.

2. EL ASENTAMIENTO EN ALDEAS Y PUEBLOS

Transformado el modo de obtener su subsistencia, el comportamiento social y demográfico de estos grupos humanos se modificó también. El radio de sus desplazamientos se redujo al tener que atender sus sementeras. Si los primeros hombres que practicaron la agricultura vivían aún en cuevas, no tardaron en descender al llano y a instalarse en pequeñas aldeas. Conservar alimentos limitó su movilidad, pues no les convenía apartarse de sus silos o almacenes. Más brazos juntos aumentaban por lo demás la capacidad productiva del grupo. Cuanto más desarrollada la agricultura, más tendieron los hombres a apiñarse y a crecer en números.

Una alimentación mejor asegurada durante la infancia y la adolescencia adelantó un par de años la nubilidad. Las mujeres dispusieron pues de más años de vida para la reproducción y de una gestación más sosegada. Al mismo tiempo se redujo la amenorrea y con ella el espaciamiento de los embarazos. A diferencia de las largas ausencias que la caza conlleva, mujeres y hombres estuvieron en la aldea en contacto más asiduo. A mayor trato, menores tramos intergenésicos. La fecundidad de las mujeres y la supervivencia de los hijos aumentaron.

Más personas, mayores facilidades para el contagio de enfermedades. Pero además la dieta vegetal, rica ahora en granos, contuvo menor variedad de nutrientes y supuso un consumo inferior de proteínas, dando lugar a desequilibrios e incrementando el riesgo de contraer determinados males (Santley y Rose, 1979). La escasez agravó encima la propensión a enfermar. En estas sociedades resultó ser estacional, en los meses anteriores a la nueva cosecha, o también periódica cuando sobrevenían calamidades o sequías prolongadas, que ocurrían con cierta regularidad. Con la agricultura, la alimentación campesina no perdió toda aleatoriedad, aunque sí la espació. La duración de la vida apenas aumentó. La morbilidad de la que dan cuenta los esqueletos de agricultores sedentarios de Panamá, Ecuador, Perú y Chile sugiere incluso que habría descendido con respecto a la de los pueblos cazadores (Cohen y Armelagos, 1984). La única estimación de esperanza de vida disponible hasta ahora arroja 20.7 años, no tanto más que las de los pueblos cazadores. El dato procede del yacimiento del Real Alto (Ecuador), asociado al cultivo del maíz, y se remonta al periodo entre 3400 y 1500 a.C. (Klepinger, 1979).

De este modo, tomó forma entonces un régimen demográfico que ha durado por milenios hasta nuestros días y que todavía rige en las actuales sociedades agrarias menos desarrolladas. Este régimen supone un derroche constante de energía biológica y social: muchos alumbramientos, pero también muchas muertes de infantes y de adultos. Los nacimientos anuales solieron superar no obstante a los óbitos y, en la brecha entreabierta, la población pudo crecer.

Mediante relevamiento exhaustivo de los restos arqueológicos identificables —zonas habitadas y de cultivo, monumentos civiles y

religiosos...—, los prehistoriadores han logrado establecer secuencias de la ocupación progresiva de algunos territorios por cultivos y habitantes. Los casos estudiados hasta ahora, en excavaciones minuciosas y costosas, son ante todo el valle de Tehuacán, ya mencionado (Mac Neish, 1970), la cuenca central de México (Sanders *et al.,* 1979) y el valle de Oaxaca (Blanton *et al.,* 1982). Fuera de México, se han investigado las pautas de asentamientos de, entre otras, las tierras bajas de Yucatán (Ashmore, 1981) y las altas de Kaminal Juyú, Guatemala (Sanders y Murdy, 1982), así como en Perú los valles costeros de Virú (Willey, 1953) y Santa (Wilson, 1988), y, tierra adentro, Mantaro.

En Tehuacán, la agricultura despunta hacia el quinto milenio antes de Cristo. Quienes moraban en el valle casi triplicaron su número entonces, aunque la densidad de población permaneció baja: no sobrepasó un habitante por kilómetro cuadrado hasta el primer milenio antes de Cristo. La gente de Tehuacán se alimentó cada vez más —por encima de la mitad de la dieta— de los frutos de las cosechas. El desarrollo de sociedades plenamente campesinas, con densidades crecientes y alimentadas mayormente por la agricultura, no se alcanzó sin embargo sino hasta las vísperas de nuestra era (véase cuadro 2.1).

En la cuenca central de México, Sanders y sus colaboradores hallan por otra parte que una población dispersa de unos 5000 habitantes quintuplicó en medio milenio (hasta el año 650 a.C.), triplicó luego hasta el 300 a.C. y, para el año 100 de nuestra era, volvió casi a duplicar, situándose en unos 145000. Llegado a este punto, el alza sostenida se detuvo dando paso a grandes oscilaciones y migraciones. Del estancamiento salió varios siglos después, dando un salto formidable: la población de esta cuenca se duplicó casi cada siglo: de 175000 habitantes pasó a contar con alrededor de 1.2 millones, entre 1200 y 1519.

Para Guatemala, Sanders y Murdy (1982) han expuesto cómo las densidades pasaron gradualmente de 0.6 habitantes por kilómetro cuadrado en el periodo formativo (1500-1000 a.C.) a cerca de 120 en el clásico tardío (600-800 d.C.), en el valle de Kaminal Juyú. La última densidad, alta incluso para nuestros días, no duró mucho tiempo. Habiendo alcanzado su saturación, el valle comenzó a perder gente. Su declinación se prolongó por cuatro siglos hasta repuntar en parte por

Cuadro 2.1. Densidad humana y proporción de la alimentación derivada de la agricultura. Tehuacán, 10000 a.C.-1500 d.C.

Periodos	*Densidad por 100 km²*	*Porcentaje de la dieta compuesto por productos agrícolas*
10700-7000 a.C.	0.5	1
7000-5000	2.25	5
5000-3400	6.25	14
3400-2300	13.7	21
1200-900	42.62	43
900-100	165.0	58
100-700 d.C.	1.11	65
700-1500	3.639	75

Fuente: MacNeish, 1970.

inmigración. Esta segunda alza no alcanzó las alturas del periodo clásico. Los arqueólogos han observado el mismo bache en otros sitios y discuten las razones del colapso (Culbert, 1973). La degradación del suelo, la desnutrición y la enfermedad suelen ser los factores más aducidos de la caída de la civilización maya clásica (Santley *et al.,* 1986). Según las zonas, estos factores operaron con distinta incidencia. Los mayas costeños o los que habitaban fuera de la selva fueron los que, al parecer, menguaron menos. Es posible, por otra parte, que el colapso haya sido más que nada un fenómeno urbano y que la población se hubiera dispersado y emigrado al caer en ruinas las ciudades. En determinados lugares, el crecimiento no se interrumpió incluso sino hasta la entrada de los españoles.

Las cantidades que presentan los trabajos de los arqueólogos constituyen meros órdenes de magnitud y encierran un margen de error amplio. Su escala guarda empero correspondencia con estadios económicos y sociopolíticos. Tamaño de población y tipo de sociedad se hallan en efecto correlacionados. Es evidente que la roza no sustenta la misma cantidad de gente que la siembra o la milpa, o que altas densidades favorecen, al revés, una mayor estratificación social y una centralización del gobierno.

La evolución descrita prueba que la población prehistórica no siempre progresó, sino que las etapas recesivas pudieron llegar a durar siglos, como ocurrió en Mesoamérica. Estudios edafológicos de S.F. Cook (1949a y b) en Teotlapan, pero también en la Mixteca Alta, Michoacán y Veracruz, hace tiempo que llamaron la atención sobre la existencia de fases de erosión con la consiguiente despoblación del lugar. Los estudiosos de la civilización maya otorgan gran importancia a este fenómeno (Murdy, 1985), pero no es la única explicación. La investigación reciente del valle peruano de Santa (Wilson, 1988) sugiere que los avatares políticos también pudieron incidir sobre la ruina de una comarca. A raíz de la conquista del valle por los moche (400-600 d.C.) se observa allí, en efecto, una merma considerable de población, nada menos que del orden de 25%. Santa se recuperó luego de una manera espectacular y los núcleos habitados se multiplicaron. Sin embargo, entre 900 y 1350 d.C., el valle volvió a decaer. En esta segunda ocasión, perdió nada menos que 71% de sus habitantes. Wilson atribuye la despoblación a su conquista e incorporación al Estado chimor.

Para los últimos tiempos precolombinos, la documentación colonial temprana complementa los datos arqueológicos. Cronistas, recaudadores o litigantes traen frecuentes referencias al pasado inmediato. En la tradición oral recogida por escrito a la sazón figuran noticias de interés demográfico, como son las relativas a sequías y mortandades, a enfermedades o epidemias, a la actitud frente a la reproducción o a movimientos de pueblos. Los códices o cronistas indígenas contienen amplias referencias a sequías y hambrunas, como el episodio que puso en marcha a todo un pueblo —los toltecas— hacia el Anáhuac (Florescano y Malvido, 1982), o también a epidemias. En cuanto a las endemias, Glade (1979) achaca, por ejemplo, a las que existían en la selva el haber impedido que los incas avanzaran hacia el oriente. Por lo que respecta a la reproducción, las altas densidades ¿acaso indujeron a la regulación de la población?

Las comunidades campesinas y los grandes Estados de México central y de los Andes mostraron varias veces interés en ajustar la reproducción a los recursos disponibles. En los Andes, el Estado incaico impulsó el crecimiento de las poblaciones que tutelaba propagando

entre ellas técnicas de intensificación de los cultivos, como la construcción de andenes irrigables, así como también desplazando grupos de *mitimaes* a zonas poco pobladas pero de gran potencial agrícola. De los *tambos* o depósitos estatales, las comunidades recibían por otra parte alimentos cuando la cosecha fallaba, con lo que paliaban la mortalidad catastrófica cuando estallaban las hambres periódicas. En sentido restrictivo actuaron en cambio las guerras de conquista y las mitas en obras públicas, las cuales detrajeron muchos varones de la actividad agrícola y de la vida matrimonial, así como acarrearon pérdidas humanas. Más aún, los cupos de muchachas entregados al Cuzco, donde servían en varias capacidades o entraban en el hogar de funcionarios o guerreros con varias esposas, condenaba a la soltería a buen número de jóvenes en las comunidades. Las crónicas reflejan pues una política demográfica contradictoria entre los incas. El saldo no resultó con todo negativo, pues la población tendió a crecer. En los Andes, no se dieron por cierto *guerras floridas,* al estilo de las de México, para captura y sacrificio de vencidos (Rabell y Assadourian, 1977). Por la frecuencia de su uso, el ritual azteca puede sugerir un intento por frenar el crecimiento.

La regulación adoptó asimismo variedad de procedimientos, desde los tabúes sexuales a los usos violentos del aborto y del infanticidio. Este último vino envuelto a menudo de un aura religiosa. Los sacrificios rituales de párvulos figuran, por ejemplo, de manera prominente en la cultura santamariana del norte argentino. Urnas funerarias de una belleza plástica singular conservan los restos de ritos tan macabros, inimaginables en aldeas faltas de población. El ejemplo expuesto por los arqueólogos en Santa María es tardío, pero palmario. El afán por contener la población dentro de ciertos límites quizá se remonte hasta sociedades no agrícolas remotas. Según Rick (1979), los cazadores de vicuñas que ocupaban residualmente las punas de los Andes aprendieron, a costa de una larga recesión (7000 a 3000 a.C.), a regular la dimensión del grupo, evitando con ella la sobreexplotación de la caza y la emigración. Fue así como el radio de sus cacerías se estabilizó.

Aparte de las migraciones forzadas impuestas por los gobernantes incas, constan otras prehistóricas. Las más sonadas son las de los toltecas,

chichimecas y nahuas, que ocuparon el valle de México en oleadas sucesivas. Los toltecas siguieron, por cierto, siglos más tarde hasta el norte de Yucatán, que dominaron. Al decaer los Estados formados, sus descendientes se trasladaron a su vez a las tierras altas de la península situadas hoy en Guatemala, expulsando a parte de los naturales y formando allí los reinos quiché (Fox, 1980). Blanton (1981) supone, por otro lado, que el declive de Monte Albán, a comienzos del presente milenio, se debió a un desvío de la migración de los campesinos de las sierras de Oaxaca hacia las ciudades del valle de México. Sociedades menos avanzadas emprendieron también migraciones. Las Antillas, por ejemplo, fueron pobladas por oleadas sucesivas de pueblos agrícolas originarios de la Amazonia. La última de ellas, la de los caribes, estaba aún en plena progresión cuando llegaron los españoles.

3. LA CONCENTRACIÓN EN CIUDADES

Pueblos y ciudades surgieron como centros religiosos, administrativos y económicos en sociedades con creciente diferenciación social. En ellos los dirigentes y sus servidores cumplieron tareas no directamente productivas distanciándose del común que proveía su manutención (Schaedel, 1972). Los centros adoptaron diversas configuraciones y se enlazaron entre sí en sistemas urbanos jerarquizados.

Los primeros lugares hacia los que las masas campesinas solieron converger regularmente fueron centros ceremoniales. Sitios característicos de la primera época son Chavín de Huantar en la sierra septentrional de Perú, Mirador entre los mayas o La Venta en la cultura olmeca del Golfo de México. Estos santuarios datan de los últimos siglos antes de nuestra era. Aunque fueron muy concurridos, poca gente los habitó de forma permanente. Sus funciones económicas y políticas fueron todavía escasas.

La urbanización, en toda su complejidad y dimensiones, comienza con los primeros siglos de nuestra era. Cómo se formaron y evolucionaron estos primeros núcleos urbanos viene ejemplificado por un estudio local del valle de Teotihuacán, sede de una de las mayores

ciudades prehistóricas del continente. Sanders (1966) distingue dos fases principales en este proceso de urbanización. En la primera, la población descendió de las cumbres y laderas al fondo del valle, dando lugar a una intensificación de la agricultura. Una ciudad extensa y populosa floreció entonces desde el primer siglo antes de Cristo al séptimo de nuestra era. La población de Teotihuacán rondó los 85 000 habitantes. La diferenciación social se acentuó y se tradujo topográficamente en la formación de barrios por ocupaciones. La excavación de estos barrios está revelando el precario estado de salud de las capas populares, en la última fase en particular. Igual que en ciudades más modernas, los niños sufrieron una mortalidad elevada. La ciudad prehistórica sólo pudo sobrevivir por una continua inmigración del campo (Storey, 1986).

La segunda etapa de la urbanización del valle dura desde la destrucción de Teotihuacán hasta la Conquista. Ningún núcleo alcanza entonces la dimensión o la preeminencia religiosa, sociopolítica o económica de la antigua capital. Proliferan centros menores subordinados a una red cuya cabecera —Tula, Texcoco o Tenochtitlán— se turna fuera del valle. La supeditación a estos centros exteriores no quita que el grado de urbanización aumente en el valle: una cuarta parte de sus habitantes moraba entonces en núcleos de esta especie. El ocaso de la gran capital acabó con una concentración de la población en la ciudad primada y dio lugar a una distribución más equilibrada: más gente habitó centros de menor tamaño.

Estudios posteriores de Sanders (1976) subrayan el alto grado de urbanización alcanzado en vísperas de la Conquista: la mitad de los habitantes de la cuenca de México residía en grandes pueblos o ciudades. Texcoco tenía 25 000 habitantes o más; Amecameca, Xochimilco y Tlalmanalco más de 10 000 habitantes cada uno. Cabeza de esta red, Tenochtitlán constituía una gigantesca aglomeración de más de 300 000 personas. Dos terceras partes de ellas moraban en la isla y tenían ocupaciones urbanas (funcionarios, nobles, sacerdotes, artesanos...); el resto residía en barrios contiguos sobre las costas del lago Texcoco, y estaba dedicado al abastecimiento de la capital. Tenochtitlán llegó a ser la ciudad precolombina más poblada de América.

Entrada nuestra era, los cacicazgos de la costa del Perú rigieron Estados formados por varios valles. En el valle que dominaba al conjunto, un núcleo sobresalió sobre los demás. Ciudades propiamente dichas tardaron sin embargo en aparecer hasta que florecieron, entre 750 y 1200 de nuestra era, grandes imperios transregionales: en la sierra (Huari) o en el altiplano (Tiahuanaco). Las capitales ordenadas y populosas de estos imperios, a juzgar por la superficie que cubren sus restos, lucieron suntuosos monumentos, menores sin embargo que los anteriores de Teotihuacán. La disolución de estos imperios provocó la constitución de grandes centros regionales, como Chan Chan, en la costa norte, al que se atribuye una población de unos 35 000 habitantes.

De uno de los centros de la sierra meridional surgió el imperio panandino de los incas. Su capital, Cuzco, pasó a ser, junto con su contemporánea Tenochtitlán, una de las más pobladas del continente y, por la grandiosidad de sus palacios y templos, de las más monumentales (Schaedel, 1972). Cuzco dominó una amplia red de ciudades que los incas o habían sometido o habían erigido con fines militares, económicos o administrativos. Entre éstas cabe citar a Tomepampa en el reino de Quito, destinada a ser la capital del norte, o la inconclusa Ollantaytambo, en el vecino valle de Pisac.

La falta de un poder central entre los mayas, al estilo del que desarrollaron aztecas e incas, ha hecho suponer por un tiempo que los núcleos del periodo clásico no fueron ciudades, sino sitios ceremoniales de ocupación temporal y escasa población estable. Las excavaciones recientes en Tikal (Haviland, 1969), Cobá (Folan *et al.*, 1983), Copán (Webster, 1988), Dzibilchaltún y otros lugares han revelado extensos barrios de residencias permanentes dispersas entre huertos. La planta de Tikal o de Cobá cubre más de 60 km^2. Estas ciudades llegaron a sobrepasar los 50 000 habitantes en Tikal o pocos menos en Cobá o Uxmal. Las demás solieron tener entre una y dos decenas de millares. Los grandes monumentos patentizan sus funciones religiosas, a las que se añadieron las políticas y comerciales de todo centro urbano. La función mercantil es notoria en la costa, donde floreció el comercio marítimo. Tras el derrumbe escalonado de los centros clásicos hacia el año 800 d.C. la civilización maya se desplazó hacia el norte de Yucatán. Chichén Itzá fue

el centro primado del resurgimiento. A diferencia de las aztecas o incaicas, las ciudades mayas se alzan en tierra baja caliente, incluso frente al mar (Xelhá, Tulum).

Por más de un milenio, América levantó ciudades que alcanzaron el tamaño de las contemporáneas de Europa, Asia y norte de África. Cuando los españoles entraron en Tenochtitlán o Cuzco, no dejaron de asombrarse y las compararon con las mayores que conocían. Vázquez de Espinosa bautizó a Cuzco "la otra Roma de aquellas regiones antárticas". De las ciudades de Indias les impresionaban sus edificios y su tamaño, pero también su traza. La costumbre de dejar amplio espacio libre en el centro de la ciudad —las plazas— las tornaba a sus ojos familiares.

Las ciudades surgieron en el Medio Oriente, el Mediterráneo o la India varios milenios antes que en América. Tebas, Menfis o Babilonia, por ejemplo, superaron los 100 000 habitantes en el segundo milenio a.C., o Atenas, Ecbatana o Loyang en el quinto siglo a.C. (Chandler y Cox, 1974). Atlántico de por medio, aparecen las primeras ciudades dos milenios después, al filo de nuestra era. Iniciado el proceso se multiplicaron rápido. En un milenio, las ciudades salpicaron una banda de territorio recostada a occidente y que abarca de Chalchihuites, en el norte de México, hasta el pucará de Tilcara, en el noroeste argentino, o, con criterios más exigentes, de Tula a Tiahuanaco. Las ciudades puntearon las tierras altas donde se desenvolvieron las grandes civilizaciones, salvo el caso señalado de los mayas, y donde después se insertaría por cierto el dominio español.

4. LA POBLACIÓN INDÍGENA EN VÍSPERAS DE LA CONQUISTA

Los exploradores o conquistadores, en pluma propia o con la prestada por los cronistas, han dejado constancia escrita de que en su avance tropezaban con muchedumbres. Sus afirmaciones han sido puestas a veces en duda so pretexto de que exageraban las cifras para realzar sus hazañas o porque se les exige el actual sentido de la precisión. No todas las cantidades deben tomarse desde luego al pie de la letra. La crítica ha

destacado errores. Las fallas evidentes no invalidan sin embargo el testimonio unánime de la multitud.

El tamaño que la población indígena llegó a tener antes del encuentro es motivo de un debate aún no cerrado. La aparición de nueva información y la continua renovación de los métodos de análisis exigen una revisión periódica del tema. La cuestión tiene además ramificaciones, algunas de ellas emocionales, que mantienen viva la discusión. De la magnitud de la población aborigen depende en efecto nuestra apreciación del grado de desarrollo de las sociedades indígenas y nuestra interpretación de la Conquista. Los defensores de ésta preconizan cifras bajas en la creencia de que con ello logran disimular el siniestro; sus detractores las postulan altas por la razón opuesta, para subrayar los costes de la empresa. Es evidente, por lo demás, que el tamaño de esa población condicionó la capacidad productiva, el ejercicio político y el asentamiento humano en la colonia.

La estimación del volumen de esta población tropieza con problemas de información y método. Los historiadores suelen mirar al pasado a través del prisma del material escrito. Textos prehispanos apenas hay y la lectura de los primeros relatos del encuentro arroja noticias escasas y dudosas. Los historiadores se ven, por lo tanto, obligados a recurrir a métodos indirectos. Proyectan hacia atrás, por ejemplo, datos tardíos como las matrículas de indios tributarios. La operación requiere varios ajustes: introducir coeficientes para convertir tributarios en habitantes, estimar las lagunas que la confección o la preservación del padrón presentan y presumir la tendencia. Ante tantos supuestos, no es extraño que las conclusiones extraídas no reciban pleno crédito. Los arqueólogos, por otro lado, fundan sus cálculos de población en datos sobre restos humanos o ergológicos, sitios habitados o superficies cultivadas o en analogías con sociedades en un mismo estadio social y cultural. Sus hipótesis tampoco persuaden a todo el mundo. El debate entre especialistas no ha resultado sin embargo en vano. Gracias a él se han localizado y publicado fuentes que son relevantes incluso para otros temas históricos. Se han acotado los problemas descartando vías exploradas y se han refinado los métodos de análisis. La discusión no ha concluido todavía, pero el terreno va siendo despejado.

Aunque tienen hoy escasos valedores, todavía se citan estimaciones de la población aborigen en vísperas de la Conquista que oscilan entre un centenar de millones (Dobyns, 1966) y 13 millones (Rosenblat, 1954 y 1967). Entre ambos extremos, Denevan (1976) postula unos 57 millones para todo el continente. Antes que perseguir un total, siempre esquivo a fin de cuentas, consideraremos la cuestión por regiones o grupo étnico.

México central, de la frontera de los chichimecas al istmo de Tehuantepec, albergó la mayor población del continente. Una alta civilización se erigió allí sobre el pedestal de elevadas densidades alimentadas por una agricultura intensiva. La presidía una capital del tamaño de Tenochtitlán, ya comentado. El máximo atribuido en una laboriosa proyección hacia atrás de datos históricos asciende a 25.2 millones de habitantes para todo México central (Borah y Cook, 1963). Los estudios recientes basados en evidencias arqueológicas y ecológicas tienden sin embargo a recortarla a una docena de millones (Sanders *et al.*, 1979). De una hipótesis a otra, las dimensiones se reducen por consiguiente a casi la mitad. En la rebaja, la región no queda poco poblada; no hay inconveniente por ello para que las concentraciones avistadas por los españoles hubieran podido ser grandes. A estas cantidades hay que sumar para completar el cuadro los cientos de miles de indígenas dispersos en particular por el noroeste de México (Cook y Borah, 1971-1979, I).

Del istmo de Tehuantepec hasta el de Panamá se extendían territorios no menos habitados. Los 11 millones largos propuestos por Dobyns han quedado reducidos a la mitad, en la revisión de Denevan. Éste no cuenta en ellos a los habitantes de Yucatán, Chiapas, Soconusco, Tabasco y Belice, pero en cambio incluye a los de las tierras altas, de Nicaragua al sur y a los del litoral atlántico, que pertenecían al ámbito cultural costeño de Colombia y Venezuela. La falta en esta área de una unidad política por el estilo de la azteca o inca, la moderna fragmentación, más la yuxtaposición de ámbitos culturales distintos en las actuales naciones (pueblos mesoamericanos o sudamericanos y, en el litoral atlántico, selváticos) favorecen los estudios dispersos. De las investigaciones sueltas que han proliferado en los últimos años,

Honduras o Nicaragua han merecido la reciente atención de Newson (1986 y 1987); El Salvador, la de Fowler (1988 y 1989). Las regiones hoy pertenecientes a México han sido examinadas: Chiapas y Soconusco por Gerhard (1979) y Yucatán por Cook y Borah (1971-1979, II). Más pegados al terreno, Sanders y Murdy (1976) han ponderado la población de las tierras altas de Guatemala, y otros trabajos han descendido a ámbitos más reducidos: Bertrand (1983) ha abordado el caso de Rabinal, Lovell (1982) el de Cuchumatán y Veblen (1982) el de Totonicapán. Todos los estudios coinciden en que los naturales abundaban al llegar los españoles, aunque varias zonas habrían sufrido siglos antes una honda despoblación.

Área rica en hombres fue también la de los Andes. Una estimación reciente largamente sopesada asigna nueve millones al territorio que ocupa el actual Perú (Cook, 1981). A éstos habría que agregar los habitantes de los actuales territorios de Bolivia y Ecuador, que formaban parte entonces del Tawantinsuyu, así como los de los Andes septentrionales que hoy se reparten entre Colombia y Venezuela. Un cálculo rápido de Colmenares (1973) arroja unos tres millones para el espacio colombiano. El total de los Andes sobrepasaría de esta forma la docena de millones, bloque humano apenas inferior al de México.

La isla de La Española ha sido objeto de un animado debate desde el principio. Ocupada temprano, se le prestó mayor atención que a las demás grandes Antillas. Los textos de la época describen en ella multitudes. Como la población indígena se extinguió en poco tiempo se dudó sin embargo que hubiera sido tanta. Fray Bartolomé de Las Casas le atribuyó millones de habitantes. A Sauer (1966) le parece una suma aceptable en virtud de la capacidad productiva del suelo y de la sociedad indígena. Cook y Borah (1971-1979, I) se adhieren a esta línea. Moya Pons (1986b), proyectando hacia atrás igualmente la población empadronada a principios del siglo XVI, llega por razonamientos distintos a unos 400 000 habitantes, lo que equivale a cinco personas por km^2. Para Cuba, Puerto Rico, Jamaica y demás islas, la documentación y los estudios arqueológicos escasean. Las similitudes étnicas y culturales llevan a pensar en densidades análogas a las de La Española.

Las llanuras herbáceas del extremo meridional del continente, las pampas de la cuenca del Plata, están por otra parte siendo reevaluadas al alza a medida que se descubren en sus culturas trazos de un incipiente estadio agrícola. Quienes prevalecieron allí fueron empero los cazadores y la población no pudo por lo tanto sobrepasar unos centenares de miles esparcidos por un territorio vastísimo (Pyle, 1976).

El territorio comprendido entre el Orinoco, el Chaco y el extenso litoral atlántico es el que, por último, encierra más puntos oscuros. Una espesa floresta tropical y planaltos áridos ocupan su centro. A este territorio se accedió tarde, sigue siendo éste todavía poco conocido y puede deparar sorpresas. Si mal se sabe qué pueblos lo poblaron, menos cabe pronunciarse sobre cuántos lo hicieron. Denevan (1976) opina que la Gran Amazonia pudo contener 6.8 millones de habitantes. Hemming (1979), en un cálculo posterior, llega a unos 2.4 millones para un territorio algo menor, el del actual Brasil. Por lo que se refiere a la costa, Dean (1985) aporta pruebas de una intensa ocupación en la época en que Cabral la avistó.

3
EL DERRUMBE DE LA POBLACIÓN INDÍGENA

AMÉRICA APENAS MANTUVO CONTACTOS con otros continentes por milenios. De Asia vinieron en varios momentos pequeños grupos portadores de culturas diversas; de Europa llegaron, por otra parte, los vikingos en el siglo IX de nuestra era, pero las colonias que establecieron se extinguieron en el siglo XV. Su tenue presencia en la costa nororiental no repercutió ni en Europa ni aquí, en el orden demográfico u otro. Los escandinavos ni siquiera llegaron a intuir que habían alcanzado otro mundo.

En 1492, la segunda intrusión europea rompió el aislamiento de América. En un vuelco repentino, el continente quedó inserto en el orbe y desde entonces ha permanecido pendiente más de Europa y de África que de Asia. En medio siglo de avance incesante, los españoles ocuparon la parte más poblada del hemisferio. La producción, organización social y creencias de sus habitantes quedaron dislocadas y su población se desplomó ante enfrentamiento tan brusco.

Los primeros contactos entre naturales y españoles pudieron ser amistosos pero, en cuanto éstos se asentaron, la relación se agrió irremisiblemente. El primer asiento español data del segundo viaje de Colón, en 1493. Los pobladores de La Española sometieron a los indios a tributo o los pusieron a sacar oro de los ríos. Algunos fueron apresados e incluso enviados como esclavos a España, aunque la intervención de la Corona cortó de cuajo la esclavitud indígena. Ante el maltrato y las imposiciones, los aborígenes se rebelaron o abandonaron sus conucos. Los alimentos escasearon pronto, tanto para los naturales como para los españoles. Escasez, enfermedades y choques provocaron una violenta disminución de los aborígenes. Dos decenios más tarde, en 1514,

al repartirse indios entre los colonos sólo se hallaron 26 334, una minucia en comparación con los cientos de miles que habían poblado antes La Española, como hemos visto. En el padrón levantado en esa ocasión, las comunidades aparecen desbaratadas y las edades y los sexos se reparten de manera errática (Moya Pons, 1986b). La sociedad aborigen se presenta tan trastornada que su recuperación aparece seriamente comprometida.

Los españoles necesitaban sin embargo mano de obra para lavar los placeres auríferos y para cultivar víveres y caña. En reemplazo de los indios desaparecidos, cautivaron otros en las islas vecinas (Lucayas, en especial) o, más lejos, en la costa de la América meridional, sembrando por donde pasaban el terror y la despoblación. Un nuevo recuento de La Española, de 1570, encontró apenas unos centenares de indios descendientes de los originarios y de los raptados.

Primer territorio de América en acusar el impacto de la Conquista, La Española anticipa y condensa cuanto ocurriría con los naturales en el resto del continente, en grados evidentemente distintos. En las islas y en la mayor parte de las tierras bajas del Caribe, los indios acabaron por extinguirse; en las altas, no llegaron a menguar tanto. Muertes a mano airada y cautiverios causaron sin duda parte de aquella sangría. Apropiación de víveres y de la fuerza laboral tuvieron asimismo consecuencias fatales. Las enfermedades introducidas de Europa y África fueron en fin causantes de mortandades inauditas. La desarticulación de la sociedad es lo que, finalmente, impidió física y anímicamente una reacción y recuperación rápidas. En este capítulo, consideraremos primero el retroceso región por región, para luego sopesar uno a uno los diversos factores cuya combinación y suma suscitó una catástrofe sin igual en la historia de la humanidad.

1. LA CATÁSTROFE EN NÚMEROS

Los españoles pusieron pie en el continente con la expedición de Cortés. En su avance hacia el interior y en la captura de Tenochtitlán, una hueste compuesta por un puñado de hombres se enfrentó con decenas

de miles de guerreros indígenas. Las estimaciones sobre cuántos eran éstos varían (Cook y Borah, 1963, y Sanders, 1976), pero la desproporción entre españoles e indígenas fue en todo caso muy marcada. Sometido el territorio, los misioneros, animados por el espíritu de evangelización, bautizaron a millones de naturales apresuradamente, con una eficacia dudosa. Las noticias de la época concuerdan en que soldados o religiosos hallaron abundante población indígena.

Un siglo más tarde, el virrey Salvatierra resumía la matrícula de tributarios del centro de México, que se extiende de Nayarit y Tamaulipas, por el norte, hasta Tehuantepec, por el sur. En esta región, indios, mujeres, niños y ancianos, más las omisiones, sumaban 720 000, según Cook y Borah (1971-1979, III). En un siglo, la plétora inicial se había traducido en penuria; la Hacienda se inquietaba por la merma correlativa de sus ingresos.

¿Desde qué alturas se desplomó la población de México central y en qué proporción se contrajo? Las cifras de comienzos del siglo XVII, y algunas anteriores como las de 1568, proceden de padrones, o sea, que se hallan respaldadas documentalmente. Las omisiones de territorios o de capas sociales requieren ajustes, pero la base del cálculo es contrastable. Para los años anteriores a 1568, las cifras resultan en cambio menos fiables. Cook y Borah (1963) han propuesto varias para ese periodo. Con ellas han construido una secuencia que, de jalón en jalón, desciende firmemente desde 1519 hasta el nadir de 1625. De un máximo de 25.2 millones, la curva declina hasta los 720 000 indígenas (véase cuadro 3.1, columna 1). La serie ha alcanzado notoriedad y su poder de convicción ha inspirado ejercicios similares fuera de México. El debate en curso sobre la despoblación de América gira en torno a este trazado.

Predicamento no supone unanimidad. Como era de esperar, las cantidades han sido criticadas con varios argumentos. Slicher van Bath (1978) y Zambardino (1980) objetan varios de los métodos empleados para suplir la ausencia de datos. Convertir el tributo exigido a los pueblos en habitantes resulta arriesgado y les sugiere dudas. Otras verificaciones parten de la arqueología: Sanders (1976) examina los terrenos cultivados y la productividad agrícola en una zona menor que la estu-

Cuadro 3.1. Retroceso de la población indígena de México en el siglo XVI (en millones)

	México Central	*Meseta*	
	(Cook y Borah)	*(Cook y Borah)*	*(Sanders)*
	1	*2*	*3*
1519	25.2	6.4	2.9
1532	16.8	4.6	2.4
1540	6.3	2.4	–
1568	2.7	1.0	1.0
1580	1.9	0.8	–
1595	1.4	0.5	–
1625	0.7	–	–

Fuente: Cook y Borah, 1963, y Sanders, 1976.

diada por Cook y Borah, y deduce que no daban para una población tan alta como la postulada por ellos. Sanders da crédito a las cifras de 1568 en adelante puesto que se basan en recuentos, pero revisa las de la primera época para la que propone estimaciones propias. El cuadro 3.1 compara la propuesta más antigua con la más reciente. La primera columna reproduce la serie original de Cook y Borah para México central; la segunda recoge las cifras de población que corresponderían al área más restringida explorada por Sanders, y la tercera, las propuestas del propio Sanders para ese ámbito menor. En vísperas de la Conquista debió estar poblado, según él, por alrededor de 2.9 millones de habitantes, menos de la mitad de los 6.4 preconizados por Cook y Borah. Que en el nuevo trazado el declive resulte menos pronunciado no quita sin embargo severidad al descalabro. En el primer supuesto, la población original se redujo a 5.5%; en el segundo, a 17%. La población remanente en el segundo caso, aunque mayor que en el primero, no deja de evidenciar una tragedia.

Entre los istmos de Tehuantepec y Panamá, el descalabro fue por el estilo. Estudio de conjunto, como el que Cook y Borah dedicaron al México central, no hay para esta zona. Los trabajos recientes, cuyo balance presenta MacLeod (1973; véase asimismo, 1985), ofrecen una

variedad de casos, de los que se desprende a lo sumo una tendencia muy general. La zona es un territorio fragmentado en lo físico y en lo humano, y ello tiende a parcializar la investigación.

Cook y Borah (1971-1979, II), García Bernal (1979) y Farriss (1978 y 1992) han recapitulado la trayectoria del Yucatán septentrional. Desde la tasación de encomiendas hecha por Montejo en 1548 hasta 1609, los naturales disminuyeron de 240 000 a 176 000, es decir, una merma de 27%, que podría llegar a 80% si aceptamos unos cómputos hipotéticos para 1528, e incluso más aún si nos remontáramos hasta antes de las epidemias que precedieron a la exploración de la costa por los castellanos. La reducción tal vez no fue tanta. Teniendo la selva a mano, muchos indios pudieron huir para preservar su independencia y sus vidas, aunque sus rastros desaparecieran de los padrones. Sea lo que sea, un territorio a trasmano para los colonizadores y con hábitat disperso parece haber resistido mejor las presiones exteriores y evitado la extinción de los indígenas.

Más al sur, de Soconusco a Panamá, investigaciones recientes han puesto de relieve igualmente una drástica disminución de la población aborigen, que varía en proporción según las zonas. En general, las tierras frías altas retuvieron más habitantes que las bajas tórridas. En éstas, los indígenas prácticamente desaparecieron. El caso extremo se dio en Nicaragua, donde los naturales, que abundaban antes de la Conquista, fueron agotados en la tala y acarreo de árboles para la construcción de navíos, así como en la intensa, aunque breve, extracción de esclavos para Perú. Radell (1976) ha estimado en 448 000 el número de esclavos enviados por mar hacia el sur entre 1527 y 1536. En 1578, apenas quedaban 8 000 indios en toda Nicaragua.

Para el conjunto de los Andes colombianos, sólo contamos con estudios también locales. Según las revisitas de tributarios de Tunja, dadas a conocer por Friede (1965) y Colmenares (1970), y reelaboradas por Cook y Borah (1971-1979, I), los naturales menguaron en esta provincia de 232 407 en 1537 a 168 440 en 1564 y a 44 691 en 1636, o sea, que en un siglo quedaron reducidos a 19%. Otros estudios de revisitas de Colombia coinciden a grandes rasgos con estas apreciaciones. Colmenares (1969) echa en falta 73% de los indios en Pamplona,

fenómeno ocurrido entre 1559 y 1602; Fajardo (1969) calcula una disminución de 56% en Vélez, de 1572 a 1617, y Eugenio (1977), de 29% en Santa Fe, entre 1556 y 1602. La caída prosiguió durante el siglo XVII: en Tunja y Santa Fe los tributarios de la Real Corona perdieron, entre 1602 y 1690, 69 y 47%, respectivamente (Ruiz Rivera, 1975). Parte de la merma fue posiblemente sólo contable, por ocultación o fuga. En la vecina Venezuela, los testimonios señalan, por otra parte, que los naturales disminuyeron coincidentemente, a poco de fundarse Caracas.

Al sur de Nueva Granada, Quito acusó una pérdida de la mitad de sus tributarios entre los recuentos de los virreyes Cañete (1561) y Toledo (1573), o sea, en una docena de años (Tyrer, 1988). La baja parece haber sido compensada en algunas partes por inmigración desde el Oriente. Ante la amenaza de despoblación, las comunidades debieron llamar a los miembros que tenían destacados en pisos ecológicos complementarios. Su regreso dio lugar a una falsa impresión de crecimiento en el valle central (Powers, 1987). Costa, minas y Oriente fueron las comarcas de Quito más afectadas por el derrumbe demográfico. En las minas de Zamora, los indios pasaron de ser 6093 en 1561 a quedar tan sólo 685 en 1573 (Tyrer, 1988).

Los nueve millones de personas que N.D. Cook (1981) supone habitaban Perú al final del imperio incaico se redujeron a 589033 en 1620, pocas menos que las que había en México central en la época. Al cabo de un siglo, apenas quedaba pues 7% de la población existente en el momento del primer contacto. El máximo inicial es hipotético y por lo tanto discutible; la última cifra se basa en cambio en las consabidas visitas, que proporcionan datos más seguros. Según Assadourian (1985), fue en los primeros decenios de la dominación española cuando declinó la población más, contrayéndose a la mitad o menos. Documentar la caída, de un padrón a otro, sólo cabe sin embargo pasados estos primeros decenios e iniciadas las enumeraciones de indígenas. La primera visita general data en efecto de 1573 y fue el virrey Toledo quien la ejecutó completa en Perú y en los actuales territorios de Bolivia y Ecuador. Con estos datos más otros posteriores, Cook ha elaborado el cuadro 3.2. En él figuran normalizados al inicio de cada década los valores relativos

Cuadro 3.2. Población indígena del Perú, 1570-1620

	1570		*1580*		*1590*	
Región	*Tributarios*	*Total*	*Tributarios*	*Total*	*Tributarios*	*Total*
Costa Norte	20 401	77 529	15 353	60 651	11 759	48 270
Costa Central	25 189	128 820	20 567	101 399	17 082	82 044
Costa Sur	8 711	36 587	6 403	26 406	4 936	19 883
Sierra Norte	42 677	209 057	34 544	180 753	30 224	163 366
Sierra Central	42 024	241 143	36 955	207 381	33 025	181 111
Sierra Sur	176 003	571 394	103 739	506 910	93 465	452 961
Total	**315 005**	**1 264 530**	**217 561**	**1 083 500**	**190 491**	**947 301**

Fuente: Cook, 1981.

al Perú actual. Según este cuadro, la masa tributaria se contrajo en sesenta años (1570-1630) de 315 005 a 132 900, es decir, a poco más de la mitad. Las tres regiones costeras menguaron de 54 301 a 18 877, o sea, hasta 35%; las tres serranas, las más pobladas, algo menos, de 260 704 bajaron a 114 029, es decir, a 57%. La tragedia afectó obviamente más al litoral que a la sierra. Las tierras altas resistieron el embate con pie más firme.

En la Audiencia de Charcas, de los 91 579 tributarios matriculados en 1573 restaban 49 971 en 1684, año en que el duque de la Palata efectuó la segunda numeración general de los Andes (Sánchez- Albornoz, 1983b). El periodo observado es tardío, y la merma, en poco más de un siglo, de 45%. Los originarios, descendientes directos de los indios reducidos por Toledo en sus respectivos pueblos, menguaron más aún: en 1684, sólo quedaban 29 949 de ellos, o sea, un tercio de los de 1573. El resto estaba formado por una suma casi igual de 20 022 indios forasteros, o sea, inmigrantes, así como sus descendientes, los cuales habían acudido a ocupar las vacantes dejadas por la ausencia o defunción de los anteriores. Las comunidades compensaron en parte las pérdidas de esta manera. Los cambios de composición variaron de un lugar a otro: en los valles orientales, los originarios casi desaparecieron, pero los forasteros proliferaron. Pérdida absoluta, por evasión más que por muerte, fue la de los indios que huyeron a los territorios

Cuadro 3.2. (*concluye*)

	1600		*1610*		*1620*	
Región	*Tributarios*	*Total*	*Tributarios*	*Total*	*Tributarios*	*Total*
Costa Norte	9 160	39 062	7 252	32 131	5 835	22 815
Costa Central	14 331	67 710	12 140	56 942	10 374	42 323
Costa Sur	3 935	15 394	3 193	12 164	2 668	8 168
Sierra Norte	26 002	146 274	22 372	131 034	19 356	106 125
Sierra Central	29 731	159 082	26 874	139 998	24 431	109 792
Sierra Sur	84 599	406 266	76 905	365 644	70 242	299 810
Total	**167 758**	**833 788**	**148 736**	**737 913**	**132 900**	**589 033**

insumisos del Oriente, en cuya selva desaparecieron al menos de la vista de los agentes fiscales (Saignes, 1985a). Más al sur, consta no menos que los naturales disminuyeron en el Chile septentrional y central (Góngora, 1960).

Documentación escrita y de orden cuantitativo no existe, finalmente, para el resto del continente, la parte más extensa pero menos poblada. Su evolución demográfica tendrá pues que ser inferida de la arqueología. El Río de la Plata y Paraguay fueron ocupados tarde, sólo en parte, y sus indios no estuvieron sujetos a tributo. Sin padrones fiscales ni hasta ahora exploración arqueológica, no cabe presumir todavía qué ocurrió allí en los siglos XVI y XVII. En Brasil, por otro lado, las tendencias parecen haber sido por lo menos dos: en el interior, los pueblos sobrevivieron aislados hasta nuestros días, aunque no los perdonó la propagación hacia el interior de las enfermedades venidas de Europa y África (Denevan, 1976b); en la franja ocupada del litoral, los indígenas se extinguieron en poco tiempo (Dean, 1985). En el centro y norte de Norteamérica, en fin, los europeos entraron en contacto en el siglo XVII con una población aborigen disminuida ya por contagio. Ésta parece haberse contraído más en el valle del Mississippi y sureste que en el noreste. Aquí, lejos del Caribe, los indios se hallaban más aislados de los tempranos centros de colonización (Ramenofsky, 1987).

En suma, la documentación fiscal española permite trazar una evolución provisional de la parte más poblada del continente. Los decenios iniciales, de exploración y conquista, quedan fuera de estas cuentas, pues las matriculas sólo se levantaron una vez que la administración penetró y dominó el territorio conquistado, o sea, después de un tiempo. Los datos disponibles merecen reparos y requieren elaboración. Es necesario, por ejemplo, convertir el número de tributarios en habitantes, según un multiplicador flexible que varía a medida que se altera la estructura familiar.

Por otra parte, tributario no equivale a hombre adulto, puesto que muchos indios optaron por desaparecer. La Hacienda y sus comunidades los echaron en falta, pero no por ausentes dejaron de existir a efectos demográficos. Unas veces cruzaron las fronteras del imperio y allí procrearon para beneficio del continente, aunque no de la sociedad colonial. En otras ocasiones reemergieron en las haciendas como peones, en las ciudades como artesanos o sirvientes, o también so capa de mestizos. Es pues de advertir que la contracción demográfica fue inferior a la fiscal. En Perú, las estadísticas que permiten establecer la distinción empiezan tarde: originarios y forasteros únicamente aparecen en los registros aparte a partir de 1645.

De este breve repaso, queda en claro que los indígenas sufrieron un descalabro general, severo, largo y múltiple en su modalidad. ¿Qué factores desencadenaron la catástrofe?

2. LA VIOLENCIA

Los abusos a los que los indios estuvieron sometidos movieron a fray Antonio de Montesinos a levantar la voz contra las encomiendas. La protesta se convirtió en un auto de acusación general en la pluma prolífica de Bartolomé de Las Casas. Su prosa vívida no escatima relatos de matanzas y actos de brutalidad. Con la intención de ganar en credibilidad, sus textos polémicos concatenan episodios presenciados u oídos relatar. En su razonamiento, comparar la población antes y después del contacto cumple un papel fundamental. Las cifras que

alega yerran en el detalle, pero las líneas generales son ciertas (Sánchez-Albornoz, 1986). Las Casas ha tenido más éxito como publicista que como reformador. Sus escritos han configurado la imagen violenta de la Conquista.

Por más matanzas que haya habido, ellas no explican la intensidad ni la duración del descalabro. La captura de Cholula o el asedio final de Tenochtitlán supusieron sin duda un baño de sangre. El terror como instrumento de guerra o el expolio de vituallas o riquezas fueron recursos habituales. La violencia alcanzó extremos vesánicos en el caso de la entrada de Nuño de Guzmán por Michoacán y Jalisco. En estas acciones no sólo perdían la vida los guerreros, sino los indígenas de todas las edades y sexos. La violencia desatada avivó, por otra parte, rivalidades interétnicas, como la que dividía de antiguo a tlaxcaltecas y cholutecas, y dio ocasión para la reanudación de los enfrentamientos entre grupos indígenas. Espadas de acero, puntas de lanzas y flechas de hierro, arcabuces y cañones poco herían o mataban. Por más daños que causaran en una batalla, no dejaban de ser por lo demás momentáneos. De las guerras contemporáneas, la población se resarce a pesar de la mayor capacidad destructiva del armamento moderno. Vueltos los soldados a casa, los nacimientos aumentan, compensando las pérdidas en combate al cabo de poco tiempo. Si los indígenas del Nuevo Mundo tardaron generaciones en recuperarse, otros factores, y no las muertes violentas, debieron haber intervenido.

La guerra no castigó sólo en el campo de batalla. Los soldados vivieron del terreno y, al cruzarlo o al aposentarse, solieron agotar las reservas que la población local tenía constituidas. Las campañas militares destruyeron cosechas y entorpecieron la siembra. La requisa de cargadores para transporte de pertrechos y vituallas detrajo brazos a las comunidades. Las tropas auxiliares, que los conquistadores arrastraron en sus expediciones, murieron en combate o no regresaron. Los huancas, por ejemplo, se redujeron a la cuarta parte al cabo de 40 años de guerrear al lado de los españoles (Espinoza Soriano, 1981). El desbarajuste de la producción y de los intercambios ocasionado por éstos y otros episodios dio paso al hambre y con él a enfermedades y muertes.

Algunos primeros padrones de indios presentan muescas en el grupo que por su edad pudo ser víctima de la contienda. La cima de la pirámide es más ancha que las capas de los adultos. Viudas y huérfanos abundan (Ortiz de Zúñiga, 1967). Estos trazos atestiguan por sí mismos el mayor tamaño de la población anterior a la Conquista.

3. EL REACONDICIONAMIENTO ECONÓMICO Y SOCIAL

La conmoción que la entrada de los españoles provocó entre los indígenas no cesó al consolidarse la Conquista. Los europeos siguieron acudiendo en números crecientes y desplazando a los naturales de sus tierras y posiciones. No venían ya en son de guerra, sino a comerciar, administrar y a explotar el suelo y el subsuelo. Para las sementeras, hatos, minas y ciudades necesitaron brazos; repartimientos, conciertos o mitas se los procuraron a costa de los pueblos de indios. Por compra, composición, merced o usurpación de derechos, los españoles fueron entre tanto adquiriendo tierras. Un grupo privilegiado reducido tomó en tributo de los indios alimentos y materias primas o manufacturadas. La multiplicación de un estrato social ajeno y la captación por éste de la energía, los productos y la propiedad del otro redundó a la fuerza en un deterioro progresivo de la condición indígena, expuesta por añadidura al embate de las enfermedades importadas.

Las plantas y los ganados que también invadieron el continente, unas veces beneficiaron a los indígenas, pero las más los perjudicaron. Los españoles pretendieron disfrutar en América de la dieta mediterránea a la que estaban acostumbrados: trigo, carne, vino, aceite y dulce. Intentaron que el trigo fuera sembrado para el pago en especie del tributo. Vista sin embargo la reticencia de los indios, los colonos optaron por cultivarlo contando con peones indios. Del vino y aceite, menos acomodaticios que los cereales a la variedad de temples y suelos, la producción quedó circunscrita a pocas comarcas.

El ganado, por otra parte, se reprodujo con sorprendente rapidez. El menor (puercos, cabras y ovejas) se incorporó en seguida a la economía doméstica y a la dieta indígenas. Los cerdos en fuga se adentraron

por las selvas y pantanos y, domesticados, se aposentaron en los pueblos serranos. En los Andes, la oveja de "Castilla" desplazó en buena medida a los rebaños de llamas y alpacas. El ganado mayor (vacunos y yeguarizos) se multiplicó a sus anchas en las praderas que se desbrozaron para su cría, o, huido, se adueñó de las pampas del Río de la Plata, los llanos del Orinoco o las planicies del norte de Nueva España, formando rebaños gigantescos. Los pueblos cazadores se transformaron gracias a estos nuevos huéspedes en nómades ecuestres. En los lugares densamente poblados, el ganado no fue benéfico, sino que perjudicó a los agricultores. Vagando suelto por tierras no acotadas, nada le impidió invadir los sembrados, asolando las cosechas de los pueblos (Chevalier, 1962). A más ganado, menos hombres. De la desolación de los lugares vecinos, los terratenientes sacaron fuerzas y argumentos para adquirir baldíos e incrementar sus rebaños.

Por muerte o por huida, la población rural quedó dispersa. Para contrarrestar la disgregación, la Corona emprendió una campaña de congregación o reducción. Los indios fueron obligados a mudarse a pueblos de nueva planta erigidos sobre una traza en damero al estilo renacentista. A juicio de las autoridades civiles y eclesiásticas, un núcleo aglomerado era más cómodo de gobernar y de adoctrinar, amén de resultar más viable económicamente. Los indios recibieron tierras en el nuevo pueblo y se les proveyó de autoridades civiles (alcaldes mayores o corregidores) o eclesiásticas (doctrineros). Para evitar la deserción, lo que no siempre se consiguió, el pueblo viejo fue a menudo derribado. El reasentamiento forzoso fue resistido por los naturales y a veces por los propios encomenderos. Desde el punto de vista demográfico, lo más significativo fue el reagrupamiento de los indígenas en nuevos núcleos grandes y relativamente parejos, de entre 1 000 y 3 000 personas. Culturalmente, la fusión en una misma localidad de gentes de distinta procedencia minó las singularidades étnicas profundamente enraizadas en el pasado.

Una campaña de esta envergadura hubo de ejecutarse por etapas y a tanteo. Pasada la gran epidemia de 1545-1548 se dispuso una congregación en gran escala. Ésta se llevó a cabo por toda Nueva España, pero fue interrumpida por muerte del virrey Velasco (Gerhard, 1977). Hasta

el filo del siglo siguiente, los virreyes Monterrey y Montesclaros no la reanudaron. Entre 1603 y 1608, un cuarto de millón de indios fue reasentado (Cline, 1949; García Martínez, 1987), es decir, una cuarta parte aproximada de los que sobrevivían entonces. En Perú, después de algunos intentos, el virrey Toledo emprendió una reducción de Quito a Charcas simultánea a la tasación general (Málaga Medina, 1972). Buena parte de los grandes pueblos de indios en los Andes datan de esa época. En Nueva Granada, el visitador Luis Enríquez dispuso en 1602 una operación semejante, pero la resistencia la condenó al fracaso (Colmenares, 1970). Reducciones más modestas se realizaron también, como las del Valle Central de Costa Rica (Meléndez, 1978).

La caña de azúcar, introducida por los árabes en el Mediterráneo y por los portugueses en las islas del Atlántico, halló en el Nuevo Mundo suelos y climas apropiados para su adopción. Su cultivo y elaboración ulterior se iniciaron en La Española y Puerto Rico y de ahí pasaron a las tierras bajas calientes de la Nueva España y la costa peruana. La caña ocupó aquí terrenos yermos por la extinción o disminución de los indios, es decir, que ella no instigó su desaparición. A falta de fuerza de trabajo, las plantaciones de azúcar debieron echar mano de la importada de África con, a lo sumo, un complemento ocasional de peones indios. El azúcar constituyó por cierto uno de los pocos productos agrícolas que fueron exportados a Europa.

Los portugueses desarrollaron el cultivo de la caña en los suelos ganados a los indios tupís en la costa del Brasil, de San Vicente en el sur a Pernambuco en el norte. Sometidos a esclavitud, pues la Corona lusitana no la prohibió sino hasta 1570, los naturales proporcionaron en un principio la mano de obra para la siembra, zafra y molienda de la caña. La dureza del trabajo en la plantación causó estragos entre ellos. Para reponer las pérdidas, los portugueses formaron *bandeiras* y extendieron la desolación por los pueblos de la selva o del *sertão* habitados por aborígenes insumisos o fugitivos. Los jesuitas se opusieron a estas incursiones y procuraron congregarlos en aldeas que llegaron a defender con las armas en la mano, en situaciones extremas. En las aldeas jesuíticas, los indios hallaron protección a cambio de una alteración radical de su modo de vida. En vez de merodear libremen-

te por la selva, habitaron en un emplazamiento fijo. No todos fueron capaces de ajustarse a la vida sedentaria y regimentada. Los naturales no dejaron de disminuir aquí (Schwartz, 1985). Por muerte, huida o reducción en aldeas, llegaron a escasear; los plantadores recurrieron entonces, más y más, a esclavos traídos de África. En el siglo XVII, las plantaciones dependieron casi exclusivamente de la fuerza de trabajo de los negros.

La minería causó también graves perjuicios. La intensidad del esfuerzo exigido en la criba de las arenas auríferas contribuyó a la extinción de los aborígenes en La Española. Agotados hombres y placeres, la mineración pasó al continente. En México o en Perú, los indios excavaron pozos o socavones, sacaron el mineral a la superficie y separaron la plata de la mena. Indios fueron también quienes arrancaron el oro a la tierra en Nueva Granada (Friede, 1967) y quienes extrajeron de Huancavelica el azogue con que se amalgamó la plata de Potosí (Lohmann Villena, 1949). Las minas de plata ahondaron la erosión de los pueblos indígenas, pero no la iniciaron. Cuando empezó la explotación en gran escala de minas en México o Charcas, los indios llevaban decenios declinando. Repartimientos o mitas mineras absorbieron la energía de las comunidades. Obligadas las provincias de Charcas a remitir un séptimo anual de sus hombres a Potosí, su riqueza y población decayó al punto en que la mita hubo de reajustarse a la baja cada tanto (Sánchez-Albornoz, 1983b).

Las construcciones públicas, civiles o religiosas, y las privadas absorbieron asimismo gran cantidad de mano de obra indígena. Del arrebato con que frailes, funcionarios y particulares se abocaron a edificar conventos, ciudades y casonas en el siglo XVI quedan espléndidos testimonios erigidos en piedra. El costo en vidas que supuso ese esfuerzo rara vez se toma sin embargo en cuenta. Fray Toribio de Motolinía equiparó la reconstrucción de la ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlán a una de las plagas bíblicas.

Si la caída que la población indígena experimentó de inmediato tenía una explicación clara para Montesinos y Las Casas, su duración no resultaba tan obvia para sus sucesores. No faltaron desde luego funcionarios lúcidos que formularon diagnósticos y propusieron re-

medios, alarmados por la suerte de sus tutelados. Los contemporáneos no acertaron sin embargo a otorgar el relieve merecido a una de las principales causas de la catástrofe, que trataremos a continuación. Exploradores y conquistadores portaron consigo enfermedades que en el Nuevo Mundo adquirieron una virulencia imprevisible.

4. LAS EPIDEMIAS

Animales domésticos y plantas fueron traídos por los hombres, y con ellos viajaron subrepticiamente semillas, insectos o roedores, así como bacterias desconocidas en el continente. Aparte de hombres, Europa transfirió pues a América su flora, fauna y su espectro patógeno en una expansión biológica conducente a la unificación ecológica del planeta (Crosby, 1972 y 1986). Los gérmenes europeos no dejaron de atacar del otro lado del Atlántico a quienes los introdujeron. En pocos meses, el hambre y un mal acarreado por ellos redujo a una tercera parte el número de españoles venidos en 1493. Guerra (1985) identifica este mal como una fiebre porcina contraída en Canarias e incubada a bordo. El caso no es excepcional, pero en términos generales los españoles resistieron relativamente bien estos ataques, mejor sobre todo que los indios. De españoles que enfermaban en los trópicos o morían antes de llegar a su destino hay noticias para los primeros tiempos, pero las sierras y mesetas donde no tardaron en asentarse les resultaron más benignas. Bacterias autóctonas contra las que no tuvieran inmunidades no les esperaban allí. América nunca llegó a ser la "tumba del hombre blanco", en la medida que lo fueron los trópicos de África y Asia.

El Mundo Nuevo no había tomado parte en el intercambio de microbios ocurrido a lo largo de siglos entre los viejos continentes. Los gérmenes habían fluido entre ellos a pesar de que desiertos o estepas se interponen entre Europa, el África subsahariana y los extremos de Asia. La peste bubónica se abatió, por ejemplo, sobre Europa en el siglo XIV, a partir de su foco en Asia, y no desaparecería sino hasta principios del siglo XVIII. Al cabo de siglos y milenios de transmisiones, los europeos llegaron a quedar inmunizados contra estos

males. Los adultos experimentaron desde entonces sus efectos de una manera benigna, aunque niños y ancianos o los organismos debilitados por desnutrición o hambre siguieron padeciéndolos sin piedad. A la llegada de los europeos, América, tierra virgen para estas afecciones, pagaría en cambio caro su aislamiento de milenios, como le pasó más adelante a Australia. Europa únicamente se había librado de las infecciones propagadas por vectores que habitan en los trópicos, como es el caso del mosquito trasmisor de la fiebre amarilla. El clima templado europeo impedía su reproducción. En América, los vectores africanos hallaron en cambio un ambiente propicio en los trópicos para su difusión.

Antes de llegar los europeos, los naturales habían padecido enfermedades. Los vestigios de éstas se hallan impresos en esqueletos o momias. Las identificadas van desde las virósicas de las vías respiratorias (influenza, neumonía, tuberculosis), las bacterianas intestinales (disentería), las parasitarias (males de Chagas y de Carrión o espundia), las degenerativas (artritis) y las venéreas (sífilis) hasta las debidas a la alimentación (salmonelas o bocio) (Newman, 1976; Ortiz de Montellano, 1990). Los mayas idealizaron su pasado recalcando la salubridad de una época que la Conquista arruinó (*vg*. el libro *Chilam Balam de Chumayel*). Los pimas de Arizona percibieron el cambio de morbilidad de un modo más sutil distinguiendo entre enfermedades "estantes" o crónicas, es decir, conocidas de antiguo, y las "itinerantes", introducidas por los forasteros (Merbs, 1989). Una sola enfermedad contagiosa, la sífilis, pasó en sentido contrario, de América a Europa, en una versión, por cierto, no de las más malignas.

Cruzado el Atlántico, las bacterias del Viejo Mundo encontraron huéspedes desarmados y aprovecharon para reproducirse en ellos a gran velocidad. A veces bastó que un barco recorriera una costa sin llegar a ocuparla para que el contacto entre marineros e indígenas provocara un brote que, por contagio, se difundiría luego por el interior. Las epidemias precedieron a veces a los españoles. Se adelantaron a Pizarro en el Perú, acabaron con la vida del soberano inca y abrieron la pugna por la sucesión que facilitaría la Conquista. Una epidemia de viruela desarmó también la resistencia azteca a Cortés.

Entre las enfermedades contagiosas de persona a persona, introducidas a la sazón en América, se encuentran unas que en Europa sólo revestían gravedad para los infantes: viruela, sarampión, escarlatina, tos ferina, fiebre tifoidea, poliomielitis... Entre las transmitidas por un vector se destacan la peste bubónica, el tifus y la malaria, propagadas por ratas, moscas o mosquitos. El tráfico negrero no tardó en sumar males africanos: la fiebre amarilla o la malaria en su variedad virulenta. Ambas adquirieron pronto un carácter endémico en las tierras bajas y calientes del continente (Cook y Lovell, 1991). Los estallidos violentos de viruela de 1519 en el Caribe y, en Brasil, el de 1558-1560, también se supone que procedieron de África (Alden y Miller, 1987).

Noticias sobre estas dolencias abundan en crónicas y documentos, bajo nombres antiguos o indígenas vagos: catarro, calentura, bubas, tabardillo, alfombrilla, romadizo, vómito negro, *cocoliztli, matlazáhuatl*... en idioma nahua, *gucumatz* en maya o *rupa* en quechua. Aun si la designación sigue en uso, como por ejemplo sarampión o viruela, no es seguro que fuera correcta la atribución que en su momento se hizo. Los diagnósticos actuales de los males referidos consideran los síntomas descritos y el curso de la enfermedad, así como qué tipo de personas afectaron. Descripciones de las epidemias no faltan, como la que escribió prolijamente en latín el protomédico de las Indias Francisco Hernández (Somolinos d'Ardois, 1982). Hernández recalca que el mal afectó en 1576 sobre todo a los jóvenes, respetó a los ancianos, se abatió sobre los indios de las tierras altas y frías y, sólo más tarde y en grado menor, atacó a los africanos y españoles. Las epidemias solieron discriminar, tal como hizo ésta, por edad y etnia, centrándose en los indígenas.

La primera epidemia de origen europeo data, como se ha visto, de 1493. Otras tal vez estallaran en los años siguientes y aceleraran la despoblación de La Española. Pasando al continente, la primera documentada fue la viruela que asoló México en tiempos de su conquista y que duró hasta 1521. El cronista López de Gómara describe su origen y sus efectos de la manera siguiente: "Costó esta guerra... muchas vidas de indios que murieron, no a hierro, sino de enfermedad; y fue que, como la gente de Narváez salió a tierra, salió también un negro con viruelas, el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallan, y

luego un indio a otro; y como eran muchos y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las mayoría de las casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos... Olían tan mal los muertos que nadie les quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y para que no les echasen en ellas, dicen que derribaba la justicia las casas sobre los muertos".

El sarampión, más benigno que el episodio anterior, tomó tierra en 1531 y repitió al año siguiente. El tifus atacó Nueva España en forma violentísima por tres años, 1545-1548. Estallidos mortíferos se sucedieron: en 1550, de paperas; en 1559-1560, de nuevo de tifus, posiblemente; en 1563-1564, tal vez de viruelas; en 1576-1580, de *cocolitzli* o tabardillo, el más largo y grave del siglo, caracterizado por lo general como tifus. El dominico Dávila Padilla comparó este brote con el de mediados de siglo. "Casi siempre —dice— hay en toda la tierra enfermedades agudas que van picando y llevando gente, suelen venir algunas pestes generales que los acaban por muy juntos. El año de mil y quinientos y cuarenta y cinco hubo pestilencia entre ellos [los indios] y murieron ochocientas mil personas. Con ser este número tan grande, fue pequeño respecto de los que murieron el año de mil y quinientos y setenta y seis, y setenta y siete, que cundió la peste por toda la tierra, con tanta prisa que apenas daba lugar a los vivos para enterrar a los muertos".

En las pestes posteriores —1587, 1595, 1604-1627— los síntomas se entremezclan y el brote se asocia con una hambruna. Su atribución concreta resulta difícil. Con el tiempo, las epidemias novohispanas no necesitaron proceder de ultramar, sino que brotaron de focos endémicos locales. Sus ataques comenzaron a perder intensidad (Prem, 1991).

Una cadena de epidemias surca pues el siglo XVI novohispano con ápices en 1520, 1545-1548 y 1576-1580. En la Audiencia de Guatemala, la cronología coincide con la de México salvo ligeras variantes: 1519-1521, 1533, 1545, 1558-1563, 1576-1578..., lo que sugiere que las epidemias se propagaron aquí desde el norte. Guatemala conoció además otros episodios locales mal definidos aún (Lovell, 1991). Retahila parecida se observa en Bogotá y Quito. Las epidemias no siempre vinieron aquí

desde México, sino que fueron introducidas directamente desde La Española, como la de viruela de 1556, o desde África, como el brote de viruela y sarampión de 1588 (Villamarín y Villamarín, 1991; Newson, 1991).

Grandes epidemias se abatieron también sobre Brasil, procedentes de Portugal y África. El primer estallido de viruela, procedente de Lisboa, se manifestó en Bahía con violencia y, de ahí, se propagó por tres largos años (1562-1565) a lo largo de la costa. Quienes huían de ella la propagaron por el interior. Un tercio de los indios asentados en el Recôncavo pereció en esta ocasión (Schwartz, 1985). Con la sustitución de indios por negros, la trata vehiculó desde África nuevas pestes. Éstas parece que coinciden con ciclos de sequía, hambre y epidemia en África occidental y Angola. En los siglos XVII y XVIII, Brasil dependió más al parecer de los focos africanos que de los europeos (Alden y Miller, 1987).

La primera epidemia de Perú, declarada en 1524-1526 y calificada de viruela, precedió la entrada de los españoles. La Conquista coincidió poco después con más brotes de la misma y de sarampión. A ellos siguieron el tifus de 1546, la influenza de 1558-1559, la peste de los dos años siguientes y la gran epidemia de 1585-1591, en la que se entrecruzaron viruela, sarampión, tifus e influenza. Mediado el siglo XVI, la concordancia entre norte y sur del continente se atenúa. La epidemia de 1585-1591 alcanzó en Perú un paroxismo que nunca tuvo en México. Algunos brotes procedieron de núcleos endémicos locales, otros tuvieron orígenes diversos. La viruela de 1585-1591 se supone que entró entonces por Cartagena traída a bordo de un barco negrero. Del puerto se remontó a Bogotá, de donde pasó a Quito, Perú, Charcas para terminar en Chile. Otros asignan al tifus esa misma ruta y hacen arrancar la viruela en vez de Cuzco. La influenza de aquellos años parece que se originó en Potosí, descendió a Lima y avanzó hacia el norte del Perú (Dobyns, 1963; Cook, 1981; Joralemon, 1982).

Que las pestes abarcaran con el tiempo territorios menos extendidos quizá se explique por el mayor espaciamiento entre núcleos habitados a consecuencia de la disminución de la población. Las densidades fueron a menos y, al desaparecer pueblos, mayores distancias se interpusieron entre los restantes. Ciertos métodos preventivos, como los cordo-

nes sanitarios o las cuarentenas, de eficacia probada en Europa, debieron implantarse e impedir la comunicación entre ciudades afectadas.

Los testigos de las epidemias, como López de Gómara o Dávila Padilla, aventuran a veces cantidades. La escasez de libros parroquiales y de padrones de la primera época y los pocos estudios realizados no permiten confirmarlas, pero los casos documentados resultan inequívocos. Un censo de las parroquias de San Andrés y Santa Isabel de Cholula, México, da cuenta de una mortalidad infantil casi normal en el tiempo de la epidemia de tifus de 1576-1577; la de los adultos se disparó en cambio hasta 75% (Malvido, 1982). Una copia del registro de bautismos y entierros del pueblo de Aymaya (Chayanta, Charcas), descubre por su parte constantes altibajos de 1574 a 1623. Ciertos años las defunciones superan a los bautismos. En 1590, por ejemplo, los entierros fueron 194 contra 20 de promedio a la sazón. De ellos, el párroco atribuye, específicamente, 147 a viruela. Los niños de menos de 14 años cargan entonces, al revés que en Cholula, con 40% de los óbitos (Evans, 1991). Las muescas del padrón del pueblo de Acarí (Camaná, Perú) de 1593 dejan por su parte entrever los efectos de las mortandades recientes entre niños y jóvenes, pero la fuerte emigración de los hombres enturbia la observación para la edad adulta (Cook, 1981).

Punciones de esta índole fueron recortando la población indígena. N.D. Cook (1981) ha construido un modelo para la espiral a la baja del siglo XVI. Según estos cálculos, un millar de personas sometidas a la virulencia y frecuencia de las epidemias registradas en Perú bien pudo quedar reducido a 207 en el mejor de los casos o a 83 en el peor en 1615. El ejercicio de N.D. Cook prueba que una contracción de esta envergadura no fue imposible, aunque tampoco garantiza que ocurriera así.

5. EL DESGANO VITAL

¿Qué papel le tocó a la fecundidad en el descalabro demográfico? ¿Pudo haber contrarrestado los efectos de una alta mortalidad? Una fuerte letalidad en la infancia comprime la capa que ha de entrar en

edad reproductiva años más tarde. Una generación "hueca" compromete los nacimientos de 20 años después. Ahora bien, las epidemias del siglo XVI no sólo barrieron a los jóvenes, sino que hicieron otro tanto con los adultos en condiciones de procrear. En el ejemplo de Cholula visto, la epidemia no afectó solamente la capacidad reproductiva futura de la población, sino que comprometió la inmediata, al desaparecer por su culpa nada menos que tres cuartas partes de los adultos. Nada de particular tendría que esa misma generación de adultos hubiera a su vez padecido un ataque parecido también en su infancia y que se hallara por consiguiente disminuida de antes. La concatenación de epidemias y la superposición de sus efectos precipitaron pues la contracción de las cohortes fértiles que se supone debieran haber reaccionado, pero no pudieron.

Crisis demográficas de esta índole han sido estudiadas en detalle para siglos posteriores (Malvido, 1973; Morin, 1973). Ellas no impiden normalmente el incremento de la población si las parejas se reconstituyen y conservan impulso genésico. Las crisis demográficas por hambres, pestes o guerras suelen dar lugar a una sobrenatalidad en los años en que la tranquilidad renace. Nuevas parejas se forman. Los viudos vuelven a casarse. Los matrimonios engendran los hijos pospuestos o perdidos. Capas "llenas" alternan con las "huecas". Las pirámides de población presentan en estos casos un perfil festoneado, pero que no se frunce. Semejante reacción es la que faltó en el siglo XVI.

Los padrones de los siglos XVI y comienzos del XVII muestran en cambio grupos familiares truncados o cortos, infinidad de viudas con hijos, que bien pueden resultar de matrimonios rotos por enfermedades, combates, accidentes o ausencias, como también pueden corresponder a madres solteras o, si no, a segundas esposas repudiadas a instancias de los religiosos, empeñados que estaban en imponer el matrimonio cristiano. Un análisis más atento descubre además que muchas de las parejas o no tienen hijos o tienen pocos. Las familias numerosas sólo se encuentran entre los principales.

Que las parejas tuvieran menos hijos puede deberse tanto a un aumento de la mortalidad infantil como a la difusión de la contracepción. En una carta dirigida al rey desde Santo Domingo, el provincial de la

Orden de Predicadores, fray Pedro de Córdova, escribe sobrecogido e indignado: "Las mujeres, fatigadas de los trabajos, han huido el concebir y el parir; porque siendo preñadas o paridas, no tuviesen trabajo sobre trabajo; es tanto, que muchas, estando preñadas, han tomado cosas para mover y han movido las criaturas, y otras después de paridos, con sus manos han muerto sus propios hijos, para no poder y dejar bajo de una tan dura servidumbre". Y luego prosigue: "[los cristianos] han destruido y desterrado de estas pobres gentes la natural generación, los cuales, ni engendran, ni multiplican, ni pueden engendrar, ni multiplicar, ni hay de ellos posteridad, que es cosa de gran dolor". El dominico denuncia la práctica defensiva de la contracepción y del infanticidio y vaticina la extinción del grupo indígena tal como ocurrió en La Española.

Años más tarde (*c.* 1550), un funcionario civil y no un eclesiástico, el oidor Lebrón de Quiñones, exponía en el continente un cuadro y un argumento parecidos: "En muchos pueblos, vistos estos trabajos, los que no se morían soy informado que tenían orden para que sus mujeres no concibiesen, y otros no tener acceso a ellas según orden de la naturaleza, sino contra él, y si algunas había que concebían procuraban matar las criaturas antes que saliera a luz, diciendo que no querían ver a sus hijos en el cautiverio y servidumbre que ellos estaban". La condición de explotado llevaba pues a la contracepción, el aborto y el infanticidio.

Un texto posterior del siglo XVIII repite el argumento, pero aporta una consideración nueva. El P. Gumilla en su libro *Orinoco ilustrado* expresa lo siguiente: "En las partes en que decaece conocidamente el número de indios —escribe— se ven muchas indias sin hijos y enteramente estériles: y éstas son las casadas con indios; pero al mismo tiempo se reconoce en los mismos parajes y pueblos que todas las indias casadas con europeos y con mestizos, cuarterones, mulatos, zambos y también las que se casan con negros, son tan fecundas y procrean tanto, que pueden apostar, a buen seguro, con las hebreas más rodeadas de hijos". La misma mujer en condiciones ambientales iguales, pero socialmente distintas, modifica su comportamiento. A mejor posición, mayor fecundidad. La diferencia no es racial, ni material, sino que está en la mente. "Si la india casada con indio procrea

—prosigue— salen indios humildes... sujetos al abatimiento, hijo de la cortedad de su ánimo y de su innato temor, obligado a tributo, a lo más... logran sólo su primer parto, para su consuelo, y toman yerbas para impedir los demás".

La negación de la vida conduce asimismo al alcoholismo, muy extendido entre los indios, y se extrema en el suicidio. Noticias de suicidios abundan en la primera época. Es más, constan casos de suicidios colectivos. De la causa última que insufló este desgano vital e impidió la pronta recuperación demográfica, el virrey marqués de Castelfuerte escribió en 1736 sagazmente: "Las causas de la decadencia referida de la población de las Indias son varias, y aunque todos los que han tratado y hablan de ellas ponen el principal origen de la ruina en el mismo principio de la conservación, como lo es el trabajo de las minas…, y aunque no dudo que este trabajo, el de los obrajes y otros concurren poderosamente al decaimiento, sin embargo, la universal, que aun sin estas causas, ha ido a extinguir esta nación es la inevitable de su preciso estado, que es la de ser regida por otra dominante, como ha sucedido en todos los imperios... El traspaso que hacen los conquistados del mando, de la estimación, de la riqueza, de la abundancia y lozanía a la nación conquistadora [afectan] naturalmente la propagación y la crianza de los hijos que no pueden mantener".

4
LA IMPLANTACIÓN EUROPEA Y AFRICANA

TRES MESES DESPUÉS de haber puesto pie en Guanahani y de haber recorrido la costa septentrional de Cuba y de La Española, Colón puso proa hacia España. Atrás quedaban, en el fuerte Navidad, 39 tripulantes de la carabela *Santa María* hundida frente a la costa. En su segundo viaje, Colón supo que el fuerte había sido arrasado y que sus ocupantes habían perecido. Pese a comienzo tan infausto, millones de europeos se aventuraron a cruzar el Atlántico durante cinco siglos sucesivos. Españoles y portugueses fueron los primeros en emigrar y poblar el Nuevo Mundo y, en su seguimiento, acudieron africanos, otros europeos, así como un puñado de asiáticos. El presente capítulo trata sólo de la migración y asentamiento en el siglo XVI y primera mitad del XVII.

1. ESPAÑOLES Y PORTUGUESES

La segunda expedición de Colón (1493) trajo a La Española 1500 hombres, sin mujer alguna. El hambre, la enfermedad y las deserciones redujeron pronto a una tercera parte el núcleo colonizador inicial en el que se incluyen algunas personas llegadas más tarde. La ciudad de Santo Domingo y varias fortalezas fueron levantadas en la isla por ellos, mientras nacían los primeros hijos, fruto del contacto de españoles con mujeres indígenas.

La presencia española fue reforzada en 1502. El gobernador Ovando trajo consigo 2 500 personas entre las que se contaban por primera vez hidalgos, funcionarios, artesanos y religiosos y un puñado de familias. La

composición del grupo denotaba un propósito más deliberado de inmigrar que el que pudieron tener los primeros pobladores arrastrados en la aventura. Antiguos y nuevos pobladores tomaron juntos vecindad en 15 villas fundadas entonces tierra adentro. Los naturales, sujetos al tributo y al servicio personal, quedaron obligados a proporcionarles víveres y mano de obra, gracias a lo cual los españoles pudieron dedicarse a sus empresas y a la administración.

Los primeros portugueses que se asentaron en Brasil fueron polizones o condenados por la justicia, abandonados en conmutación de su pena. Los sobrevivientes sirvieron de intermediarios con los indígenas, cuya lengua y usos habían asimilado durante su destierro. Los portugueses no tardaron en establecer factorías para la extracción a Europa de palo brasil, madera tintórea que dio nombre al territorio.

a] La medición del flujo

¿Cuántos españoles y portugueses emigraron en el primer siglo y medio de colonización? Para que podamos discutir cantidades, alguien tuvo que llevar las cuentas entonces y éstas haberse conservado. Pues bien, la Casa de la Contratación tuvo a su cargo el registro de salida de personas y barcos de España con destino al Nuevo Mundo y esta documentación se ha salvado de incendios, polillas o traslados, afortunadamente. Las licencias originales para pasar a Indias, los libros de asiento de pasajeros y los registros de navegación se encuentran hoy a consulta en el Archivo General de Indias. Documentación tan completa no existe para Portugal. La capacidad de gestión de la administración castellana se vio por lo demás eficazmente reforzada al concentrarse en Sevilla el despacho y recepción de los barcos. Sevilla era el puerto natural de la navegación con el Nuevo Mundo y encima los barcos fueron obligados a navegar en convoy, en flotas anuales protegidas, fáciles de fiscalizar. Estadísticas de navegación o emigración no fueron compiladas entonces. La tarea ha recaído sobre el investigador moderno.

El propio Archivo de Indias recopiló en tres volúmenes la información sobre pasajeros salidos entre 1509 y 1559, entresacándola de

los legajos. Después de 40 años de interrupción del proyecto, se agregaron otros dos más, que abarcan de 1560 a 1577. Los cinco tomos (Archivo General de Indias, 1940-1980) identifican a 25 000 personas, una parte solamente de cuantos cruzaron el mar. Al ritmo seguido hasta ahora, queda investigación para largo rato. Sólo la informatización en curso del Archivo será capaz de acelerar el escrutinio.

Que la documentación se conserve, en general, en buen estado y ordenada no quita que contenga fallas por las muchas manos que han intervenido en su confección y por el tiempo transcurrido: faltan años, se han perdido o trastocado papeles, las anotaciones no siempre son igual de detalladas o no quedan datos de otros puertos de la Península antes de que el despacho se centralizara en Sevilla (Jacobs, 1983). Por otra parte, los polizones no tienen por qué figurar, salvo denuncia o inopinada inspección del barco. La serie constituye un mínimo que requiere ser revisado al alza.

El pasaje clandestino escapó de las cuentas, pero no de las limitaciones de la navegación. Cada nave llevaba una tripulación, víveres para la travesía y un cargamento de mercaderías que justificaba económicamente el viaje. El espacio restante podía destinarse al pasaje. Sólo un máximo de personas, legales o no, cabía en cada barco. La cantidad de viajeros transportada pudo superar la del registro oficial, pero no sobrepasar un tope.

A partir del registro de Sevilla, Huguette y Pierre Chaunu han listado los barcos que circularon entre España y las Indias de 1506 a 1650. Sus 12 volúmenes consignan el tipo de cada embarcación, su fecha de partida y regreso, su destino y procedencia, su cargamento y otras circunstancias. Fijado el tamaño de las naves y las travesías realizadas por cada una, cabe deducir el máximo de personas que cupieron y que por lo tanto pudieron ser transportadas. Sobre la base de estos datos, Mörner ha recopilado el cuadro 4.1.

Sus dos primeras columnas informan, por periodos, el número de naves salidas o entradas en Sevilla. Los regresos están por debajo de las partidas, lo que lleva a suponer que la tripulación de los barcos que faltan o se perdió en los naufragios o quedó en Indias. Los marineros desertores han de computarse, por cierto, como migrantes. El

Cuadro 4.1. Emigración española a América, 1506-1650

	Travesías		*Promedios por nave*			*Emigrantes*		
	Ida (a)	*Vuelta (b)*	*Toneladas (c)*	*Tripulación (d)*	*Pasajeros (e)*	*Marineros (f)*	*Pasajeros (g)*	*Totales (h)*
1506-1540	1 781	1 092	100	30	15	16 536	26 715	43 251
1541-1560	1 511	1 206	150	40	20	12 200	30 220	42 420
1561-1600	3 497	2 408	230	60	30	52 272	104 910	157 182
1601-1625	2 480	1 711	230	60	30	35 912	74 400	111 312
1626-1650	1 366	915	300	80	40	28 864	54 640	88 504
					Totales	**1506-1600**		**242 853**
						1601-1650		**194 816**
						1506-1650		**436 669**

Fuente: Mörner, 1976.
Nota: El número de travesías y los promedios por nave proceden, mayormente, de Chaunu y Chaunu (1955-1958). Los marineros que quedaron en Indias (columna "f") resultan de sustraer las dotaciones de retorno de las de ida, menos una quinta parte perdida por mortalidad a bordo o en naufragio. El total de pasajeros (columna "g") se alcanza, a su vez, multiplicando las columnas "a" por "e".

cuadro incluye a continuación tres promedios anuales: arqueo, dotación y plazas. Las entradas o salidas de barcos, multiplicadas por los promedios de tripulación y plazas, forman las columnas de la derecha: marineros no retornados más pasaje. De este total, Mörner toma la precaución de rebajar una quinta parte por posibles defunciones a bordo o por naufragio. La suma de ambos renglones estima la emigración total.

El arqueo de los barcos —obsérvase— creció con el tiempo y con él la cabida para carga y pasaje por más que, a mayor desplazamiento, también mayor tripulación, la cual ocupó parte de la capacidad añadida. Los viajes fueron asimismo en aumento. En suma, entre 1600 y 1625, se sitúa el máximo de plazas disponibles, unas 4452 anuales. Más adelante, navegación y capacidad se redujeron.

El total de viajeros transportados en siglo y medio asciende según estas cuentas y en números redondos a unos 450000, suponiendo una ocupación plena. De ellos hay que deducir duplicaciones por personas que hicieron la travesía varias veces. Los retornos fueron sin embargo pocos a la fuerza, por el alto coste del pasaje y la escasez de

plazas, de modo que la emigración neta debió ser apenas inferior a aquel total.

En las playas o puertos de América, nadie tomó nota de la llegada de los inmigrantes. Éstos dejaron sin embargo trazos, nombres y firmas, en miles de documentos que proporcionan información personal complementaria de la de Sevilla. Boyd-Bowman, preocupado por el origen del habla de América, concibió precisamente la aventura de completar el catálogo de pasajeros a Indias con las personas que aparecen mencionadas en Ultramar. Tras búsqueda laboriosa, el lingüista identificó entre todas las fuentes unas 55 000 personas para el periodo comprendido entre 1493 y 1600 (véase el cuadro 4.2), el doble de las conocidas por otros conductos, aunque sólo una cuarta parte, más o menos, de las que presumiblemente migraron. Boyd-Bowman logró además reunir noticias de su procedencia, destino, condición social, ocupación y sexo. Aunque el repertorio siga incompleto, la proporción identificada es significativa permitiendo componer el perfil cambiante del emigrante del siglo XVI.

De Portugal se ignora cuántos salieron, pero se estima que unos 20 700 lusitanos habitaban Brasil hacia 1570. El 32% de ellos residían en Bahía, 29% en Pernambuco y 14% en San Vicente, con el resto dispersos por el litoral. Para las mismas fechas, López de Velasco atribuye a las 225 ciudades y villas de españoles 23 000 vecinos que, a razón de seis personas por uno, totalizan unos 140 000 habitantes, por consiguiente unas siete veces más que en Brasil. Entre ellos se incluyen en verdad algunos nacidos en América. Portugal, con una quinta parte de la población de su vecino y con colonias en tres continentes, mal pudo destinar a Brasil tantos recursos humanos como España al resto de América.

b] Procedencia y destino

Los cuadros 4.2 y 4.3 resumen por regiones la información personal recogida por Boyd-Bowman sobre los españoles que estuvieron en Indias en el siglo XVI. Según el primer cuadro, más de un tercio de

Cuadro 4.2. Emigración española a América, 1493-1600. Procedencias identificadas

	1493-1519		*1520-1539*		*1540-1559*	
		%		%		%
Andalucía	2 172	39.7	4 247	32.0	3 269	36.1
Extremadura	769	14.1	2 204	16.6	1 416	15.7
Castilla la Nueva	483	8.8	1 587	12.0	1 303	14.4
Castilla la Vieja	987	18.0	2 337	17.6	1 390	15.4
León	406	7.5	1 004	7.6	559	6.2
Provincias vascas	257	4.4	600	4.5	396	4.4
Galicia	111	2.0	193	1.4	73	0.8
Val., Catal. y Baleares	40	0.7	131	1.0	88	1.0
Aragón	32	0.6	101	0.8	40	0.4
Murcia	29	0.5	22	0.9	50	0.5
Navarra	10	0.2	71	0.5	55	0.5
Asturias	36	0.7	77	0.6	49	0.5
Canarias	8	0.1	31	0.2	24	0.3
Extranjeros	141	2.6	557	4.2	332	3.7
Totales	**5 481**		**13 262**		**9 044**	

Fuente: Boyd-Bowman, 1973 y 1976.

ellos procedían de Andalucía, lo que nada tiene de sorprendente, pues los barcos de la carrera de Indias salían y entraban, a fin de cuentas, por el Guadalquivir. Sevilla recibía las primicias del Nuevo Mundo y en ella se embarcaban los que se dejaban deslumbrar por ellas. La corriente no se surtió solamente de la ciudad de Sevilla y sus aledaños. Muchos otros andaluces, antes que nada los de la parte occidental, se hicieron también a la mar. La hipótesis de partida de Boyd-Bowman, que el habla de América procede en su léxico y entonaciones del andaluz, encuentra confirmación en estos datos. Sevilla fue, por otra parte, un centro de gran atracción para peninsulares y extranjeros. Nada de particular tendría que como sevillanos figuraran algunos de adopción.

Detrás de los andaluces vienen en rango los extremeños, debido a su proximidad geográfica. Ellos representaron una sexta parte del total de los emigrantes conocidos. Ambas Castillas se disputaron

Cuadro 4.2. (*concluye*)

	1560-1579		*1580-1600*		*Total*	
		%		%		%
Andalucía	6 547	37.2	3 994	42.2	20 229	36.9
Extremadura	3 295	18.7	1 351	14.2	9 035	16.4
Castilla la Nueva	3 343	19.0	1 825	19.2	8 541	15.6
Castilla la Vieja	1 984	11.3	970	10.2	7 668	14.0
León	875	4.5	384	4.0	3 228	5.9
Provincias Vascas	515	2.9	312	3.3	2 080	3.8
Galicia	179	1.0	111	1.2	667	1.2
Val., Catal. y Baleares	113	0.6	55	0.6	401	0.7
Aragón	99	0.6	83	0.9	355	0.6
Murcia	96	0.5	47	0.55	344	0.6
Navarra	112	0.6	52	0.55	300	0.6
Asturias	90	0.5	71	0.7	323	0.6
Canarias	75	0.4	24	0.2	162	0.3
Extranjeros	263	1.5	229	2.4	1 522	2.8
Totales	**17 586**		**9 508**		**54 881**	**100.0**

luego entre sí el tercer puesto. Durante la primera mitad del siglo XVI fue en efecto la meseta septentrional la que despachó más gente; en la segunda parte, ocurrió en cambio al revés: más salieron de la meridional. En escala menor, León se comportó como su vecina castellana.

Cinco regiones situadas en el cuadrante sur y oeste de España —Andalucía, Extremadura, ambas Castillas y León— aportaron en suma el grueso de los emigrantes: 89%. La novena parte restante estuvo constituida por gentes del resto de la Península y Canarias, sobresaliendo los vascos en la primera mitad del siglo. También entran en esta parte una porción pequeña de extranjeros (2.8%). De los protocolos de Lima, Cuzco y Arequipa, Lockhart (1968) ha extraído un repertorio de cuantos dejaron constancia, en diversas actuaciones notariales, de su presencia en Perú entre 1532 y 1560. Esta cala en la documentación de Indias arroja gran coincidencia con las proporciones halladas por Boyd-

Cuadro 4.3. Emigración española a América, 1493-1600. Destinos identificados

	1493-1519	1520-1539	1540-1559	1560-1579	1580-1600	Totales	Porcentajes
Santo Domingo	1 145	1 372	389	1 115	259	4 280	8.5
Cuba	743	195	32	191	209	1 370	2.7
Puerto Rico	111	108	51	152	22	444	0.9
Antillas	**1 999**	**1 675**	**472**	**1 458**	**490**	**6 094**	**12.1**
Florida	–	701	s/d	239	28	968	1.9
Frontera norte	–	s/d	s/d	s/d	420	420	0.8
México	–	4 022	2 057	7 218	2 360	15 657	31.2
Yucatán	–	278	s/d	120	60	458	0.9
Nueva España	–	**4 300**	**2 057**	**7 338**	**2 840**	**16 535**	**32.6**
Chiapas	–	s/d	s/d	s/d	21	21	–
Guatemala	–	468	s/d	478	151	1 097	2.2
Honduras	–	s/d	s/d	s/d	61	61	0.1
Nicaragua	–	137	181	250	16	584	1.2
Costa Rica	–	s/d	s/d	226	6	232	0.5
Norteamérica	–	**605**	**181**	**954**	**255**	**1 995**	**4.0**
Venezuela	–	350	s/d	167	67	584	1.2
Tierra Firme y Panamá	390	957	506	927	431	3 211	6.4
Nueva Granada	–	906	892	1.577	454	3 829	7.6
Quito	–	s/d	s/d	291	208	499	1.0
Perú (incl. Charcas)	–	1 434	3 248	3 882	3 451	12 015	23.9
Río de la Plata	–	1 088	600	768	169	2 625	5.2
Chile	–	–	999	488	343	1 830	3.6
Sudamérica	**390**	**4 735**	**6 245**	**8 100**	**5 123**	**24 593**	**49.0**
Totales	**2 389**	**12 016**	**8 955**	**18 089**	**8 736**	**50 185**	

Fuente: Boyd-Bowman, 1973 y 1976.
Nota: s/d = sin datos.

Bowman: 85% procedió de las mismas cinco regiones, con los andaluces igualmente a la cabeza.

Aparte de la selección regional, cabe otra más detallada. Boyd-Bowman (1973) nota en efecto que, de los viajeros identificados, un tercio procede de lugares contados de España. Entre 1520 y 1539, éstos fueron únicamente 17, lista que bajó incluso a sólo 11 durante el auge del flujo, o sea, entre 1560 y 1579. En esta misma fase, la mitad, no ya el tercio, salió de tan sólo 39 localidades. La emigración no fue pues un fenómeno generalizado, sino restringido a puntos muy preci-

sos de España. Esta restricción se explica por la constitución de cadenas que tiraban de parientes y paisanos e impuso un sesgo eminentemente urbano a la corriente. Aparte de los sevillanos, oriundos de una de las mayores capitales de Europa, la mayor parte de los emigrantes procede en efecto de pequeñas ciudades o grandes pueblos del reino de Castilla.

Los puntos de América a los que los emigrantes se dirigieron variaron bastante según las épocas (cuadro 4.3). Durante los tres primeros decenios, los españoles poblaron los contados territorios explorados hasta entonces: las Antillas y Tierra Firme (istmo de Panamá incluido). Poco después, la conquista de México les abrió un nuevo campo y, a partir de entonces, el continente fue absorbiéndolos. La sangría del Caribe fue compensada por un tiempo con nuevas entradas, pero llegó un momento en que los migrantes pasaron incluso de largo por él. Entre 1520 y 1539, un tercio de ellos entró directamente en Nueva España. En el periodo siguiente, 1540 a 1559, los mayores ingresos se dieron en Perú. Este territorio constituyó el punto de mayor atracción durante el cénit de la corriente emigratoria: de 1560 a 1579. México lo sustituyó sólo por un tiempo para volver a ocupar Perú el primer lugar a fines de siglo. La América del Sur fue sin duda el área principal de recepción en la segunda mitad del siglo XVI. Los cambios observados denotan con todo que los inmigrantes estuvieron alertas a las oportunidades y que se movieron entre ellas con harta flexibilidad.

En un estudio de detalle, Altman (1992) ha localizado en los protocolos de Trujillo y Cáceres noticias de aquellos que partieron de ambas ciudades extremeñas. Trujillo, cuna de Pizarro, revela en esta documentación una explicable preferencia por Perú: Pizarro reclutó, en efecto, a muchos de sus paisanos para la expedición que conquistó el imperio incaico. En seguimiento de éstos, más de la mitad de los trujillanos embarcados fue a parar durante el siglo XVI a los Andes; México atrajo en vez únicamente una cuarta parte. Los cacereños mostraron igualmente afición por Perú, aunque en menor escala. Cuatro décimos de los que partieron fueron a parar a Perú y el resto se desperdigó por el Nuevo Mundo. Paisanaje o lazos de familia dictaron por lo

tanto el destino de lugareños próximos, al menos en buena medida. La cadena de amigos y parientes operó la selección a la sazón, igual que hace ahora. La variedad de resoluciones individuales en las que se basa el movimiento migratorio, y que se sustentan en motivos e ilusiones que sólo cabe intuir por alusiones, escapan a las estadísticas. Fuentes como los protocolos, que apenas empiezan a ser consultadas, son en cambio las que pueden darnos acceso a ese imaginario.

Los portugueses asentados en Brasil procedieron más que nada del norte del país y de las islas Azores. Quienes se establecieron en el Noreste fueron principalmente oriundos de Miño y de Beira; los de las Azores es fama que poblaron Río de Janeiro. Brasil contó asimismo con un sedimento galo, reminiscente de la Antártica francesa y de la fundación de São Luiz de Maranhão, colonias que los portugueses lograron desalojar antes de que se afianzara el dominio francés. Treinta años de ocupación (1620-1650) dejó en Pernambuco, por otra parte, un tenue rastro holandés.

c] Características de los emigrantes

En las migraciones a gran distancia, quienes viajan más y primero suelen ser hombres jóvenes y solteros. La gran aventura de las Indias no constituye una excepción. Hasta mediados de siglo, pocas fueron las mujeres españolas que cruzaron el mar. Las que lo hicieron procedían en su mayoría de Andalucía, en una proporción incluso por encima de la de los hombres (cuadro 4.4). Consolidada la Conquista, los riesgos que importaba la vida en el nuevo continente disminuyeron, y más mujeres marcharon en las flotas. Unas acompañaron a sus familiares —maridos, padres u otros deudos—; otras fueron llamadas por parientes establecidos en Ultramar. Las menos fueron solas. A pesar de este aumento de su número, los sexos nunca llegaron a equilibrarse. A fines del siglo XVI, las mujeres apenas constituyeron una cuarta parte del pasaje.

Entre los primeros migrantes predominaron soldados y marineros, oficiales civiles y militares, así como misioneros, sin que faltaran

Cuadro 4.4. Emigración de mujeres, 1493-1600

	Mujeres	*% sobre total*	*% de andaluzas*
1493-1519	308	5.6	67
1520-1539	845	6.3	58.3
1540-1559	1 480	16.4	50.4
1560-1579	5 013	28.5	55.4
1580-1600	2 472	26	59.7
Totales	**10 118**	**16.56**	**58.16**

Fuente: Boyd-Bowman, 1973 y 1976.

por lo demás mercaderes, letrados y artesanos. En el contingente inicial coincidieron pues gentes de muy variada extracción social, entre las que se echan sin embargo de menos los extremos de la escala. Potentados y labriegos cruzaron el mar rara vez. Los primeros no necesitaban de las Indias para hacerse con fortuna o prestigio. Sólo más tarde, cuando el rey les encomendó altas funciones, empezaron a acudir para cumplir su mandato, pero sin ánimo de asentarse. Los campesinos, por otra parte, no tenían los medios para solventar el alto costo de un pasaje, por lo que no pudieron emigrar como tales. En cuanto a los artesanos, Lockhart (1968) observa la presencia temprana de muchos de ellos en Perú. Tejedores, herreros, albañiles, plateros y otros oficios llegaron a formar una cuarta parte del total de españoles allí residentes. Las artes y oficios que llevaron en sus manos y en sus cabezas debieron constituir un aporte de primer orden para el desenvolvimiento del país.

En la segunda mitad del siglo, la figura del criado abundó, llegando a constituir entre una octava o una novena parte del pasaje. El séquito de un alto personaje brindaba la oportunidad de emigrar a los ambiciosos faltos de medios. El amo se hacía cargo de las licencias de embarque y de los pasajes. El criado se entendía que entraba a servir por la duración del viaje y por un tiempo después en las Indias, al cabo del cual se replanteaba el compromiso. Si la lealtad había ganado la confianza del amo, éste o trataba de retener al criado en su casa o, a menudo, le procuraba mercedes o nombramientos, con lo que se abrían las puertas a la fortuna y a las altas posiciones a quien había

llegado poco antes. El servicio constituyó pues uno de los cauces de movilidad en la sociedad colonial. Entre los trujillanos y cacereños localizados por Altman (1992), la gran mayoría viajó en compañía de un familiar o de un amo. El individuo no solió constituir la unidad migrante.

Los emigrantes dejaron su tierra por una variedad de razones. Unos fueron a la aventura, incluso clandestinamente; otros, atraídos por ofertas de empleo en la administración pública o por negocios, y otros respondieron a llamados de América. Es de advertir que al tirar de paisanos y parientes, los residentes en el Nuevo Mundo anudaron cadenas que al reiterarse a veces por varias generaciones aseguraron un flujo continuo y un vínculo muy estrecho entre el Viejo y el Nuevo mundos.

La Corona vedó el acceso a las Indias a los extranjeros, sin perjuicio de lo cual algunos entraron. A veces lo hicieron después de naturalizarse en España. Entre ellos figuran principalmente los italianos, portugueses, alemanes y griegos. Fueron ellos ante todo comerciantes, marineros o artilleros, oficios los dos últimos imprescindibles para los que faltaba suficiente gente formada. Algunos sacerdotes oriundos de los dominios europeos de la Corona fueron asimismo admitidos para colaborar en la evangelización. Por otra parte, los portugueses tuvieron la entrada expedita en las Indias españolas a raíz de la unión de las coronas de Castilla y Portugal, durante los reinados de Felipe II y de sus sucesores (1580-1640), llegando a formar sólidas colonias en las grandes ciudades como Lima o México. Muchos de ellos eran cristianos nuevos y tenidos por judaizantes, por lo que sufrieron persecución en América. En reciprocidad, los españoles entraron en las regiones lusitanas disputadas de Santa Catalina y Paraná, e incluso en São Paulo, así como en las plazas fortificadas de la costa septentrional.

Los indígenas que recibieron a los españoles se contaban por decenas de millones, como se ha visto antes. Los españoles entraron en contacto con ellos no de una vez, sino por partes, es decir, con determinados pueblos. En todo caso, la desproporción entre unos y otros fue en un comienzo desmedida: algunos centenares de castellanos ante los cientos de miles de habitantes de La Española o Cuba o frente a los

millones de súbditos de los imperios azteca o inca. Las epidemias y la dislocación económica y social que sufrieron los indígenas los diezmó, acortando su superioridad numérica. La llegada ulterior de millares de españoles por año no pudo con todo compensar el desequilibrio de partida. A comienzos del siglo XVII, los españoles, más las varias generaciones de sus descendientes nacidos ya en el Nuevo Mundo, sumaban un centenar y medio de miles; los indígenas, 20 veces más. Los españoles siempre fueron pues minoría durante el periodo colonial. Los indios prevalecieron entre las capas rurales; los españoles, en las ciudades que fundaron.

Las 4 000 salidas anuales en comparación con los cinco millones de habitantes que debió tener la Castilla que se volcó hacia América, es decir, descontando el litoral cantábrico, representan alrededor de 0.8 por mil de la población de ese territorio, tasa muy inferior a la proporción que abandonó el país durante la emigración masiva de fines del siglo XIX (capítulo 6). Aquella sangría anual mal pudo causar la despoblación del reino, como argumentaron los arbitristas del siglo XVII. En Castilla quedaron, para empezar, las mujeres, el componente inexcusable de la reproducción. Las epidemias o hambres que asolaban al país periódicamente solieron por lo demás cobrarse más vidas que las partidas a Ultramar.

La emigración portuguesa presenta rasgos similares en cuanto a sexo, edad y extracción social, pero no fue un calco de la española. Es cierto que los hombres fueron igualmente jóvenes y solteros, y las mujeres pocas y que, en el orden social, falta la alta nobleza. No obstante, los desterrados abundaron al principio entre los primeros lusitanos de Brasil, figura que no tiene equivalente en las Indias españolas. Los hidalgos de la corte fueron, por otra parte, encargados de colonizar a su costa las 15 capitanías en que se dividió el litoral. Más tarde, con el auge azucarero, fueron muchos los artesanos que acudieron para la construcción y mantenimiento de los ingenios.

Los emigrantes españoles y portugueses no aportaron, tanto como en las oleadas posteriores, un cuantioso volumen de personas y brazos, sino que constituyeron los agentes de un cambio profundo. Los europeos promovieron la diversificación social, económica y cultural

del continente. En el orden étnico, con ellos entraron además los africanos y algunos asiáticos, arrastrados ambos en contra de su voluntad.

2. AFRICANOS Y ASIÁTICOS

Centenares de esclavos africanos, adquiridos en Sevilla, sirvieron de auxiliares en la conquista del Nuevo Mundo. Procedentes más que nada de la costa occidental de África, y por lo tanto susceptibles de haber sido islamizados, la Corona impidió el paso de estos esclavos ladinos con el fin de preservar la integridad religiosa de las Indias.

Las primeras licencias para la importación de esclavos fueron concedidas, como las otorgadas a Cortés y Pizarro, en compensación por gastos incurridos en la conquista o para favorecer a determinados oficiales reales. A medida que la escasez de brazos se agravó en las Indias, la trata se tornó una operación más mercantil.

Vedado el acceso a África de los castellanos por el tratado de Tordesillas, que repartió el mundo entre ellos y los lusitanos, los mercaderes portugueses que dominaban la trata en toda el África occidental tomaron a su cargo, hacia 1530, el aprovisionamiento de esclavos. Su base de operaciones estuvo situada en la isla de Santo Tomé. A fines de siglo, la Corona castellana optó en cambio por otorgar el privilegio de la trata a uno de ellos y suscribió con el mejor postor asientos de varios años de duración. Por un canon elevado, el mercader obtenía el derecho a introducir por su cuenta un cupo anual de negros bozales en Cartagena de Indias, desde donde se distribuían a las Antillas, Veracruz y Nombre de Dios. Desde Cartagena eran conducidos también a Panamá y, de ahí, a Perú en un viaje que podía consumir meses, fortunas y vidas. Otros puertos, como Buenos Aires, quedaron cerrados a este tráfico. El régimen de los asientos portugueses duró hasta mediados del siglo XVII.

Las licencias y asientos estudiados por Chaunu (1955-1960) indican que la Corona castellana autorizó la extracción de 170 000 piezas de África entre 1551 y 1640. “Pieza de Indias”, en el vocabulario de la época, equivalía a un trabajador en la edad de mayor

fuerza. Mujeres y niños, jóvenes y algunos hombres deformes o enfermos, representaban fracciones de la unidad, por lo que la suma autorizada representa un número mayor de personas. De ella, unas 100 000 piezas fueron concedidas en los cuatro primeros decenios del siglo XVII. Entre 1640 y 1650, en el momento de la rebelión portuguesa contra la unión de las coronas ibéricas, la trata estuvo suspendida.

Las autorizaciones no representan por lo demás ingresos efectivos. En ocasiones, los asentistas tropezaron con dificultades para completar los cupos. Por otra parte, el cargamento menguó en razón de su mal estado sanitario, la alimentación disponible y la duración de la singladura. A mayor tardanza, es claro que mayor susceptibilidad al contagio y mayor riesgo de deterioro de los víveres. La mortalidad de los esclavos en alta mar ha sido estimada en 20% antes de 1700, pero sigue discutiéndose. Últimamente se argumenta que los negreros no tuvieron interés en que su mercancía mermara y que la mortalidad resultó aleatoria, más que como consecuencia de un mal trato, por sistema. Los buques negreros fueron, por su parte, con toda seguridad el lugar de incubación de buena parte de las epidemias africanas luego propagadas por América (Klein, 1986a).

La trata legal no surtió a los dominios españoles de toda la fuerza de trabajo apetecida. Los altos precios exigidos, la imprevisión de la demanda por la Corona y el cierre de ciertas costas al comercio dieron lugar a escaseces puntuales que el contrabando holandés supo aprovechar. Habiendo conquistado Santo Tomé y buena parte de las plazas portuguesas en África a comienzos del siglo XVII, Holanda se encontró en condiciones de imponerse como intermediario.

Los esclavos introducidos en los dominios españoles en el siglo XVI y primera mitad del XVII fueron originarios del África occidental y del golfo de Guinea, y desde comienzos del siglo XVII también de Angola. Perú fue su principal destino en el continente. A mediados del siglo XVII se contaban allí 100 000 esclavos africanos, que constituían una décima parte de sus habitantes. México tenía en cambio unos 35 000 por entonces, los cuales representaban tan sólo 3%. En el Bajo Perú, las haciendas azucareras del norte y las vitícolas de la costa sur emplearon

esclavos, que también se hallaron al cuidado del ganado mayor, en el refino de la plata, en los obrajes y, por alquiler, en una variedad de trabajos urbanos. En la ciudad, poseer negros para el servicio doméstico otorgaba prestigio a la casa y al amo. A mediados del siglo XVII, los esclavos, en número de 14 000, equivalían a la mitad de la población de Lima (Bowser, 1974).

A finales del siglo XVI, Brasil dejó de exportar las maderas tintóreas y centró su economía en las grandes plantaciones azucareras de Pernambuco y Bahía. El experimento en San Vicente no tuvo continuidad y la producción se mudó del sur al norte. Brasil se convirtió entonces en el mayor proveedor de azúcar de Europa. Al principio, los plantadores hicieron trabajar a esclavos indígenas, a más de un puñado de africanos. La extinción progresiva de los indios de la costa, el alto coste de los capturados tierra adentro en expediciones a mayores distancias cada vez, así como los ingentes beneficios y capitales acumulados en el negocio, autorizaron una sustitución progresiva de la fuerza de trabajo indígena por la africana. La trata se hallaba en manos portuguesas, la fuente de abastecimiento se encontraba a pocos días de navegación con el consiguiente ahorro de costes y de vidas. Por lo demás, Brasil producía artículos (tabaco, aguardiente) codiciados para el trueque por esclavos. En el comercio directo, Brasil daba por lo tanto salida a su producción agrícola, prescindía del dinero en los tratos y evitaba a los intermediarios europeos.

Brasil adquirió en el siglo XVI unos 50 000 esclavos africanos, o sea, 25 000 menos aproximadamente que los dominios españoles. En la primera mitad del siglo XVII, las posiciones relativas se invirtieron. Brasil importó entonces unos 200 000, frente a los 132 000 de Hispanoamérica (Curtin, 1969).

El volumen de africanos introducidos debiera haber satisfecho la necesidad de renovación y expansión de esta mano de obra y reducido el recurso a la trata infame, pero los cautivos sobrevivieron y se reprodujeron mal. Las duras condiciones de su explotación les impusieron una duración de vida corta y la falta de vientres dificultó el reemplazo de las generaciones. La mayor parte del pasaje de los buques negreros estuvo en efecto compuesto por hombres jóvenes, a

pesar de que la Corona española dictó disposiciones, no siempre cumplidas, para que al menos un tercio del mismo fueran mujeres. Aun así, éstas hubieran sido insuficientes para la reproducción del grupo, tanto más en cuanto que las esclavas se unieron a menudo con los amos y procrearon mulatos. El mestizaje, la manumisión y la huida hacia los territorios insumisos fueron causa también de la reducción del grupo cautivo.

Últimamente se ha discutido si el desequilibrio entre los sexos fue impuesto por los tratantes y compradores o, más bien, por los vendedores. No es seguro que los plantadores prefirieran de una manera muy marcada a los hombres, pues las mujeres solieron trabajar a su lado en las tareas agrícolas, incluso las más duras. En cambio, los reyezuelos y mercaderes africanos que abastecieron los depósitos de esclavos sí tuvieron interés en reservarse las mujeres para su venta a los potentados y en el mundo árabe, donde se cotizaban a precios más altos. Sea como sea, la esclavitud perduró por continuas remesas transatlánticas.

Varios miles de asiáticos procedentes de Manila entraron por Acapulco de 1565 a 1597, hasta que Felipe II prohibió la trata de orientales. No sólo se desperdigaron por México, hallándose en la capital virreinal y en las ciudades del interior (Calvo, 1983), sino que fueron llevados también hasta Perú. El censo de Lima de 1613 descubre sus procedencias y ocupaciones. Junto con el grupo más numeroso de los chinos, se encuentran nipones, coreanos, camboyanos, hindúes y naturalmente filipinos, una gama pues de lo más variada, que denota movimientos previos, voluntarios o no, en la propia Asia. En cuanto a las actividades que desempeñaron en la capital virreinal, se centran en los servicios y en la artesanía (Cook, 1968).

3. LAS CIUDADES

Si los pocos miles de españoles que vinieron a Indias se hubieran dispersado en el medio rural, hubieran quedado diluidos y la sociedad autóctona los hubiera absorbido al cabo de poco tiempo. Para conser-

var su identidad y seguir compartiendo idioma, usos y normas, necesitaban permanecer agrupados. La ciudad española surgió pues por conveniencia de los colonizadores, pero también por su agrado, ya que buena parte de ellos procedían de centros urbanos, como acaba de verse. Los españoles recrearon en el Nuevo Mundo la ciudad que conocían y que era sobre todo la del sur de la Península recientemente reconquistada.

Conquistadores y pobladores fundaron ciudades y en ellas levantaron mansiones que habitaron incluso cuando, más adelante, sus intereses los llevaron a residir parte del año en sus haciendas. Las autoridades favorecieron esa costumbre. Una ordenanza estipuló incluso que debían poseer casa en la ciudad y ocuparla, al menos durante las principales festividades del año.

La ciudad de Indias fue española por sus habitantes, pero también por su trazado. Su planta adoptó la forma de un damero, con su plaza central rodeada de edificios públicos y mansiones. Este plano se conserva hasta hoy en el centro antiguo de las modernas ciudades hispanoamericanas. Sólo los improvisados campamentos mineros, como Taxco, Zacatecas o Guanajuato, se adaptaron al terreno irregular sobre el que se levantaron. Hasta las ciudades indígenas conquistadas fueron rediseñadas y reedificadas a la manera española, aunque fuera forzando su traza, como sucede en Cuzco.

La servidumbre indígena habitó en la ciudad en casa de sus amos, pero los indios que prestaban servicios generales —construcción, limpieza...— fueron alejados a barrios que una cerca, un río o cualquier accidente separaba de la ciudad española. La ciudad colonial constó pues de dos partes entrelazadas: el centro dibujado en damero y los *cercados* o barrios de indios, de planta no siempre regular. La segregación inicial se resquebrajó sin embargo a medida que se formaron, en el siglo XVII, las capas intermedias de mestizos, mulatos y negros libres, al mismo tiempo que, en su crecimiento, el casco superaba su perímetro original y abrazaba los aledaños.

La primera etapa de la evolución urbana de la América española comienza al fundarse establecimientos precarios en las islas y costas del Caribe al azar de los descubrimientos y de la impericia de los colo-

nizadores en tierras extrañas. De éstos, uno de los pocos que perdura es Santo Domingo, cabeza por un tiempo de todas las Indias.

La indefinición acabó cuando Hernán Cortés ascendió al Anáhuac y halló ciudades portentosas erigidas por altas civilizaciones. Advertido el valor simbólico que estas ciudades encerraban, se imponía suplantar la dominación política y religiosa que ejercían sobre los naturales. Los españoles emplazaron por consiguiente sus primeras ciudades encima de las urbes indígenas desplazando del centro a sus moradores. México se alzó así sobre los escombros de Tenochtitlán, la capital azteca; Trujillo, en el norte de Perú, junto a la antigua Chan Chan. Parte considerable de la red urbana colonial reproduce la aborigen.

La necesidad de administrar y enlazar un imperio continental, y no ya regional como habían sido los indígenas, obligó a fundar ciudades en otros sitios y con nuevas funciones. La erección de Los Reyes, la actual Lima, significó el traslado de la capital andina de la sierra a la costa del Pacífico para facilitar la conexión con la metrópoli. Veracruz, La Habana, Cartagena de Indias, Nombre de Dios, Panamá, Callao y, más tarde, Buenos Aires, surgieron como cabeceras de un tráfico transoceánico antes inexistente. Otras ciudades, como Arequipa, respondieron a las necesidades del intercambio regional. Puebla de los Ángeles se alzó al frente de una próspera región agrícola nueva. Otras, en fin, como Potosí o Zacatecas, dignificaron campamentos mineros formados a la aventura.

La red urbana básica se configuró temprano y rápido. Después de que Cortés pisara el continente, quedó constituida en apenas medio siglo, sin que por mucho tiempo sufriera modificaciones sustanciales. El cosmógrafo López de Velasco registró 189 ciudades en la *Geografía y descripción universal de las Indias,* que redactó sobre la base de documentos remitidos antes de 1574 al Consejo de Indias. El tamaño del vecindario figura en números redondos y no es producto de recuento especial. Dentro de su carácter aproximado, estos datos de población valen en cuanto que muestran cómo la administración las percibía y obraba en consecuencia. Sirven además para clasificar las ciudades por categorías. En Indias, la ciudad no pasaba entonces de ser, en término

medio, un pueblo que no había llegado a ocupar el espacio previsto por sus planificadores. Sus funciones —administrativas, económicas y religiosas— eran en cambio típicamente urbanas (Hardoy y Aranovich, 1969). La función precedió al tamaño. En la cumbre de la red, despuntan grandes ciudades equiparables a las europeas, como fueron las capitales virreinales.

Medio siglo más tarde, Vázquez de Espinosa redactó un repertorio análogo, el *Compendio y descripción de las Indias Occidentales,* que ha permanecido inédito hasta nuestro siglo. De las 331 ciudades que menciona, sólo proporciona datos de vecindario para 165, o sea, menos que las mencionadas en 1574. De las presentes en ambos listados, el tamaño medio resulta casi cuatro veces superior pasados 50 años. Estas ciudades absorbieron evidentemente una fuerte inmigración. Que hubiera más ciudades y más pobladas no afectó la distribución de la red que se hallaba fuertemente localizada sobre las tierras altas de la vertiente del Pacífico (véase mapa 4.1).

Entre 1574 y 1624, las ciudades de la Audiencia de México aumentaron en número y tamaño, pero no ganaron espacios al topar con límites infranqueables por el norte. Por el sur, lindaban con Guatemala, que entró entonces en un largo letargo. México, la capital virreinal, era la ciudad más poblada del continente, comparable por sus 15 000 vecinos o 90 000 habitantes a las grandes de Europa de la época.

Los principales cambios sobrevinieron en este medio siglo en Quito, en Charcas y en las costas del Caribe. El aumento más espectacular parece haber ocurrido entonces en Quito: en cuatro decenios, el número de localidades pasó allí de 16 a 24 y sus habitantes se multiplicaron por ocho. En Charcas, las ciudades se triplicaron y los habitantes se quintuplicaron. Charcas abarcaba a la sazón el altiplano, más las pampas del Río de la Plata cuya conquista no había concluido. En Charcas también, Potosí, el principal yacimiento de plata del Nuevo Mundo, creció vertiginosamente hasta convertirse en la segunda ciudad del continente, sumados los 4 000 vecinos que le atribuye Vázquez de Espinosa con las decenas de miles de asalariados o mitayos indios empleados en las minas o ingenios. Los 10 000 vecinos de Lima superaban a los de Potosí, pero la capital administrativa y comercial

Mapa 4.1. Centros urbanos españoles según Vázquez de Espinosa, *c.* 1620



Los números remiten al orden de las ciudades en las tablas de Hardoy y Aranovich (1969).

del virreinato ni necesitaba ni disponía de una masa laboral del tamaño de la de la "Villa Imperial".

De todas las ciudades, La Habana fue la que más creció. De 60 vecinos (López de Velasco) pasó a 1 200 (Vázquez de Espinosa), es decir, que se multiplicó por 20. Punto de encuentro de las flotas que emprendían juntas el regreso a Sevilla, los galeones fondeados a la espera de este momento enriquecieron su puerto y atrajeron pobladores. La Habana desplazó a la sazón a Santo Domingo como cabeza del Caribe. Cartagena de Indias, otro puerto de la carrera, experimentó también un gran auge: de 250 vecinos pasó a 1 500, es decir que se sextuplicó. En el Pacífico, Guayaquil fue el único puerto que arroja un alza significativa gracias a la actividad generada por sus exportaciones de cacao y de paños.

Casos de decrecimiento hubo pocos y ocurrieron por accidentes naturales, como terremotos o erupciones volcánicas, por reveses de la producción local o por razones de seguridad. Las erupciones de 1582 y 1600 azotaron Huánuco y Arequipa, en Perú, y provocaron la consiguiente huida de sus habitantes. La de 1609 obligó a trasladar la ciudad de León, en Nicaragua, a otro emplazamiento. También en Centroamérica, San Miguel y Sonsonate fueron destruidas por terremotos e incendios. Su producción cacaoera quedó arruinada a tal punto que no pudo recuperar luego el mercado que había sido ocupado por las importaciones de Guayaquil durante este revés. Algunos reales de minas del norte de la Nueva España, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya fueron abandonados en la búsqueda de filones más ricos. Guanajuato perdió entonces la mitad de sus vecinos. La sublevación araucana forzó en fin la evacuación de las villas al sur del río Bío-Bío, provocando el retroceso de la frontera meridional de Chile.

El inicio de las ciudades lusas fue más modesto y tardío. Los portugueses no hallaron en Brasil metrópolis indígenas que dominar. Los establecimientos costeros de Olinda, Ilheus, Espíritu Santo, Río de Janeiro o São Paulo no pasaron de ser precarios enclaves militares o agrícolas. Bahía, sede de la administración colonial, apenas contaba a fines del siglo XVI con 800 vecinos, más varios miles de negros e indios bautizados (Azevedo, 1955). La ciudad portuguesa, por otra parte, se adaptó espontáneamente a la topografía, lo que ocurrió menos en la

parte española de América (Smith, 1955). Quienes introdujeron la retícula aquí fueron los holandeses. Durante su breve dominación del Noreste, levantaron Recife sobre unos terrenos anegadizos siguiendo una planta ordenada.

Las más de las veces, los europeos respetaron pues el asiento indígena imprimiendo continuidad al emplazamiento urbano, aunque invirtiendo su sentido. La ciudad colonial, en vez de ser el centro hacia el que confluía una rica vida local, se convirtió en el punto de penetración y articulación de un sistema urbano con vértice fuera del continente. Por la ciudad entraron de ultramar hombres, estilos de vida, modos de organización social y económica... que se difundieron luego tierra adentro. El movimiento centrípeto usual fue suplantado por otro de carácter centrífugo. Esa dependencia de la metrópoli exigió, por lo demás, la creación de centros que respondieran a las nuevas necesidades de relación, alterando a la larga la herencia indígena.

5
EL NUEVO DERROTERO

De la segunda mitad del siglo xvii al primer tercio del xix se extiende un largo periodo durante el cual los indios dejaron de menguar y, luego, se recuperaron. Ibéricos, africanos o mestizos aumentaron, en cambio, sin alcanzar a ser mayoría. Mortalidad y natalidad solieron oscilar bruscamente, pero el saldo resultó positivo. Este crecimiento interno fue potenciado por la entrada de europeos y africanos. En ese tiempo, ocurrieron cuantiosos desplazamientos locales, en especial hacia el reborde atlántico, mientras que otros migrantes se dirigían a las ciudades. Éstas crecieron entonces bastante, a la vez en número y en tamaño.

1. LA ESTABILIZACIÓN

Las liquidaciones del medio real de tributo que los indios de las alcaldías mayores o corregimientos pagaban anualmente para la fábrica de las catedrales permitieron a Miranda (1963) calcular el incremento de la población de México, Puebla y Michoacán, entre mediados y fines del siglo xvii. El aumento medio en los tres obispados resultó ser de 28%, habida cuenta de una evasión posiblemente de 20%. Este término medio se desagrega en 32% para México, 19% para Puebla y 53% para Michoacán. A fines de siglo, los 170 476 tributarios registrados, más sus familiares y agregados, sumaban pues alrededor de un millón, es decir que los tresobispados juntos tenían entre sí más habitantes que todo México central en 1605, según Borah. El bache sufrido por la población indígena parecía, a esa altura, remontado.

Que las regiones crecieran de modo dispar se explica en parte por préstamos entre ellas. El Bajío, donde los nómadas chichimecas habían solido acampar a sus anchas, se vio entonces invadido por indios sedentarios. En medio siglo, el área que comprende Celaya, Acámbaro, Jilotepec, Querétaro, Orizaba y Huatusco multiplicó cuatro veces y media la cantidad de tributarios residentes en ella: de 2 000 pasaron a ser 9 000. Por otra parte, el número de pueblos elevados al rango de cabecera, la división de otros y las nuevas fundaciones concurren en sugerir que hubo aumento por inmigración.

En Perú los indios disminuyeron por más tiempo. Al ordenar una nueva numeración en 1683, el duque de la Palata reveló la preocupación de las autoridades coloniales por la hemorragia constante: "De muchos años a esta parte —escribía el virrey— se ha reconocido la despoblación grande a que han llegado todos los pueblos de estas dilatadas provincias del Perú y los graves inconvenientes que se van continuando de no aplicarse el remedio a tan universal ruina, pues no puede conservarse el reino con sólo las principales ciudades, si todo el resto de sus miembros se enflaquece y despuebla como se va sucediendo". El duque achacaba este hecho en parte a "la facilidad con que los naturales mudan sus domicilios retirándose a las ciudades y escondiéndose a donde nunca les alcance la noticia de sus caciques y gobernadores [...] para librarse por este medio de la obligación del vasallaje en la paga de tributos". La despoblación venía acompañada pues por una fuerte evasión fiscal. Si bien ésta no suponía una pérdida de vidas, no por eso dejaba de perturbar la reproducción, pues consta que la fecundidad de los migrantes era inferior a la de la población estable (Sánchez-Albornoz, 1983a).

La contracción de la población originaria y su reemplazo parcial por indios "forasteros" vienen ilustrados en la primera sección del cuadro 5.1, que recoge las cifras de las retasas libradas por el duque de la Palata en 1683 para los corregimientos de Charcas. Situados éstos en pisos ecológicos diversos (puna, altiplano, valle y yunga), cabe por ello afinar comportamientos en relación con la geografía y las condiciones económicas. El término de "forastero" engloba, por cierto, tanto a los inmigrantes recientes o por ascendencia como a los yanaconas, trabajadores sonsacados también de las comunidades. El duque de la Palata

Cuadro 5.1. Población indígena del Alto Perú en 1683 y 1786

	1683						*1786*				
	Originarios	*Forasteros*	*Yanaconas*	*% (2/1+2+3)*	*Población total*	*Razón Pob./ 1+2+3*	*Originarios*	*Forasteros*	*Población total*	*Razón Pob./7+8*	*Aumento 1683-1786 (veces)*
PROVINCIA	*1*	*2*	*3*	*4*	*5*	*6*	*7*	*8*	*9*	*10*	*11*
Puna y altiplano											
Atacama	211	6	–	3	966	4.5	676	21	3 469	5.0	2.6
Lípez[1]	240	376	75	54	2 021	3.0	–		3 950	4.0	1.0
Carangas	2 251	351	–	17	8 382	3.2	2 045	578	15 174	5.8	0.8
Paria	2 287	476	116	23	10 065	3.0	3 986	993	30 428	6.1	2.0
Oruro	1 642	–	292	25	6 819	3.3	–	1 460	6 861	4.7	0.0
Chayanta	4 440	3 312	245	34	26 467	3.3	1801	6 883	54 620	6.3	1.1
Porco[2]	3 127	1 891	779	29	22 350	3.9	6 962	1 213	32 117	3.9	0.4
Sicasica	1 137	2 255	443	59	13 049	3.4	2 577	3 457	30 794	5.0	1.4
Valles y yungas											
Chulumani	502	805	936	36	8 472	3.8	1 141	7 010	29 766	3.7	2.5
Cochabamba	361	5 488	540	90	33 586	5.2	433	10 451	59 199	5.4	0.5
Mizque	141	365	245	49	2 128	2.8	121	1 764	9 993	5.3	3.7
Tomina	260	840	51	77	4 356	3.8	209	1 759	11 005	5.6	1.5
Yamparaes (con La Plata)	904	1 637	1 100	49	7 567	2.1	..... 2 365		9 851	4.2	0.3
Potosí	1 328	–	–	–	4 427	3.3	1 977	663[3]	12 213	6.2	0.8
Tarija y Chichas	656	1 137	53	63	6 633	3.5	1 243	2 318[4]	15 156	4.1	1.3
Pilaya y Paspaya	194	710	572	48	6 672	4.5	257	1 676[5]	9 934	5.1	0.5

Fuente: Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

[1] La segunda numeración es de 1792.

[2] Para 1683 faltan datos del repartimiento de Cayza. El aumento ha sido calculado prescindiendo de la población numerada en ese distrito en 1786.

[3] 64 yanaconas. [4] 410 yanaconas. [5] 155 yanaconas.

fue por cierto el primer gobernante en exigir el recuento de originarios y forasteros a la vez, lo que permite distinguir las trayectorias de ambos grupos.

Forasteros solía haber menos en las tierras altas, donde rara vez llegaban a ser allí 30% del total; en las bajas, en cambio, superaban la mitad (columnas 2 y 3) y, en el caso extremo de Cochabamba, llegaban a ser nada menos que nueve de cada 10 hombres (columna 4). Si tributos y mitas expulsaron a los indios de las comunidades de la puna y del altiplano, la feracidad y la menor rigidez social los atrajo a valles y yungas.

Los forasteros no son privativos de Perú, sino que se encuentran, bajo el mismo u otro nombre, en otras partes de América, aunque rara vez en las altas proporciones vistas. Ahora bien, los indios, al ausentarse, no siempre fueron a dar a esta categoría, sino que a menudo engrosaron el grupo mixto. Mediado el siglo XVIII, españoles y mestizos constituían ya más de la mitad de la población de Tunja, en Nueva Granada. El cruce de sangres había nutrido este grupo, aunque es también probable que éste procediera en parte de una simple aculturación. En el Norte Chico de Chile, los fugitivos de comunidades indígenas cuya población permanece estacionaria reaparecen en las haciendas como inquilinos mestizos. En todo caso, el movimiento general de la población deja de quedar reflejado como hasta entonces por la trayectoria de los indios originarios.

En los márgenes de los imperios hispano y lusitano —en la frontera meridional de Chile, los valles cordilleranos de Tucumán, los *sertões* del interior del Brasil, la floresta amazónica, los llanos de Venezuela o las planicies del norte de Nueva España, regiones que permanecían insumisas o acababan de ser ocupadas— las correrías en busca de hombres de servicio siguieron perturbando los pueblos indígenas. Según los lugares, ellas fueron conocidas como malocas, *bandeiras* o congregas. A mediados del siglo XVII, las malocas proveían todavía de brazos a los colonos de Chile. En la vecina gobernación de Tucumán, los levantamientos calchaquíes de 1630 y 1665 dieron pie a una larga guerra, a cuyo término los valles fueron vaciados. Sus habitantes fueron trasplantados a la vertiente oriental del Aconquija o, incluso, hasta

Buenos Aires y Santa Fe, o sea, a más de un millar de kilómetros de sus sierras ancestrales.

Esta acción destructora cobró particular dimensión en Brasil. Los capitanes de rescate capturaron en sus entradas allí a centenares de miles de indios selváticos o de los *sertões,* que fueron conducidos a los campos de cultivo o a las haciendas ganaderas próximas a la costa, ocasionando la despoblación del interior. En el Noreste, al desaparecer los indígenas por esta causa, hubo que introducir africanos (Schwartz, 1985). Entre tanto, los indios encontraron alivio temporal en el sur, en las reducciones jesuíticas. El asedio constante que ellas sufrieron fue repelido a veces por los propios indígenas con las armas en la mano bajo el mando de los padres misioneros. La población pudo prosperar así, económica y demográficamente, por más de un siglo. Las misiones guaraníes pasaron de tener 36 190 almas en 1641 a 141 182 en 1732, un aumento en el que coincide el éxito de la evangelización con un alto crecimiento vegetativo (por encima éste de 2% anual, según Maeder, 1990). Las sangrientas expediciones de los *bandeirantes* contribuyeron, en contrapartida, a reconocer el interior del territorio, sin lo cual no habría cabido su ulterior poblamiento.

El descubrimiento de minas reforzó esa expansión. La vida arriesgada, pero oscura y miserable, que llevaban los mamelucos paulistas a fines del siglo XVII, fue sacudida de repente por las nuevas de que el ansiado oro había aparecido en el camino al *sertão.* Los ríos llevaban allí oro y no plata, a diferencia de los cerros andinos. Un tropel de hombres se precipitó hacia esa tierra de promisión. Los primeros en llegar fueron los paulistas, autores del hallazgo, pero detrás acudieron gentes de Bahía, Pernambuco y hasta de las costas de Piauí, remontando el río São Francisco. En la metrópoli, millares se disputaron en el acto un lugar en los barcos que partían hacia Brasil, al punto que la Corona prohibió años más tarde, en 1720, el paso de regnícolas a la colonia, por temor a que la metrópoli se despoblara.

Los paulistas intentaron en un principio retener para sí el nuevo Pactolo, procurando que se vedara la entrada de extraños. Las rutas del norte y este fueron cerradas. En 1701, las autoridades exigieron pasaporte para ingresar en el distrito minero. Todo en vano. Hacia 1709 se

calcula que había ya unos 30 000 hombres en el distrito minero. Las tensiones entre hijos de la tierra y forasteros *(emboabas)* hicieron estallar una guerra que perdieron los primeros. Minas Gerais quedó abierta a la emigración. Como en cualquier campamento minero, la distribución por sexo y edad fue dispareja, la letalidad elevada y los matrimonios escasos, abundando las uniones libres e interraciales. De la noche a la mañana, surgieron asimismo muchas y grandes ciudades. En menos de dos decenios, se dice que Vila Rica do Ouro Preto alcanzó a tener unos 100 000 habitantes, situándose en rango sólo detrás de México y Lima.

El único contingente que nadie se opuso a recibir fueron los esclavos negros, que proporcionarían la fuerza de trabajo necesaria y con quienes no había que compartir beneficios. Según la matrícula levantada para la percepción del impuesto de capitación, en Minas Gerais había, en el primer semestre de 1736 y sin contar la evasión, 98 730 esclavos y 1 384 negros libres (Boxer, 1969). Por distritos, los esclavos se distribuyeron de acuerdo con las cantidades siguientes: Mariana, la sede episcopal, 26 752; Sabará, 24 284; Vila Rica, 20 904; Rio das Mortes, 14 471; Serro Frio, 8 988, y el interior, 3 331. Yacimientos auríferos aparecieron después bien al interior: Cuiabá (1719), Goiás (1725) y Guaporé (Mato Grosso, 1734). Su descubrimiento provocó las corridas consabidas hacia las minas. El hallazgo posterior de diamantes suscitó en cambio menor revuelo pues, desde un principio, la Corona monopolizó la explotación y prohibió la de los particulares. Una fuerte mortalidad laboral, más una sucesión de descubrimientos, exigieron una reposición constante de esclavos, que dio lugar a una importación incesante.

De 1701 a 1760 entraron en Brasil casi un millón de africanos, a razón de unos 16 000 anuales, o sea cuatro veces más que el término medio de la segunda mitad del siglo XVII (Curtin, 1969). En cuanto a su procedencia, el sudanés fue preferido por su mayor resistencia, pero el bantú terminaría por dominar en este caudal forzado. En 1741-1750, los negreros trajeron 130 000 angoleños contra sólo 55 000 oriundos de Guinea.

Los dominios españoles estuvieron en cambio desabastecidos de esclavos. La trata permaneció cerrada de 1640 a 1651 y las varias expe-

riencias comerciales realizadas en la segunda mitad del siglo XVII —administración directa, asientos, Compañía Francesa del Golfo de Guinea— no lograron asegurar una afluencia regular. Los africanos que ingresaron de 1651 a 1700 en Hispanoamérica fueron 163 000, según Curtin (1969). Esta cantidad no aumentó mucho al ceder España a Inglaterra el monopolio de la trata. El tratado de Utrecht (1713) autorizó a la segunda a tener factorías en Campeche, Veracruz, La Habana, Cartagena, Portobelo, Panamá, Caracas y Buenos Aires para la redistribución de los esclavos. La Compañía del Mar del Sur, a la que la Corona británica cedió su derecho, se comprometió a introducir unos 144 000 esclavos durante los 37 años que duraría el asiento, pero no pudo cumplir su cometido del todo. A los ingleses les tocó entonces padecer el activo contrabando que franceses y holandeses realizaban, en las costas de Venezuela principalmente. Buena parte del interés de la compañía se resanció con el intenso comercio ilícito de mercaderías que podían realizar desde las factorías.

Por lo que respecta a la entrada de europeos, se supone que 200 000 portugueses ingresaron entonces en Brasil, o sea, una quinta parte de los negros introducidos. A Hispanoamérica llegaron colonos gallegos o canarios enviados por la Corona a poblar zonas desérticas o estratégicas, como eran el estuario del río de la Plata —donde se fundó la ciudad de Montevideo (1726)—, las islas del Caribe y la frontera septentrional de Nueva España. La defensa de las Indias obligó por lo demás a despachar regimientos metropolitanos. Los soldados casados acudieron acompañados por sus familias. Cumplido su contrato, o antes por deserción, una mayoría de la tropa prefirió reengancharse o permanecer en Indias; los oficiales fueron más que nadie quienes optaron por la repatriación. Colonos y soldados constituyeron una nutrida migración que el gobierno indujo en una modalidad desconocida antes.

De la comparación de las obras de Díez de la Calle y O'Crouley, Borah (1951) dedujo el crecimiento de varias ciudades de México entre 1646 y 1774. El número de vecinos españoles de Durango se multiplicó 29 veces, el de Puebla 13, el de Valladolid 10 y el de Oaxaca unas siete. Las demás ciudades, cuanto menos, se duplicaron; sólo Culiacán no varió y Acapulco decayó. Los casos son 11, pero sugieren un fuerte

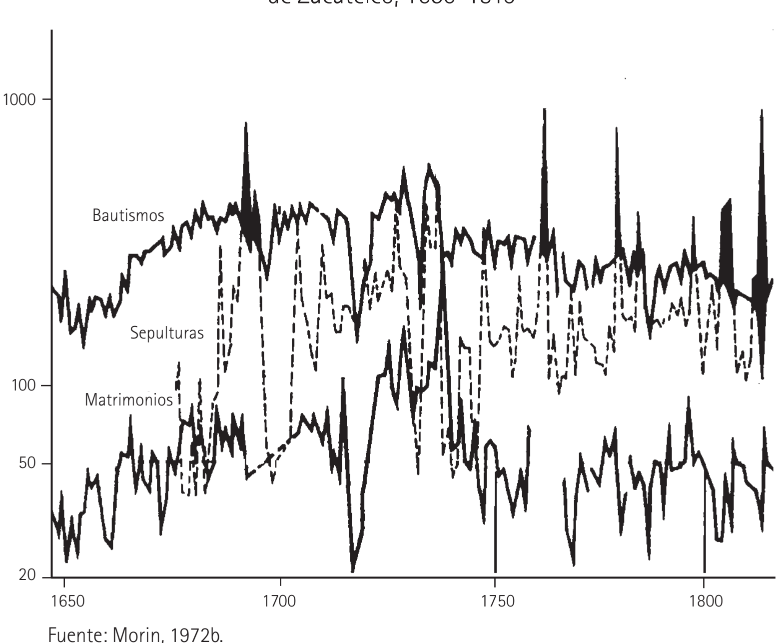
crecimiento de las ciudades españolas en los 128 años que separan ambas informaciones. Por otra parte, confrontando los datos que proporciona Vázquez de Espinosa con los de Cosme Bueno (1628 a 1761), se entrevé un aumento más pausado en Perú, salvo en alguna que otra ciudad. Entre las más dinámicas, La Paz multiplicó a la sazón 13 veces el número de sus habitantes.

Más nacimientos, mudanzas sociales, expansión territorial, concentración urbana, fuerte inmigración son claros síntomas de una recuperación demográfica distinta según las regiones. Un elevado número de decesos frenó sin embargo el repunte. Hambrunas o epidemias, o las dos juntas, fueron las causas más comunes de las crisis de mortalidad, cuya secuencia hacen patente las fluctuaciones que sufrió en Nueva España el precio del alimento básico, el maíz (Florescano, 1969). La escasez no sólo elevaba los óbitos, sino que postergaba matrimonios y concepciones. El gráfico 5.1, que describe la variación mensual del registro sacramental de Zacatelco en 1692 y en 1737, muestra cómo el hambre, o la epidemia consiguiente, barrían a los vivos, en particular a los niños, y cómo las concepciones y las bodas se aplazaban. La crisis trastocaba el comportamiento habitual.

Los registros parroquiales ponen al descubierto crestas en las cuales las sepulturas excedieron los bautismos y, en consecuencia, redujeron la población. El gráfico 5.2, referente también a Zacatelco, destaca en negro tales mermas. A fines del siglo XVIII y principios del siguiente, ellas fueron cada vez más frecuentes no sólo en el campo, sino también en las ciudades. En Buenos Aires, por ejemplo, los picos se sucedieron nada menos que en 1642-1643, 1652-1653, 1670, 1675, 1687, 1694, 1700-1705, 1717-1720, 1734 y 1742 (Besio Moreno, 1939). Más que a escasez, se debieron a epidemias. En Valparaíso, las cimas equivalentes coinciden bastante situándose en 1687, 1694, 1706, 1713 y 1718 (Thayer Ojeda, 1934). Otros testimonios evocan crisis similares en Nueva España, Nueva Granada y Quito (Florescano y Malvido, 1980; Cook y Lovell, 1991).

La peste más grave de la época debió ser el brote bubónico que asoló el virreinato de Perú a partir de 1717. Declarado a bordo de un barco negrero atracado en Buenos Aires, se propagó río arriba hasta las

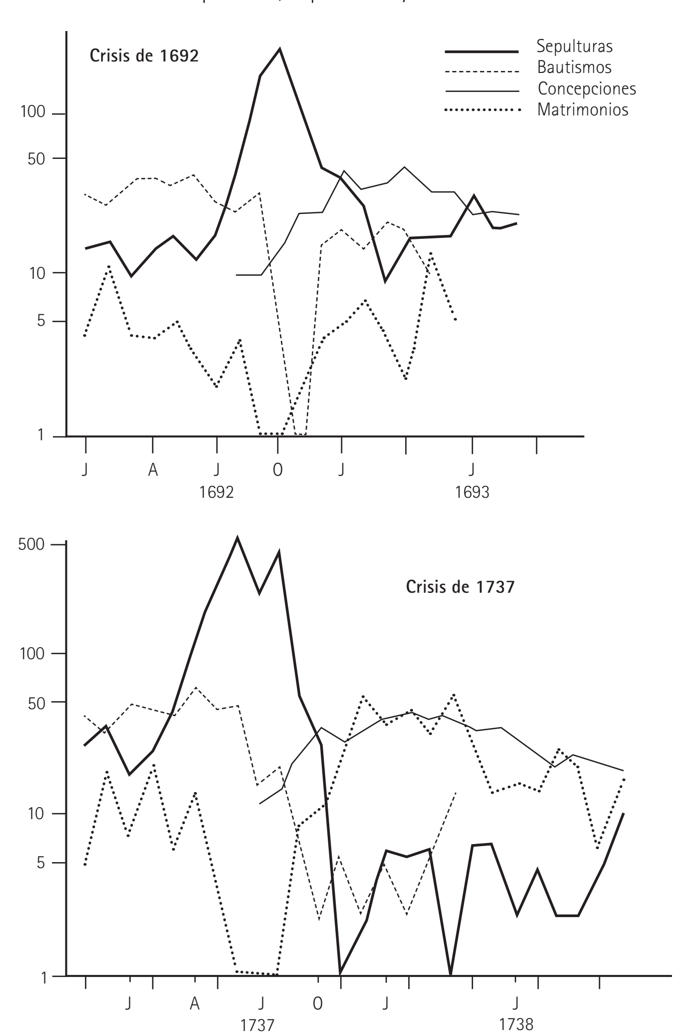
Gráfico 5.1. Movimiento anual de la población indígena de Zacatelco, 1650-1810



Fuente: Morin, 1972b.

remotas misiones del Paraguay, que perdieron una quinta parte de los efectivos. La peste ascendió, por otra parte, a las "provincias de arriba" (Alto Perú), desde donde descendió al Bajo Perú. "La universal calamidad —decía el Tribunal de la Santa Cruzada al rey— que han padecido veinte y cinco provincias de este reino con el estrago que ha causado una terrible peste, ha sido de las mayores que se han experimentado desde su descubrimiento, pues [...] incendió los pueblos, villas y ciudades hasta dejarlos descuadernados y yermos de sus originarios habitadores, que según las relaciones de los Padres y Corregidores, llega el número de los muertos a cuatrocientos mil quedando en muchos lugares solas las paredes para padrón de la severidad con que Dios ha castigado nuestras culpas". De Cuzco señalaba: "...en donde se cuentan sesenta mil los que han perecido, viendo en sus calles todos los días un teatro sangriento de cadáveres despedazados de los perros, por

Gráfico 5.2. Las crisis de 1692 y 1737 en Zacatelco. Bautismos, concepciones, sepulturas y matrimonios



Fuente: Morin, 1972b.

faltar entre los vivos valor para darles sepultura”. El estrato social más aquejado fue, una vez más, el de “baja esfera y corta jerarquía, que son los sujetos más propensos a experimentar semejante fatalidad”. “Los españoles —agregaba el protomédico de Lima en su carta al virrey— que viven con dieta y usan de alimentos que llamamos *multe virtutis et pauce molis,* en estas regiones, ha sido de ellos raro el que ha sido infestado y perecido” (Colin, 1966).

Al sarampión, a la peste bubónica y a las demás infecciones procedentes del Viejo Mundo se sumó entonces un mal africano que halló condiciones óptimas para reproducirse en las bajas costas tropicales. El mosquito vector de la fiebre amarilla arrasó hacia 1648 el litoral de Cuba, Veracruz y Yucatán, donde el “vómito negro” se fijó hasta época reciente. Hará poco más de medio siglo que campañas sistemáticas lograron erradicarlo de allí. En su extensión hacia el sur, el mal apareció en 1685 en el Noreste brasileño y, dos años más tarde, puso en jaque a Caracas durante 16 meses. La *peste da bicha,* como se la conoció en Brasil, se asentó en forma endémica ante todo en las ciudades y, además, prefirió atacar a los estratos sociales altos, entre los que se contaban los europeos. Un observador contemporáneo escribió al respecto: “Fue materia digna de reflexión que de este contagio no enfermaran negros, mulatos, indios ni mezclados, así en Bahía como en Pernambuco. Por esta causa no faltaron a los enfermos ni a los sanos quienes les sirviesen y los atendieran en lo necesario; sin embargo, faltaban los mantenimientos porque quienes los conducían antes querían perder los intereses de traerlos a las ciudades que arriesgar sus propias vidas donde estaba tan furioso el contagio” (Azevedo, 1955). “Enfermedad endémica de los puertos de mar y climas cálidos de la América —la definía Alcedo un siglo más tarde— y que atacaba regularmente a los europeos recién llegados y ha hecho tanto estrago que ha llegado el caso en Portobelo de quedarse a invernar los galeones por haber muerto casi todas las tripulaciones, y poco menos en la Vera Cruz, Caracas y Cartagena, pues era rarísimo el que curaba de este mal”.

Los movimientos sísmicos y las erupciones desbarataron también de tanto en tanto las ciudades. Capitales populosas se derrumbaron y. sus resignados habitantes, como en el suplicio de Tántalo, se empeña-

ron una y otra vez en reconstruir viviendas o monumentos. De tales calamidades, costosas en vidas humanas, sólo recordaremos los terremotos de 1678, 1687, 1725 y 1746 que asolaron la costa sudamericana del Pacífico.

En conclusión, la estabilización, mal conocida hasta ahora, encubre procesos complejos y por momentos contradictorios. México parece haber reaccionado temprano contra la larga declinación. Su población indígena sedentaria se movía, infiltrándose, hacia el norte o apuntalaba el ascenso de las ciudades. Brasil experimentó entonces un avance espectacular hacia el interior. A expensas de las tribus aborígenes que acampaban libres, se erigió una sociedad, a la vez opulenta y funambulesca, que atrajo a los codiciosos y ungió al yugo de la esclavitud una crecida masa de africanos. En la América del Sur hispana, los indígenas prosiguieron su caída fatal hasta entrado el siglo XVIII. Los trabajos excesivos, la presión tributaria, las deficiencias de la alimentación siguieron ejerciendo una fuerte presión. La despoblación resultó sin embargo inferior a la que se desprende de los padrones, pues los tributarios que huyeron fuera del alcance de encomenderos y corregidores preservaron su vida y, con ella, una descendencia. La reaparición de los vástagos de aquellos fugitivos más adelante sugiere un crecimiento que tal vez no haya sido biológicamente tan importante. Por lo demás, ¿cuántos olvidaron entonces su progenie india para engrosar la sociedad mestiza?

2. LA EXPANSIÓN

Desde el último tercio del siglo XVIII en adelante, los factores —hambres, epidemias, condiciones higiénicas...— que habían cercenado el crecimiento de la población, tanto en Europa como en América, atenuaron su intensidad permitiendo un alza más regular, al tiempo que la gente solió mudar más fácilmente de región, ciudad o continente. El desarrollo de las actividades productivas y de los intercambios en todo el mundo favoreció semejante expansión. Cambio económico y cambio demográfico entrelazaron empero sus efectos de distinta manera según el lugar.

La población rural, ampliamente mayoritaria, siguió en cada caso direcciones en consonancia con el género de agricultura prevaleciente en el lugar. En la cordillera de los Andes, gran parte de México y América Central, territorios que la catástrofe demográfica del siglo XVI había diezmado, perduró un régimen de subsistencia. Esto no significa una economía plenamente autosuficiente, pues los tributos, los repartos forzosos de mercaderías por los corregidores, más otros procedimientos, obligaban a los indios a vender parte de su producción o de su trabajo en el mercado. Esta fracción fue sin embargo baja; en la práctica, los campesinos apenas producían para sobrevivir. Entre ellos subsistió pues una demografía de tipo antiguo, de corta esperanza de vida y baja natalidad, con un crecimiento reducido.

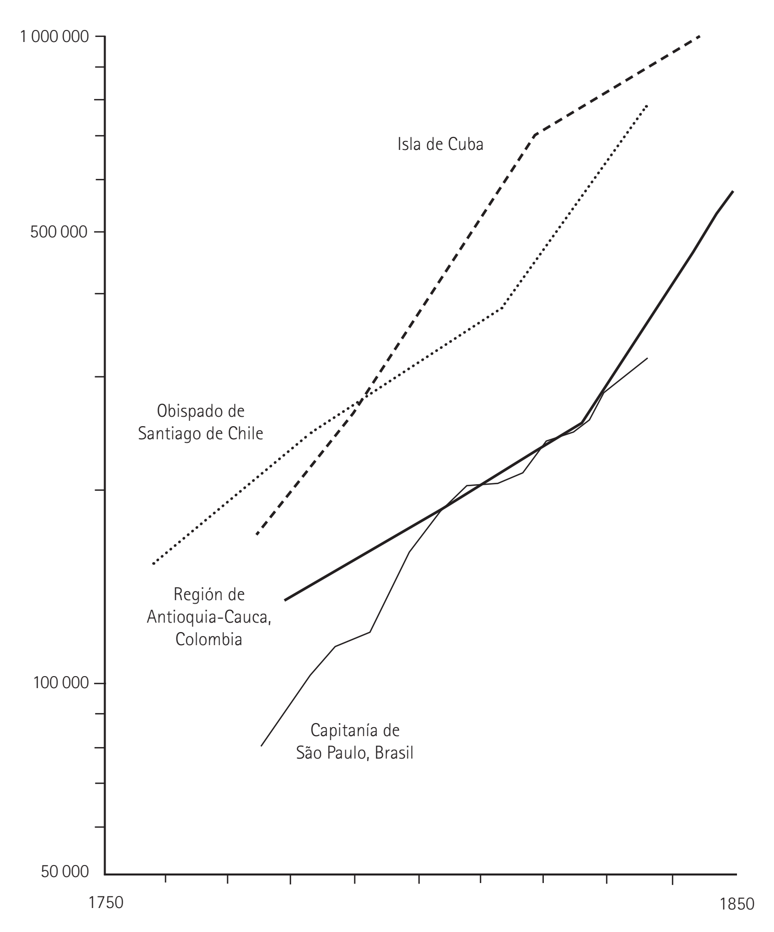
En otras partes se impusieron grandes explotaciones para la exportación, por más que, al carecer de transporte adecuado, no llegaron a alcanzar el máximo de sus posibilidades. Las zonas más activas y también las de mayor crecimiento demográfico se situaron entonces hacia el Atlántico, de modo que el eje poblacional se desplazó del Pacífico hacia el este, en oposición a como se había distribuido desde antes de la Conquista.

De acuerdo con la estimación de Durand (1977), la América meridional y central creció entre 1750 y 1850 a una tasa acumulativa nada desdeñable, ligeramente superior a 0.8% anual. Como todo promedio, encubre ritmos diversos.

El gráfico 5.3 presenta los avances rápidos de cuatro regiones de superficies comparables. Todas ellas multiplicaron sus habitantes (un centenar de miles al comienzo) por cuatro o cinco veces entre 1750 y 1850. Las regiones son: Cuba; la zona de Antioquia-Cauca, en la actual Colombia; el obispado de Santiago de Chile y la capitanía de São Paulo, en Brasil. Dos se encuentran en el hemisferio norte y dos en el sur. La geografía de las cuatro poco tiene de común: una es una isla tropical del Caribe, otra se halla en los altos valles de los Andes septentrionales, la tercera en la vertiente templada del Pacífico meridional y la última abarca a la vez la meseta y la costa del Atlántico sur.

Tampoco la evolución histórica o demográfica de estas cuatro regiones se parece: una es tierra de plantación que el trabajo de esclavos

Gráfico 5.3. Tendencias del crecimiento de la población de Cuba, Chile central, São Paulo y Antioquia-Cauca,1750-1850



Fuentes: para Cuba, Guerra, 1971; Chile, Carmagnani, 1967; São Paulo, Lisanti, 1962-1963; Antioquia-Cauca, Vergara y Velasco, 1891.

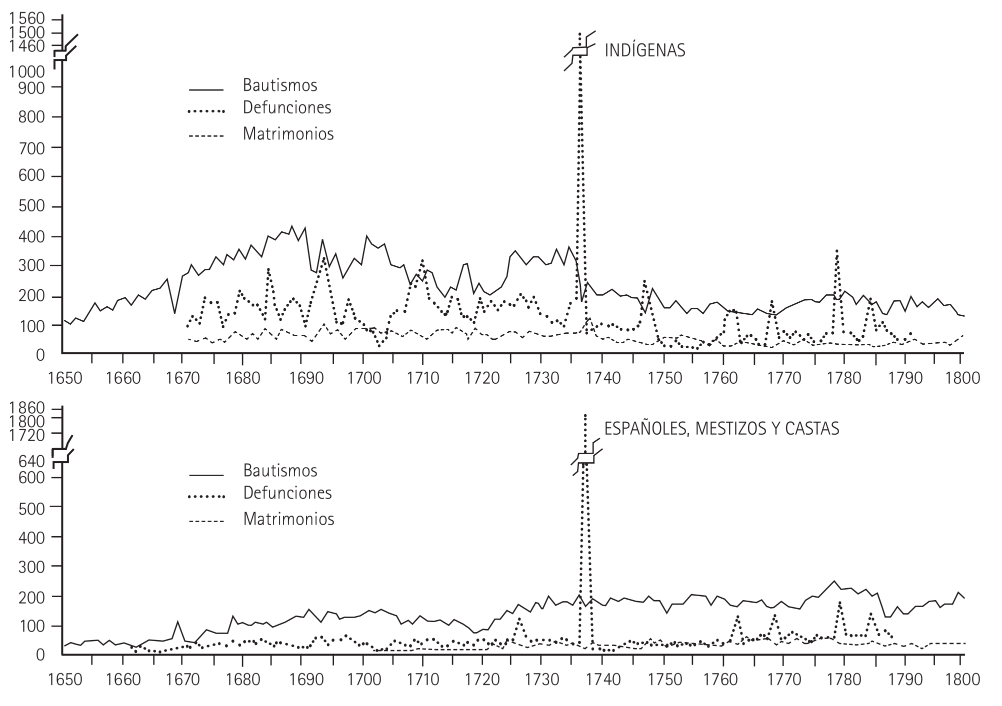
fructifica; la segunda, aislada y decaída, descubre por el sur una frontera y avanza sobre ella (Parsons, 1968); la tercera, aquietada tras años de zozobras, vive recogida en su propio esfuerzo; en cuanto a la última, se trata de un territorio abierto ya sea a la fascinación del mato por el poniente y norte, a la colonización del sur y, por el mar, a Europa. De las cuatro regiones, dos miran al Atlántico y dos al Pacífico. Cuba y São Paulo reciben un aporte humano cuantioso y regular del exterior; no ocurre así en Chile o Antioquia-Cauca. Cuba, el caso que mejor documentan los censos y el que más crece por inmigración, es también el que asciende más deprisa: su población se duplica casi cada 25 años. Antioquia-Cauca, la región más encerrada en sí misma, aumenta más despacio: tarda, primero, medio siglo en duplicarse; luego, arranca con bríos y vuelve a duplicarse en otro cuarto de siglo. Por más que cada caso sea distinto, todos crecen con holgura, una soltura que atempera a la vista la escala semilogarítmica del gráfico.

Los ejemplos anteriores ni son únicos ni excepcionales. Se repiten en otra escala en el Río de la Plata (Lattes, 1986), Venezuela (Lombardi, 1976), Puerto Rico (Picó, 1986), Santo Domingo (Moya Pons, 1974) y Costa Rica (Jiménez Castro, 1956).

Donde la masa indígena repetía los gestos cansinos que toda agricultura rudimentaria impone, los hombres se multiplicaron más despacio. Los numerosos estudios de registros parroquiales efectuados recientemente en México denotan que, al rápido crecimiento observado entre 1650 y 1737, que raya por momentos 3% anual, sucede un ritmo más lento hasta adentrado el siglo XIX y que puntean numerosas crisis demográficas (Rabell, 1990; Pérez Herrero, 1990). La desaceleración, patente en el gráfico 5.1 (Zacalteco), es corroborada y precisada en el gráfico 5.4. Éste dibuja la serie de movimientos vitales registrados en la parroquia predominantemente indígena de Analco de la ciudad de Puebla de los Ángeles, entre 1650 y 1800. En Analco el crecimiento se frena tanto entre los indios como entre los españoles y castas (Cuenya, 1987).

En los Andes, el avance de algunas regiones alterna con notables retrocesos en otras. En Quito, el Oriente y la Sierra Central, en particular Riobamba, Alausi y Cuenca, entre 1780 y 1825, pierden habitantes, mientras que el litoral de Guayaquil y Manabí los duplica (Hamerly,

Gráfico 5.4. Movimiento anual de la población de Analco (Puebla), 1650-1800



Fuente: Cuenya, 1987.

1973; Minchom, 1986). Por lo que hace a Perú, Trujillo pierde también habitantes entre 1792 y 1827, no tanto en la costa de Piura como en la sierra y la cuenca amazónica (Cajamarca y Chachapoyas). La intendencia de Cuzco aumenta en cambio su población 18%; las de Lima, Tarma y Arica, más despacio, entre 7 y 10%. Más al sur, en el Alto Perú, el cuadro 5.1 citado deja constancia de un aumento anterior (1683-1786), desigual según las zonas y en favor del grupo forastero.

Los estudios locales recientes han puesto en evidencia una fecundidad difícil de reducir a pautas. En general, parece que fue elevada debido a que las mujeres solían casarse muy temprano, unos siete años antes que en Europa. En una comunidad indígena de Chiapas, Klein (1986b) observa que la edad al matrimonio de las mujeres era en promedio de 16.8 años y que tenían su primer hijo 27 meses después, es decir, a los 19.1 años. Con tal precocidad debieran haber alumbrado unos nueve hijos; los habidos fueron sin embargo menos al espaciar las concepciones más que sus congéneres europeas. Una esterilidad temprana en las casadas mayores de 30, ya sea por los apuros económicos que afectaran su salud, por poliginia o por una fuerte diferencia de edad entre los cónyuges, contribuyó asimismo a alargar los periodos intergenésicos (Salinas, 1982). La alta proporción de decesos de madres después del parto, más una fuerte mortalidad infantil, obraron en el mismo sentido.

Entre las mujeres de clase alta de las ciudades, como fueron las esposas de los comerciantes de Buenos Aires, las nupcias fueron más tardías y los nacimientos sobrevinieron hasta edades más avanzadas que en el medio rural (Socolow, 1978). La falta de hijos tiene aquí un motivo además social: las mujeres de esta clase nutrieron los conventos y no fue raro que otras eligieran permanecer solteras por no hallar esposo de calidad apropiada (Arrom, 1985).

Razones económicas incidieron sobre la fecundidad, con intervenciones a veces de signo contrario. Después de una gran mortalidad provocada por una crisis agraria, los viudos de ambos sexos procuraron casarse, reanudando el ciclo reproductivo interrumpido por la muerte. A la inversa, hubo padres sobre todo en el campo que, acosados, se desprendieron de los vástagos que no podían alimentar (Malvido, 1980).

Estos abandonos de niños ocurrieron circunstancialmente. A ellos se suman, pero también por otras razones como, por ejemplo, el nacimiento de unos hijos ilegítimos de parejas de posición social o étnica dispar. La alta proporción de bastardos, disfrazados a menudo como *huérfanos* o *hijos de la Iglesia,* sugiere que pocas mujeres recurrieron al aborto, moralmente condenado y legalmente perseguido. La ilegitimidad abundó, según demuestran los libros de bautismos de las parroquias o de las haciendas. A título de referencia, véanse los numerosos estudios que tratan de este tema. Nos limitaremos a citar los de Marcílio (1968) sobre São Paulo; Klein (1969b) sobre Minas Gerais; Carmagnani (1972) sobre Charcas y San Luis Potosí; Calvo (1973) y Morin (1973) sobre poblaciones rurales de Puebla; Mellafe y Salinas (1989) sobre Chile; Pérez Brignoli (1989) sobre Costa Rica...

La enumeración anterior indica que el fenómeno estuvo muy extendido por Brasil e Hispanoamérica. Sus proporciones variaron según tiempo, lugar, condición y grupo étnico. La ilegitimidad tiene naturalmente que ver con la cohesión del grupo al que pertenece la pareja. El peso de la tradición, más el control efectivo que ejercían doctrineros y caciques, hicieron que fuera muy baja entre los indios, del orden de 4% en Zacatelco y Acatzingo por ejemplo. En el extremo opuesto de la escala social, los españoles solieron presentar índices igual de bajos. Los más altos se dieron en cambio entre los mestizos, mulatos y esclavos. No es de extrañar, pues los primeros eran en gran parte fruto de la marginación social y los sujetos a servidumbre mal pudieron disfrutar de una vida matrimonial estable. La condición, más que la raza, incidió pues sobre la bastardía. Pardos o prietos libres, con lazos más estables, arrojaron índices de ilegitimidad inferiores a los de los esclavos del mismo color.

Si la cohesión del grupo se distendía, las pautas sexuales y de nupcialidad se relajaban también y los nacimientos espurios subían. La inmigración, por ejemplo, al reunir en un pueblo, plantación o mina gente que había roto amarras, llevaba infaliblemente a un aumento de la ilegitimidad mientras se dimensionaba el lugar. No era infrecuente que más de la mitad de los niños bautizados figuraran como ilegítimos o expósitos. En general, los primeros fueron los más y, también, los que

más variaron, mientras que el número de expósitos fue menor y más constante. La explosión de la ilegitimidad podía durar decenios antes de que la localidad o la región encontrara nueva cohesión. Asentado el grupo, al cabo de un tiempo los bajos índices de ilegitimidad eran recuperados o se imponían los habituales en gruposabiertos.

La fecundidad alta de esta época, recortada por una fuerte mortalidad y por los hábitos matrimoniales, contrasta con la baja de las campesinas indígenas durante los primeros siglos de la colonización.

En lo que se refiere a la mortalidad, aparte de las crisis de subsistencia y hambrunas por el estilo de las analizadas en la sección anterior de este mismo capítulo, las epidemias no dejaron de levantar su faz de horrores. Viruela, sarampión, disentería, fiebre tifoidea fueron flagelos corrientes, sin contar la gripe. En las tierras bajas calientes arreciaron además el cólera y la fiebre amarilla. Para la ciudad de México, disponemos de un estudio detallado de cinco epidemias (Cooper, 1965): el tifus de 1761 coincide con un brote de viruela; ésta reaparece luego en 1779-1780; otra peste de diagnóstico incierto (¿difteria?) y cuyos calamitosos efectos se sumaron a la hambruna, estalla en 1784-1787; nueva epidemia de viruela en 1797-1798, y por último, las fiebres de 1813. Estas oscilaciones son comparables a las vistas antes, pero no equivalen en intensidad a las del tiempo de la Conquista. En el otro extremo del hemisferio, los registros consultados por Besio Moreno (1939) en Buenos Aires descubren otra secuencia de epidemias (1796, 1799, 1803, 1809, 1817, 1823, 1829, 1843 y 1847). De menor envergadura que las de México, no por eso fueron menos frecuentes. A orillas del Pacífico, en Valparaíso, estallaron otras en 1783, 1803, 1822, 1832-1833, 1840 y 1846. La coincidencia de fechas resulta significativa. De lo que ocurrió en la franja intermedia, se sabe menos. El brote de viruelas que estalló en Caracas en 1766 redujo a una cuarta parte el vecindario de la ciudad.

La inoculación inició un combate contra la viruela que tardaría en definirse. Introducida en América en 1779-1780 y 1797-1798, sólo se difundió en grupos reducidos hasta que la expedición de Francisco Javier de Balmis la aplicó en gran escala en América y Filipinas. Balmis zarpó de Galicia en 1803 al frente de un equipo de médicos y de enfermeros, más 22 niños con pústulas en los brazos, de las que sacaba

la vacuna. La expedición de Balmis llegó primero a Puerto Rico y, de ahí, pasó a Puerto Cabello y Caracas. Después de vacunar allí, así como en Cumaná y Maracaibo, prosiguió para Barranquilla, donde se desgajó hacia el sur un ramal a cuyo frente puso a Salvany. Balmis se dirigió en cambio a La Habana y a Mérida. En Yucatán se desprendió un tercer equipo que marchó a Guatemala. Balmis procedió luego a Veracruz, Puebla y México y, de ahí, partió a recorrer el norte. De vuelta a México descendió a Acapulco, donde se embarcó hacia las Filipinas. A Cádiz regresó, por último, habiendo dado la vuelta al mundo en una campaña filantrópica sin precedentes.

Los equipos que permanecieron en América cumplieron su cometido. Desde Barranquilla, Salvany mandó un grupo a Panamá, mientras él ascendía a Santa Fe de Bogotá y se adentraba por Quito, Cuenca, Piura, Trujillo y, finalmente, Lima. De la capital virreinal se desgajó otro ramal que marchó a Huánuco, viró luego hacia el sur y terminó en Chile. El núcleo encabezado por Salvany avanzó en cambio por Arequipa, Puno, La Paz y, tras cruzar el Altiplano, concluyó su tarea, al cabo de cinco años, en Buenos Aires (Díaz de Yraola, 1947; Smith, 1974).

Esta prodigiosa campaña obtuvo de inmediato sólo resultados limitados. A pesar de su amplitud, no pudo vacunar sino a una parte de los niños. En México, vacunó a 100 000, o sea, a uno de cada cinco (Cook, 1941-1942). La expedición de Balmis influyó más bien a la larga por los conocimientos que difundió entre el público y los profesionales, y por el respaldo oficial que dio a la acción preventiva de los últimos.

Los puertos y las grandes ciudades fueron los primeros en beneficiarse de la vacuna y, en ellos, las capas esclarecidas. En las populares, urbanas o rurales, se propagó más lentamente. Por más que se aplicara gratis, se la miraba con inevitable recelo. La viruela siguió castigando pues, aunque con menos virulencia, durante buena parte del siglo XIX. En 1842, el apoderado fiscal peruano que empadronó a los indios de Huaylas, escribía: "La viruela hace sentir sus mortíferos efectos, incesantemente, por la falta de la propagación del fluido vacuno en la provincia, pues familias enteras contantes de la matrícula actuada en 1836 han desaparecido durante su periodo, a virtud de los estragos de aquella epidemia". Su reemplazante para la matrícula de 1848 pudo en

cambio celebrar: "La propagación de la vacuna por medio de vacunadores ambulantes, instituida por el último Congreso y su conservación en esta Capital encargada al médico titular del departamento, y en los demás pueblos a los venerables párrocos y autoridades locales, han arrancado de los brazos de la muerte un considerable número de víctimas en que antes se cebaba la viruela". En Perú, al menos, el vuelco decisivo data de mediados del siglo XIX y se debe a la instauración de vacunadores ambulantes.

Otras veces, la población se contrajo debido a circunstancias accidentales. Cuando Carlos III expulsó a los jesuitas de sus dominios americanos, los indios bajo su tutela aprovecharon para desertar antes o después de ser transferidos a otra orden religiosa o a la administración civil de las Temporalidades. Los indios de las misiones del Paraguay mermaron así a menos de la mitad. De 88 828 que había en 1768 en 30 pueblos, unos 40 años después, en 1807, sólo quedaban ocho pueblos con 40 890 habitantes (Maeder y Bolsi, 1982). La disminución había comenzado antes de la expulsión, pero se precipitó con la salida de los jesuitas. Aquellos que se marcharon, en su mayor parte jóvenes adultos, no solieron regresar a la selva, de la que habían salido varias generaciones atrás, sino que buscaron trabajo como peones, artesanos o marineros. Al escapar se instalaron en estancias y pueblos vecinos, pero también fueron tan lejos como la ciudad y la campaña de Buenos Aires. Las epidemias y una alta mortalidad general fueron otra causa de su mengua. Las epidemias de viruela de 1792 y 1803 se ensañaron muy especialmente con las antiguas reducciones.

La emancipación causó pérdidas considerables allí donde se produjeron duros enfrentamientos, como sucedió en Haití, México, Venezuela y la Banda Oriental del río Uruguay. Las convulsiones raciales de Haití, primer movimiento emancipador triunfante en América Latina, supusieron el sacrificio de los amos de esclavos y de plantaciones y la consiguiente huida de los blancos hacia la metrópoli o hacia otras colonias del Caribe, Cuba en particular. El censo levantado en 1804 puso de manifiesto que la nueva nación había quedado reducida a medio millón de negros y mulatos, y que el corto estrato blanco que dominaba antes Saint-Domingue se había esfumado. La fiebre amarilla vino a

agravar esta situación. Por más que desbaratara al ejército que Napoleón envió a recuperar la colonia y, de este modo, asegurara la independencia, también es cierto que diezmó a civiles y militares haitianos (Young, 1949).

En la parte oriental de la isla, la cesión de Santo Domingo a Francia y la posterior invasión haitiana, aparte de devastaciones y muertes, también provocaron numerosas salidas hacia otras colonias españolas (Deive, 1989; Picó, 1986). Cuba y Puerto Rico, las receptoras de este flujo, se convirtieron además en el abra segura en que buscaron asilo los españoles y franceses que huían de la descomposición de sus respectivos imperios.

A creer los alegatos de un gacetero realista, la "guerra a muerte" costó a Venezuela nada menos que 221 741 vidas entre víctimas de los choques armados y aquellos que habrían nacido o sobrevivido si las hostilidades no hubieran afectado la progresión de la población. Las pirámides de la población urbana, en particular la de Caracas del año 1822, muestran una muesca entre los 25 y 29 años de edad, y también un número mayor de mujeres que de hombres, todo lo cual parece confirmar los horrores de las guerras de la década precedente.

Si las operaciones conducidas por Hidalgo en el Bajío y Michoacán no causaron muchos lutos (Calvo y López, 1988), los encuentros sostenidos por las huestes de Morelos, durante años, tuvieron mayores efectos en el sur (Cook y Borah, 1968). En México nada comparable sucedió, sin embargo, con la desolación que sufrió la Banda Oriental como consecuencia de la famosa "redota" de 1811. Alrededor de una quinta parte de la población civil de la campaña traspuso el río Uruguay con Artigas por temor a la represalia realista o a las exacciones portuguesas, según se desprende del padrón de las familias orientales emigradas a Entre Ríos.

Antes y después de esta historia accidentada, los movimientos internos estuvieron también a la orden del día (Robinson, 1990). En Quito, los serranos descendieron hacia el litoral (Estrada Ycaza, 1977). Cuba conoció una repoblación de las costas, a la inversa de lo sucedido en la centuria precedente. En Puerto Rico ocurrió lo contrario: fue el interior deshabitado el que se pobló. En Costa Rica, la gente se mudó

de la costa a las tierras altas en busca de un clima más benigno y de mayores oportunidades económicas. En 1815, 84% de sus 46 000 habitantes vivían en la meseta, según el informe del obispo Garza Jerez, y San José, la capital fundada pocos decenios antes (1755), contenía un cuarto de su población (Jiménez Castro, 1956).

Amplias migraciones ocurrieron también tierra adentro en Nueva España y Nueva Granada. En México, el vagabundaje aumentó por las hambres y sequías que lanzaron a los "malentretenidos" por los cuatro rumbos. La inestabilidad no fue el único motivo de las migraciones. La explotación de nuevos reales de minas o la expansión ganadera por el norte atrajeron a foráneos. A los desplazamientos estudiados de Michoacán (Morin, 1979; Robinson, 1989), Nueva Galicia y Nueva Vizcaya (Cook, 1970; Calvo y López, 1988; Swann, 1982) se agregan en el sur los movimientos de Yucatán (Farriss, 1992) y, en el norte, los que poblaron las provincias internas (Tjarks, 1974 y 1978).

Al poniente de la actual Colombia, Antioquia reorientó su economía hacia la agricultura al agotarse las minas de oro, mientras que matrimonios tempranos y familias numerosas produjeron un excedente de población que la región no pudo retener. Siguiendo las vertientes templadas de la cordillera, los antioqueños se dirigieron hacia el sur ocupando los baldíos. Este movimiento espontáneo fue favorecido por la Real Cédula de 1789 que encomendó a jueces-pobladores repartir tierras y fundar colonias agrícolas. La guerra de independencia desoló luego algunos lugares, como Anserma, en los que los realistas se hicieron fuertes, y pospuso el avance, pero la República no tardó en reanudar las concesiones, lo que condujo a los antioqueños hasta el propio Cauca (Parsons, 1968).

Vacas y yeguas, contra lo que hicieron sus antepasados que expulsaron a los indios de sus tierras, en el siglo XVIII llenaron los campos de hombres. Tras ellas acudieron aquellos que se convertirían en los rancheros del México septentrional, los llaneros de la cuenca del Orinoco (Lombardi, 1976) o los gauchos del Viamão riograndense y de la pampa bonaerense. Una llanura sin límites y desierta acogió en Río de la Plata a un gentío entremezclado oriundo de Santiago del Estero, Córdoba, Cuyo o, como se ha dicho, de las decaídas misiones. Esta mu-

chedumbre salpicó la planicie de estancias y pueblos. En Río Grande do Sul, al tiempo que afianzaban el dominio portugués, los paulistas extrajeron las mulas, a cuyo lomo penetrarían mercaderías y hombres en el Mato Grosso, y ranchearon las vacas de cuya carne secada y salada sacaron el tasajo exportado a Bahía, Piauí y Ceará, en el momento preciso, por cierto, en que las grandes sequías de 1791 a 1793 obligaron a inmolar siete octavos del plantel ganadero local y permitieron que el sur se hiciera con el suministro de las plantaciones.

A fines de la era colonial e inicio de la independiente, culminó la trata negrera, a la vez que entraban portugueses y españoles, y otros europeos, después de la emancipación. El ingreso de portugueses se estima entre 300 000 y medio millón en el siglo XVIII. Una parte de ellos vino a raíz del descubrimiento de las minas de oro y diamantes al principio de siglo, pero otra acudió a finales. Entre 1808 y 1817, Brasil recibió luego unos 50 000, lusitanos, la mayoría funcionarios y cortesanos que abandonaron la metrópoli con la familia real ante la amenaza de las armas napoleónicas. Río, la nueva capital de la monarquía, duplicó su población en poco tiempo. De los venidos entonces, buena parte no regresó con el rey a Lisboa, sino que echó raíces en Brasil.

Las pautas de emigración española con que se inauguró el siglo XVIII, bien distintas de las de la etapa de conquista y poblamiento, se consolidaron en él. Grandes contingentes de soldados siguieron acudiendo al Nuevo Mundo (Marchena, 1983). Los planes de colonización se intensificaron tanto para guarnecer la frontera meridional del imperio (Patagonia: Paesa, 1971) como la septentrional (Nuevo México, Texas, Florida) o, también, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Trinidad, en el Caribe. Es más, la iniciativa de la Corona se extendió a los territorios que le fueron cedidos entonces: Luisiana (Acosta, 1979). Los canarios encabezaron las salidas (Parsons, 1983), pero los aportes del litoral cantábrico y del levantino también fueron considerables (Delgado Ribas, 1989). El deseo de fomentar la colonización llevó incluso a relajar en ocasiones los requisitos para admitir extranjeros. Colonos franceses fueron instalados en Trinidad (Newson, 1979), e irlandeses en Puerto Rico (Picó, 1986), sin contar con la llegada de los franceses que huyeron de Saint-Domingue y fueron acogidos, como se

ha dicho, en Cuba y Santo Domingo. Grupo característico de la emigración de este siglo fue también el de los comerciantes catalanes y baleares. Su presencia habitual en los puertos fue muy notoria en Cuba y Puerto Rico (Delgado Ribas, 1989).

Brasil abrió las puertas a los demás europeos poco después de que se instalara la corte en Río. Lo mismo acordó cuatro años más tarde el Triunvirato de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Los extranjeros no esperaron a que su situación se legalizara para entrar. Al calor de la guerra, acudieron soldados de fortuna y hombres de negocio. Los últimos, en su mayoría británicos, acabaron por dominar el comercio de las incipientes naciones. Su corta presencia apenas repercutió, sin embargo, en el orden demográfico. Más adelante, algunos países idearon planes ambiciosos de colonización, como hizo, por ejemplo, la provincia de Buenos Aires en 1821, bajo el gobierno de Rivadavia. Estos intentos resultaron vanos entonces, pero merecen ser recordados como experiencias que prepararon la caudalosa inmigración posterior.

La entrada de africanos alcanzó su punto culminante entre 1761 y 1850 (cuadro 5.2). Las importaciones a Brasil aumentaron hasta fines del siglo XVIII y, después de una breve contención, alcanzaron su cima antes de la supresión de la trata. Entre 1761 y 1810 entraron en Iberoamérica 18 636 esclavos por año, más que en los seis decenios precedentes, pero menos de la mitad que de 1811 a 1850, cuando el promedio ascendió a 38 734. Brasil absorbió entonces más de 70% de este comercio; el resto fue a parar a Hispanoamérica y, después de 1810, más que nada a Cuba y, en escala menor, a Puerto Rico, los dos únicos territorios prósperos de la región. Es de advertir que Brasil e Hispanoamérica juntos sólo recibieron 40% de los africanos introducidos a la sazón en América; la mayoría fue a las colonias británicas, francesas y holandesas del Caribe, y a los recién proclamados Estados Unidos de Norteamérica. De los transportados a Brasil, casi ocho de cada 10 procedían de Angola.

Las ciudades cobraron importancia entonces. De esa época data la fundación de muchos núcleos que alcanzaron fama y fortuna más adelante. Éste es el caso de las decenas de *vilas* que se erigieron entonces en la capitanía de São Paulo (Morse, 1965) o de poblaciones similares

Cuadro 5.2. Esclavos importados a Brasil e Hispanoamérica (en miles)

	1761-1770	*1771-1780*	*1781-1790*	*1791-1800*	*1801-1810*	*Total*
Brasil	164.6	161.3	178.1	221.6	206.2	931.8
Hispanoamérica	121.9			185.5		307.4
Total	**447.8**			**791.4**		**1 239.2**
	1811-1820	*1821-1830*	*1831-1840*	*1841-1850*	*1851-1860*	*Total*
Brasil	266.8	325.0	212.0	338.3	3.3	1 145.4
Cuba	79.8	112.5	126.1	47.6	123.3	489.3
Puerto Rico	6.4	12.1	14.1	10.6	7.2	50.4
Total	**353.0**	**449.6**	**352.2**	**396.5**	**133.8**	**1 685.1**

Fuente: Curtin, 1969.

en la Banda Oriental del Uruguay (Rial *et al.*, 1976), noroeste argentino (Robinson y Thomas, 1974), así como en Venezuela (Lombardi, 1976). Las grandes ciudades crecieron, pero no se agigantaron. La suerte favoreció, naturalmente, más a unas que a otras. La ciudad, que con la conquista española parecía enquistada en medio de una población aborigen, había desarrollado con el tiempo una relación menos violenta con el entorno. Antes que representante de un sistema imperial, se esforzaba por amoldarse a sus funciones locales.

La participación del litoral atlántico en el comercio mundial dio impulso a las cabeceras de las regiones exportadoras, como eran La Habana, Caracas, Buenos Aires y Río de Janeiro. La primera pasó a tener, de los 51 037 habitantes que le daba el censo de Las Casas (1791), 84 075, en el censo de Cienfuegos (1817); Caracas saltó de 24 187 en 1772 a unos 42 000 en 1812, a pesar de las pérdidas causadas ese mismo año por un terremoto; la capital del Plata, de 24 363 que halló el virrey Vértiz en 1778, alcanzó los 55 416 habitantes en el censo de Rivadavia de 1822. Dos golpes políticos de suerte se conjugaron para que Río registrara el crecimiento más rápido de todos. Con el traslado de la capital virreinal de Bahía a Río, la ciudad carioca inició en 1763 una carrera administrativa bisecular, que concluiría en 1960 al trasladarse la capital por segunda vez, ahora a Brasilia. Antes se ha mencionado la venida de la corte portuguesa en 1808. Al producirse la independencia, residían

en Río los 135 000 habitantes que le atribuía Humboldt. La economía favoreció poco el ascenso de Río, pues los nuevos embarques de café no compensaron su menor actividad como puerto de minas. La fundación del virreinato de Buenos Aires y de las capitanías de Caracas y La Habana ampliaría en cambio las funciones de estas tres ciudades mercantiles y las dotaría, bajo el gobierno de autoridades ilustradas, de mayor empaque urbanístico.

En las áreas menos dinámicas, las antiguas urbes progresaron poco. Lima pasó de 52 627 habitantes en 1792 a 56 284 en 1813, aumento insignificante; la ciudad de México de 112 926 en 1790 llegó a 168 846 en vísperas de la emancipación, o sea, que aumentó una mitad más en tres decenios.

¿Cómo se ordenan las ciudades por rango a consecuencia de este crecimiento disparejo? Al triunfar la independencia, México figuraba, como siempre, en la cúspide, aunque no a mucha distancia ahora de Río de Janeiro. A La Habana seguían Lima, Buenos Aires, Caracas, Santiago de Chile (alrededor de 50 000 habitantes cada una) y algunas capitales regionales de igual tamaño, como Puebla (52 000) y Bahía de San Salvador. En un tercer nivel se situaba la mayor parte de los centros regionales, como Guatemala (23 434 habitantes en 1776), Quito (28 451 en 1778), Cuzco (32 000 en 1792), Potosí (22 000 en 1779), Oropesa, hoy Cochabamba, y La Paz (22 000 y 21 000, respectivamente, cifras ambas de 1796); Santa Fe de Bogotá (21 394), Recife (alrededor de 30 000), São Luiz Maranhão (22 000), Guanajuato (32 000), Zacatecas (25 000) y Mérida (28 000). Las cifras de las tres ciudades mexicanas pertenecen a 1793. Por último vendrían las capitales de provincia típicas, de las que entresacamos Durango (11 027 habitantes en 1790), San Salvador (12 504 en 1807) o Córdoba (10 587 en 1813).

6
GOBERNAR ES POBLAR

Contiendas políticas, sociales y territoriales más una larga depresión del comercio mundial pospusieron hasta mediados del siglo XIX el despegue de la América Latina independiente. En un principio algunos caudillos, del Dr. Francia en Paraguay al general Gamarra en Perú, creyeron que sus naciones podrían crecer hacia adentro, es decir en función de la demanda interna antes que de la internacional, pero el tiempo disipó sus esperanzas poniendo en evidencia lo restringido de sus mercados interiores. La hacienda de las nuevas repúblicas favoreció, por estar sujeta a aprietos constantes, la recaudación aduanera antes que la de los impuestos directos, siempre más difíciles de cobrar. La preferencia fiscal coincidía con una demanda creciente de las nuevas metrópolis económicas por productos ultramarinos. Es así como la economía latinoamericana se orientó resueltamente hacia la exportación en la segunda mitad del siglo XIX. Las regiones que producían y comercializaban materias exportables se pusieron al frente de la nueva ola de prosperidad; aquellas que no tuvieron qué ofrecer quedaron rezagadas. La bonanza ayudó a resolver los conflictos políticos y sociales que habían trabado hasta entonces la consolidación de las nuevas naciones.

La inserción de América Latina en la economía mundial traería cambios en la distribución de su población y en su comportamiento demográfico. A más exportaciones, más empleo y mayor movilidad espacial, ya que los puestos de trabajo no siempre aparecían donde había brazos disponibles. Estos desajustes dieron lugar a desplazamientos y, en segunda instancia, a un mayor crecimiento natural.

Cada país o región abordó el problema de la mano de obra de distinta manera. Contar con el simple crecimiento natural importaba

dejar pasar una ocasión o retrasar el despegue, a veces por toda una generación. Procedimiento más expeditivo era alentar los movimientos de población. Las modalidades elegidas fueron principalmente cuatro: la trata negrera, el enganche compulsivo, la desarticulación de las estructuras agrícolas o sociales que retenían mano de obra y, finalmente, la migración libre. Todas ellas, menos la tercera, admiten a su vez dos variantes, una interna y otra exterior. Esclavos, enganchados o trabajadores libres acudieron en efecto unas veces de otras partes del continente o, también, de Ultramar.

Las dos primeras secciones de este capítulo contemplan los modos compulsivos a los que se apeló entonces. La migración europea espontánea figura aparte. La cuarta sección expone cuánto y cómo creció, y se redistribuyó la población latinoamericana hasta la crisis de 1930.

1. TRATA AFRICANA Y ENGANCHES ASIÁTICOS

La plantación azucarera, tal como se configuró en América, requirió mano de obra abundante y disciplinada. Tan duro era el trabajo en ella que no se concebía que pudiera operar sin una fuerza laboral servil. Los esclavos se emanciparon sin embargo en 1801 en Haití. La independencia trajo consigo la ruina de las plantaciones, pues los antiguos esclavos prefirieron parcelarlas y trabajar sus propios conucos. En el Caribe británico, la abolición de la trata redujo la fuerza de trabajo. El vacío creado en unas y otras islas coincidió por cierto con un aumento de la demanda mundial de azúcar, circunstancia de la que los plantadores y gobernantes iberoamericanos supieron sacar provecho.

La primera opción que se les ofrecía para desarrollar sus plantaciones era prolongar cuanto fuera posible la servidumbre y aumentar su dotación de esclavos haciendo oídos sordos a los tratados internacionales que vedaban la trata. Inglaterra negoció esta prohibición con los países iberoamericanos así como con España, arrogándose la vigilancia de los mares. Pese a las capturas, las entradas superaron a las de cualquier periodo anterior. La trata logró introducir en Brasil de este modo unos 880 000 africanos, entre 1821 y 1850, y en las posesiones españo-

las del Caribe unos 520 000, entre 1821 y 1870. Más de nueve décimas partes de los últimos fueron a parar a Cuba y una a Puerto Rico (Curtin, 1969). Cuba no estaba dispuesta a desperdiciar la ocasión que se le ofrecía para erigirse en principal proveedora mundial de azúcar. De 1830 a 1860, la Gran Antilla cuadruplicó su producción: sin los esclavos no lo hubiera conseguido (Knight, 1970).

La afluencia de esclavos no logró impedir que el auge azucarero llegara a su fin en Brasil. Los nordestinos sobrantes no tardaron en hallar pronta colocación en los cafetales del interior de Río de Janeiro, mientras que la prohibición de la trata era por fin aceptada e impuesta. Si el Noreste contenía 53% de la población servil y el Sudeste 38% en 1823, en cambio, en vísperas de la abolición de la esclavitud, es decir en 1887, la relación se había invertido: 28% frente a 67%. El traslado y venta de esclavos del norte al sur —una migración en suma forzada— fue pues lo que dotó de brazos a la expansión cafetalera en su primera fase (Conrad, 1971; Klein, 1976; Slenes, 1986).

Otras naciones latinoamericanas tampoco se privaron de introducir negros, aunque en cantidades en comparación menores. Proclamada la libertad de vientres y el fin de la trata, las Provincias Unidas del Río de la Plata no dejaron por ello de introducir esclavos. Embarcaciones del vecino Uruguay operaron activamente en este comercio que suscitó conflictos frecuentes con los escuadrones de vigilancia de la marina británica. El fin de la trata se impuso finalmente en Río de la Plata, pero la plena libertad de los esclavos tuvo que esperar en Argentina hasta la Constitución de 1853.

La supresión de la esclavitud en América Latina constituye un largo proceso de forcejeos que abarca de 1801 a 1888. El primer paso consistió en decretar la libertad de vientres, gracias a lo cual los hijos de las esclavas nacieron libres. El último país en proclamarla fue Brasil, que lo hizo en 1872. La emancipación de los adultos tardó más. Chile, México y Centroamérica, que tenían pocos esclavos, los liberaron de una vez hacia los años veinte. Lo común fue sin embargo una disolución gradual. Patronato o aprendizaje mantuvieron a los libertos vinculados a sus antiguos amos por determinado tiempo, asegurando de este modo, si no la propiedad, la continuidad del servicio. Las guerras de emancipación

americana, en las que combatieron muchos esclavos, así como las fugas o una mayor liberalidad en las manumisiones fueron asimismo reduciendo la capa servil. De unos 60 000 esclavos con que contaba Venezuela en 1810, sólo quedaban 14 000 en 1854 (Lombardi, 1971). En Perú, de 89 000 que había en 1821, el presidente Castilla sólo tuvo la oportunidad de liberar a 12 000, en 1854. En Brasil, el grupo se contrajo de un máximo de 1 715 000 en 1864 a 723 000 en 1887, en vísperas de la última emancipación decretada (Merrick y Graham, 1979).

La población libre de ascendencia africana también mermó. En Cuba, negros libres más esclavos, que habían llegado a representar 59% de la población en 1841, quedaron reducidos a 44% en 1860 y a 33% en 1887 (Knight, 1970). Una alta mortalidad, baja reproducción y falta de nuevos ingresos rezagó a este grupo frente al de los blancos. En Puerto Rico ocurrió otro tanto. En Argentina, por atrición o sumergidos por el aluvión europeo, casi desaparecieron a fines de siglo (Andrews, 1980).

Aunque se procurara dar largas a la trata, no se ignoraron las señales que anunciaban el fin de la esclavitud, procurando un remedio. En 1847 salió de Amoy, a título experimental, un primer cargamento de trabajadores con destino a Cuba. Firmado un tratado entre el gobierno chino y el de España, 132 435 más salieron con el mismo rumbo, de 1853 a 1873, de los que murieron a bordo 13%. La mayoría de estos inmigrantes fueron hombres sueltos procedentes del sur de China (Cantón y Macao) donde desempleo y guerras intestinas alimentaban a una población flotante sin ocupación. El censo de 1877 registró la presencia en Cuba de 43 811 asiáticos, o sea 3% de la población. De éstos sólo quedaban, en 1899, 14 863 por la dificultad que encontraron para multiplicarse, faltos de mujeres del mismo origen, y por su elevada mortalidad (Chang Rodríguez, 1958; Corbitt, 1971; Pérez de la Riva, 1976; Moreno Fraginals, 1989a).

La inmigración china tomó el relevo de la africana en más de un sentido. Los armadores, que transportaron a los culies, con sus barcos y tripulaciones, solieron ser antiguos negreros, españoles o ingleses, en busca de nueva ocupación. El reclutamiento de los culies revistió las más veces un carácter igualmente abusivo. Atraídos con engaño por los agentes, que recurrieron incluso al rapto, pocos de ellos supieron que

les esperaba el corte de la caña. El contrato firmado en su mayoría por iletrados obligaba a servir a discreción del amo por ocho años a jornal. El trato que recibieron en la plantación tampoco fue más benigno que el del esclavo. Traer chinos no constituyó sin embargo una solución viable, ni segura. En los ingenios duraron el menor tiempo posible. Al concluir el contrato, o antes por huida, escaparon a las ciudades donde trabajaron por su cuenta.

En su búsqueda afanosa para sustituir al africano, los hacendados cubanos importaron algunos indígenas del continente. Los vencidos de la guerra de castas de Yucatán fueron vendidos, en 1847, en la isla (González Navarro, 1970). En 1881 adquirieron indios en Costa Rica. Los plantadores hicieron incluso traer braceros de Canarias y Galicia, dos regiones deprimidas de la metrópoli. Grandes empresas se montaron en torno a este negocio, pero el gobierno de Madrid tuvo que rescindir las concesiones por los abusos cometidos con los contratados (Navarro Azcue, 1989).

El Perú independiente buscó comerciar con China y, en estas circunstancias, es natural que los hacendados del norte pensaran sustituir negros por chinos. Antes de abolir la esclavitud en 1854, el presidente Castilla abrió precisamente las fronteras a los trabajadores asiáticos. Unos 87 000 de ellos entraron en el país, de 1859 a 1874, y no tardaron en abandonar las haciendas azucareras, igual que en Cuba. Muchos chinos se instalaron por eso en Trujillo, y de ahí marcharon a Lima u otras partes de la costa, en las que han dejado un sustrato cultural superior al que corresponde el tamaño que alcanzó el grupo. Dentro del conjunto, los chinos no llegaron a ser muchos: representaron apenas 2% de la población de 1876 (Stewart, 1971). La guerra del Pacífico los halló trabajando en los yacimientos salitreros. Al anexarse el territorio, ellos quedaron en Chile y, de las minas, pasaron en seguida a Santiago (Segall, 1968). Años más tarde, los hacendados del norte peruano volvieron a mirar hacia Asia. De 1899 a 1923 contrataron 18 000 braceros japoneses para los cultivos de azúcar y algodón. Llamados por parientes o amigos, otros japoneses acudieron después directamente a las ciudades donde desempeñaron ocupaciones independientes en el comercio, los servicios o la horticultura (Morimoto, 1989).

Panamá, entonces todavía colombiano, empleó chinos dos veces en grandes proyectos de obras públicas. Entre 1850 y 1855, varios centenares trabajaron en el tendido del ferrocarril transístmico. Miles fueron traídos luego para la excavación fallida del canal (1882-1889). Expuestos al paludismo y a un trabajo durísimo, muchos de ellos fenecieron (Mon Pinzón, 1989).

Otros asiáticos ingresaron a la sazón, como los japoneses a Brasil, de los que nos ocuparemos en otra parte. Chinos venidos de Estados Unidos se establecieron en el occidente de México, donde fueron víctimas de una matanza. Culies hindúes huidos de Trinidad y Guayana se encuentran en fin en el oriente de Venezuela. Las distintas migraciones asiáticas no suman tanto como las africanas o europeas, pero formaron colonias distintivas que ponen un color propio a algunas regiones o países.

2. LA MOVILIZACIÓN DE LA MANO DE OBRA

Una migración interna, forzosa, por cabotaje y a gran distancia, como fue la del Noreste a Río, fue evidentemente excepcional. En general la gente se hallaba más a mano, pero su movilidad era frenada por la falta de comunicaciones y las rigideces del mercado de trabajo.

La población se movía siguiendo los antiguos caminos de herradura o las sendas de las selvas que surcaban en todas direcciones. El transporte interior se hacía a lomo de muía o, todavía, a hombros de porteadores. Las carretas sólo circulaban por pocas rutas, principalmente por las llanuras de Río de la Plata o del Bajío mexicano. Medios de transporte a gran distancia y en gran escala, rápidos y para pasajeros, faltaban. El mundo rural, corto de información y de medios, tendía por lo tanto a vivir, salvo excepciones, replegado sobre sí mismo.

Los gobiernos emprendieron la mejora de las rutas, obligando, como en Ecuador, a los campesinos a reparar y mantener los caminos o abriendo otros nuevos, como el que unió Quito con la costa de Guayaquil. Es éste sólo un ejemplo. Pronto se pensó en introducir la última tecnología en materia de transporte, el ferrocarril. Cuba abrió el

primero, en los años de 1830, para acarrear la caña de azúcar a los ingenios; el istmo, de Panamá a Colón, quedó unido por una vía férrea en los años de 1850. La red que cubrió las llanuras de Argentina o que recorrió de arriba abajo Chile, y las líneas que comunicaron Veracruz con la ciudad de México o Santos con São Paulo, hubieron de esperar algunos decenios más.

El ferrocarril fue trazado para el transporte de mercaderías, pero también condujo pasajeros. Su mayor contribución al movimiento de las personas fue sin embargo la ingente movilización de mano de obra que su construcción exigió. Decenas de miles de trabajadores realizaron las excavaciones y los tendidos. Salvo el recurso a chinos en Colombia o a europeos en Argentina, la mayor parte de los brazos fue reclutada localmente entre campesinos que, con frecuencia, abandonaban inopinadamente el tajo para atender sus cosechas o cuando creían tener cubiertas sus necesidades de dinero. Decenas de miles dejaron entonces sus pueblos, se dispersaron a lo largo de las líneas férreas y formaron una población flotante cuando las obras se terminaron.

Las dificultades que encontraron los ferrocarriles para reclutar una fuerza de trabajo regular denotan una de las rigideces del mercado laboral. La mano de obra, aunque abundara —y no era siempre el caso— no era accesible. O contaba con medios, aunque precarios, para subsistir y no encontraba motivos para alquilarse, o tampoco tenía el hábito de un trabajo asalariado fijo. Ambas condiciones solían ir juntas, y que subsistieran comunidades indígenas las prolongaba.

La formación, siglos antes, del grupo de *forasteros* había dado lugar a importantes movimientos de población y había minado muchas comunidades. Pero ellas no habían desaparecido y, en ocasiones, habían sabido adaptarse al desarrollo del mercado interior. Las comunidades retenían mano de obra para sí, pero además preservaban hábitos comunitarios contrarios, como es evidente, al trabajo asalariado necesario en las nuevas explotaciones agrarias u obras públicas.

De acuerdo con el principio de afianzar la propiedad y la libertad individuales prescritas en las constituciones liberales, los gobiernos republicanos desamortizaron la tierra y disolvieron las comunidades. Las tierras comunales fueron parceladas entre los indios, quienes tuvieron

que asegurarse un título de propiedad individual, y las sobrantes fueron atribuidas al Estado, que las puso en venta como baldías. Esta reforma del régimen agrario dio lugar, las más veces, a violencia. En Bolivia, las rebeliones indígenas obligaron a contramarchas y es así como, en las tierras marginales sobre todo, algunas comunidades pudieron subsistir hasta nuestros días. En otros casos, el Estado consiguió imponerse por subterfugios o por la fuerza. Buena parte de las tierras que los indígenas habían conservado durante la Colonia pasó entonces a manos de nuevos hacendados. Los antiguos comuneros permanecieron en ellas en calidad de peones o inquilinos, o buscaron ocupación por otros rumbos. La supresión de las comunidades lanzó a centenares de miles de indios al mercado de trabajo. Los enganches forzados o la retención por deudas vencieron a su vez su inercia.

El acaparamiento de la tierra por los nuevos hacendados obligó a los campesinos a buscar un escape. En algunas partes, las fronteras, abiertas o no por la fuerza, estaban a su alcance. La conquista militar del *desierto* que se extendía por la Pampa, la Patagonia y el Chaco despojó a los indígenas de sus tierras y abrió 1 400 000 km^2, un espacio casi tan amplio como el de la Argentina poblada, a la colonización. Los araucanos fueron sometidos en el sur de Chile y los yaquis en el norte de México. Entonces tuvo lugar la "marcha hacia el norte" de México (González Navarro, 1974). De 1895 a 1914, las migraciones interprovinciales netas arrojaron en la Argentina un saldo de 342 000 personas (Lattes y Lattes, 1969). En Chile, de 1885 a 1915, 150 000 inmigrantes rurales se emplearon en la minería del Norte Grande, mientras que otros se desbordaban sobre la Patagonia.

La explotación de productos de exportación apeló a connacionales. En las tierras altas de Costa Rica, las pequeñas plantaciones de café fueron cayendo en manos de grandes empresas. Los pequeños terratenientes optaron entonces por hacerse colonos o por emigrar a Alajuela, Guanacaste o Punta Arenas, extendiendo con ellos este cultivo. En la costa de El Salvador, Guatemala y Chiapas, los grandes propietarios trajeron colonos de las tierras frías para esta producción. En el golfo de México, de Honduras a Santa Marta en Colombia, los bananales necesitaron tantos brazos que incluso importaron trabajadores de las Anti-

llas. En el norte de Colombia y en el golfo de Maracaibo, la explotación del petróleo drenó gente de tan lejos como los Llanos. En el norte del Perú o Tucumán, fueron las plantaciones de azúcar las que hicieron bajar serranos a la costa o al valle. En Brasil, São Paulo apeló a fuerza de trabajo local para la roza y la elaboración del café, reservando el cultivo a los extranjeros. La fiebre del caucho pobló la Amazonia de Brasil, pero también la de Colombia, Perú y Bolivia, de *seringueiros* que sangraban los árboles y de toda clase de buscadores de fortuna. La opulenta ciudad de Manaos se convirtió en el centro floreciente de esta vasta región.

3. LA INMIGRACIÓN EN MASA

La trata africana o asiática era un procedimiento costoso; lanzar a los campesinos al mercado de trabajo resultaba duro y lento, y suscitaba impaciencia. Para acortar plazos y ahorrar el coste de la formación del trabajador, ciertos gobiernos prefirieron recurrir a la inmigración libre europea, que gozaba de una tradición y de un prestigio de larga data. Como parte de su apreciada calidad, el europeo aportaba conocimientos técnicos y hábitos útiles en el acto. La independencia abrió la entrada, por otra parte, a todos los europeos y no sólo a españoles o portugueses como en la época colonial. Es más, prejuicios no exentos de racismo dieron preferencia a los nórdicos, cuyos países pasaban por una época de adelanto material y social, y por lo cual sus habitantes eran tenidos por más cultos y laboriosos.

Alemania, Suiza, el norte de Italia, Irlanda y Escandinavia experimentaron a comienzos del siglo XIX un notable crecimiento demográfico, para el que la emigración suponía una oportuna válvula de escape. Sus excedentes fluyeron hacia Estados Unidos, pero siempre hubo individuos tentados por perspectivas más exóticas. La preferencia latinoamericana coincidía, pues, con los saldos disponibles. En esta corta oleada ingresaron primero unos pocos comerciantes, artesanos, soldados de fortuna y contados agricultores, pero el estancamiento posrevolucionario no fue propicio para la transmigración. Los gobiernos de las

nuevas naciones tuvieron que rebajar sus esperanzas y embarcarse activamente en atraer colonos.

Brasil recibió el mayor contingente al principio. No lejos de su capital se fundó, en 1818, Nueva Friburgo, cuyo nombre indica el origen helvético de sus pobladores; seis años después, São Leopoldo. A pesar de haber sido estos ensayos satisfactorios, se impuso un compás de espera hasta que el senador Vergueiro dio nuevo impulso a la colonización. A partir de 1847 se erigieron São Pedro de Alcántara, en Paraná; Petrópolis, en Río de Janeiro, y Blumenau, en Santa Catarina. Los extranjeros llegados sumaron unas decenas de miles, pero la esclavitud, aún vigente, desalentaba la afluencia de trabajadores libres.

Si Brasil sedujo al mayor número, Uruguay acusó el impacto más fuerte. Entre 1835 y 1842 entraron por Montevideo 33 138 europeos, de los cuales seis de cada 10 eran franceses y un cuarto del total españoles. La mayoría de ellos tentó fortuna en la capital, al punto que, por cada 100 uruguayos, vivían allí nada menos que 168 extranjeros, según el censo de 1843 (Oddone, 1966a).

El Estado de Buenos Aires, en la banda opuesta del Plata, esfumados los proyectos de Rivadavia, se limitó a aceptar más que nada a pastores irlandeses que iniciaron la cría de ovejas (Korol y Sábato, 1981). Más adelante, la Confederación argentina asentó a suizos y germanos en colonias en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. De aquella época (1862) data también la instalación de galeses en el remoto y áspero valle inferior del río Chubut, en la Patagonia. Cordillera de por medio, el presidente Montt asentó a 1 768 colonos en la vertiente boscosa del Pacífico poniendo un toque teutón en la fisonomía de los dominios araucanos. Reforzado por la llegada de contingentes posteriores, este rasgo perdura todavía en el sur de Chile.

En Perú, el mariscal Castilla consiguió que entrara un limitado número de irlandeses, italianos y alemanes. De los últimos, 300 se establecieron en la sierra, en Pozuzo, en 1857 (Río, 1929). Alemanes también poblaron la colonia Karlsruhe, de vida efímera, en Nicaragua, mientras que Tovar, próxima a Caracas, sigue como testigo de una iniciativa ya centenaria (Perazzo, 1973). Entre 1832 y 1845 Venezuela admitió además a 11 851 inmigrantes, principalmente oriundos de las islas Canarias.

Canarios y peninsulares no dejaron de emigrar entonces a América, a pesar de que los españoles fueron expulsados de varias repúblicas después de la emancipación. Los viejos vínculos familiares y comerciales prevalecieron sobre el distanciamiento. Brasil, un destino inédito, resultó sin embargo preferido, junto con Cuba y Puerto Rico, aún bajo tutela.

Esta etapa migratoria, no obstante ser selectiva en cuanto a procedencias y reducida en magnitudes, situó a América Latina en la mente de quienes pensaron, cada vez más, en emigrar. En ella comenzaron varias de las cadenas migratorias que cebarían un flujo constante (Devoto, 1991).

"Gobernar es poblar", formuló J.B. Alberdi. El pensador argentino tuvo la satisfacción de ver que sus ideas se convertían en precepto constitucional. El artículo 25 de la Constitución de 1853 dice en efecto: "El gobierno federal fomentará la inmigración europea...". Lograda la consolidación de la vida institucional en todos sus órdenes, desde el jurídico y político hasta el económico y social, Argentina y otros países de América Latina pudieron iniciar una larga etapa de prosperidad y captar una parte importante de la magna migración que salió de Europa entre 1870 y 1930.

Las doctrinas que propiciaban la inmigración no influyeron demasiado en los resultados. Durante el Porfiriato, México aspiró a asentar europeos en la frontera norte, el golfo y el Pacífico sur (Chiapas), pero la deserción hizo fracasar los intentos. Para salvar las colonias italianas establecidas, se terminó por admitir a mexicanos. En 1908, de los 1 665 colonos que quedaban, sólo 271 eran italianos (González Navarro, 1960). Muchas leyes migratorias se aprobaron entonces sin efecto: Ecuador, en 1889; Perú, una nueva en 1893; Venezuela, en 1894; Costa Rica, en 1896; Paraguay, en 1903; Bolivia, en 1905; Honduras, en 1906; Guatemala, en fin, en 1909. Los europeos no aprovecharon las facilidades ofrecidas en estos casos para acudir multitudinariamente.

No sólo se echaron en falta grandes magnitudes, sino también determinadas raíces. De buena gana la Argentina de los años ochenta hubiera visto correr por las pampas a sajones o germanos rubicundos y, de religión protestante, mejor. Pero los herederos de los Alberdi hubieron de resignarse a los claros piamonteses y vascos de confesión

romana o, lo que era peor para ellos, a los cetrinos sicilianos. Más adelante llegarían, incluso, los turcos del Oriente Medio y los rusos de la Polonia meridional o de Ucrania.

Es imposible conocer qué indujo a cada individuo a cruzar el *charco,* como los españoles llamaron con ironía al Atlántico. De persona a persona, los motivos variaban y se combinaban de manera distinta. El proceso intelectual o emocional que hay detrás de cada decisión es inescrutable por su complejidad y por no soler quedar testimonio escrito. Por cierto, no todo emigrante decidió por él mismo su salida. Los niños fueron arrastrados por el grupo familiar. Hubo también adolescentes a quienes sus padres despacharon para que se labraran una posición al amparo de parientes o amigos. Si los móviles personales se nos suelen escapar, ello no quita que quepa fijar causas generales de orden social y económico, aunque también las hubo, en menor escala, de índole política, religiosa u otra.

A fines del siglo pasado y comienzos de éste, Europa experimentó un fuerte crecimiento de población por disminución de la mortalidad y un retraso en la caída de la fecundidad. Los altos saldos originados fueron fácilmente absorbidos en las regiones en vías de industrialización, que incluso echaron mano de la migración interna. No ocurrió así en las zonas rurales de, por ejemplo, la Europa mediterránea y oriental. El crecimiento, menor allí por lo lento de su transición demográfica, no pudo ser retenido al coincidir con crisis agrarias, en especial cerealeras, que provocaron la competencia por las tierras vírgenes del Nuevo Mundo. La mano de obra sobrante buscó a menudo ocupación en América. Sobre esta situación de fondo, el flujo sufrió altibajos. Las crisis expulsaron bruscamente muchedumbres; en periodos de bonanza, las salidas ralearon. Por otro lado, no todas las regiones participaron a la vez y del mismo modo. La emigración europea estuvo constituida por consiguiente por impulsos sucesivos.

Aparte de las circunstancias económicas, la persecución de los partidarios de la Comuna de París, de los republicanos españoles o de los anarcosindicalistas de todo el continente, entre otros ejemplos, obligó a muchos disconformes a expatriarse. Igualmente, los *progroms* de la Europa oriental expulsaron a los judíos hacia América,

al tiempo que acudieron los prófugos del servicio militar o de las guerras coloniales.

Las razones para abandonar Europa encajaban con la atracción que ejercía América. Extranjeros y nativos encontraron entonces en el Nuevo Mundo oportunidades para prosperar, escalar socialmente y gozar de amplias libertades. La visión de América transmitida por la prensa, por la propaganda de las empresas colonizadoras o de navegación, o, es más, por las cartas escritas por los propios emigrantes, resultaba particularmente seductora. A esta imagen hay que añadir que la duración del trayecto y el precio de los pasajes se redujeron considerablemente al introducirse la navegación a vapor. Líneas regulares surcaron el océano a tarifas asequibles para quienes tuvieran crédito personal o algún bien que empeñar. En relación con los salarios americanos los pasajes fueron tan bajos por momentos que el emigrante *golondrina* pudo alternar los trabajos de recolección del Viejo y Nuevo mundos.

¿Cuántas personas se desplazaron en esta migración marítima? Aunque producidas en pleno periodo estadístico, las cifras que proporcionan las distintas administraciones no siempre coinciden entre ellas. Con independencia del posible subregistro en origen o en destino, las autoridades de inmigración anotaban la entrada de pasajeros por nacionalidad, pero no todos ellos salían por puertos de su propio país. De ahí, una primera discrepancia entre las estadísticas de diferentes naciones. Las denominaciones de turco o ruso correspondían, por otra parte, al pasaporte exhibido, pero poco dicen del origen según las actuales fronteras. Italiano o español son apenas más precisos. Una misma persona pudo además emigrar varias veces, como los trabajadores *golondrina,* o reemigrar como aquellos que, después de tentar suerte en Argentina, pasaron a Chile. Los datos son por sí mismos escurridizos, pero el propio concepto no es menos lábil. Inmigrante no es el viajero, sino quien se asienta. Entradas y salidas se dieron muchas; la resta deja al descubierto las adquisiciones permanentes. Esto no quita que quienes sólo estuvieron un tiempo o volvieron a morir a su tierra, dejando incluso descendencia en América, también deban ser tenidos por tales y reconocido su aporte.

A pesar de reservas y cautelas, no podemos de dejar de considerar los números. América Latina recibió unos 13 millones de inmigrantes europeos entre 1870 y 1930, menos sin embargo que Estados Unidos. Este flujo se volcó deliberadamente sobre muy pocos países —Brasil, Argentina, Uruguay y Cuba—, con caudales menores para Venezuela y Chile, y otros ínfimos para los restantes países. En los cuadros 6.1, 6.2 y 6.3 se desglosa por quinquenios la inmigración neta a Brasil, al Cono Sur y a Cuba. De las entradas se han restado las salidas, menores en número que los ingresos. Los cuadros cuantifican pues el volumen de cuantos echaron raíces permanentes.

Para su mejor lectura, los cuadros merecen algún comentario. Los dos primeros comienzan en 1881 y el tercero en 1902, después de la independencia de Cuba. El relativo a Brasil incluye el desglose por nacionalidad de las entradas, expresado en porcentajes, más una aproximación al valor de la inmigración neta. Datos de salida no se tomaron en Brasil, salvo en São Paulo. No obstante, habida cuenta de que este estado absorbió 56% del flujo —y más incluso entre 1891 y 1905—, no está fuera de lugar que se aplique la misma proporción a todo Brasil. Los casi cuatro millones de ingresos por mar se convierten en 1.8 definitivos.

De los 13 millones de europeos entrados, quedaron pues unos siete de forma permanente. La migración europea del siglo XIX en adelante no ha de concebirse pues como la africana, asiática o la europea anterior, es decir, de viaje único, sino que se abre en dos: la de aquéllos a quienes la muerte sorprendió en América o la de quienes se limitaron a vivir en ella varios años para provecho propio y del país receptor.

Brasil (cuadro 6.1) fue la primera nación latinoamericana en recibir una migración transatlántica en masa. De 1886 a 1896 se sitúa el máximo de ingresos de extranjeros, oriundos en su mayoría de Italia. Las condiciones que les esperaban en los cafetales fueron tan duras que el gobierno de Roma llegó a prohibir por un tiempo la salida de sus connacionales en dirección a Brasil. La inmigración portuguesa, más la española, vinieron a sustituirlos y, más adelante, superaron a los italianos. Otros flujos tardíos de alemanes y de no europeos, en particular de japoneses, otorgaron a la inmigración mayor diversidad. El cuadro 6.1 muestra los dientes de sierra que forma la serie de entradas

Cuadro 6.1. Inmigración neta: Brasil, 1881-1930 (en miles)

	Brasil						*Estado de São Paulo*			
	Llegados por primera vez	*Porcentaje*								*Tasa de asentamiento permanente*
		Portugal	*Italia*	*España*	*Alemania*	*Japón*	*Llegados*	*% de Brasil*	*Salidos*[1]	
1881-1885	133.4	32	47	8	8	–	99.0[2]	–	–	–
1886-1890	391.6	19	59	8	3	–	199.4	51	–	–
1891-1895	659.7	20	57	14	1	–	413.4	63	65.5[3]	84
1896-1900	470.3	15	64	13	1	–	281.6	60	122.9	56
1901-1905	279.7	26	48	16	1	–	194.3	69	171.4	12
1906-1910	391.6	37	21	22	4	1	190.2	49	173.6	9
1911-1915	611.4	40	17	21	3	2	339.0	55	173.9	49
1916-1920	186.4	42	15	22	3	7	99.9	54	69.5	30
1921-1925	386.6	32	16	12	13	5	222.7	58	108.5	51
1926-1930	453.6	36	9	7	6	13	263.4	58	141.4	46
	3 964.3	**29**	**36**	**14**	**5**	**3**		**56**[4]		**46**[4]

[1] Desde el puerto de Santos: pasajeros de tercera clase.

[2] 1882-1885.

[3] 1892-1895.

[4] 1892-1930, sólo.

Fuentes: para Brasil, Levy, 1974, pp. 49-90, esp. 71-72; para São Paulo, Holloway, 1980, p. 179.

anuales. También pone de manifiesto cómo el retroceso de la inmigración en los años treinta dio lugar a otra interior, aún más voluminosa y que comentaremos en el capítulo siguiente.

Los cafetales y la ciudad de São Paulo fueron su principal destino. La inmigración a Brasil fue, en gran parte, producto de un activo reclutamiento por parte de las autoridades. Los *fazendeiros* del café, a través de la Sociedad para el Fomento de la Inmigración por ellos fundada, junto con el Departamento de Agricultura paulista, subvencionaron un costoso programa para financiar pasajes marítimos y ferroviarios, y una hospedería para albergar temporalmente a los recién llegados. Entre 1892 y 1930, el estado de São Paulo gastó, con pleno éxito, 5.2% de sus ingresos fiscales en el fomento de la inmigración (Holloway, 1980).

Argentina (cuadro 6.2) recibió casi cuatro millones netos de inmigrantes, pero por ella pasaron muchos más. En términos generales las entradas fueron más espontáneas que en Brasil. El quinquenio de 1886-1890 representa un primer máximo de ingresos, seguido por una brusca reducción e, incluso, un breve saldo negativo en 1891, a raíz de la crisis económica y política de ese año. La segunda gran oleada ocupa de 1906 a 1914 y capta una parte de los emigrantes que antes se dirigieron a Brasil. La cresta de esta ola se sitúa en 1913, año en el que desembarcaron más de 300 000 extranjeros. En seguida, durante la Primera Guerra Mundial, los retornos superaron otra vez los ingresos. Argentina devolvió entonces a su país unas 87 000 personas. Al finalizar las hostilidades y reanudarse las comunicaciones marítimas se produjo un tercer avance, favorecido por la política restrictiva en materia de inmigración que adoptó entonces Estados Unidos. La crisis mundial de 1930 puso fin a esta fase e inició un retorno de extranjeros (Recchini de Lattes, 1975).

Las variaciones responden a los ciclos de prosperidad y recesión mundiales, y corresponden además a las ocurridas, aunque en menor escala, en el vecino Uruguay (cuadro 6.2). La concomitancia entre ambas orillas del Plata no fue sin embargo perfecta (Devoto, 1991). Si bien Uruguay y Argentina recibieron inmigrantes del mismo origen básicamente, las diferencias entre ellos son apreciables. Italianos y españoles constituyeron el denominador común. Ahora bien, en la Argentina, los

Cuadro 6.2. Inmigración neta: Argentina, Uruguay y Chile, 1881-1930 (en miles)*

	Argentina	*Uruguay*	*Chile*	*Total*
1881-1885	191.0	26.7	4.3	222.0
1886-1890	489.4	42.1	23.9	555.4
1891-1895	156.1	13.8	2.8	172.7
1896-1900	303.9	33.9	4.1	341.9
1901-1905	329.3	43.8	3.6	376.7
1906-1910	859.3	92.8	35.6	987.7
1911-1915	490.4	101.0	53.3	644.7
1916-1920	2.4	53.1	14.8	70.3
1921-1925	510.2	70.0	34.3	615.5
1926-1930	481.6	102.6	6.3	590.5
	3 813.6	**579.8**	**183.0**	**4 576.4**

Fuentes: para Argentina,1881-1930, Recchini de Lattes, 1975, p. 200; para Uruguay, 1881-1892, Wilcox, 1929, p. 568; para Chile, 1882-1907, Young, 1974, p. 6, además, Mamalakis, 1980, p. 109.

* Inmigrantes entrados en Paraguay

1881-1885	0.8	1900-1905	2.3	1921-1923	1.6
1886-1890	4.7	1906-1910	5.1	1926-1930	1.7
1891-1895	1.8	1911-1915	4.6		
1896-1900	1.2	1916-1920	1.6	1881-1930	25.6

Fuente: L. Pidoux de Drachenberg. "Inmigración y colonización en el Paraguay, 1870-1970". *Revista Paraguaya de Sociología* 34, 1975, pp. 65-123.

primeros fueron más al principio y retrocedieron con la guerra mundial, dando pie a que prevalecieran los españoles —más que nada gallegos y asturianos—, mientras que Uruguay dio entrada más pareja a ambas nacionalidades. Admitió además un tercer grupo numeroso, el de los franceses, que a lo sumo incidieron en Argentina hasta 1890. Uruguay perdió, por otro lado, atractivo frente a la opción argentina alrededor del cambio de siglo, aunque las recesiones devolvieron menos extranjeros de allí. En la Banda Oriental, el flujo culmina tarde, es decir, en los años veinte (Rial, 1983).

En los tres países, la migración masiva estuvo formada por extranjeros poco cualificados, aunque no dejaron de venir de todas las

ocupaciones y aptitudes. El estrato inferior al que solieron pertenecer, en comparación con los pequeños campesinos que fundaron las primeras colonias, supuso una distinta procedencia regional. Los napolitanos o sicilianos tomaron el lugar de los agricultores piamonteses. Los *tanos* reemplazaron a los *gringos*, según la terminología popular argentina. Gallegos, asturianos, o incluso andaluces, no solieron aportar mayores capacidades. Su mejor destino fue cuidar y cosechar los cafetales recién plantados en el planalto paulista o entrar como arrendatarios en las estancias ganaderas o en las *chacras* agrícolas de las pampas que se extienden desde Río Grande do Sul hasta la Patagonia.

Oportunidades aparecieron bastantes en un ambiente de gran movilidad como para que los inmigrantes pudieran abandonar esos trabajos y prosperar en otras tareas o lugares, o hasta para acceder a la propiedad. Las ciudades constituyeron polos fijos de atracción. Muchos de los reclutados para el campo optaron, al pasar por São Paulo, Montevideo o Buenos Aires, por engrosar el grupo de jornaleros no calificados que se necesitaban allí para trabajos eventuales, servicios o, en gran medida, en una construcción en pleno auge. Los artesanos, los comerciantes e incluso los profesionales, que también acudieron, encontraron igual posibilidad de triunfar. Los empresarios industriales como los Matarazzo de São Paulo o los Di Tella de Buenos Aires iniciaron entonces sus prometedores negocios.

Brasil, Uruguay y Argentina ofrecen grandes semejanzas y dan lugar a comparaciones con Estados Unidos (Klein, 1981). Las circunstancias de los casos que siguen son en cambio bien distintas. Chile no necesitaba ni población ni mano de obra en la misma proporción que la vecina Argentina. De hecho, los habitantes del Valle Central desbordaron hacia el Gran Norte y hacia el sur, y hasta penetraron en la Patagonia argentina, donde, según los censos, más de la mitad de los que allí vivían eran chilenos. Chile no tenía un puerto que lo vinculara fácil y rápido con Europa. La capa inmigrante estuvo formada en este país por las aisladas colonias alemanas del sur, por algunas personas calificadas o por aquellos que, una vez construido el Ferrocarril Transandino, pasaron por tierra a principios de este siglo desde Argentina. Para muchos, Chile representó una segunda opción

después de Argentina. Los extranjeros fueron allí apenas más de 4% de la población.

Cuba (cuadro 6.3) terminó el siglo con una población mermada por la guerra, mayor mortalidad general e infantil, y menor fecundidad, pero también con una mano de obra en situación incierta por la reciente liberación de los esclavos. Los problemas demográfico y laboral fueron agudos en los albores de la vida republicana. Cuba, en buena lógica, abrió las fronteras en busca de una solución. Los españoles acudieron en masa a la isla, a pesar de lo reciente del conflicto que había enfrentado a ambos países, y compensaron con creces la obligada repatriación de soldados y funcionarios. Los inmigrantes españoles —principalmente gallegos, asturianos y canarios— se incorporaron a la producción y a los servicios. Buena parte de ellos terminaron en la capital (Maluquer de Motes, 1992). El otro contingente que acudió a Cuba entonces no fue europeo, sino que vino de las islas vecinas de Haití y Jamaica, a raíz sobre todo de la Primera Guerra Mundial.

Al incorporarse Puerto Rico a Estados Unidos después de 1898, la isla recibió menos extranjeros, en particular españoles. En México, ellos constituyeron en cambio el núcleo de inmigrantes más numeroso y con

Cuadro 6.3. Inmigración neta: Cuba, 1902-1930 (en miles)

	Pasajeros. (saldo de llegadas y salidas)	*Tasa de asentamiento*[1]	*Inmigrantes admitidos*	
			Españoles	*Antillanos*
			(porcentajes)	
1902-1905	64.3	57	81[2]	1[2]
1906-1910	66.9	41	71	14
1911-1915	72.0	40	75	11
1916-1920	253.1	63	52	37
1921-1925	158.7	53	50	37
1926-1930	–18.9	–16	30	58
Total	**596.1**	**47**	**58**[3]	**31**[3]

[1] Residuo de llegadas y salidas en relación con los inmigrantes admitidos (en porcentajes).
[2] 1904 y 1905, sólo.
[3] 1904-1930.
Fuente: Cuba, Secretaría de Hacienda, *Inmigración y movimientos de pasajeros, 1902-1930*.

mayor peso económico durante el Porfiriato. En ésta y en otras naciones latinoamericanas, los migrantes europeos gozaron de una alta posición no tanto por su número, inferior al que adquirieron en las mayores receptoras, sino por el poder económico y social que detentaron. La migración de la época consta por consiguiente de dos modalidades, una minoritaria y cualitativamente selecta, que dio lugar a situaciones incluso privilegiadas (Lida, 1994) y, a la vez, otra numerosa y poco cualificada. La primera puede coincidir con la segunda, como, por ejemplo, en el caso de los españoles que, en la ciudad de Córdoba, formaron un grupo aventajado en una Argentina en la que sus muchos connacionales ocuparon, en general, posiciones más precarias.

En suma, aunque los inmigrantes pusieron en explotación y poblaron amplios territorios incultos de la vertiente atlántica, desde el planalto paulista a la Patagonia, su mayor impacto, en esta zona y en el resto de América Latina, fue sentido en las ciudades. Ejemplo extremo, pero sin duda ilustrativo, es que, en Uruguay, los gauchos y los chacareros siguieron siendo criollos. Menos de 4% de la población rural era extranjera, mientras que en Montevideo la mitad de sus habitantes lo era, según el censo de 1908. En gran medida, los campesinos europeos se convirtieron en pobladores urbanos al cruzar el océano.

Aunque europeos fueron la mayor parte de los inmigrantes, por la brecha abierta por ellos, otros se introdujeron más tarde, principalmente los sirios y libaneses, que llegaron hasta los rincones más recónditos de América Latina, y los japoneses, que, en cambio, se dirigieron sobre todo a Brasil (Saito, 1961; Suzuki, 1969; Cintra, 1971). Su volumen equivale al de otros grupos europeos menores en número, pero su grado de radicación solió ser más alto, pues la distancia o el coste hacía más difícil, o impracticable, el regreso a los inmigrantes de la Europa oriental o de Asia.

Las líneas generales de la inmigración nos han hecho perder de vista a los individuos que la compusieron. El cuadro 6.4 precisa por quinquenios el sexo, edad y estado civil de la inmigración a Cuba a comienzos de nuestro siglo. Los hombres conformaron más de 80%; las personas entre los 14 y 45 años superaron ese porcentaje que, además, fue aumentando con el tiempo; la norma de los solteros fue, en

Cuadro 6.4. Sexo, edad y estado civil de los inmigrantes: Cuba, 1904-1928 (en porcentajes)

Periodos (años)	*Hombres*	*Personas de entre 14 y 45 años*	*Personas solteras*
1904-1908	82.6	82.0	70.7
1909-1913	81.2	83.4	70.4
1914-1918	83.7	90.1	76.4
1919-1923	88.6	95.4	86.0
1924-1928	83.5	91.9	79.1

Fuente: Centro de Estudios Demográficos, 1976, p. 75.

fin, superior a 70% y también en aumento. El inmigrante típico fue, como en el pasado, un hombre soltero en la fuerza de la edad. Las proporciones variaron empero, según las circunstancias. São Paulo estimuló la entrada de núcleos familiares completos, más aptos para el trabajo de la recolección del café y más propensos a radicarse.

El cuadro 6.5 examina desde otro ángulo la misma cuestión para Argentina y compara la edad y el sexo de la población nativa y extranjera en los censos nacionales, poniendo de manifiesto la distorsión que la inmigración introduce ante una distribución normal. Si, en 1895, 49% de los argentinos tenían entre 14 y 64 años, nada menos que 85% de los extranjeros tenía la misma edad. Faltaban entre ellos, evidentemente, los jóvenes y los viejos. En la misma fecha, por cada 100 mujeres había 90 nativos y 173 extranjeros. En el mercado matrimonial había en definitiva 112 hombres por cada mujer. A partir de este cuadro se plantean

Cuadro 6.5. Extranjeros en la población de Argentina, 1869-1914

	Ratio de varones			*% 14-64 años de edad*			*Extranjeros de14-64 años como % de la población total*
	Población total	*Argentinos*	*Extranjeros*	*Población total*	*Argentinos*	*Extranjeros*	
1869	1.06	0.94	2.51	56.5	–	–	12.1
1895	1.12	0.90	1.73	57.9	48.6	85.0	25.5
1914	1.16	0.98	1.71	61.4	50.3	87.4	29.9

Fuente: Germani, 1970, p. 297.

otras cuestiones como, por ejemplo, la del momento en que culminó la presencia de extranjeros en un país como Argentina y la del asentamiento de éstos, hecho en gran medida facilitado por el matrimonio.

Los extranjeros llegaron a constituir casi 30% de la población argentina en 1914, proporción nunca registrada en otra parte entonces. En ningún momento de la historia de Estados Unidos, el país de mayor inmigración del continente, fueron tantos. En el punto culminante de la oleada migratoria, en 1910, el censo norteamericano denota que 14.7% de sus habitantes habían nacido fuera de sus fronteras, es decir, la mitad que en Argentina. En todos los órdenes, incluido el demográfico, la incidencia de los extranjeros fue aquí más palpable. El aporte exterior al crecimiento de la población fue más notorio en Argentina que en Estados Unidos o Brasil. El cuadro 6.6 mide con precisión la contribución de los inmigrantes al crecimiento de Brasil. El punto más alto se sitúa temprano, en 1891-1910, cuando 30% del aumento de la población brasileña fue debido a la entrada de extranjeros.

Hombres y mujeres venidos de afuera tendieron a casarse dentro de su estirpe; más las mujeres que los hombres. Al ser ellas menos, tenían más probabilidades de encontrar pareja de su mismo origen. Los hombres, en su abundancia, se vieron en cambio obligados a unirse con naturales del país. Aparte de esta cuestión de números, los valores culturales debilitaron o reforzaron esa propensión generalizada.

Cuadro 6.6. Influencia de la inmigración sobre el crecimiento demográfico del Brasil, 1872-1940

	Aumento de la población (en miles)				*Tasa de crecimiento*		
	Absoluto	*Por exceso de nacimientos sobre óbitos*	*Por inmigración*	*Porcentaje debido a inmigración*	*General*	*Natural*	*Migración*
1872-1890	4 221	3 651	570	13.5	2.01	1.63	0.38
1891-1900	2 984	2 081	930	30.2	2.42	1.82	0.60
1901-1920	13 317	12 377	939	7.0	2.12	1.86	0.22
1921-1940	10 617	9 757	859	8.1	2.05	1.87	0.18

Fuente: Mortara, 1947.

Los españoles y los italianos de ambos sexos no tropezaron con fuertes barreras que los distanciaran de los nativos y, de hecho, casaron a menudo con ellos. En el extremo opuesto se encuentran los japoneses, muy especialmente las mujeres de ese origen, quienes por voluntad propia o por resistencia ajena procuraron entroncar con connacionales. Estudios recientes subrayan, por cierto, el papel que desempeñaron las *cadenas migratorias* en la selección precisa del origen y del destino de los migrantes. De la misma localidad salieron parientes y amigos a instalarse en un mismo punto allende el mar. No marcharon juntos, sino eslabonadamente a lo largo, a veces, de mucho tiempo (Baily, 1980; Devoto, 1991). Este análisis descompone el flujo en pequeñas unidades ensambladas. Su cohesión, a la vez social y cultural, alimentó sin duda aquella endogamia.

4. LA TRANSFORMACIÓN EN CIERNES

La entrada masiva de europeos marcó con un signo indeleble las naciones receptoras. Aceleró su crecimiento, redistribuyó su población e introdujo modernos comportamientos demográficos. Las que admitieron pocos, crecieron en cambio de forma vegetativa sin apenas modificar sus pautas tradicionales.

Antes de apuntar los cambios acaecidos, conviene trazar la evolución general de la población de América Latina. El cuadro 6.7 la resume nación por nación y en tres fechas: 1850, 1900 y 1930. La información recogida mejora en calidad a medida que pasa el tiempo. La primera columna está formada por estimaciones; la tercera se basa en cambio en datos ajustados partiendo de los censos más próximos. También figuran en el cuadro las tasas de crecimiento de los periodos 1850-1900 y 1900-1930.

En medio siglo, entre 1850 y 1900, América Latina duplicó su población. De 30.5 millones pasó a tener 61.9. Su crecimiento de 1.4% anual fue dos tercios superior al del siglo precedente. Además de crecer más deprisa, lo hizo más que otras regiones del mundo. Pocas naciones de Europa superaron aquella velocidad a pesar de estar inmersas en

Cuadro 6.7. Poblacion de América Latina, 1850-1930
(cifras totales en miles; tasas de crecimiento en porcentajes)

	1850	*1900*	*1930*	*1850-1900*	*1900-1930*
América del Sur templada					
Argentina	1 100	4 693	11 936	2.9	3.1
Chile	1 443	2 959	4 365	1.4	1.3
Uruguay	132	915	1 599	4.0	1.9
Paraguay	350	440	880	0.4	2.3
Subtotal	**3 025**	**9 007**	**18 780**	**2.2**	**2.4**
América del Sur tropical					
Brasil	7 230	17 980	33 568	1.8	2.1
Colombia	2 065	3 825	7 350	1.2	2.0
Perú	2 001	3 791	5 651	1.3	1.4
Venezuela	1 490	2 344	2 950	0.9	0.8
Ecuador	816	1 400	2 160	1.1	1.5
Bolivia	1 374	1 696	2 153	0.4	0.8
Subtotal	**14 976**	**31 036**	**53 832**	**1.5**	**1.9**
Caribe					
Cuba	1 186	1 583	3 837	0.6	3.0
Puerto Rico	495	959	1 552	1.4	1.6
República Dominicana	146	515	1 227	2.4	2.9
Haití	938	1 560	2 422	1.0	1.5
Subtotal	**2 763**	**4 617**	**9 038**	**1.0**	**2.3**
México y América Central					
México	7 662	13 607	16 589	1.0	0.8
Guatemala	850	1 300	1 771	0.9	1.0
El Salvador	366	766	1 443	1.0	2.1
Honduras	350	500	948	0.7	1.5
Nicaragua	300	478	742	0.9	1.5
Costa Rica	101	297	499	2.2	1.7
Panamá	135	263	502	1.4	2.7
Subtotal	**9 764**	**17 211**	**22 494**	**1.1**	**0.9**
Total	**30 530**	**61 871**	**104 144**	**1.4**	**1.7**

Fuente: Sánchez-Albornoz, 1991:108.

plena transición demográfica. En los tres decenios siguientes, 1900-1930, la región pasó de 61.9 a 104.1 millones a razón de una tasa de 1.7% anual.

La América del Sur templada fue la región que estuvo a la cabeza de este avance: triplicó su población en el primer periodo a razón de 2.2% anual y la duplicó a principios de siglo a una tasa de 2.4%. Dentro de esta región, Uruguay la multiplicó nada menos que casi siete veces en medio siglo, a 4% anual, aunque no pudo mantener luego esa celeridad. Argentina la cuadruplicó primero y luego la duplicó ampliamente. En esta región, sólo Paraguay redujo su población por un tiempo. La guerra de la Triple Alianza junto con los estragos del cólera se cobraron, quizá, dos tercios de la cohorte masculina adulta y una parte también importante de los efectivos totales. En 1886, el censo arrojaba todavía un déficit de 70 000 hombres. Una mujer de cada cuatro no encontraba pues pareja (Rivarola, 1974). En nuestro siglo, Paraguay se recuperaría animosamente. Del otro lado de los Andes, Chile más que duplicó su población en el primer lapso y creció algo más despacio luego.

En este grupo de países deberíamos situar aparte a Brasil, que creció tanto o más que Chile y que, a diferencia de los demás de la América meridional tropical, recibió, en el sur, una fuerte inmigración europea. Los demás del grupo avanzaron a un tercio de la vivacidad de Brasil y apenas sintieron el tirón con que se inició el nuevo siglo. De todos ellos, únicamente Colombia superó el ritmo medio de la región entre 1900 y 1930, a pesar de que Panamá le fuera amputada en 1903. Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia no dieron muestra alguna de brío.

Mayor moderación mostró Mesoamérica por el peso de México en el conjunto. Su población representaba más de tres cuartas partes de la de la región. La revolución elevó, como es de rigor, las muertes violentas y contrajo la natalidad. La epidemia de influenza de 1917 elevó más aún las muertes. La inseguridad provocó una fuerte emigración exterior. El censo norteamericano de 1920 registra 651 000 mexicanos residentes en los estados fronterizos de la Unión (Loyo, 1969). La combinación de estos factores hizo que la nación azteca perdiera 825 000 habitantes en 11 años: de 15.1 millones bajó a 14.3 en 1921 (Romero

et al., 1961). La paz trajo empero una rápida recuperación. Al cabo de un quinquenio, la natalidad lucía ya recuperada y la mortalidad se situaba por debajo de los niveles del Porfiriato. Del resto de la zona, Costa Rica, El Salvador y Panamá crecieron deprisa en el primer tercio de este siglo.

En el Caribe, la población de la República Dominicana, que partía de un nivel muy bajo, aumentó tres veces y media durante el primer periodo y casi dos y media en el segundo. En 80 años, la puertorriqueña se triplicó y Haití la multiplicó dos veces y media. La excepción a este rápido avance fue Cuba, víctima de la guerra de independencia, aunque luego creció a 3% anual por inmigración.

En líneas generales, se observan tres incrementos según velocidades. El rápido fue característico de la región templada austral; otro por el estilo se dio más tarde y más contenido en el Caribe; el lento fue propio de las zonas arcaizantes. El avance favoreció al litoral atlántico en detrimento del sector occidental y andino, acentuando el giro de la tendencia iniciada siglos antes.

Inmigración aparte, ¿el crecimiento procede de una reducción de la mortalidad o de un realce de la fecundidad? Empecemos por la primera. Censos y registros de defunciones del siglo XIX dan cuenta de una mortalidad ordinaria muy elevada, con frecuencia superior a 30 por cada mil, a la que hay que sumar el efecto del subregistro de defunciones. Estas tasas brutas corresponden a una esperanza de vida —otra forma de expresar la exposición a la muerte— de unos 27 años al nacer. La pauta era todavía consuetudinaria y se debía en gran parte a una mortalidad infantil muy alta. Entre 1896 y 1898, en México morían 324 niños de cada mil nacidos en el primer año de vida.

Como en otros órdenes de cosas, el comportamiento variaba mucho por países y regiones. Por la misma época, la tasa de mortalidad infantil de Uruguay era de 98 por cada mil, la menor de toda la región. En la Argentina, la diferencia entre la de Buenos Aires y la del noroeste del país era, en 1914, del simple al doble (Somoza, 1971). Unos países, entre los que se alineaban la mayoría, seguían pues con prácticas arcaicas; otros habían iniciado su transformación. Entre éstos se situaban, en grados distintos, Uruguay, Argentina, Chile, Cuba y Costa

Rica, además de las grandes ciudades del continente. A principios de siglo, la esperanza de vida había aumentado en estas zonas: en 1914 alcanzó los 48 años en Argentina. Las principales responsables de los óbitos eran las enfermedades infecciosas. Dos tercios de las causas conocidas se les atribuían en Chile en 1909, según Muñoz (Congresso sobre a História de População da América Latina, 1990). A falta de tratamientos y medicaciones efectivos, la prevención, más que la curación, fue la forma de evitarlas. Higiene y nutrición fueron pues los medios disponibles para combatir el contagio.

La higiene dentro y fuera del hogar, consecuencia de la educación y de los hábitos, necesitaba el auxilio de la acción pública. Las ciudades se dotaron entonces de obras y servicios sanitarios: agua corriente y potable, alcantarillado, hospitales municipales, estatales o privados... El número de médicos aumentó en Montevideo, de 150 a 243, entre 1889 y 1904, o sea, en cinco años, pero las enfermeras, más próximas al paciente, pasaron de tres a 250 hasta haber una por cada 1 237 habitantes (Rial, 1980a). Es evidente que esta clase de mejoras podía darse en las ciudades y en los países más desarrollados de la época. A la masa rural, mayoritaria, rara vez llegaban. La importancia de las prácticas personales viene subrayada por el hecho de que, en 1914, las extranjeras, con usos traídos de Europa, disfrutaban de esperanzas de vida alrededor de 15% superiores a las mujeres nacidas en Argentina (Somoza, 1971a).

Al desarrollarse las comunicaciones y conformarse mercados nacionales, los alimentos fueron más asequibles. La nutrición mejoró y se sortearon las crisis de subsistencias. La desnutrición y el hambre crónica no siempre desaparecieron. A veces incluso se agravaron al destinarse a la producción de bienes de exportación tierras antes dedicadas al cultivo de alimentos. Las diferencias de alimentación explican parte de las observadas en la mortalidad. En Río de la Plata, rico productor de alimentos, la dieta era abundante y variada, y la población gozaba por ende de mejor salud que en los países de la costay sierras del Pacífico.

Una alimentación más regular venció las hambres, pero ciertas epidemias siguieron provocando mortalidades extraordinarias. El cólera fue la maldición del siglo XIX, por causa de la mayor intensidad de las comunicaciones oceánicas. Procedente del delta del Ganges, donde

se incubaba, pasaba al Oriente Medio y a Europa desde donde se extendía al hemisferio occidental. El cólera puso pie en América en 1833, 1856, 1867-1870, 1887 y 1894, con brotes de severidad variada. Atacaba primero en los puertos y, cuando podía, se propagaba hacia el interior, como ocurrió durante la guerra del Paraguay. En general, el aislamiento ofreció la mejor prevención contra el contagio. Las zonas retiradas solieron escapar al flagelo y las grandes ciudades fueron las más expuestas. Por desconocimiento no se disponía de tratamiento idóneo. La cuarentena marítima resultó un instrumento eficaz para evitar la propagación. El cólera terminó por quedar desterrado de América por más de un siglo.

La fiebre amarilla afectó sobre todo a los trópicos y a los puertos. Mal endémico en el Caribe por más de dos siglos, el mosquito vector extendió su acción en el siglo XIX hasta las costas templadas. Nunca superó los 1 000 metros de altitud. Su difusión, en el aparejo de los veleros, fue lenta, pero duradera. En los años cuarenta del siglo pasado, la fiebre amarilla pasó de Nueva Orleans a Bahía, desde donde se extendió a Río de Janeiro. De ahí se trasladó hacia el sur en el decenio siguiente. En Buenos Aires, una décima parte de la población murió de este mal en 1871. El mal se ensañaba más con los europeos que con los nativos, noticia que desanimó a muchos emigrantes.

La fiebre amarilla contribuyó también al fracaso de la primera excavación del canal de Panamá en 1880. Los norteamericanos no reanudaron las obras sino hasta 1914, después de realizar una intensa campaña de fumigación de la selva y acabar con la fiebre amarilla y, por añadidura, con el paludismo. C. Finlay, un médico cubano, identificó el transmisor de la fiebre, pero fue la Fundación Rockefeller la que realizó campañas para eliminar a los mosquitos. Gracias al éxito que tuvieron, Cuba, Panamá y otras zonas se vieron libres de estos males a principios de siglo. La Amazonia y algunas zonas selváticas de Mesoamérica quedaron todavía sujetas.

Aparte de las grandes epidemias se dieron las plagas habituales. La viruela y el sarampión siguieron atacando, en especial a los niños de las zonas rurales. La peste bubónica sorprendió al puerto de Santos en 1899 y la influenza asaltó México en 1917, según se ha dicho.

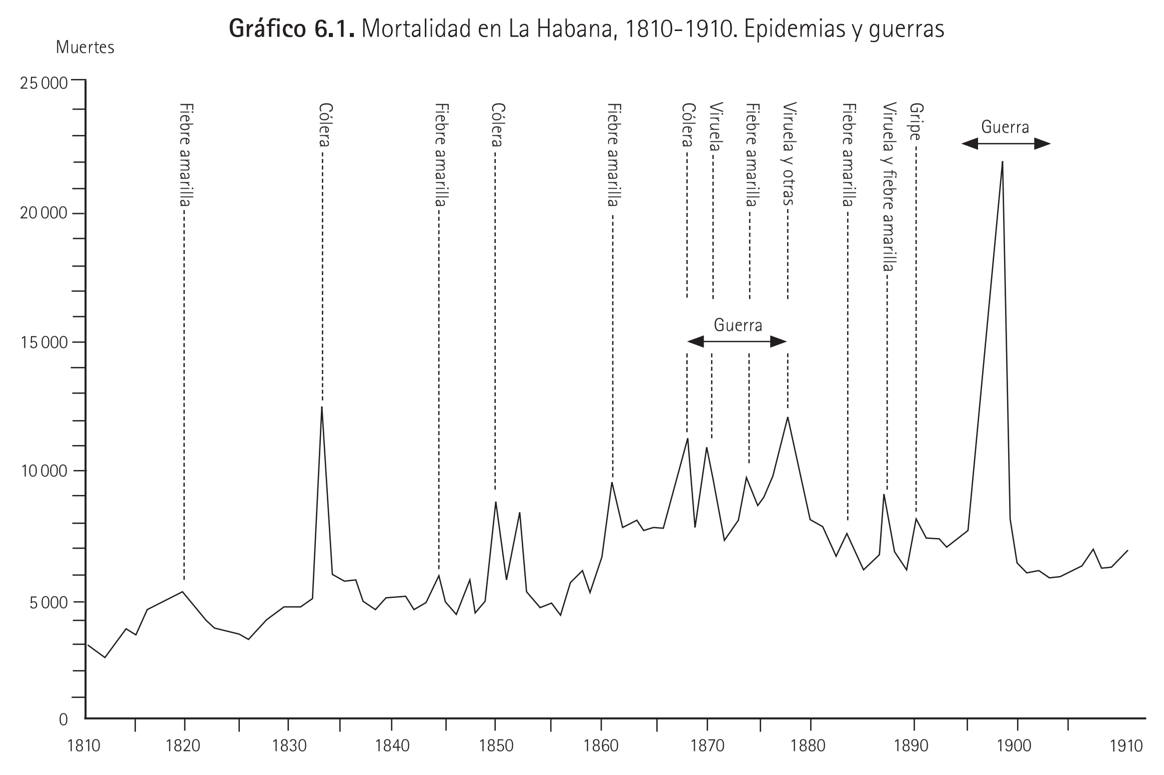
La Habana nos brinda un ejemplo elocuente de cómo se sucedieron y combinaron estos excesos de mortalidad que sobrepasaban una base ordinaria, por cierto alta, de 40 por cada mil. El gráfico 6.1 registra las muertes anuales acaecidas en el siglo XIX. Los picos han sido identificados con causas conocidas. Cólera y fiebre amarilla dominan la escena con su recurrencia, pero otros episodios —viruela, gripe— y también las guerras —de los Diez Años y de emancipación— aparecen reflejadas. De esta última se ha estimado que costó a la isla 200 000 vidas, entre militares y civiles, por efecto de las acciones bélicas o por la dureza del régimen de los *reconcentrados,* aquellas aldeas en las que se agrupó a los campesinos para evitar su contacto con la guerrilla (Guerra y Sánchez, 1958). De cualquier modo resulta patente con cuánta inseguridad vivieron los habitantes de uno de los puertos comerciales más importantes de la época.

La fecundidad de las mujeres latinoamericanas fue, por otra parte, alta en toda esta época. Las tasas brutas de nacimientos, tomando en cuenta el subregistro, superaban con creces los 40 por cada mil en la generalidad de los países. En poblaciones en crecimiento, al aumentar el denominador por el que se dividen los nacimientos, la tasa baja, aun cuando el comportamiento llevase al alza según ha puesto de manifiesto Zavala de Cossio (Congresso sobre a História da População da América Latina, 1990).

Las tasas de natalidad constituyen una expresión a menudo imprecisa de la fecundidad femenina, por lo que suelen preferirse las calculadas a partir de los censos, las de fecundidad o de reproducción, que miden el número de descendientes, o mejor aún de niñas, habidas por todas las mujeres o, específicamente, por sus distintos grupos de edad. Estos índices dan cuenta con mayor claridad de cómo una generación reemplaza a la anterior y de cómo varía el comportamiento de las mujeres con la edad.

El incremento de la fecundidad tuvo que ver, en aquellas partes donde ocurrió, con la mejora de la salud y el descenso de la mortalidad, señalados antes. Una menor esterilidad, en particular la posterior a la lactancia, la prolongación de la vida de los esposos y la consiguiente disminución de la viudez ampliaron los años de unión reproductiva.

Gráfico 6.1. Mortalidad en La Habana, 1810-1910. Epidemias y guerras



Fuente: Le Roy y Cassá, 1913.

Este aumento sobrevino sin necesidad de que crecieran las expectativas familiares de hijos, ni la nupcialidad. El matrimonio no daba necesariamente comienzo a la vida reproductiva, mientras que las uniones libres eran comunes en las edades más jóvenes, por más que culminaran, o no, más tarde en matrimonio. La ilegitimidad, elevada ya en el periodo colonial, persistió con fluctuaciones y variaciones locales. En Costa Rica, 630 de cada mil nacimientos tuvieron lugar fuera del matrimonio entre 1915 y 1917 (Pérez Brignoli, 1981). El 25% de las mujeres tuvieron sus primeros hijos solteras a fines del siglo XIX, según indican censos posteriores. La ilegitimidad no fue privativa del medio rural o de los marginados urbanos, sino que también se dio en Río de Janeiro entre mujeres de procedencia europea.

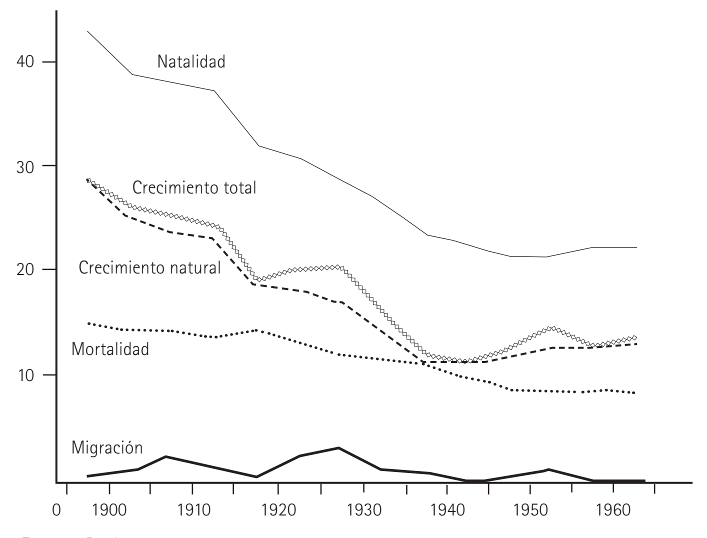
La fecundidad varió de diversos modos y, en particular, según fuera rural o urbano el lugar de residencia. El censo de 1895 indica que las argentinas del Interior daban a luz más hijos que las de Buenos Aires. Las cuyanas habían engendrado 966 niños de 0 a 4 años contra 711 de las porteñas, es decir, un tercio más; las que poblaban la "frontera" patagónica, una mitad más (1100) (Somoza, 1968). Esta diferencia se dio también entre barrios. Según el censo de la ciudad de Buenos Aires de 1936, Nueva Chicago, distrito obrero, ostentaba una fecundidad 46% superior a la del Barrio Norte, zona residencial de la clase alta (Recchini, 1969). Es de sospechar que la capital y, en ella, los estratos más conspicuos recurrieran a cierto control de la natalidad, práctica menos difundida en cambio entre las capas populares y en el medio rural. Entre la mujer inmigrante y la criolla existe un diferencial también, señal de que, a partir de Europa, llegaban nuevas expectativas familiares (Rothman, 1971).

Dentro de esa fecundidad generalmente elevada hubo variaciones a lo largo del tiempo, como aquella caída que se produjo en Cuba por efecto de la revolución y la guerra de emancipación, seguidas de fuertes recuperaciones; pero también hubo países, y particularmente ciudades, donde se dio una reducción gradual irreversible. Los países más representados en ésta, como en otros órdenes de cosas, fueron Argentina y Uruguay. En el censo nacional de 1960, las argentinas no solteras de más de 80 años, cuya mayor capacidad reproductora se situaba

a principios de siglo, revelan haber gestado 4.39 hijos vivos por madre durante su ciclo reproductivo completo. Esta cifra se reducía a 2.95 entre las mujeres de 50-54 años, a quienes tampoco quedaban hijos por nacer. En tres decenios la fecundidad había pues bajado un tercio (Lattes, 1967).

El descenso de la fecundidad unido a la reducción de la mortalidad inició el proceso conocido como *transición demográfica,* que aún no ha concluido en varios países latinoamericanos y sobre el que volveremos en el capítulo próximo. El gráfico 6.2 da cuenta de la temprana transición uruguaya, pero también ilustra cómo los diversos factores actuaron entre sí. La fuerte separación entre natalidad y mortalidad dio paso a un fuerte crecimiento hasta los años treinta de nuestro siglo. Este crecimiento, en su mayor parte natural, se vio realzado por una importante inmigración, que hemos considerado antes. Lo opuesto a lo observado en Uruguay fue la situación más común: una alta mortalidad y una alta natalidad sin inmigración ocuparon la banda situada

Gráfico 6.2. Tasas de natalidad, mortalidad, migración y crecimiento de Uruguay, 1895-1964 (por miles)



Fuente: Rothman, 1971.

en lo alto del gráfico; la línea de crecimiento solió ocupar en cambio la banda baja, aunque no faltara una ligera tendencia al alza.

La referencia a la ciudad latinoamericana nos lleva al tema de la urbanización. Para 1900, punto intermedio en este periodo, la situación queda resumida en el cuadro 6.8. De las capitales, Managua, Panamá, Puerto Príncipe y Santo Domingo se omiten por falta de datos. La información recogida aquí no es tan rigurosa como la actual, pero los órdenes de magnitud valen para ser comparados entre sí. El cuadro incluye, tras el nombre del país, la fecha del relevamiento o estimación más cercanos, el total de población, tres categorías de ciudades —más de 100 000 habitantes, de 20 000 a 99 999 y de 10 000 a 19 999— con el número de ellas para cada clase y la proporción del total a la que equivalían. Sigue, finalmente, el porcentaje que suman las tres categorías, el nombre de la capital, su rango, sus habitantes y el peso porcentual de éstos sobre el total del país. Para abreviar, las cifras absolutas se expresan en millares.

Ocho de las 17 naciones incluidas contaban con ciudades de más de 100 000 habitantes. Solamente Buenos Aires y quizá Río tenían más del medio millón. La capital solía erigirse sola por encima y a gran distancia de las demás ciudades del país, salvo en Brasil, Chile y México, que habían desarrollado centros secundarios de más de 100 000 habitantes. Éstos eran Bahía, Recife, São Paulo, Valparaíso y Puebla. La primacía se convertía en Uruguay, Argentina y Cuba en macrocefalia. Montevideo albergaba entonces nada menos que a 29 por ciento de la población de la república; Buenos Aires y La Habana, a alrededor de una sexta parte. Lo común era sin embargo que la capital no reuniera más de 5% de la población del país. La cabeza del Estado solía ser modesta (Scobie, 1991).

Detrás de Buenos Aires, Río y México, de un tamaño todavía sin parangón con Londres, Nueva York o París, venían en segundo término Santiago de Chile, Montevideo y La Habana, con poblaciones en torno a los 250 000 habitantes. Situación excepcional que la dimensión del país no permitiría mantener por mucho tiempo, Montevideo ocupaba entonces el quinto puesto por orden de tamaño. De las tres, Montevideo y La Habana eran activos puertos comerciales situados sobre el litoral

Cuadro 6.8. Población que residía en ciudades de más de 10 000 habitantes *c.* 1900. Dimensión y rango de las capitales (en miles)

País	*Fecha*	*Población total*	*Ciudades 100 000+*			*20 000-99 999*		
			Núm.	*Pobl.*		*Núm.*	*Pobl.*	
Argentina*	1895	3 955	1	664	16.8%	7	294	7.4%
Bolivia*	1900	1 816	—	—	—	5	132	7.3%
Brasil	1890	14 334	4	825	5.8%	11	394	2.8%
Colombia	1905	4 144	1	117	2.9%	6	199	4.8%
Costa Rica	1892	243	—	—	—	1	30	12.3%
Cuba*	1899	1 573	1	236	15.0%	5	157	9.9%
Chile*	1895	2 696	2	379	14.1%	4	135	5.0%
Ecuador	1889	1 272	—	—	—	3	115	9.0%
Guatemala*	1893	1 501	—	—	—	4	140	9.3%
Honduras	1901	544	—	—	—	1	24	4.3%
México*	1900	13 607	2	446	3.3%	21	816	6.0%
Paraguay*	1886	330	—	—	—	1	25	7.5%
Perú*	1876	2 622	1	101	3.9%	2	63	2.4%
Puerto Rico*	1899	953	—	—	—	2	60	6.3%
Salvador (El)	1892	703	—	—	—	2	56	8.0%
Uruguay	1900	936	1	268	28.7%	—	—	—
Venezuela*	1891	2 222	—	—	—	4	189	8.5%

* Datos censales.
** Excluidas las parroquias rurales del Distrito Federal.

Cuadro 6.8. (*concluye*)

10 000-19 999			*% 10 000+*	*Capital*	*Rango*	*Población*	
Núm.	*Pobl.*						
9	117	2.9%	27.1	Buenos Aires	1	664	16.8%
1	14	0.7%	8.0	La Paz	11	53	2.9%
19	339	2.4%	10.9	Río de Janeiro	2	430**	3.0%
5	72	1.7%	9.4	Bogotá	8	117	2.9%
3	39	16.0%	28.4	San José	15	30	12.3%
7	90	5.7%	30.7	La Habana	6	236	15.0%
6	74	2.8%	21.8	Santiago	4	256	9.5%
4	42	3.3%	12.3	Quito	12	47	3.7%
9	103	6.8%	16.9	Guatemala	10	72	4.8%
2	22	4.0%	8.4	Tegucigalpa	17	23	4.3%
35	467	3.4%	12.7	México	3	345	2.5%
2	30	9.1%	16.5	Asunción	16	25	7.5%
2	31	1.2%	7.4	Lima	7	101	3.9%
1	15	1.6%	7.9	San Juan	14	32	3.4%
5	52	7.4%	15.4	San Salvador	13	33	4.7%
1	13	1.4%	30.0	Montevideo	5	268	28.7%
23	316	14.2%	22.8	Caracas	9	72	3.3%

atlántico. En tercer lugar se situaban Lima, Bogotá y, con generosidad, Caracas y Guatemala. Las primeras apenas superaban los 100 000 habitantes; las dos siguientes arañaban ese límite. La Paz y Quito encabezaban en fin el último grupo con alrededor de 50 000 habitantes. Las restantes ciudades apenas tenían de 20 000 a 30 000. Su corta dimensión concordaba con el letargo de sus países.

Crecimientos urbanos veloces, a tasas superiores de 4% anual, se registraron sobre todo en el sur. São Paulo, Montevideo y Buenos Aires fueron sus exponentes más conspicuos, pero Río de Janeiro y Bogotá lo hicieron en torno a 3% y Santiago de Chile a más de 2%. Lima, Quito, Caracas, La Paz y Guatemala tenían en cambio poco de qué alardear al respecto.

Los núcleos de más de 10 000 habitantes eran 226 y su población representaba 14% del total. La mayoría de la gente seguía pues viviendo en comunidades rurales. Es de admirar con todo que algunas naciones hubieran alcanzado ya, en 1900, un alto grado de urbanización. En cinco países, los más desarrollados en el orden socioeconómico (Argentina, Chile, Cuba, Uruguay y Venezuela), de 20 a 30% de la población residía en centros de más de 10 000 habitantes. Un núcleo de 10 000 habitantes parece pequeño desde nuestra perspectiva, pero duplicaba, o cuadruplicaba, lo que los censos consideraban urbano.

Las ciudades siguieron aumentando en número y tamaño hasta 1930, fecha límite de este capítulo. Las que más crecieron fueron las capitales, centros administrativos pero también comerciales. Tres de ellas —Buenos Aires, Río de Janeiro y México— sobrepasaban en 1930 el millón de habitantes, y la primera, la mayor de América Latina, excedía los dos. Las ciudades secundarias crecieron también mucho. Entre ellas se destaca la aventura de los grandes centros comerciales de São Paulo, de un tamaño próximo al de Río, y Rosario. Estas ciudades secundarias crecieron más que las comprendidas entre 10 000 y 19 999 habitantes. La ganancia que éstas experimentaron solió ser en este momento modesta. La urbanización favoreció pues las ciudades mayores (Hardoy y Langdon, 1978).

Al mismo tiempo las capitales cambiaron de aspecto físico. Los cascos antiguos quedaron desbordados y las clases altas abandonaron

sus residencias en el centro para construirse mansiones de estilo francés o italiano en urbanizaciones más despejadas. De esta época datan el paseo de la Reforma en México, la avenida Paulista de São Paulo, la Rio Branco de Río de Janeiro, la Alvear de Buenos Aires y la Arequipa de Lima, con sus barrios circundantes. El trazado de líneas de tranvías y de ferrocarriles urbanos facilitó la dispersión de las clases medias y populares, mientras que el antiguo centro conservaba sus funciones administrativas, comerciales y culturales.

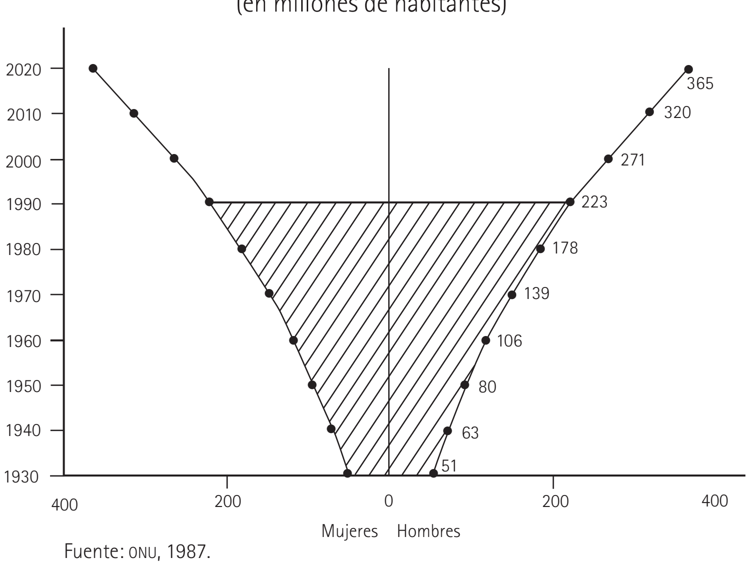
Baja mortalidad, fertilidad cambiante más urbanización presagiaban el fin del régimen demográfico instaurado en el siglo XVII. Nadie podía sin embargo suponer la dimensión de las transformaciones por venir.

7
LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

En el último medio siglo, la población de América Latina ha crecido a una velocidad hasta ahora desconocida. La explosión demográfica en curso constituye un episodio sin equivalente en la historia de la población mundial, y además irrepetible. Un hongo de tallo estrecho y con cabeza ancha da cuenta de lo acontecido (gráfico 7.1). En 1940, la región contaba con 126 millones de habitantes y tiene hoy (1990) unos 443. La población de América Latina más que se triplicó en este periodo, con un crecimiento mayor en su primera mitad que en la segunda. Su expansión se desacelera pues, pero la región seguirá aumentando por inercia hasta entrado el próximo siglo (véase capítulo 9). La deflagración dista todavía de haber sido sofocada.

El ápice del alza se sitúa entre 1955 y 1965. En ese decenio, América Latina aumentó a razón de unos seis millones por año, o sea, el equivalente a la población de entonces de varias naciones del tamaño de El Salvador, Costa Rica y Panamá juntas o como la suma de Bolivia y Paraguay. El cuadro 7.1 enumera las tasas de crecimiento anual de cada nación en el último medio siglo y las agrupa por grandes regiones: América Central continental, Caribe, América del Sur tropical y templada. Nótese la intensidad con la que Latinoamérica crece al principio y cómo se modera luego. Las naciones que encabezan el alza fueron las del sur tropical, en especial Brasil. Venezuela aumentó más deprisa que Brasil, pero con el refuerzo de la inmigración transoceánica y de vecinos. Dentro de la misma zona, el crecimiento de Colombia y Perú despegó algo más tarde, a la par de México y Centroamérica. En el apogeo, tasas superiores a 3% anual fueron la regla. Bolivia, Paraguay, Honduras o Haití, naciones de extensión y grado de desarrollo

Gráfico 7.1. Población de América Latina. Crecimiento, 1930-2020
(en millones de habitantes)



Fuente: ONU, 1987.

menores, tardaron por su parte en arrancar. La expansión ha tocado techo tan sólo a fines de los ochenta. La América del Sur templada o Cuba y Puerto Rico, sin dejar de crecer, lo hicieron en todo este tiempo con cierta contención.

Un alza dispareja redistribuye la población espacialmente al cabo de un tiempo. La explosión ha beneficiado a la América Central y la del Sur tropical. La primera pasó de contener 21% de la población latinoamericana en 1940 a 29% en 1990; la segunda, de 53 a 59%. La población de la América meridional templada se redujo entre tanto de 18 a 12%, o sea, que de representar poco menos de una quinta parte del total quedó en una octava parte. Por países, el que más creció en proporción fue Costa Rica; el que menos, Uruguay (cuadro 7.2).

La explosión se explica por un desajuste entre las variables que componen el crecimiento demográfico, es decir, la mortalidad y la fecundidad. La muerte se redujo bruscamente entonces, mientras que la fecundidad permaneció inmutada u, ocasionalmente, aumentó. Los dos brazos de la pinza que aprisionan el crecimiento se distanciaron abrien-

Cuadro 7.1. Población de América Latina,1940-1990.
Tasas de crecimiento anual

	1940-1950	*1950-1960*	*1960-1970*	*1970-1980*	*1980-1990*
América Central continental					
México	3.3	3.0	3.3	3.0	2.5
Guatemala	3.0	2.9	3.0	3.0	2.9
El Salvador	1.7	2.8	3.4	2.9	3.1
Honduras	2.3	3.3	3.1	3.4	3.3
Nicaragua	2.1	3.1	3.2	3.0	3.4
Costa Rica	3.3	3.8	3.6	2.8	2.6
Panamá	3.5	2.8	3.0	2.8	2.1
Subtotal	**3.1**	**3.0**	**3.2**	**3.0**	**2.6**
Caribe					
Cuba	2.5	1.8	2.0	1.3	0.8
Puerto Rico	1.6	0.7	1.4	1.6	1.5
Rep. Dominicana	3.2	3.0	2.4	3.0	2.3
Haití	0.9	1.9	2.2	2.3	2.6
Subtotal	**2.1**	**1.9**	**2.1**	**2.1**	**1.7**
América del Sur tropical					
Brasil	2.6	3.0	2.8	2.3	2.2
Colombia	2.5	3.0	2.8	2.2	2.1
Perú	1.4	2.4	2.9	3.0	2.6
Venezuela	3.4	4.0	3.8	3.5	2.8
Ecuador	2.5	2.7	3.0	3.0	2.1
Bolivia	0.9	2.2	2.3	2.5	2.8
Paraguay	2.1	2.7	2.5	3.3	2.9
Subtotal	**2.4**	**3.1**	**2.9**	**2.5**	**2.3**
América del Sur templada					
Argentina	2.1	1.9	1.5	1.6	1.5
Chile	1.7	2.2	2.1	1.7	1.6
Uruguay	1.4	1.3	1.0	0.2	0.7
Subtotal	**1.8**	**1.9**	**1.6**	**1.6**	**1.5**
Total	**2.4**	**2.5**	**2.8**	**2.5**	**2.2**

Fuente: cuadro 7.2.

Cuadro 7.2. Población de América Latina, 1940-1990
(estimaciones en miles)

	1940	*1950*	*1960*	*1970*	*1980*	*1990*
América Central continental						
México	19 815	27 376	37 073	51 176	69 393	89 012
Guatemala	2 201	2 962	3 964	5 246	6 917	9 197
El Salvador	1 633	1 940	2 574	3 582	4 797	6 484
Honduras	1 119	1 401	1 943	2 639	3 691	5 105
Nicaragua	893	1 098	1 493	2 053	2 771	3 871
Costa Rica	619	858	1 236	1 732	2 279	2 937
Panamá	595	893	1 148	1 531	1 956	2 418
Subtotal	**26 875**	**36 528**	**49 431**	**67 959**	**91 804**	**119 024**
Caribe						
Cuba	4 566	5 858	7 029	8 572	9 732	10 540
Puerto Rico	1 880	2 219	2 358	2 718	3 199	3 707
Rep. Dominicana	1 759	2 409	3 224	4 289	5 558	6 971
Haití	2 825	3 097	3 723	4 605	5 809	7 509
Subtotal	**11 030**	**13 583**	**16 334**	**20 184**	**24 298**	**28 727**
América del Sur tropical						
Brasil	41 233	53 444	72 594	95 847	121 286	150 368
Colombia	9 077	11 597	15 538	20 803	25 794	31 820
Perú	6 681	7 632	9 931	13 193	17 295	22 332
Venezuela	3 710	5 009	7 502	10 604	15 024	19 735
Ecuador	2 586	3 310	4 413	6 051	8 123	10 782
Bolivia	2 508	2 766	3 428	4 325	5 570	7 314
Paraguay	1 111	1 371	1 778	2 290	3 168	4 231
Subtotal	**66 906**	**85 129**	**115 184**	**153 113**	**196 260**	**246 582**
América del Sur templada						
Argentina	14 169	17 150	20 616	23 962	28 237	32 880
Chile	5 147	6 091	7 609	9 456	11 127	12 987
Uruguay	1 947	2 239	2 538	2 808	2 908	3 128
Subtotal	**21 263**	**25 480**	**30 763**	**36 226**	**42 272**	**48 995**
Total	**126 074**	**160 720**	**211 712**	**277 482**	**354 634**	**443 328**

Fuentes: 1950-1990: ONU, 1987; 1940, Celade, *Boletín Demográfico* 15, 1975.

do paso a multitudes. América Latina ha crecido esta vez por sí misma y no, como en ocasiones anteriores, gracias a aportes de ultramar.

Al revés de los siglos XVI y XVII, el giro demográfico resulta favorable a los indígenas. En Guatemala, por ejemplo, donde los censos siguen haciendo tales distinciones, los indígenas pasaron de 1.6 millones, en 1950, a sumar 2.2 en 1964 y 2.7 en 1973. Han llegado pues a casi duplicarse en menos de un cuarto de siglo a pesar de que parte de su incremento se desvía por aculturación hacia el grupo ladino. Sin este drenaje habría sido superior. Aunque crezca, el estrato indígena pierde posiciones: de constituir 56% de la población de Guatemala en 1950, en 1973 era 48% (Early, 1982).

1. A LETALIDAD MENOR, VIDA MÁS LARGA

En 1940, un niño latinoamericano al nacer podía esperar vivir alrededor de 38 años (Arriaga y Davis, 1969). Esto no quiere decir que todos tuvieran las mismas oportunidades o que otros no alcanzaran edades avanzadas. En realidad, morían muchos niños y muy jóvenes, y sólo unos pocos llegaban con el tiempo a viejos. Los 38 años de esperanza de vida de entonces eran apenas 17 más que los que tenía por delante cualquier niño que hubiera visto la luz en una aldea agrícola 4000 años antes (véase capítulo 2). Pues bien, si en 40 siglos se ganaron esos años de vida, en los dos decenios siguientes se conquistaron otros tantos. En 1960, la esperanza de vida era en efecto de 55.8 años, es decir, 17.8 más. La pugna contra la muerte se ha apuntado éxitos rotundos en el siglo en que nos ha tocado vivir. En el quinquenio de 1980-1985, la esperanza media para toda América Latina se situaba ya en los 65 años.

Grandes diferencias subsisten al respecto por sexos y países. En 1975-1980, las mujeres latinoamericanas vivían entre cuatro y cinco años más que sus compañeros del sexo masculino (compárense las esperanzas de ambos sexos en el cuadro 7.3). Entre las propias mujeres, los contrastes no dejaban de ser acusados. En naciones como Puerto Rico, Cuba, Costa Rica, Uruguay, Argentina, Chile y Panamá, la esperanza de vida sobrepasa los 70 años en las mujeres; en Bolivia y Haití,

Cuadro 7.3. Esperanza de vida al nacer en el periodo 1975-1980, por países y sexo

	Ambos sexos	*Hombres*	*Mujeres*
Argentina	69.2	66.0	72.5
Bolivia	48.6	46.5	50.9
Brasil	61.8	60.1	63.6
Colombia	62.2	60.0	64.5
Costa Rica	69.7	67.5	71.9
Cuba	72.8	71.1	74.4
Chile	65.7	62.4	69.0
Dominicana (República)	60.3	58.4	62.2
Ecuador	60.0	58.0	62.0
Guatemala	57.8	56.9	58.8
Haití	50.7	49.1	52.2
Honduras	57.1	55.4	58.9
México	64.4	62.4	66.5
Nicaragua	55.2	53.5	57.1
Panamá	69.6	67.5	71.9
Paraguay	64.1	61.9	66.4
Perú	57.1	55.7	58.6
Puerto Rico	72.8	69.6	76.0
Salvador (El)	62.2	60.0	64.5
Uruguay	69.5	66.3	72.8
Venezuela	66.2	63.6	69.0

Fuente: ONU, 1981.

ronda los 50. Dos decenios separan en la cuna a las niñas de ambos grupos de naciones. Los índices generales más altos que se registran en América Latina arañan los de las naciones más desarrolladas del mundo; en los restantes países queda bastante por ganar, no obstante los progresos indudables realizados. En los últimos tiempos, la esperanza de vida ha pasado, por cierto, a crecer despacio y la brecha que separa entre sí a los países latinoamericanos, o la distancia de éstos a los desarrollados, no parece que vaya a acortarse pronto (Palloni, 1981).

La sobrevivencia se halla en relación inversa a la mortalidad. Cuanto menor sea ésta, más serán los años vividos. Una disminución de los óbitos en la capa más numerosa y con más años por delante, o sea, los niños que nacen, prolonga evidentemente la existencia del grupo más que si se reducen las defunciones en cualquier otra edad.

Esta caída de la mortalidad infantil viene precisamente consignada en el cuadro 7.4. Aunque sus cifras deben ser tomadas con cierta reserva, la tendencia que reflejan no cambiaría de introducirse ajustes parciales. En 1950-1954, de cada mil niños 219 desaparecían en el primer año de vida en Haití y más de 100 en la mayoría de los restantes países; 30 años después, es decir, entre 1975 y 1980, sólo Haití y Bolivia excedían la raya de los 100; en los demás, la mortalidad infantil había menguado a la mitad, descenso impresionante. Argentina o Uruguay, los primeros países con baja mortalidad infantil, fueron los que menos ganaron en esos años. El mayor avance lo lograron Cuba, Costa Rica y Panamá, al punto que hoy se colocan en el tope. Por cada niño de menos de un año que muere en Cuba, fallecen proporcionalmente 7.5 en el vecino Haití y casi dos en Argentina. El índice de Cuba es con

Cuadro 7.4 . La mortalidad infantil, 1950-1955 y 1975-1980

	Tasas de mortalidad infantil (por mil)		*Porcentaje de*
País	*1950-1955*	*1975-1980*	*descenso*
Cuba	82	27	67
Costa Rica	92	30	67
Uruguay	57	42	26
Panamá	93	32	66
Argentina	64	41	36
Venezuela	107	44	59
Chile	126	44	65
Paraguay	106	49	54
México	114	61	46
El Salvador	175	82	53
Colombia	134	59	56
Brasil	135	79	41
República Dominicana	147	71	52
Ecuador	168	82	51
Guatemala	147	79	46
Honduras	169	95	44
Perú	158	105	34
Haití	219	121	45
Bolivia	175	152	13
Nicaragua	167	93	44

Fuente: Bronfman y Gómez de León, 1988.

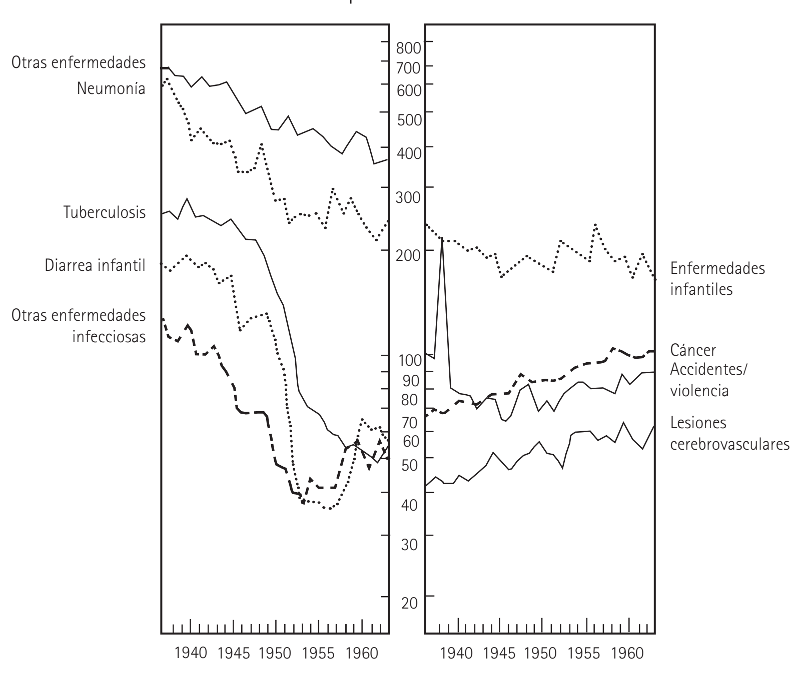
todo una mitad más alto que los mínimos alcanzados en naciones europeas, como por ejemplo España.

El promedio nacional siempre oculta contrastes, sobre todo en países heterogéneos y de grandes dimensiones. Brasil, por ejemplo, tenía en 1960-1970 una mortalidad infantil media de 99 por cada mil, con una dispersión entre 189 por cada mil en Río Grande do Norte y 52 en Río Grande do Sul (Merrick y Graham, 1979). La disparidad atestigua el desigual grado de desarrollo económico y social de ambos estados. La mortalidad infantil varía además con el grado de urbanización: es menor en la ciudad que en el campo. En Perú, por ejemplo, la tasa urbana era, en 1960, de 133 por cada mil y la rural un tercio superior, de 180. La urbana fue por cierto la que más se redujo de las dos. En 1975, la mortalidad infantil fue de 80 por cada mil en las ciudades; en cambio, la rural fue casi el doble (150). La mortalidad infantil varía asimismo según clase social y educación de la madre. Es menor naturalmente cuanto más alta sea las de la madre (Guzmán, 1988).

Detrás de cada año ganado a la muerte se oculta la aventura científica y el diario ejercicio profesional. Una nutrida bibliografía médica recuerda cómo se identificaron gérmenes y disturbios funcionales, y cómo se descubrieron la farmacopea o los tratamientos apropiados (Lancaster, 1990). El marco dentro del cual se desenvuelve la cura y la prevención de las enfermedades es también conocido: instalaciones, programas, agencias, presupuestos, enseñanza... No es lo mismo sin embargo saber cuándo se descubrió una bacteria en el laboratorio o se puso en movimiento una campaña, y cuándo un mal fue erradicado.

Las estadísticas sanitarias deberían datar estos giros, pero su cobertura sigue siendo deficiente. En Guatemala, República Dominicana y El Salvador sólo entre 18 y 21% de los óbitos fueron certificados por facultativo en 1966, según el *Anuario demográfico* de las Naciones Unidas. En Colombia, México y Chile, las proporciones subían a 60, 69 y 77%, pero resultan insuficientes. Registro global y fiable de las causas de defunción no queda pues para la etapa de apogeo de la explosión demográfica. Sólo disponemos de datos parciales para algunas naciones. Chile constituye un buen ejemplo de esto, pues contó con un Servicio Nacional de la Salud cuyas estadísticas, aunque parciales, fueron

Gráfico 7.2. Mortalidad según grupos de causas en Chile, 1937-1963. Tasas por cada 100 000 habitantes



Fuente: Behm y Gutiérrez, 1967.

llevadas de una manera sistemática. Con ellas se ha compuesto el gráfico 7.2, que describe de qué modo se moría durante los años críticos de 1937 a 1963. El batiente de la izquierda del gráfico revela la caída, precipitada después de 1945, de las enfermedades transmitidas (principalmente tuberculosis, diarreas infantiles y neumonías). Las suplantan como causas de muerte (batiente de la derecha) los accidentes o las patologías de carácter orgánico (cáncer, cerebrovasculares...). La sustitución observada en Chile ocurrió en otras partes, aunque en fechas y grados distintos, naturalmente. De una mortalidad a la antigua dominada por las infecciones, se ha pasado a otra por degeneración o disfunción del organismo. Estas muertes suelen ocurrir en cuerpos más gastados y de mayor edad. La muerte, inevitable, se pospone a la vejez, si no irrumpe un accidente.

El brusco descenso de las enfermedades infecciosas tiene que ver con la introducción y difusión de nuevas técnicas para combatirlas. Los antibióticos —sulfamidas y penicilinas— descubiertos en los laboratorios no tardaron en popularizarse después de la Segunda Guerra Mundial. Las enfermedades gastrointestinales y pulmonares, en particular las de la infancia, fueron acorraladas y sus brotes más virulentos vencidos. Los insecticidas eliminaron por otra parte los vectores de algunas de estas enfermedades. El rociado masivo de DDT sobre selvas, llanos y pantanos acabó, por ejemplo, con los mosquitos transmisores del paludismo y de la fiebre amarilla y, de paso, limpió de moscas y demás insectos malignos. Millones de kilómetros cuadrados, antes deshabitados, fueron recuperados. Los trópicos, considerados por siglos insalubres, han superado enfermedades que les eran endémicas. El riesgo ha desaparecido o queda restringido a pequeñas zonas refractarias. La población se reproduce ahora en las zonas tórridas bien y mucho.

Venezuela emprendió a fines de 1945 una intensa campaña nacional de fumigación con DDT, casa por casa y desde el aire. Los Llanos, donde el paludismo se cobraba por año, entre 1911 y 1915, 527 de cada 100 000 vidas, fueron inscritos en el registro de la Oficina Mundial de la Salud como libres de malaria al cabo de 10 años de campaña (Gabaldón, 1956). Operaciones análogas se realizaron en Brasil, Colombia, México, Centroamérica y en el Caribe (*vg.*, la campaña contra el tifo en México: Olivera Toro y Ruiz, 1982).

La aplicación de antibióticos y la fumigación con insecticidas requiere el respaldo de una infraestructura sanitaria y medios económicos. Un plantel médico y hospitales había de antes en todos los países. Sin un mínimo de ellos no se hubiera podido aprovechar la ocasión. Pero además los gobiernos de la época mostraron voluntad de mejorar la sanidad. Los gobiernos nacionales o provinciales crearon ministerios, servicios nacionales de salud o institutos de seguros sociales. Los presupuestos destinados a sanidad fueron reforzados. Los sindicatos o las asociaciones profesionales colaboraron según sus fuerzas erigiendo sus propios servicios asistenciales. La atención mejoró primero en las ciudades, pero llegó también, en menor medida, al medio rural.

Combinando técnicas importadas y esfuerzo propio, América Latina ha quemado etapas en la lucha contra la muerte. En dos o tres decenios ha alcanzado metas que los países desarrollados tardaron más tiempo en lograr. Éstos venían reduciendo su mortalidad por otros conductos cuando se descubrieron los antibióticos y los insecticidas. La nueva tecnología no encontró ocasión para producir en ellos un efecto tan resonante como en América Latina. Por otro lado, África y Asia tampoco pudieron sacar pleno partido de las innovaciones por falta, al revés, de una infraestructura y de unos recursos mínimos. América Latina, a mitad de camino entre ambos, constituye el mejor testigo de la potencia de los avances de la medicina de mediados de nuestro siglo. La región se encontraba en condiciones óptimas para absorberlos: los necesitaba para mejorar el nivel sanitario de la población y contaba con un mínimo de medios como para aplicarlos.

Nutrición, vivienda, educación y condiciones laborales deficientes son capaces de contrarrestar el beneficio de las medicinas y de la atención sanitaria. Para McKeown (1976), lo que redujo la letalidad en Europa en el siglo XIX no fue la medicina, sino la mejora de la alimentación y de la higiene. En América Latina también, a mayor ingreso, mayor bienestar y sobrevivencia. Según el gráfico 7.3, los países con mejores pronósticos de vida fueron, en 1960, aquéllos con ingresos *per capita* más altos. Puerto Rico, Uruguay y Argentina se situaban a la cabeza del resto; Bolivia y Haití, a la cola. La correlación no es sin embargo simple. Cuba y Costa Rica han demostrado que reducir la mortalidad infantil y general es factible aunque la renta individual o nacional no progrese tanto. Depende también de cómo la sociedad asigne los recursos con que cuenta. Cuba y Costa Rica han dado preferencia en los últimos decenios a las inversiones de tipo social y han conseguido resultados espectaculares en el orden demográfico.

Un crecimiento económico y social sostenido como el que se preveía a mediados de siglo hubiera permitido extender el bienestar a capas más amplias de la población y seguir salvando así vidas. Los logros hubieran sido con todo menos deslumbrantes en esta etapa que los conseguidos gracias a los antibióticos e insecticidas; la alimentación y la prevención hubieran cumplido tal vez el papel decisivo. El

Gráfico 7.3. Esperanza de vida e ingreso per cápita en América Latina,1960 (en años y dólares)

Fuentes: Arriaga, 1968; Somoza, 1971; CEPAL.

pronóstico no se ha materializado desgraciadamente. La producción económica o los ingresos han dejado de crecer no en un año o en un país, sino en general en los últimos tiempos. Los recursos públicos escasean en estos momentos y algunos servicios de salud y de pensiones han sido recortados o se hallan en franca bancarrota. El descenso del ingreso *per capita* que denuncian las estadísticas, o más concretamente el paro o la baja de los salarios, no permite a las familias dedicar a su alimentación o salud lo necesario. Para paliar el deterioro de las condiciones de vida, el presidente López Portillo instauró el Sistema Alimentario Mexicano que subsidiaba el consumo básico. En Argentina, el Plan Alimenticio Nacional del gobierno de Alfonsín procuró garantizar la alimentación básica de los sectores populares. En otras partes, el malestar, al llegar a un punto crítico, ha dado lugar a estallidos sociales.

El actual clima socioeconómico no es el más favorable para que la mortalidad siga bajando. Müller (1978) observó la primera caída de la esperanza de vida en un país de altas expectativas como es Argentina,

para fecha tan temprana como es 1970. Palloni (1981) ha llamado la atención sobre cómo la mortalidad infantil y la general no descienden satisfactoriamente. Es más, la muerte recrudece por violencia política y militar. Los "desaparecidos" de Argentina, Uruguay y Chile es posible que nunca lleguen a figurar en las estadísticas de defunción, pero suponen la pérdida de millares de jóvenes. Los muertos de Perú, El Salvador, Guatemala y Nicaragua suman ya decenas de miles que han de dejar su impronta en el tamaño y en la composición de la población.

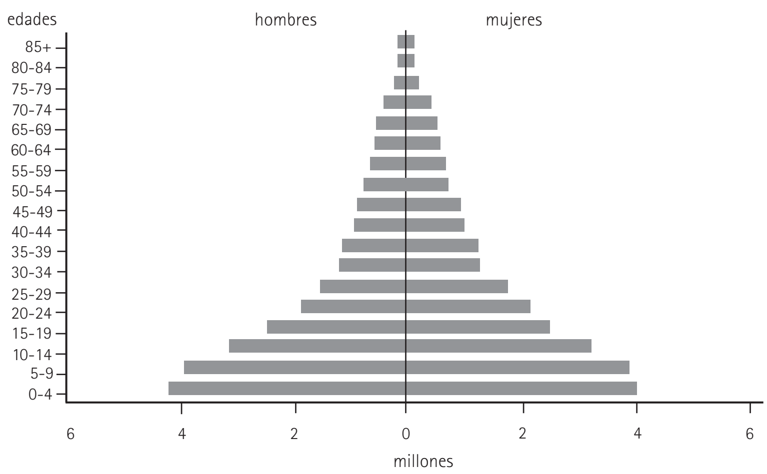
2. EL REJUVENECIMIENTO

Los niños que antes perecían, al sobrevivir pulularon. Los niños de entre 0 y 14 años fueron más de 40% de la población general en el momento culminante de la explosión demográfica. En República Dominicana y en Nicaragua llegaron a ser hasta 48.3% en 1970, o sea, uno casi de cada dos habitantes. Casas, escuelas y calles rebosaron de juventud. En Argentina y Uruguay la proporción de jóvenes de esta edad rondó en cambio 30%, más cerca del nivel de los países industrializados (25%). Argentina y Uruguay son, desde hace tiempo, las naciones menos juveniles de Latinoamérica, si se quiere, las más envejecidas. Las siguen en la actualidad Cuba, Puerto Rico y Chile.

La expansión proporcional del grupo juvenil culminó hacia 1960 en el conjunto de América Latina, pero prosiguió en algunas partes donde la fecundidad no había tropezado aún con un techo en su avance. México y la mayor parte de Centroamérica, República Dominicana, Perú y Ecuador siguieron rejuveneciendo en la década de los años sesenta; Bolivia y Haití lo hicieron hasta 1980. Transpuesta la cumbre, el grupo juvenil tiende a contraerse proporcionalmente; adultos y viejos avanzan. La población de América Latina comienza a envejecer, ante todo la de sus ciudades.

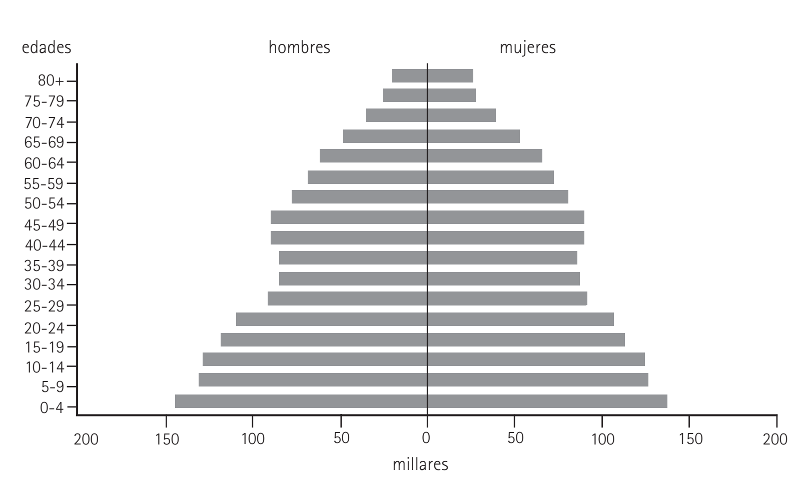
La tónica juvenil o envejecida de una población resulta patente en la pirámide de edades de determinada población. En el gráfico 7.4 hemos reunido dos casos opuestos, los de México (1970) y Uruguay (1975). La pirámide de México luce un claro perfil juvenil, propio de

Gráfico 7.4. Pirámide de edades. México, 1970



Fuente: INEGI, 1986.

Pirámide de edades. Uruguay, 1975



Fuente: Censo, 1975.

una sociedad en pleno crecimiento: base ancha, con más niños que niñas en el grupo de 0 a 4 años. Los costados se estrechan luego gradualmente, a medida que la edad aumenta. En la apuntada cúspide, sobreviven más mujeres que hombres. El caso de México se repite comúnmente en la época. La singular pirámide de Uruguay se eleva en cambio sobre una base estrecha. Su cuerpo macizo presenta una retracción tardía y viene rematado en una cabeza ancha. Su perfil denota una población que envejece, y viene deformado por dos circunstancias excepcionales: en los escalones más altos quedan reminiscencias de una colonia de inmigrantes otrora numerosa; una retracción en los peldaños intermedios denuncia una migración reciente y numerosa en sentido inverso, hacia al exterior.

El rejuvenecimiento de la población puede ser una bendición, pero también causa inconvenientes. En términos económicos, más niños y adolescentes dinamizan el mercado y aseguran un reemplazo holgado de la mano de obra. Ahora bien, hasta que se valgan por sí mismos, alguien ha de proveer por ellos. Al rejuvenecer la población, el coeficiente de dependencia aumenta en consonancia. Cada persona ocupada sostenía a 2.2 más en plena explosión demográfica, según Arriaga (1970a), o sea, que 31% de los latinoamericanos ocupados cargó consigo mismo y con el 69% restante. La explosión ha impuesto un sobreesfuerzo a la población activa.

A mediados de este siglo, la educación primaria no había conseguido eliminar el analfabetismo de América Latina. El rápido crecimiento de la población vino a enredar la cuestión. Más niños y jóvenes necesitaban más instrucción. Más recursos y más personal debieron volcarse en esta tarea. No siempre se dispuso empero de presupuestos y maestros suficientes. A pesar de estas deficiencias, el analfabetismo ha sido reducido, aunque no erradicado, a costa sin embargo de un deterioro general de la enseñanza en sus distintos niveles. Cuba prueba sin embargo que, con determinación y una reasignación de los recursos, cabe universalizar en poco tiempo la alfabetización.

Al llegar los jóvenes a edad laboral hay que proporcionarles trabajo. En México son millón y medio de nuevos empleos los que se necesitan crear por año en la agricultura, la industria y los servicios. Los

planes de desarrollo de varios gobiernos latinoamericanos han contemplado esta necesidad, pero no han dispuesto de recursos suficientes como para crear empleos, por ejemplo en México, a razón de 3.5 en que crece la población comprendida entre los 15 y los 64 años. La actual crisis de América Latina obstaculiza por añadidura la resolución del problema. Para quienes buscan su primer empleo, la brecha entre la demanda y la oferta de trabajo se ensancha cada día. Las consecuencias son desempleo y emigración. En el capítulo siguiente tratamos acerca de ésta. Estados Unidos, el mayor receptor del desborde, mira con aprensión el desequilibrio creciente entre fuerza de trabajo y empleo, por temer no ser capaz de contener la filtración (Bean *et al.*, 1989).

Si acomodar a niños y jóvenes proporciona quebrantos, su reducción trae aparejados otros. El estancamiento demográfico provoca atonía económica, como sucede en Uruguay. Menor demanda interna, menor producción, menos empleo. Una población envejecida somete por lo demás al sistema de seguridad social a fuertes tensiones y a exigencias superiores a sus ingresos. A mayor edad, mayores clases pasivas y menor población activa capaz de hacer aportes. En un sistema que se descapitaliza, los jubilados se encuentran en peligro de no percibir cuantas prestaciones les corresponde en derecho.

3. UNA FECUNDIDAD DESBORDANTE

Las tasas netas de reproducción miden el número de niñas que una mujer ha traído al mundo durante su ciclo reproductivo, o sea, entre los 15 y los 45 años. En términos generales, el coeficiente uno supone el reemplazo estricto de la generación de las madres; por debajo, la reproducción no queda asegurada; por encima, las madres futuras rebalsan. Una tasa de dos enteros significa según esto que los vientres de la generación siguiente se duplican. Otro tanto ocurre con la tercera. En sólo tres generaciones, los vientres capaces de ser fecundados se habrán pues cuadruplicado, en una progresión geométrica de estilo malthusiano. Tasas de dos, y casi de tres enteros, no son hipotéticas, sino que se han dado. En el quinquenio de 1955-1960, la tasa promedio de reproducción para

América Latina era de 2.26, es decir, que la generación siguiente contó con más de doble número de madres y la población creció naturalmente en proporción. Este índice ha caído por debajo apenas de los dos enteros últimamente (cuadro 7.5).

La reproducción varía de país a país. Con tasas próximas a 3% en varias épocas, la cohorte de madres casi se triplicó en México y Costa Rica de una generación a otra. Uruguay, con 1.28, ha podido en cambio reemplazar la generación saliente, y no mucho más. Al lado de México figuran Centroamérica, República Dominicana y la América del Sur tropical. Por encima de Uruguay se sitúan Argentina, Cuba y,

Cuadro 7.5. Tasas netas de reproducción en América Latina, 1955-1960 a 1975-1980

	1955-1960	*1965-1970*	*1975-1980*
Argentina	1.38	1.37	1.55
Bolivia	2.05	2.15	2.25
Brasil	2.34	2.13	1.80
Colombia	2.55	2.42	1.83
Costa Rica	2.93	2.54	1.74
Cuba	1.58	1.92	1.02
Chile	2.06	1.69	1.39
Dominicana (República)	2.66	2.73	1.99
Ecuador	2.45	2.59	2.59
Guatemala	2.25	2.31	2.25
Haití	1.84	2.08	2.19
Honduras	2.38	2.71	2.84
México	2.60	2.77	2.33
Nicaragua	2.45	2.62	2.48
Panamá	2.41	2.43	1.84
Paraguay	2.58	2.66	2.28
Perú	2.25	2.36	2.10
Puerto Rico	2.23	1.62	1.13
Salvador (El)	2.32	2.53	2.49
Uruguay	1.28	1.28	1.36
Venezuela	2.79	2.60	2.16
América Latina	**2.26**	**2.23**	**1.94**

Fuentes: Celade, *Boletín Demográfico* 32, 1983; Puerto Rico: ONU, 1982.

a medida que pasó el tiempo, Chile y Puerto Rico. En el último quinquenio, Cuba ha llegado a ostentar la fecundidad más baja de toda América Latina.

La fecundidad escaló hasta 1960 o 1970, salvo en Bolivia, Haití y Honduras, los países que han despegado más tarde. Que la tasa baje no quiere decir que la población vaya a descender pronto de un modo perceptible. Las generaciones actuales tienen que agotar primero su capacidad de reproducción.

¿Cómo se explica una fecundidad tan alta? La Iglesia católica y el Estado han solido compartir concepciones natalistas: la Iglesia, por principio; el Estado, por motivos políticos, económicos y militares. La doctrina, por ejemplo, de los gobiernos mexicanos posteriores a la Revolución favorecía el crecimiento de la población por su preocupación por la frontera norte. Las prácticas contraceptivas estuvieron entonces prohibidas y se fomentó la regularización de los matrimonios. Iglesia y Estado no tuvieron sin embargo la capacidad de penetración en el medio rural que se les supone. Las mujeres latinoamericanas se rigieron más bien en esta materia por las reglas de la sociedad campesina, que seguía todavía siendo mayoritaria. Para esta sociedad, la familia numerosa garantiza la perduración del grupo a pesar de la poda constante a que la muerte somete sus filas. La fecundidad de las mujeres no creció en verdad con la explosión demográfica, sino que mantuvo sus niveles anteriores.

La escalada de la población provocó un animado debate. En contra de la planificación familiar se han alineado la Iglesia, sectores conservadores y el marxismo, cada cual por razones distintas. La encíclica *Humanae Vitae* se opone al aborto y a la contracepción, aunque la flexibilidad es mayor en el clero de base que en el Vaticano. Los conservadores no han cambiado su opinión. Para ellos, la nación necesita más brazos y más soldados. Los marxistas sostienen que el crecimiento de la población conlleva el de la producción, confían en que la plétora acelerará los procesos revolucionarios y ven en las políticas de control de la natalidad una conspiración imperialista (Consuegra, 1969). Los partidarios de que la mujer pueda tener el número de hijos que desea se reclutan por otra parte entre los profesionales, algunos de los cuales cuentan con apoyo de organismos internacionales.

Las propias mujeres, no las doctrinas, son las que han cambiado la situación empujadas por varias circunstancias. Seguras ahora de que la mayoría de sus hijos sobreviven y sin el apoyo de la familia extensa en el medio urbano al que han venido a residir, prefieren una prole que puedan mantener y educar. También quieren evitar que un número excesivo las condene a no poder aspirar a mejores ingresos, ahorro, alojamiento, educación... Varios gobiernos se han plegado al vuelco de opinión, en especial el de México, antes opuesto a la planificación familiar. En 1973, el presidente Echeverría abrió a ésta los servicios de la Secretaría de Salud y del Instituto Mexicano del Seguro Social e incorporó a la Constitución el derecho de las personas a dimensionar su familia. Un Plan Nacional, dotado de personal y presupuestos generosos, permitió extender en el sexenio siguiente la planificación al campo, aunque el aborto sigue prohibido. El plan ha logrado gran aceptación. Un tercio de las mujeres rurales recurren de modo regular a contraceptivos. En las ciudades la proporción se eleva a los dos tercios. En suma, la fecundidad se ha rebajado en una tercera parte entre 1970 y 1981, una caída espectacular (Martínez Manautou, 1982; Alba y Potter, 1986). El mayor descenso se ha registrado, en el medio rural, entre las primerizas y en las edades terminales, en tanto que la reproducción se mantiene alta y estable en el grupo de mujeres entre los 25 y 39 años, como indican el gráfico 7.5 y el cuadro correspondiente.

Cuba operó otra gran reducción en un contexto demográfico y político distinto. Las parejas cubanas habían practicado la contracepción antes de que entraran en circulación los medios modernos. La fecundidad se hallaba a la baja desde los años treinta, pero reaccionó con el advenimiento de la revolución. A este efecto se sumaron la euforia política y las ventajas derivadas de la redistribución de viviendas, empleos e ingresos. Matrimonios y nacimientos mantuvieron un nivel alto por un decenio, pero el bloqueo y otras circunstancias adversas llevaron a que se replanteara en el seno de la familia la cuestión de su tamaño ideal. Al mismo tiempo, la generalización de la sanidad abrió el acceso a la planificación familiar. Cuba ha conseguido de este modo la fecundidad propia de una población casi estacionaria.

Gráfico 7.5. Tasas específicas de fecundidad marital en el área rural de México, 1965-1985

	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49
1985	0.26	0.338	0.343	0.245	0.184	0.043	0.01
1980	0.35	0.338	0.32	0.241	0.228	0.085	0.019
1975	0.401	0.406	0.351	0.318	0.228	0.104	0.028
1970	0.402	0.467	0.401	0.368	0.278	0.194	0.133
1965	0.4	0.445	0.471	0.407	0.302	0.126	0.133

1965 1970 1975 1980 1985

Fuente: Zúñiga Herrera, 1990.

Por detrás de Cuba viene Puerto Rico. A diferencia de Cuba, los niveles de partida en Puerto Rico fueron bastante altos. La fecundidad se redujo sin embargo a la mitad en tan sólo un par de décadas por el efecto combinado de la emigración, el incremento del nivel de vida, más las intensas campañas oficiales de planificación familiar e incluso de esterilización.

En Brasil la fecundidad declina más que nada en las ciudades. São Paulo y Río de Janeiro exhiben los índices más bajos (Merrick y Graham, 1979). A falta de respaldo oficial durante los gobiernos militares, los programas de planificación familiar, como los de Bemfam, no lograron extenderse al mundo rural, excepto cuando, como en Río Grande do Sul, el gobernador apoyó la iniciativa. Este estado, sector rural incluido, exhibe la fecundidad más baja de Brasil. A escala nacional, ésta ha descendido una cuarta parte desde fines de los años sesenta hasta 1977. Por pocos años la fecundidad detuvo luego su caída o incluso repuntó ligeramente, pero esto resultó ser una oscilación pasajera antes de reemprender el descenso (Leite, 1981).

Gobiernos resueltos a reducir la natalidad son los menos. República Dominicana, Haití, Costa Rica, El Salvador y Honduras han establecido programas a este efecto. En la mayoría, los gobiernos no se deciden, pero toleran cada vez más la actuación privada y crean altos órganos consultivos, lo que señala el comienzo de una preocupación (González y Ramírez, 1979). En Argentina y Uruguay la política oficial sigue, por el contrario, siendo pronatalista.

El régimen matrimonial (edad, duración, soltería, divorcio, viudez, segundas nupcias...) incide sobre la fecundidad. La edad en que las solteras se casan es temprana: varía entre los 19 años en Cuba y los 23 en Chile, es decir, quedan expuestas a concebir desde muy jóvenes

Cuadro 7.6. Natalidad, mortalidad y crecimiento natural. América Latina, 1980-1985

	Natalidad	*Mortalidad*	*Crecimiento natural*
Argentina	24.57	8.74	15.83
Bolivia	44.02	15.84	28.18
Brasil	30.60	8.36	22.24
Colombia	31.01	7.73	23.28
Costa Rica	30.54	4.22	26.32
Cuba	16.87	6.38	10.49
Chile	24.77	7.74	17.03
Dominicana (República)	33.10	7.95	25.16
Ecuador	40.58	8.87	31.71
Guatemala	38.44	9.32	29.12
Haití	41.32	14.13	27.19
Honduras	43.86	10.06	33.80
México	32.59	7.51	25.08
Nicaragua	44.21	9.69	34.52
Panamá	28.01	5.38	22.62
Paraguay	36.03	7.24	28.80
Perú	36.71	10.74	25.98
Puerto Rico	21.10	4.00	17.10
Salvador (El)	40.17	8.01	32.15
Uruguay	19.50	10.21	9.29
Venezuela	35.17	5.59	29.59

Fuente: Celade, *Boletín Demográfico* 32, 1983.

(ONU, 1987). Dentro del matrimonio, la fecundidad suele ser por cierto más alta que en las uniones libres. Los hijos procreados en ellas suelen ser tachados de ilegítimos. Pues bien, Mortara (1965) llamó la atención sobre la frecuencia de la ilegitimidad en la América Latina contemporánea; Pérez Brignoli (1981) ha mostrado la duración bisecular y las variaciones del fenómeno en un pequeño país como Costa Rica. Que en muchas partes la fecundidad haya sido ilegítima no ha evitado —o rebajado— sin embargo el carácter explosivo del crecimiento demográfico.

El cuadro 7.6 resume el estado en que se encuentran en la actualidad los países latinoamericanos en cuanto a natalidad, mortalidad y crecimiento natural. Las naciones con tasa de natalidad más alta son Nicaragua, Bolivia, Honduras, Haití, Ecuador y El Salvador. Sobrepasan los 40 nacimientos por cada mil habitantes. Las tasas más bajas se localizan en Cuba, Uruguay, Puerto Rico y Argentina. En cuanto a los óbitos, las condiciones más duras se localizan en Bolivia, Haití, Perú y Honduras; las más favorables, en Puerto Rico, Panamá, Venezuela y Cuba. Entre los países que crecen, Ecuador y los de Centroamérica (excepto Costa Rica) son los que aumentan ahora más rápido; los que menos son de dos tipos: en Cuba la brecha entre natalidad y mortalidad es corta por gozar de tasas bajas; en Haití, al revés, ambas son altas y no dejan vivas tantas personas como podrían sobrevivir en otras condiciones.

4. LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

La creciente divergencia entre las tendencias de la mortalidad y de la fecundidad, una a la baja y otra sostenida, abrió hace medio siglo una brecha por la que han desbordado las generaciones recientes de latinoamericanos. En los muy últimos tiempos, la fecundidad ha comenzado a menguar y a aproximarse al bajo nivel alcanzado antes por la letalidad, con lo que las posiciones de ambas variables se han acercado. El régimen demográfico de las sociedades agrarias, introducido en América Latina hace 50 siglos (capítulo 2) y tipificado por muchos nacimientos

y defunciones, está por desaparecer, para dar paso a otro propio de las sociedades industriales. Este régimen se caracteriza por una natalidad y mortalidad, en vez, bajas.

La mutación del régimen demográfico no ha seguido una misma senda, aunque se dirija al mismo destino. No la ha seguido en otras partes y menos puede hacerlo en una América Latina variopinta y en estadios de evolución diversos. El cambio de comportamiento de las variables acaba de ser referido al comentarlas una a una. Combinando los ritmos observados cabe despejar dos modelos principales de transición, el mexicano y el argentino, que no excluyen naturalmente variantes intermedias.

La transición demográfica en Río de la Plata coincidió en el tiempo de cerca con la emprendida en el mediodía de Europa (Pantélides, 1983). A principios de este siglo, la muchedumbre de emigrantes que acudió a Argentina y Uruguay arrastró consigo hábitos higiénicos y de reproducción vigentes en sus países de origen. Se ha notado también que la fecundidad de las mujeres inmigrantes fue inferior al de las nativas, quienes comenzaron a retraer la suya más tarde. Estas observaciones sugirieron la idea de que la transición fue, en Río de la Plata, una extensión de la europea. La variedad de niveles de fecundidad observados entre los grupos inmigrantes (Pantélides, 1986) indica sin embargo que la cuestión puede ser más compleja. Cabe además suponer que parte de los cambios sobrevinieron en América al urbanizarse los inmigrantes rurales y mejorar sus niveles de vida (Rothman, 1967).

La mortalidad menguó en Argentina desde una tasa de 23 a 12 por cada mil entre 1900 y 1940, en una reducción gradual a casi una tercera parte en 40 años (Somoza, 1971a). La natalidad se redujo en cambio a la rastra y por detrás de las defunciones: de 44 cayó a 26 por cada mil (Recchini de Lattes, 1975). El ensanchamiento de la brecha entre ambas variables produjo un superávit demográfico anual, moderado pero persistente, del orden de 18 por cada mil (gráfico 7.6). Antibióticos y pesticidas, al difundirse su uso aquí, no salvaron tantas vidas como en otros países latinoamericanos. No se observa en efecto una inflexión notoria de la curva de mortalidad en los años cuarenta o cincuenta. La transición argentina ha supuesto pues un deslizamiento largo y lento.

Ajustando el foco se descubre sin embargo un curso más agitado. La transición a escala nacional subsume por lo menos dos procesos: la de un litoral abierto al exterior y la de un interior vuelto hacia adentro. El gráfico 7.6 recoge igualmente los datos relativos a Buenos Aires, doblemente significativos por cuanto representan el litoral y una gran urbe, polo de atracción de inmigrantes. En la ciudad "europea", la transición comienza y concluye antes: natalidad y mortalidad se equilibran en un bajo nivel hacia 1940, cuando en el resto de América Latina los cambios apenas despuntaban. La ciudad cosmopolita pasó a continuación a ser poblada por provincianos e inmigrantes de países limítrofes, que arrastraban consigo pautas rurales. La mortalidad se estancó o empeoró entonces en Buenos Aires por esta recomposición de la población. Nótese que ella sobrepasó incluso en algunos años el promedio nacional. La natalidad, por su parte, repuntó. Viejas y nuevas actitudes convivieron pues a menudo en pugna y el resultado fue mixto.

El caso de México es más común en el resto de Latinoamérica. El gráfico relativo a la natalidad y mortalidad en este país (gráfico 7.7) pone de manifiesto en su primera parte las grandes pérdidas humanas ocasionadas por la Revolución mexicana y la rápida recuperación posterior de

Gráfico 7.6. Natalidad y mortalidad. Argentina y Buenos Aires, 1900-1964

Tasas brutas

Arg. Nat. — Arg. Mort. — B. Aires Nat. — B. Aires Mort.

Fuentes: Recchíni, 1971; Recchini de Lattes, 1975.

Gráfico 7.7. La transición demográfica. México, 1900-1980

Fuentes: Alba, 1979; ONU, *Anuario*.

la población. En esta etapa, el régimen demográfico sigue siendo en gran parte a la antigua. A partir de 1940 se inicia la transición demográfica. Ésta se caracteriza por una reducción primero de los óbitos, a menos de la mitad en dos decenios. La fecundidad prosigue entre tanto imperturbable con tal vez un ligero realce al principio. Después de 1975 sobreviene una caída pronunciada de la fecundidad. Una multitud pasó entre los brazos bien abiertos de ambas variables. Mortalidad y fecundidad tienden ahora claramente a la baja.

Entre el caso argentino y el mexicano caben muchas situaciones intermedias. Al lado de Argentina se alinea, como es de esperar, Uruguay (gráfico 7.4). Puerto Rico experimentó a continuación un cambio tardío, pero rápido. Por otro lado, Haití, Bolivia y algún país centroamericano apenas han comenzado a transformarse al estilo de México, aunque desfasados. Brasil se ha adelantado en cambio algo, sobre todo en lo que se refiere a São Paulo (Patarra, 1987). Las diferencias reflejan tiempos y se hallan influidas por las condiciones demográficas, sociales, económicas, políticas e histórico-culturales entre países, regiones o localidades.

8
DEL TERRUÑO A LA METRÓPOLI

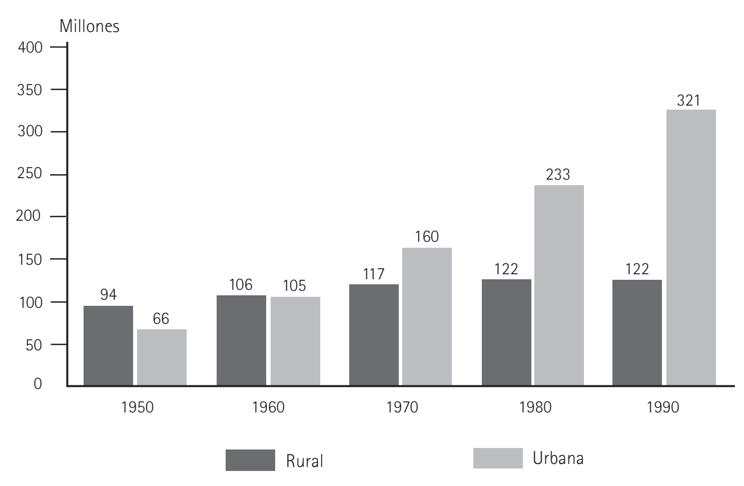
La explosión demográfica hizo nacer en América Latina más población que la que el medio rural podía absorber. El sobrante se trasladó en busca de mejores horizontes a las ciudades, los países colindantes o afuera de América Latina. Este capítulo trata de los intensos movimientos rurales o urbanos, internos o internacionales del último medio siglo.

1. EL ÉXODO RURAL

La población rural no ha dejado de crecer en los últimos decenios. El gráfico 8.1 da cuenta de su variación de 1950 en adelante. Es de advertir que la población rural y su contraparte, la urbana, no vienen definidas según un patrón uniforme para toda la región, sino a criterio de las oficinas censales de cada nación. Las cifras que figuran en el gráfico para 1990 corresponden, aquí y más adelante, a proyecciones. Como puede verse, el total de la población rural ha pasado de 94 millones en 1950 a 122 en 1990. Ha crecido pues 30%, proporción moderada si se compara con el alza experimentada por el conjunto de la población, que casi se duplicó en el mismo tiempo. El campo se encuentra en estos momentos en el ápice de su expansión demográfica. En los próximos años terminará su dominio milenario y comenzará a decrecer frente a la población urbana.

El declive se ha anticipado en varios países. Los precursores del mismo son Argentina (Lattes, 1980), Chile, Puerto Rico, Venezuela, Uruguay y Cuba. En 1955 había casi 200 000 argentinos y 50 000 chilenos menos que un lustro antes en el medio rural; el campo ha seguido

Gráfico 8.1. Población rural y urbana. América Latina, 1950-1990



Fuente: ONU, 1987.

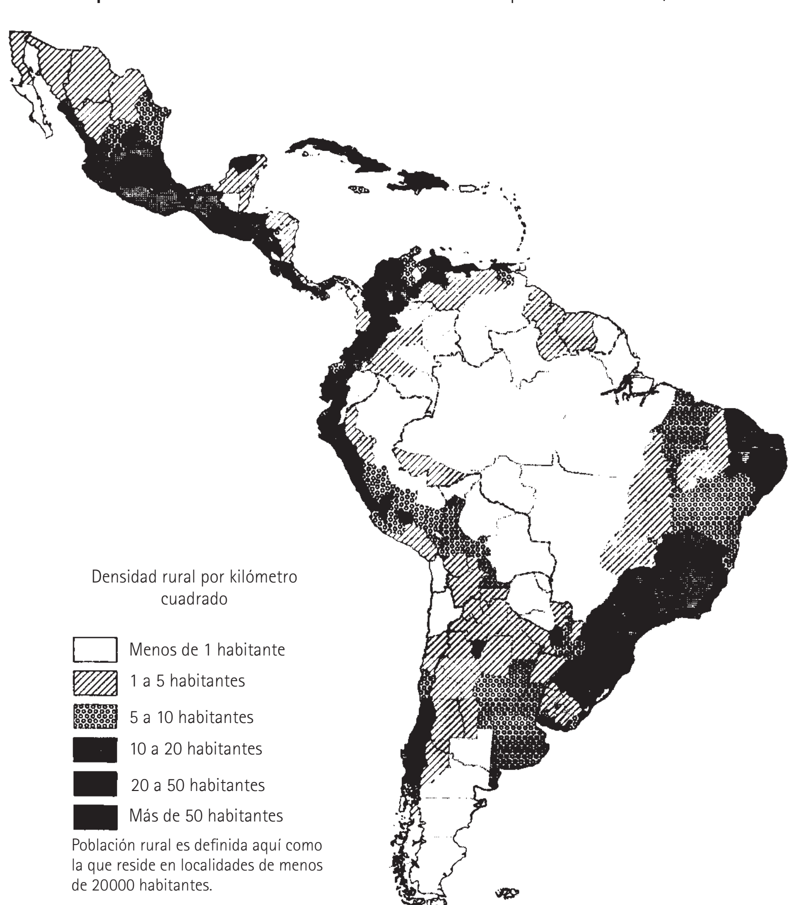
despoblándose. Por otra parte, Puerto Rico inició su retracción rural hacia 1965, Venezuela a la vez que Uruguay en 1970 y Cuba empezó hacia 1975 (ONU, 1987). Al grupo de países del Cono Sur y del Caribe con población rural declinante acaba de incorporarse Brasil, el más poblado de América Latina. En un decenio, de 1970 a 1980, se ha reducido aquí de 41 a 38.6 millones, perdiendo nada menos que 2.4 millones de personas (Martine y Camargo, 1984). En otras naciones, comarcas hay que pierden ya habitantes, aunque esta merma se diluye en el total nacional.

Que la población rural aumente sosegadamente no es porque se reproduzca mal. Nacimientos no le han faltado hasta ahora. La reproducción rural sobrepasa siempre a la urbana. Por ejemplo, en República Dominicana, la tasa general de fecundidad rural ha bajado de 7.4 a 4.9 entre 1970 y 1983, pero sigue siendo una cuarta parte superior a la urbana (IEPD-Celade, 1988). Otras causas son por consiguiente las que frenan su crecimiento.

El campo no se encuentra por otra parte saturado de gente. Las densidades rurales más altas, las superiores a los 50 habitantes por

kilómetro cuadrado, que en Europa o Asia se tendrían por bajas, se localizaban, entre 1960 y 1965, únicamente en la costa del Pacífico del istmo centroamericano, en la isla La Española y en los valles centrales de México y Costa Rica, en el Cauca y algún lugar más (mapa 8.1). Presión demográfica cabría a lo sumo aquí. En el resto, o sea, la mayor parte, las densidades son más bien bajas e incluso quedan bastantes

Mapa 8.1. América Latina: densidades de la población rural, c. 1960



Fuente: CEPAL, 1969.

tierras despobladas. Sierras, desiertos y selvas ocupan en efecto grandes extensiones. Que la gente abandone el campo tiene más que ver con el mal desempeño de la agricultura, la atracción de la ciudad y el desarrollo de los medios de difusión y transporte.

Durante los años de 1950 a 1975, el área cultivada, el producto agrícola y el empleó de mano de obra por unidad de superficie apenas aumentaron. En cambio, crecieron la población, la producción industrial y los servicios. Este desajuste ha provocado problemas. La agricultura, cuyo peso en la economía se ha reducido, ni siquiera da ahora, en bastantes países, para alimentar una población que crece. México o Chile, que en el pasado contaban con excedentes, padecen desde hace unos decenios un déficit crónico que los obliga a importar víveres (Cuadernos de la CEPAL, 1978). El campo ha perdido poder de retención. Ni siquiera el reparto de tierras en México o Bolivia ha logrado contrarrestar el éxodo.

Tierras vírgenes quedan pocas y no bastan para absorber el excedente de población del campo. El campesino no suele por lo tanto emigrar, como antes, hacia las fronteras. La ciudad le promete en cambio no solamente trabajo, sino una vida distinta. En la ciudad halla, mal que mal, un empleo mejor remunerado y más regular, así como una asistencia médica y una seguridad social que no tenía. En ella accede además a bienes y modos de vida para él suntuarios, conocidos por los medios de difusión y apreciados antes incluso de su partida. Si los primeros en marchar a la ciudad lo hacen en gran medida deslumbrados, los siguientes acuden concatenados. Las noticias que los emigrantes envían al pueblo incitan a parientes y amigos a reunirse con ellos. Llevó tiempo descubrir que acudían demasiados y que no había acomodo para todos.

La carretera penetró hasta lugares antes servidos por simples caminos de herradura. El camión, más que el automóvil, surcó regularmente las rutas de tierra o asfaltadas. En cualquier instante, el campesino podía decidirse y, por pocos pesos, treparse a un vehículo que lo llevaría, de no ser a la propia ciudad, a una estación de autobús o de ferrocarril. La emigración nunca hubiera alcanzado la envergadura que tuvo si no se hubieran sumado la construcción de carreteras, el motor

de explosión y la disposición a partir. Campo y ciudad no se hallaban esta vez incomunicados.

Brasil y México, los países más poblados, son los que han experimentado las migraciones mayores. En Brasil, unos tres millones de campesinos, equivalentes a 3% de la población rural, pasaron a habitar centros urbanos entre 1940 y 1950. Los desplazamientos aumentaron después de estas fechas. En el decenio siguiente fueron siete millones; entre 1960 y 1970, 12.8, y entre 1970 y 1980, 15.6. Durante el último periodo, uno de cada tres brasileños dejó el campo para instalarse en la ciudad (38% para ser más exactos). En 40 años se calcula que lo hicieron nada menos que unos 38 millones, sin contar los intercambios entre zonas rurales que forman igualmente parte del éxodo (Martine, 1990). En el último medio siglo, las migraciones internas sobrepasan en volumen los aportes europeos del pasado; la movilidad geográfica reviste una intensidad excepcional.

Al cesar la inmigración europea, Brasil recurrió a efectivos propios: el europeo fue sustituido por el trabajador nacional. São Paulo y Río de Janeiro, que comenzaban a industrializarse, atrajeron la primera oleada de pobladores rurales. Al mismo tiempo, el avance por el planalto paulista, iniciado a fines del siglo pasado, se desbordó, extendiéndose por Paraná, Mato Grosso y Goiás. De 1950 a 1965, la transición demográfica, que entonces batía su pleno, aumentó el número de brazos que no encontraban colocación en el campo. El Noreste se erigió en el gran centro expulsor del momento. El excedente generado siguió volcándose principalmente hacia São Paulo y las fronteras. El mapa 8.2 dibuja la orientación y tamaño de los flujos entre regiones. No recoge en cambio los movimientos en el interior de cada estado que fueron a la sazón también importantes. El vértigo con el que la ciudad de São Paulo creció entonces se debe por cierto a la succión de campesinos procedentes en buena parte del propio estado.

Las migraciones brasileñas han seguido derroteros cambiantes. En los años de dictadura militar, de 1965 a 1985 aproximadamente, la legislación agraria acentuó la movilidad. Para aumentar los rendimientos, la "revolución verde" promovió, por medio de estímulos y créditos, el uso de abonos y simientes mejoradas, así como la mecanización.

Mapa 8.2. Brasil: migraciones internas, 1950-1970



Fuente: Cedeplar, 1973.

El gobierno favoreció asimismo los cultivos de exportación. Producción mecanizada y en gran escala llevó a que sobraran brazos y a que los pequeños propietarios no pudieran aguantar la competencia. Por millones abandonaron la tierra, incluso las fronteras recién ocupadas de Paraná y Goiás. Su destino fue una vez más las ciudades del sudeste, más la nueva capital, Brasilia, en Mato Grosso. Últimamente, la crisis económica, al reducir las inversiones en la agricultura comercial, está otorgando un respiro temporal al pequeño campesino.

La Amazonia no se convirtió entonces en el polo de atracción que los gobernantes esperaban que fuera (Martine, 1991). Las grandes con-

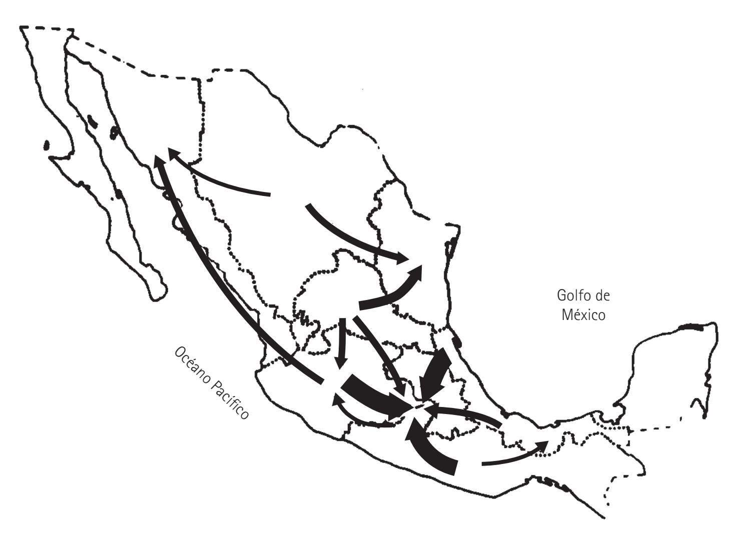
cesiones de tierras atrajeron compañías o a grandes propietarios más que a colonos. Entre los resquicios dejados por esas concesiones surgieron empero algunos asentamientos salpicando los grandes ejes viales construidos: la carretera transamazónica, la que une Brasilia a Belem y la de Cuiabá a Rondônia. Pará fue el estado de este inmenso territorio que más inmigrantes recibió: por encima de un millón entre 1970 y 1980. La colonización ha alcanzado sin embargo el extremo occidental del país, y con este acontecimiento se cierra la frontera (*sertão* y selva) que tan importante papel ha desempeñado en la historia y en la imaginación de Brasil.

En México, el presidente Cárdenas repartió entre los campesinos 20 millones de hectáreas, más en un sexenio (1934-1940) que lo que hicieron sus predecesores y sucesores. La reforma agraria retuvo a los campesinos por un tiempo en los ejidos devueltos o constituidos, pero la emigración se reanudó poco después hacia las tierras de regadío, las ciudades y el extranjero, a partir sobre todo del centro-norte. La ciudad de México creció entonces con moderación, en comparación con lo que vendría después.

La gran oleada interna data sin embargo de algunos años más tarde (1955-1970), cuando la fecundidad subió, la mortalidad bajó y, encima, la inversión pública en el campo se redujo. La transición demográfica penetró en el campo y la población creció en forma descomedida. A falta de tierras, emigración: la fuerza de trabajo empleada en la agricultura descendió de 61% que era en 1950 a 42% en 1970. La población de México dejó entonces de ser mayoritariamente agraria. El centro, oeste y sur del país proporcionaron esta vez el contingente principal, como se aprecia en el mapa 8.3. La ciudad de México, en franca etapa de industrialización, absorbió muchedumbres. Otras zonas de atracción fueron la costa del Golfo y los extremos norte occidental y oriental, aunque el norte fue a menudo mera escala en espera de cruzar la frontera (Stern, 1989).

En Colombia, crecimiento y migraciones también se solaparon. Entre 1964 y 1973, cuando la expansión demográfica se hallaba en pleno auge, Bogotá, el Valle y el Norte constituyeron las áreas de acogida; el resto del país, las de expulsión (mapa 8.4). Las ciudades colom-

Mapa 8.3. México: migraciones internas, 1959-1970

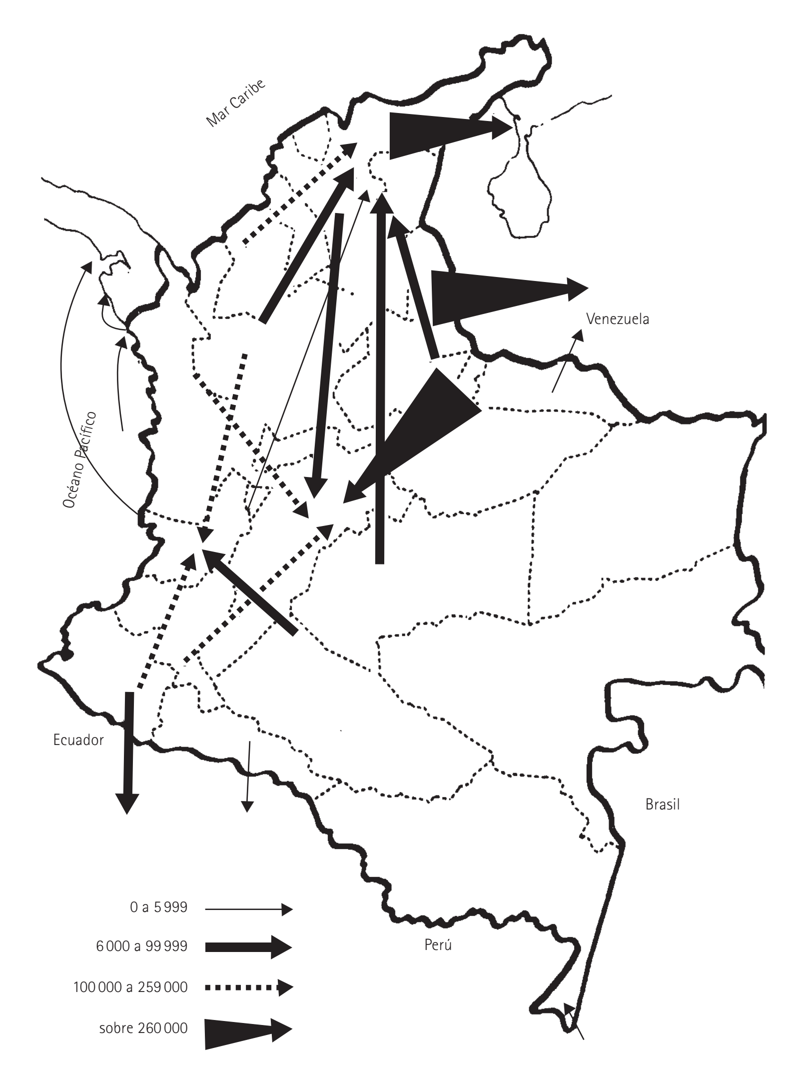


Fuente: Stern, 1989.

bianas recibieron gran parte de estos migrantes, pero los desplazamientos entre zonas rurales no han faltado. Éstos tienen a menudo un carácter simplemente estacional. Los costeros, entre otros, responden a la demanda de mano de obra para las zafras del norte del país o Venezuela (Gómez Jiménez y Díaz Mesa, 1983). Es así como el barullo que reina en las zonas fronterizas se transforma en migración internacional. Los colombianos cruzan en dos direcciones: hacia Venezuela por el Noreste y hacia Ecuador por el sur (Mármora, 1980).

Los Andes y Centroamérica presentan un rasgo común en cuanto a migración. Su población rural suele habitar en las alturas, pero los cultivos de exportación, los más remuneradores, se extienden por las costas. Población y agricultura crecen pues a distinta altitud. La mano de obra, a menudo indígena, se desplaza pues al litoral cuando más se la necesita, es decir, en una forma estacional. Hacia el Pacífico desciende para la zafra del algodón o la caña y, en Guatemala, además para el café. Para las plantaciones de bananos se descuelga en cambio en direcciones opuestas: los serranos ecuatorianos hacia Guayaquil y los

Mapa 8.4. Colombia: migraciones, 1964-1973



Fuente: Mármora, 1980.

centroamericanos hacia el Atlántico. De los Andes bajan también migrantes hacia el oriente, a las cuencas petroleras del Ecuador o a los cocales de Perú y Bolivia.

Otra migración vertical, de la sierra a la costa, se observa en el centro y sur del Perú. Ésta se dirige en buena parte a las ciudades con alzas imperiosas, como Lima. De menor intensidad es la que sigue una dirección transversal, del norte hasta Lima por la costa o, si no, a lo largo de la depresión intermontana de los Andes. Es de notar que las reformas agrarias de Bolivia, Ecuador, Perú y Chile no han conseguido fijar el campesino a la tierra.

No todas las migraciones rurales tienen motivos económicos; las hay también por razones políticas. Las guerras civiles de Centroamérica y Perú están desplazando a decenas de miles de campesinos, que se refugian en las ciudades donde hay represión pero no combates.

Argentina, Chile, Uruguay, Venezuela y las islas del Caribe han experimentado un éxodo rural intenso, al punto que cada vez menos campesinos quedan en esos países. Los migrantes han ido a dar a las ciudades, salvo pequeños préstamos entre ámbitos rurales. Sin perjuicio de alguno que otro trasvase entre ámbitos rurales, las migraciones se han volcado sobre las ciudades. Sólo Cuba se ha propuesto desalentar el crecimiento de la capital y ha conseguido retener población en el campo (Centro de Estudios Demográficos, 1976).

2. LA URBANIZACIÓN

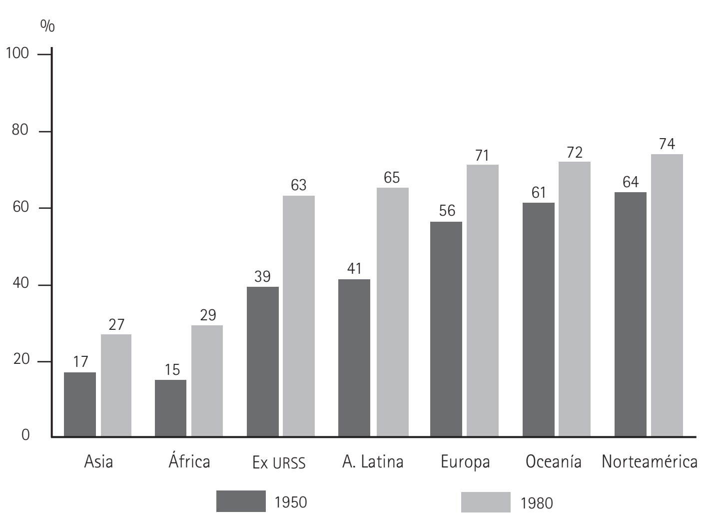
Al estallar la explosión demográfica, América Latina tenía tras de sí un largo historial urbano. Éste se remonta a la prehistoria, se difunde durante la Colonia y se centra en las capitales con la independencia. Su urbanización reciente parte por lo tanto de niveles altos y se caracteriza por la ampliación desmesurada de los núcleos existentes. Ciudades de nuevo cuño, como por ejemplo Brasilia, surgen pocas. A mediados de este siglo, punto de partida del desarrollo urbano contemporáneo, América Latina estaba entre dos y tres veces más urbanizada que África y Asia, otras regiones en vías de desarrollo. Se situaba a la par de la

antigua Unión Soviética y por debajo de Europa, Oceanía y Norteamérica. Desde entonces, entre 1950 y 1980, América Latina ha acortado más rápido que África y Asia la distancia que la separa de las regiones más desarrolladas (gráfico 8.2).

La explosión demográfica, característica de este periodo, ha acentuado su grado de urbanización a expensas de su componente rural. La América Latina agraria y rural se desvanece. En 1980, dos de cada tres latinoamericanos moraban en núcleos urbanos y se calcula que son 72% en 1990. Por países, Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela sobrepasaban 80% en 1980 (véase gráfico 8.3). Brasil, Colombia, Cuba, México, Perú y Puerto Rico superaban la cota de 60%. Las disparidades entre países seguían sin embargo siendo muy acusadas. Haití apenas contaba con una cuarta parte de la población en sus ciudades.

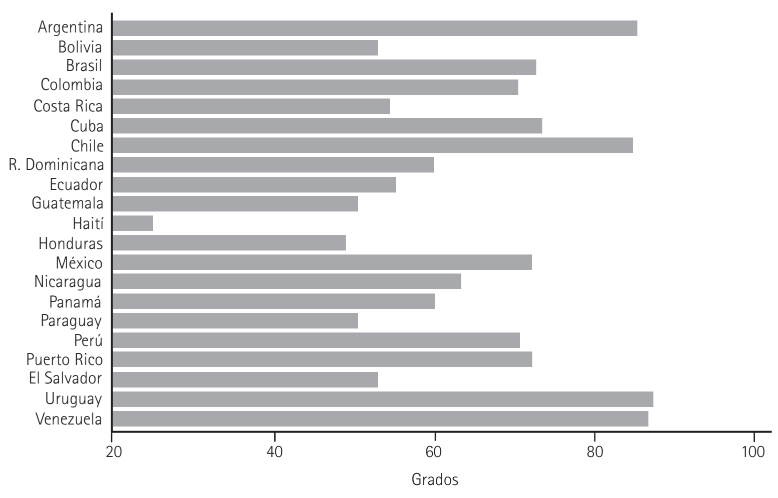
La definición oficial en uso considera ciudades núcleos que para los ojos actuales no pasan de ser pueblos agrícolas, por más que sean del tamaño o mayores que algunas ciudades del pasado. Si para corregir esa liberalidad elevamos el listón y sólo consideramos las localidades de más

Gráfico 8.2. Grados de urbanización mundial, 1950-1980



Fuente: ONU, 1985.

Gráfico 8.3. Grados de urbanización. América Latina, 1980



Fuente: ONU, 1985.

de 100 000 habitantes, urbanas más allá de cualquier duda, la proporción se contrae visiblemente, pero no dejaban de morar, en 1980, cuatro de cada 10 personas en ellas. El latinoamericano medio de nuestros días reside y trabaja en la ciudad, aunque él o sus padres hayan nacido en el campo.

En un esquema evolutivo, los países latinoamericanos se inscriben cada cual en diversos estadios (Hardoy, 1972). La América del Sur templada, la más transformada, fue la que inició los cambios y a la que le restan menos por realizar. Le siguen naciones con impulsos más recientes. Cuba, menos urbanizada que Venezuela, no parece empero condenada a crecer tanto como ésta; incluso procura evitarlo (Acosta y Hardoy, 1972). Países como Haití, Paraguay, Bolivia y las repúblicas centroamericanas apenas se hallan al comienzo de su transformación en este aspecto. Pueden deparar aún sorpresas, pero su tamaño y recursos reducidos no auguran un grado alto de urbanización.

¿Cuánto crecieron las ciudades? El conjunto de ellas ha pasado de tener 66 millones de habitantes en 1950 a 321 millones en 1990,

es decir, que se han multiplicado casi cinco veces (gráfico 8.1). Esta alza equivale a un aumento de 4.6% anual en el quinquenio 1950-1955. La tasa media remite luego hasta 3.1 en 1985-1990. Por regiones y países cambia. La América del Sur templada, la más urbanizada desde el principio, es la que ha crecido más despacio en los últimos cuatro decenios: dos veces y media; el Caribe, tres y media. Tales incrementos nada tienen de cortos; solamente desmerecen frente a los de la América Central y los del Sur tropical, que son del orden de cinco y seis veces. Por países, los extremos se extienden desde un aumento de 6.5% anual en Venezuela en 1950-1955, hasta, en la otra punta, 0.4 en Uruguay en 1970-1975 y 1.7 en Cuba en 1980-1985 (ONU, 1987).

Del crecimiento urbano, ¿cuánto es interno y cuánto por inmigración? Los no oriundos del área metropolitana (extranjeros excluidos) contribuyeron en 63% al auge de Buenos Aires entre 1950 y 1960, y una mitad, o sea algo menos, en el decenio siguiente (Recchini de Lattes, 1975). En Brasil, la incidencia de los inmigrantes en las grandes ciudades fue mayor: entre 1960 y 1970, 81% del crecimiento de Porto Alegre se explica por su presencia, 71% en Curitiba, 69% en São Paulo y Río de Janeiro, y también 67% en Belo Horizonte (Merrick y Graham, 1979). A escala nacional, 67% del crecimiento urbano de México se debió, de 1940 a 1970, a incremento natural, y 33%, a inmigración (Unikel, 1976). En cualquier caso, el aporte externo resultó decisivo.

De todas las ciudades, las mayores fueron las que más crecieron, como muestra el gráfico 8.4. Este gráfico compara qué proporción de personas residían entre 1950 y 1980 en cuatro categorías de localidades: de menos de 100 000 habitantes, de 100 000 al millón, de uno a cuatro millones y, finalmente, de más de cuatro. Al crecer, las ciudades pasan a las categorías superiores. Pues bien, de las cuatro clases, la inferior (la de menos de 100 000 habitantes) perdió más de 10 puntos, señal de que pocas ciudades menores crecían como para ingresar en esta categoría y reemplazar a las que ascendían de ella a la superior. De residir en ciudades de menos de 100 000 habitantes 48.3% de la población urbana, la proporción bajó a 37.5%. En el segundo y tercer

Gráfico 8.4. Tamaño de las ciudades (en miles). América Latina, 1950-1980

Fuente: ONU, 1987.

grupos, salidas y entradas se compensaron en cambio. El más favorecido resultó ser el de las ciudades de cuatro millones para arriba. El vuelco en su favor ocurrió hacia 1960. Desde entonces, el fiel de la balanza se inclina francamente por las grandes aglomeraciones.

La red urbana, la distribución por rangos, se ensanchan hacia la cabeza en la mayor parte de las naciones latinoamericanas. La capital se destaca muy por encima de las demás ciudades. La primacía es rasgo antiguo de la región (Chase-Dunn, 1984). México, Buenos Aires, Lima, Santiago, Montevideo, Caracas, La Habana, Santo Domingo, San Juan y las cabeceras de los países centroamericanos siempre han sido mayores que las restantes ciudades de su propio país. En nuestro siglo, el desarrollo industrial y de los servicios se ha localizado en las capitales en busca de un mercado, una fuerza de trabajo y una infraestructura que existía de antemano en ellas y que no había pues que esforzarse en crear, con el consiguiente ahorro inversor. La

industrialización no ha rectificado las tendencias anteriores, sino que las ha realimentado.

Hoy por hoy, sólo tres países, Colombia, Ecuador y Brasil, escapan de la macrocefalia. Bogotá tan sólo duplica y triplica a la segunda (Medellín) y tercera (Cali) ciudades de Colombia, a diferencia de México, que sextuplica y septuplica a las que le siguen en orden: Guadalajara y Monterrey. En Ecuador, el puerto de Guayaquil sobrepasa en tamaño a la capital tradicional y serrana, Quito. La mudanza a Brasilia sitúa ahora la capital en un octavo lugar tras São Paulo y Río de Janeiro, y por detrás de Belo Horizonte, Curitiba, Porto Alegre, Recife y de la antigua capital de Salvador. Históricamente, la sede del centro político y administrativo no ha tenido en Brasil, a diferencia de Hispanoamérica, un asiento fijo, sino que ha mudado cada par de siglos.

Las grandes ciudades son cada vez más numerosas. En Brasil, las de más de un millón de habitantes son nueve en 1990; en Colombia cuatro, tres en México y dos en Argentina. Las demás superiores al millón, hasta un total de 26, se erigen una por nación (cuadro 8.1). El cuadro muestra el crecimiento que la población de estas ciudades ha experimentado de 1950 al presente. Dos son los países, Brasil y Colombia, donde este tipo de aglomeraciones ha crecido más. Aparte del caso forzado de Brasilia, que se multiplicó 60 veces en 30 años al haberse trasladado a ella la capital, Curitiba creció no menos de 27 veces sin semejante ayuda. Entre ocho y nueve veces aumentaron Fortaleza y Belo Horizonte en Brasil, y Medellín y Cali en Colombia. Santo Domingo es la única ciudad que creció por .el estilo (nueve veces) y no pertenece a ese grupo. Crecimientos a esta velocidad no dejan de acarrear toda clase de inconvenientes para sus habitantes.

Grandes ciudades con más años, como México, São Paulo o el conjunto de Lima y Callao han crecido apenas menos, entre seis y siete veces en el mismo tiempo. Partiendo de una base más alta han alcanzado dimensiones gigantescas. La zona metropolitana de la ciudad de México encierra unos 20 millones de habitantes, con lo que se ha convertido en la mayor ciudad de América Latina y del mundo. São Paulo alberga por debajo de dos millones menos. Buenos Aires y Río de Janeiro han cedido a ambas el alto rango que ostentaban hace un cuarto de

Cuadro 8.1. Ciudades con más de un millón de habitantes en 1980

	Población (en millones)					
	1950	*1960*	*1970*	*1980*	*1990 (proy.)*	*Rango*
América Central continental						
México	3.05	5.22	9.12	14.47	20.25	1
Guadalajara	0.43	0.93	1.58	2.36	3.20	12
Monterrey	0.38	0.93	1.28	2.09	3.01	15
Guatemala	0.40	0.54	0.73	1.02	1.46	27
Caribe						
La Habana	1.22	1.45	1.75	1.94	2.04	16
Santo Domingo	0.25	0.47	0.89	1.44	2.17	20
San Juan	0.47	0.55	0.70	1.09	1.49	24
América del Sur tropical						
São Paulo	2.76	4.84	8.22	12.82	18.77	2
Río de Janeiro	3.48	5.07	7.17	9.21	11.37	4
Belo Horizonte	0.48	0.89	1.62	2.59	3.89	9
Curitiba	0.14	0.35	0.91	2.11	3.77	14
Fortaleza	0.26	0.48	0.90	1.58	2.42	19
Recife	0.83	1.24	1.82	2.40	3.04	11
Porto Alegre	0.67	1.04	1.55	2.28	3.18	13
Salvador	0.45	0.73	1.16	1.80	2.65	17
Brasilia	0.04	0.14	0.54	1.19	2.40	22
Lima-Callao	1.05	1.75	2.92	4.59	6.78	5
Bogotá	0.70	1.32	2.37	3.72	5.27	7
Barranquilla	0.30	0.47	0.76	1.22	1.77	21
Cali	0.28	0.52	0.95	1.60	2.40	18
Medellín	0.46	0.83	1.47	2.43	3.60	10
Caracas	0.68	1.31	2.12	3.17	4.18	8
Guayaquil	0.25	0.46	0.73	1.09	1.63	24
América del Sur templada						
Buenos Aires	5.25	6.93	8.55	10.06	11.71	3
Córdoba	0.41	0.59	0.80	1.05	1.28	26
Santiago	1.43	2.12	2.56	3.74	4.55	6
Montevideo	1.07	1.15	1.21	1.19	1.22	22

Fuentes: ONU, 1981 y 1987.

siglo. México, en definitiva, ha recuperado el cetro que siempre ostentó en América Latina hasta entrado el siglo XIX. De las ocho ciudades más pobladas del mundo, la mitad, o sea, cuatro, se encuentran en América Latina. Éstas son México, São Paulo, Buenos Aires y Río.

El espacio que ocupan las grandes ciudades no siempre coincide con los límites asignados por la administración. Los fijados para los distritos federales hace tiempo que han sido rebasados. El Gran Buenos Aires se extiende sin solución de continuidad por la provincia homónima. El área metropolitana de México ocupa franjas de los estados de México e Hidalgo. Otro tanto ocurre en Caracas. En Perú se opera como si Lima y Callao formaran una sola ciudad. De hecho funcionan de este modo. Entre las ciudades secundarias son ya bastantes también las que configuran áreas metropolitanas con los municipios fabriles o residenciales contiguos. Éste es el caso de Monterrey o Guadalajara en México. Caso particular es el de las ciudades de frontera. En el límite con Estados Unidos varias de ellas de mediano porte se desarrollan al unísono con sus pares norteamericanas. Sumados los habitantes de ambas (un río o un puesto aduanero apenas separan Tijuana de San Diego, Ciudad Juárez de El Paso, Nuevo Laredo de Laredo) se configuran conjuntos notables (Herzog, 1990).

Las grandes aglomeraciones están finalmente prefigurando las megalópolis del futuro. Por la orilla derecha del Paraná y Río de la Plata se escalona una ocupación casi ininterrumpida desde Rosario hasta La Plata. El eje São Paulo-Río de Janeiro deja adivinar otra futura megalópolis. De Valencia a Caracas se perfila una tercera.

El ímpetu reciente ha desfigurado la ciudad latinoamericana. La traza originaria, ampliada en estirones sucesivos, retiene simbólicamente la administración pública y las instituciones financieras. El centro plagado de recuerdos históricos tolera que la piqueta derribe la mansión o el monumento para hacer lugar a edificios de oficinas. Las viejas casonas, subdivididas precariamente, se abren a una población flotante (Hardoy, 1984). El casco antiguo se deteriora, mientras que el comercio, más ágil, se desplaza hacia las nuevas zonas residenciales. En Caracas, Lima o Santiago los negocios se trasladan a Sabana Grande, Miraflores o Providencia. Las residencias lujosas se alejan a su vez

siguiendo arterias radiales, en busca de espacios verdes o de paisajes, como playas o altozanos, calcando pautas anglosajonas. La capa media se instala en torres o en casas unifamiliares machaconamente repetidas en los suburbios. En cuanto a los trabajadores, se agolpan en barriadas de monobloques o, a menudo, en poblados improvisados.

La ciudad en transformación continua presenta un aspecto destartalado. El solar linda con el edificio en torre y los baldíos ciñen a los barrios modernos. En los huecos que la expansión urbana deja, se improvisan cobertizos de la noche a la mañana, que con el tiempo forman barrios. Al llegar, los forasteros encuentran que no caben en los barrios populares de la vieja ciudad y que los monobloques en construcción están comprometidos antes de concluidos. Sin alojamiento ni recursos, sólo les queda improvisar un techo precario con materiales de desecho. Ocupan sin licencia terrenos a orillas de un río, de una vía ferroviaria o un basural, o, si no, trepan con sus ranchos por las escarpas de los cerros más próximos. Todas las ciudades latinoamericanas cuentan con barrios de este tipo que un vocabulario fértil ha bautizado popularmente, según los países o las ciudades, como *favelas, callampas, cantegriles, barriadas, colonias proletarias, cerros o villas miseria.*

Este contraste denota un grave desajuste. Las carencias de vivienda, salubridad y servicios se conocen y han sido recogidas en multitud de informes e incluso en novelas. Segregación por grupos sociales y desigualdad en la riqueza ha habido antes en las ciudades, pero nunca al extremo en que se da ahora en América Latina o en el Tercer Mundo en general. La población que acude a las ciudades no guarda relación con los empleos o facilidades disponibles: supera de lejos la demanda. Urquidi (1969) califica por ende la ciudad latinoamericana de “prematura”.

3. LA EMIGRACIÓN EXTERIOR

A partir de la crisis de 1930, América Latina cesó de recibir inmigrantes. En un principio, la región les cerró las puertas; luego los inmigrantes

dejaron de venir y, por último, el flujo exterior giró en redondo. América Latina expulsa ahora población.

Del decenio de 1930 data una profusa legislación restrictiva. Al aumentar el desempleo debido a la depresión, los gobiernos hicieron lo posible para reservar a sus connacionales los puestos de trabajo disponibles. El cierre definitivo de las fronteras era impracticable: no podía impedirse la reunión de familias ni la admisión del personal calificado necesario. Uruguay suspendió las entradas por un año, en 1932. Una nueva ley de inmigración de 1937 reservó la concesión de permisos, significativamente, al Instituto Nacional del Trabajo. Argentina cerró las puertas a su vez entre 1931 y 1935, aunque en vano; nuevas disposiciones dieron en fin preferencia, en 1940, a los agricultores. Cuba reservó por su parte, en 1933, la mitad de los puestos de trabajo a sus ciudadanos como un modo de frenar la entrada de españoles.

En Brasil, nada menos que la Constitución tomó cartas en el asunto. La de 1934 fijó cuotas por nacionalidad a fin de preservar la combinación étnica legada por la migración masiva. La carta magna restringía las entradas a 2% anual del total de ingresos entre 1883 y 1933, un límite bastante generoso en suma. En números redondos, los admisibles serían 27 000 italianos, 23 000 portugueses, 12 000 españoles, 3 500 japoneses... A los últimos la Constitución los congelaba adrede en un mínimo.

Países poco frecuentados hasta entonces por los migrantes no se quedaron atrás en las restricciones. México, por ejemplo, prohibió en 1936 la entrada de trabajadores y sólo admitió a quienes demostraran poseer medios de vida. En 1938, República Dominicana reservó 70% de los puestos de trabajo a sus nacionales. Chile aprobó por otro lado una política de colonización, pero no de inmigración.

En estas condiciones, vinieron pocos extranjeros. El saldo de entradas y salidas no llegó a ser negativo en Argentina, pero decreció 75% entre 1930 y 1939 con respecto al decenio anterior; en Brasil fue 60% menor. En las nacionalidades más antiguas fue donde el cambio se notó más: los retornos solieron sobrepasar entre ellos a los ingresos. De 1931 a 1935, por ejemplo, 86 213 más españoles regresaron a su país que los que partieron a toda América. Ellos fueron sustituidos en

parte por japoneses y judíos. Los primeros alcanzaron por cierto el punto máximo entre 1935 y 1940, años en que llegaron a constituir nada menos que 30% de los inmigrantes que ingresaron en Brasil. Los judíos buscaron refugio en América ante las persecuciones raciales de Alemania e Italia y las crecientes tensiones de la Europa oriental.

De los refugiados que vinieron a América en esa época, los españoles forman el caudal mayor. En 1939 llegaron a México, República Dominicana y Chile en barcos fletados en Francia por organizaciones de socorro. México acogió en total a unos 40 000 antiguos combatientes de la guerra civil y sus familiares; República Dominicana, a algunos millares, y Chile, a unos centenares. El presidente Cárdenas allanó muy especialmente su entrada y posterior nacionalización. Otros países que no otorgaron las mismas facilidades recibieron menos. A pesar de la mala disposición del gobierno, bastantes refugiados lograron entrar a la larga en Argentina, gracias a la iniciativa particular o por llamado de familiares. Venezuela mostró iguales resquemores políticos, pero terminó por dar asilo preferente a médicos y vascos. En las filas republicanas abundaban los profesionales, técnicos y obreros especializados. Contingente altamente calificado, el republicano hizo un aporte considerable al desarrollo cultural y económico del país huésped (Llorens, 1976).

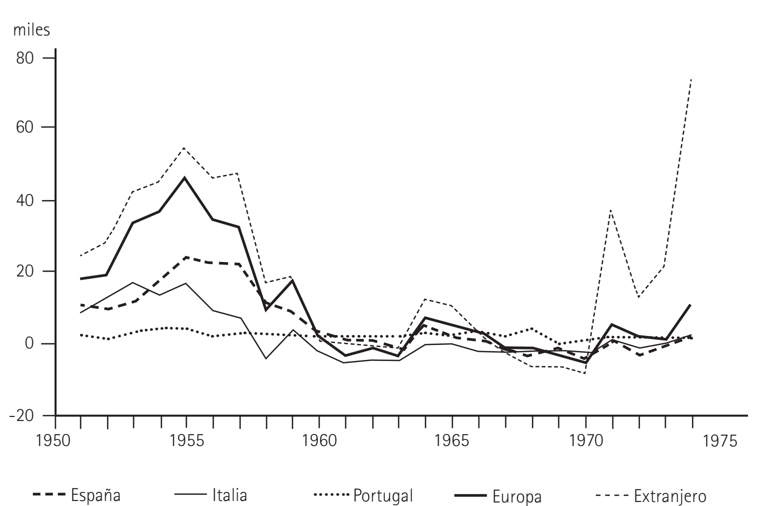
La Segunda Guerra Mundial volvió a privar por un tiempo de inmigrantes a América Latina. Al terminar la contienda, desplazados, refugiados políticos y trabajadores reanudaron el cruce del Atlántico a pesar de la escasez de fletes. Entre los refugiados se contaban nazis alemanes, fascistas italianos y desafectos a las democracias populares de la Europa oriental (Senkman, 1985).

El primer país en convocar a los europeos fue esta vez Venezuela. La insalubridad del trópico, su escaso desarrollo económico y los largos gobiernos autoritarios habían frustrado hasta entonces viejas aspiraciones. A mediados de los años treinta, se abrieron en cambio perspectivas alentadoras. Habiendo abandonado muchos campesinos la tierra por las cuencas petroleras, urgía mano de obra para la agricultura. Las enfermedades endémicas fueron erradicadas. La muerte del dictador Gómez presagiaba una nueva tónica política. Una ley de inmigración de 1936 y el Instituto Técnico de Inmigración y Coloniza-

ción, fundado en 1938, no tuvieron un efecto inmediato por estallar la guerra europea, pero sentaron las bases para el flujo ulterior.

De 1948 a 1959, Venezuela recibió 1.3 millones de extranjeros, la mayoría europeos, varones y adultos. Muchos de ellos se reembarcaron no obstante pronto: el saldo neto arroja tan sólo 360 000 personas, menos de una cuarta parte del total. Según el censo, había en 1961 un extranjero por cada seis venezolanos nativos. El gráfico 8.5 descompone los saldos anuales por procedencias. Entre 1951 y 1974, los italianos vinieron primero a Venezuela, pero también la dejaron antes. Se ha calculado que 40% de ellos regresó a Italia. Los españoles fueron más, siguieron acudiendo más tiempo, pero al final también retornaron. Ambos contingentes parecen haber acudido por imperativo económico y por sí mismos. Los portugueses en cambio, oriundos en gran parte de la isla de Madeira, vinieron menos pero sin interrupción, para reunirse con familiares y amigos, dispuestos a quedarse: sólo 23% de ellos regresó. Esta vez agricultores hubo pocos; la mayoría de los euro-

Gráfico 8.5. Extranjeros a Venezuela. Saldos netos, 1951-1974



Fuente: Yen y Picouet, 1980.

peos terminó en Caracas ocupando puestos calificados y accediendo a estratos relativamente altos (Berglund, 1985).

Otros europeos desembarcaron en naciones que los habían recibido antes. Argentina vio desembarcar 608 000 entre 1947 y 1957, y Brasil, 442 000. La mitad de ellos vino de Italia, una cuarta parte de España y una sexta de Portugal. Los tres países —Venezuela, Argentina y Brasil— acapararon nueve décimas partes del flujo. La mayoría entró en Argentina por Buenos Aires y se fijó allí. En Brasil, seis de cada 10 descendieron del barco en Santos y un tercio en Río. Los nuevos inmigrantes hallaron colonias de residentes y un ambiente cosmopolita acostumbrado a la presencia de forasteros. Su inserción resultaba más fácil que la de sus predecesores, aunque la relación con la vieja colonia fue a veces tensa. Los que se radicaron fueron de cualquier modo pocos.

Las tareas no calificadas que los inmigrantes habían realizado a principios de siglo las cubrían en ese momento gentes venidas del campo. Los nuevos europeos contaban con preparación técnica y algunos hasta traían cierto capital. Mejor informados, se mostraron por ello más volátiles. Hacia Argentina se dirigieron durante los años prósperos de Perón; Brasil los encandiló después del retorno de Vargas; Venezuela, en la época dorada de Pérez Jiménez. Disipada la bonanza y recuperada la economía europea, dieron media vuelta. A comienzos de los años sesenta, el signo de la migración era negativo. El ciclo de posguerra apenas duró tres lustros.

A diferencia de los retornos anteriores provocados por crisis pasajeras, el más reciente respondía a razones duraderas. En los últimos decenios, la economía, la población y los intercambios han experimentado un reordenamiento intenso en todo el mundo. Las naciones desarrolladas de Europa y Norteamérica han concluido su transformación demográfica y su población crece ahora más despacio. En el orden económico no han dejado de acaparar buena parte de la actividad mundial. La demanda de mano de obra crece por lo tanto en ellas, pero no puede satisfacerse desde adentro. Los vecinos, incluso distantes, se hallan listos para proporcionársela. Después de captar a los mediterráneos —italianos, españoles, portugueses, griegos y yugoslavos—, la Europa continental recibe a magrebíes, turcos e incluso a

subsaharianos. Gran Bretaña abrió las puertas a los europeos y a los trabajadores procedentes del Commonwealth. A Norteamérica afluyen en cambio los latinoamericanos, pero también los asiáticos.

Las condiciones que alimentaron la antigua migración han desaparecido. Los brazos han dejado de redundar en Europa, y América Latina ha cesado de necesitarlos, puesto que los trasvases locales los suplen ahora con creces. De los movimientos internos hemos tratado antes; flujos hay además que cruzan las fronteras que separan las naciones latinoamericanas. El gráfico 8.5 ilustra esa sustitución de migrantes de ultramar por otros de países vecinos. Presentes de siempre en Venezuela, los colombianos se descolgaron aquí de golpe en los años de euforia petrolera. Bastantes de ellos cruzaron la frontera para la zafra o para cultivar por su cuenta las tierras vacantes en los estados del suroeste; otros se adentraron hasta Caracas para trabajar en el servicio doméstico, el comercio minorista o en las manufacturas. Entre ellos predominaban las mujeres (Bidegain y Freitez, 1989). Una matrícula tomada en 1981 para regularizar la situación de los extranjeros hizo aflorar 267 000 de ellos sin papeles, tal vez no todos ellos. De esta cantidad, 92% resultaron ser colombianos (Van Roy, 1983). La matrícula fue efectuada en la cresta de la oleada colombiana. A partir de entonces han cruzado a Venezuela menos e incluso se han producido retornos.

La matrícula de extranjeros de 1981 confirmó además la presencia en Venezuela de chilenos, ecuatorianos, peruanos, dominicanos, argentinos…, en ocupaciones a menudo calificadas y en estratos medios (Berglund y Hernández Calimán, 1985). Entre ellos se encuentran, igual que en México, bastantes refugiados de las dictaduras militares de los años setenta. Al restablecerse la democracia, ha ocurrido por cierto un regreso parcial de los exiliados (Lattes y Oteiza, 1986; Fortuna *et al.,* 1988).

Los vecinos penetran en Argentina por varias fronteras, no por una como en Venezuela. El censo de 1970 halló 590 000 ciudadanos de naciones limítrofes. Un 40% eran paraguayos, de los cuales más de la mitad vivía en Buenos Aires y los restantes frente a su país. Los chilenos se localizaban en las provincias patagónicas y andinas. Les seguían los

bolivianos, repartidos entre el noroeste y Buenos Aires. Los uruguayos residían, estuario de por medio, en Buenos Aires y, finalmente, los brasileños en Misiones. Casi la mitad de todos ellos convergía en el Gran Buenos Aires (Carrón, 1980; Marco, 1986; Lattes, 1990).

Países como República Dominicana, de menor grado de desarrollo, son no obstante también demandantes. La mayoría de los inmigrantes son haitianos. Una infiltración en los años treinta terminó en la matanza de Dajabón y su expulsión del territorio dominicano. Los ingenios azucareros dominicanos no pudieron sin embargo prescindir de esta mano de obra, poco calificada pero barata. Desde 1966 convenios intergubernamentales regulan el ingreso anual de unos 15 000 haitianos para la zafra (Moya Pons, 1986). Aunque estacional, el movimiento deja en el país un residuo pequeño, al que se añaden otros entrados clandestinamente. En total, los haitianos representan 3% de la población dominicana (IEPD-Celade, 1988).

Dos densidades muy dispares —120 habitantes por kilómetro cuadrado en El Salvador contra 20 en la Honduras contigua— clamaban por un ajuste. Faltos de tierras, agricultores salvadoreños ocuparon suelos vacantes en Honduras a lo largo de la frontera común y llegaron a constituir casi una décima parte de la población de este país. El huésped los recibió con inevitable aprensión. Entre los vecinos las tensiones subieron al punto que un pretexto trivial desencadenó un conflicto armado entre ellos, en 1969. Pocas veces los motivos demográficos de una guerra han sido tan palmarios. Al terminar ésta, los salvadoreños fueron expulsados, quedándoles vedado el acceso a Honduras (Vieytez, 1969). México tomó el relevo: en 1986, se estima que 120 000 salvadoreños residían allí.

Las guerras civiles y la represión han expatriado recientemente a centenares de miles de centroamericanos (Zolberg *et al.*, 1989; Ferris, 1987; Aguayo, 1985). Las campañas contrainsurgentes han obligado a unos 40 000 guatemaltecos a buscar refugio en México. La mayoría son indígenas mayas y se reparten en campamentos precarios a lo largo de la frontera. El gobierno mexicano ha conseguido trasladar a la mitad de ellos de Chiapas a colonias más seguras situadas en Campeche y Quintana Roo (Aguayo *et al.*, 1987). Otros han preferido engan-

charse en las plantaciones de Soconusco. Los guatemaltecos han buscado también asilo en Honduras, Belice y Costa Rica.

Huyendo de la guerra civil, los salvadoreños han vuelto a entrar por millares en Honduras, donde se los retiene esta vez en campamentos. Honduras ha dado en cambio mejor trato a unos 80 000 combatientes y civiles de la *contra* nicaragüense. El cambio de gobierno en Nicaragua ha permitido su repatriación al cabo de 10 años. Único país exento de violencia, Costa Rica se ha convertido en punto obligado de asilo. En ella se codean más de un centenar de miles de centroamericanos de todas las opiniones.

Los pocos latinoamericanos que migraron fuera de la región antes fueron sobre todo los exiliados, los puertorriqueños trasladados a Hawái y los antiguos esclavos brasileños o cubanos que regresaron a África. Entre los refugiados políticos de México y del Caribe sólo los cubanos formaron colonias permanentes en Estados Unidos (Álvarez Estévez, 1986). Ingrato episodio pero breve fue el envío de braceros de Puerto Rico a Hawái a comienzo de la ocupación norteamericana (Sénior, 1947). El retorno al continente negro respondió más que nada a un impulso sentimental, que puso un toque brasileño en rincones del golfo de Guinea (Verger, 1968). El gobierno español trasladó también a algunos negros emancipados de Cuba a su colonia africana de Fernando Poo (Granda, 1984).

Mexicanos de lengua y sangre habitaban ambos lados de la frontera con Estados Unidos de antigua data. Quienes cruzaron el río Bravo a fines del siglo pasado se desplazaron pues en un ámbito familiar. La disolución de los ejidos, la construcción ferroviaria y el desarrollo minero e industrial impulsados por Porfirio Díaz llevaron entonces al norte de México a una masa flotante (González Navarro, 1974). Una vez allí, su fuerza de trabajo fue requerida del otro lado de la frontera. Los regadíos, los ferrocarriles y la minería del suroeste y oeste de Estados Unidos pagaban salarios más altos que en México. La migración, interna en una primera fase, se prolongó luego hacia afuera. En 1910 moraban ya unos 222 000 mexicanos en Texas, California, Arizona y Nuevo México (Corwin, 1978).

La Revolución acentuó la movilidad de la gente rompiendo lazos de subordinación y sembrando la inseguridad. Tropas derrotadas buscaron

incluso refugio al norte del río Bravo. Con la entrada de Estados Unidos en la guerra europea en 1917, la emigración se disparó. La agricultura e incluso la industria del país vecino necesitaron de los mexicanos. En cuatro años, de 1918 a 1921, 192 000 de ellos cruzaron rumbo al norte (Cardoso, 1980). Los censados en Estados Unidos duplicaron así, en 1920, a los de un decenio antes. A ellos se sumaban unos 275 000 nacidos allí.

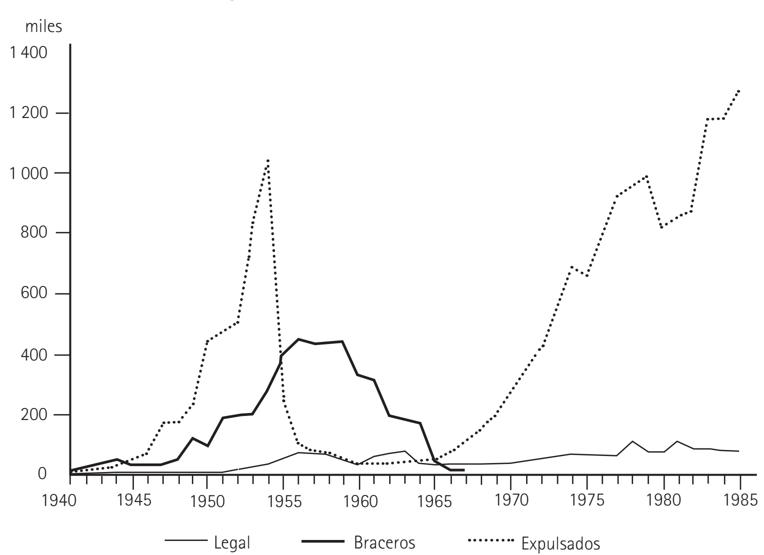
La tranquilidad tardó en volver, en particular debido a la guerra cristera, y las salidas siguieron manando. Por otra parte, empleadores norteamericanos y trabajadores mexicanos habían aprendido a contar unos con otros. Los primeros apelaron a enganchadores para contratar braceros. Las denuncias del maltrato que recibían no desanimaron a sus compatriotas a acudir, al menos temporalmente. Idas y vueltas abundaron, gozando de una fluidez que desaparecería más adelante. A pesar de los retornos, los mexicanos asentados en Estados Unidos sumaron 640 000 en 1930, más 810 000 de segunda generación. Su presencia se extendía esta vez más allá de los estados fronterizos y penetraba hasta el cinturón industrial de Chicago. La crisis de 1930 cerró esta etapa. Entre 1929 y 1933, 400 000 personas fueron repatriadas oficialmente a México (Hoffman, 1974). La depresión norteamericana más la reforma agraria de Cárdenas pusieron por casi un decenio un dique a la emigración.

Una nueva guerra mundial (la Segunda) reabrió las compuertas y un gran caudal irrumpió una vez más en Estados Unidos. Un programa con sanción gubernamental permitió en 1942 que se establecieran centros de reclutamiento de braceros en el interior de México. Concebido como un expediente temporal, no pudo empero suspenderse al final de la guerra. La mano de obra escaseaba entonces al norte, mientras que en México abundaba. Por mutua conveniencia, el acuerdo fue pues renovado periódicamente hasta 1964. Más de seis millones de braceros entraron y salieron con este programa. Antes de expirar, quedó demostrado que el acuerdo había sido rebasado por los acontecimientos. Los indocumentados empezaban a proliferar.

El gráfico 8.6 recoge las variaciones de la migración de 1940 a 1984, según datos norteamericanos. Tres mediciones no sumables in-

tentan dar cuenta de un fenómeno esquivo. Las entradas legales suben hasta el medio centenar de miles anuales en 1955 y se mantienen en ese nivel, con oscilaciones, hasta el presente. Este flujo engrosa el bloque de residentes permanentes y refleja la política de admisiones seguida por las autoridades norteamericanas. Los braceros reclutados representan por su parte ingresos también oficiales, pero temporales. Del grupo, una parte indeterminada consiguió regularizar su situación y permanecer en el país. El ingreso de ilegales no consta en fin documentalmente, salvo cuando son prendidos. La última serie del gráfico registra precisamente deportaciones de "espaldas mojadas" o "alambristas", términos que varían según por donde tenga lugar el cruce clandestino. Antes de burlar a los agentes de inmigración, algunos individuos son expulsados varias veces (Cross y Sandos, 1981). Los intentos superan ampliamente los éxitos, pero no sabemos en qué proporción, ni si ésta se mantiene constante. Las deportaciones sobrepasan el millón anual después de 1983. El aumento de las deportaciones hace

Gráfico 8.6. Migración mexicana a Estados Unidos, 1940-1985



Fuente: García y Griego y Verea, 1988.

sospechar que, más que una eficacia mayor del servicio, prueba la presión que bulle en la frontera.

La estimación del número de indocumentados que se hallan en Estados Unidos varía del medio millón, por lo bajo, a seis millones, por lo alto. Discrepancias tan extremas denuncian la precariedad de los datos barajados y afectan naturalmente el cálculo de cuántos mexicanos viven en el territorio de la Unión. En 1989, se estima que había 12.6 millones, incluidos indocumentados y las generaciones de chícanos nacidas en el país, el equivalente pues a 5% del total (Piñal y De Navas, 1990). Uno de cada 20 habitantes de Estados Unidos es hoy, según esto, de origen mexicano. Esta población se encuentra repartida principalmente entre California, Texas e Illinois y, en grado menor, en cualquier parte del país. Las cuantiosas remesas que México recibe cada año confirman de un modo indirecto la importancia numérica de esta migración (Díez-Canedo, 1981). La riada del medio siglo último tiene que ver muy directamente con la explosión demográfica. El flujo no parece que haya de remitir, por más leyes y agentes que se opongan, hasta que la explosión no ceda y las disparidades económicas entre ambos países no se equilibren.

Los puertorriqueños fueron los segundos en emigrar hacia el norte. El mar separa en este caso origen y destino: la isla, de Nueva York. Segunda diferencia con el caso anterior: los puertorriqueños, en tanto que ciudadanos norteamericanos, fueron admitidos sin restricciones. Estadística propiamente de migración no existe; tan sólo un registro general de pasajeros. El saldo de entradas y salidas en Puerto Rico, desfavorable la mayor parte de los años, evidencia una merma prolongada de población. El gráfico 8.7 informa de este movimiento con signos invertidos a los usados habitualmente. El movimiento se mide aquí a partir del país receptor: los signos positivos indican entradas en Estados Unidos; los negativos, ingresos en Puerto Rico.

Los puertorriqueños empezaron a emigrar en los años veinte, pero la crisis de 1930 devolvió bastantes a la isla. Su salida masiva no se desencadenó sino hasta 1944, en plena guerra mundial. Este flujo estuvo compuesto, igual que el de los mexicanos que ingresaron a la sazón, por campesinos desplazados u obreros poco calificados. En 1953 cul-

Gráfico 8.7. Emigración de Puerto Rico a Estados Unidos, 1940-1986

Saldo neto (miles)

80
60
40
20
0
-20
-40

1940 1945 1950 1955 1960 1965 1970 1975 1980 1985

Fuente: Junta de Planificación de Puerto Rico.

minó esta fase cuando fueron 74 000 más las salidas que las entradas en la isla. A partir de 1969, los retornos empezaron a cobrar importancia y a contrabalancear las salidas, dando lugar a un movimiento de rotación o de "puerta giratoria", como se lo ha llamado. Es más, los regresos llegaron a ser más que las salidas en buena parte del decenio de los años setenta. Entonces volvieron no sólo los nacidos en Puerto Rico, sino, con ellos, la prole engendrada afuera. En 1970, la isla había incorporado ya a unos 100 000 de ellos. Puerto Rico alberga además a extranjeros, norteamericanos y latinoamericanos. De los isleños que emigran son cada vez menos los campesinos y más los trabajadores de las industrias o de los servicios (Vázquez Calzada, 1988).

Los censos dan cuenta, cada 10 años, del número de boricuas que residen en Norteamérica. En 1940 se censaron unos 100 000 aquí; 10 años después, 226 000, más unos 70 000 niños nacidos en el continente; en 1960, unos 600 000, con un agregado de 300 000; en 1970 fueron millón y medio, y en 1980 dos millones, sumados los puertorriqueños de nacimiento y ascendencia. En 1989 se estima que han llega-

do a ser 2.3 millones, tantos como las dos terceras partes de cuantos viven en la isla. Al principio de la emigración, el tamaño del contingente boricua residente en Estados Unidos casi se triplicó cada decenio; en la etapa de "puerta giratoria", el grupo crece más lento. La mayoría de los puertorriqueños se ha establecido en Nueva York. El área metropolitana de la ciudad contaba en 1970 con más de un millón de habitantes de ese origen. Se encuentran asimismo en el resto de Estados Unidos, con concentraciones secundarias en Chicago, Filadelfia y Miami (Maldonado-Denis, 1976).

Del Caribe han salido otras corrientes importantes. Cubanos expatriados hubo en Florida y Luisiana desde el siglo pasado, pero la revolución castrista multiplicó su número en los últimos 30 años. Tres son las fases por las que ha pasado este flujo reciente. Al triunfar Fidel Castro, unas 200 000 personas, la mayoría de la clase media, abandonaron la isla en el acto. Tras la frustrada invasión de Bahía Cochinos en 1962, el bloqueo norteamericano interrumpió la comunicación directa con Estados Unidos. La emigración prosiguió en menor escala vía México y Madrid. De 1966 a 1971 se reanudaron las salidas a razón de unas 50 000 anuales. Al cabo de un decenio de nueva parálisis, las restricciones se levantaron por unas semanas en 1980: desde el puerto de Mariel llegaron a Florida en ligeras embarcaciones unos 125 000 disidentes, entre los que se mezclaron presos comunes y enfermos mentales (Luzón, 1987). Aparte del componente político en las últimas salidas, esta oleada encierra motivaciones demográficas y laborales: la generación del *baby boom* posterior a la revolución llega a una edad activa sin que se hayan creado más empleos (Díaz Briquets, 1983). La mayor parte de los exiliados, incluidos quienes salieron por México o Madrid, residen ahora en Estados Unidos: en 1989 se estima que habían sobrepasado el millón. Abundan entre ellos los profesionales, hombres de negocios y personal calificado, a diferencia de lo que ocurre en otras comunidades hispanas.

Dominicanos y haitianos convergen asimismo hacia Estados Unidos. Los primeros forman un grupo bastante abierto en el que predominan las mujeres y los trabajadores calificados o miembros de una clase media urbana baja, que aceptan desempeñar ocupaciones infe-

riores a las que ocupaban en su país, pero mejor remuneradas. Sus remesas mantienen viva su aspiración al retorno y benefician la balanza de pagos dominicana. El censo de Estados Unidos de 1980 individualizó 169 000 dominicanos ubicados principalmente en Nueva York (Castillo y Mitchell, 1987). Las persecuciones políticas primero, más una pobreza creciente, empujan a su vez a los haitianos a emigrar. Lo hacen a República Dominicana en las condiciones mencionadas, así como a Estados Unidos, Canadá o Francia. Con gran riesgo se aventuran en pequeñas embarcaciones rumbo a Florida o las Bahamas, islas que sirven a menudo de trampolín (Marshall, 1979). De ser detectados, son devueltos a su país; si tienen suerte, entran a formar parte de la población clandestina. Se estima que entre 300 000 y 400 000 haitianos residen en Estados Unidos (Zolberg *et al.,* 1989).

Además de los mexicanos, puertorriqueños, cubanos y dominicanos, Estados Unidos cuenta, en 1989, con 2.5 millones de hispanos procedentes de América del Sur y Central. A la antigua emigración profesional sudamericana se agregaron luego exiliados políticos y cientos de miles de personas de extracción en buena parte urbana y nivel medio. Pocos colombianos, ecuatorianos y peruanos han levantado cosechas, sino que han hallado ocupación en la industria o los servicios. De otra parte, un país aún receptor como Argentina es a la vez expulsor hacia Estados Unidos: trueca profesionales por mano de obra sin calificar (Marshall, 1988). Los desplazados y refugiados de Centroamérica constituyen un caso aparte. Su flujo es tan grande que ocupan el primer renglón desde 1980. Guerra civil y represión han empujado hacia unos Estados Unidos mal dispuestos hacia ellos a más de medio millón de salvadoreños (casi una décima parte de la población del país), a unos 150 000 guatemaltecos y a un centenar de miles de nicaragüenses (Zolberg *et al*., 1989).

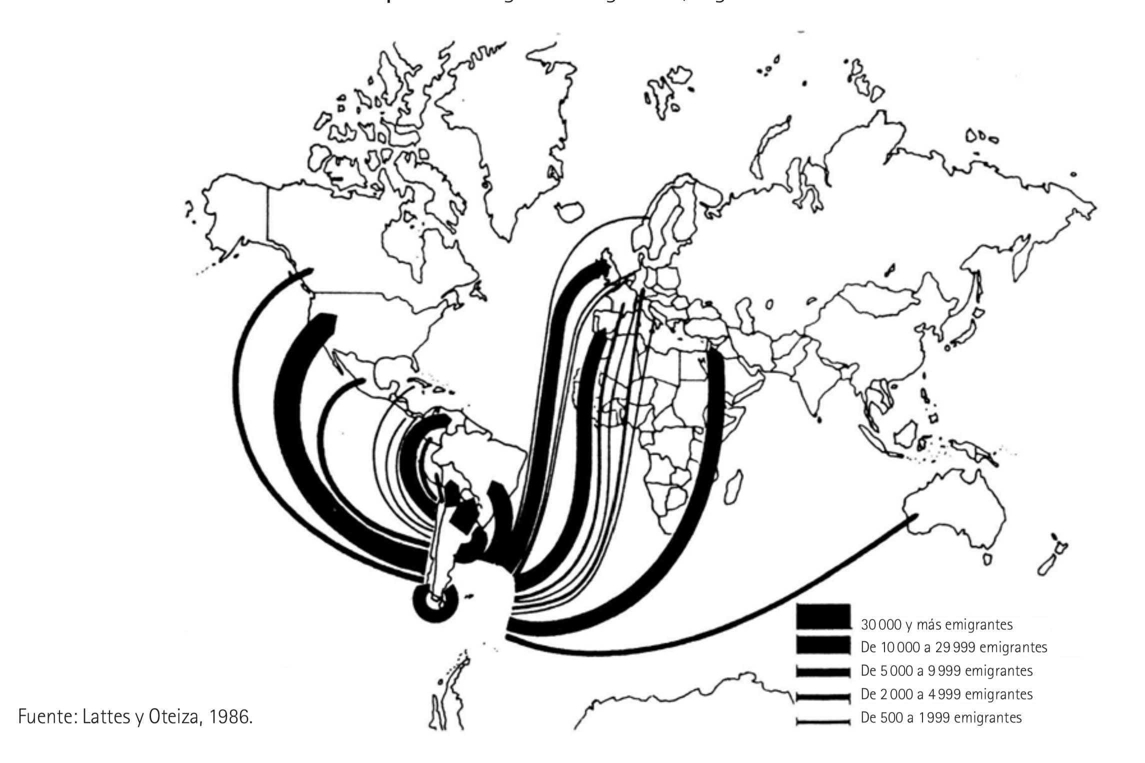
En resumen, los hispanos constituyen el grupo étnico en mayor expansión en Estados Unidos después de los asiáticos, muy inferiores a ellos en número. Los hispanos ascienden a 20 millones, de los cuales un tercio reside en California, 22% en Texas, una décima parte en Nueva York y cerca de 8% en Florida. El estado donde la población hispana es mayor en proporción es Nuevo México. En él, 37% luce esa

ascendencia (Piñal y De Navas, 1990). Resultante de la explosión demográfica, las persecuciones políticas y el marcado contraste que existe en niveles de ocupación y vida entre el norte y el sur del continente, la migración latinoamericana lleva medio siglo convergiendo en Estados Unidos. En resumen, los mexicanos han estado entrando con altibajos, pero sin cesar. Los demás latinoamericanos se han sucedido en cambio en el protagonismo. En el decenio de 1950 se destacaron los puertorriqueños; en el siguiente, los cubanos y sudamericanos; el desborde se generalizó luego (Massey y Schnabel, 1983). Los centroamericanos sobresalen en fin en el último decenio. La latinoamericana representa ahora alrededor de la mitad de la inmigración legal a Estados Unidos.

Los latinoamericanos han cruzado también el mar, aunque menos, con destino a Europa, Australia y el Oriente Medio. A título de ejemplo, el mapa 8.5 describe la dispersión de los argentinos por el mundo en 1980, según datos extraídos de los censos nacionales. La diáspora de un viejo país de inmigración alcanza en este caso gran amplitud. Los descendientes de españoles e italianos, de segunda o tercera generación, regresan de este modo a la tierra de sus antepasados. En Europa, España cuenta con la colonia de latinoamericanos más numerosa: un centenar de miles, amén de los indocumentados o las omisiones por nacionalización o por haber entrado con pasaporte español, residen en este país. Los judíos latinoamericanos se trasladan en cambio a Israel. De la gran emigración uruguaya, que en un solo año (1974) equivalió nada menos que a una punción de 2.5% de la población del país, una parte importante se ha dirigido a Australia (Wonsever, 1985). Allí coincide con argentinos y peruanos. Desde 1984, Australia admite además un cupo anual de refugiados centroamericanos (Universidad para la Paz, 1987). Miles de jóvenes cubanos fueron por otra parte enviados a trabajar a los países de Europa oriental y a la antigua Unión Soviética (Díaz-Briquets, 1983).

La emigración latinoamericana laboral o política se compone en buena parte de profesionales o técnicos. Estados Unidos ha sido el principal beneficiario de la sangría. Entre 1961 y 1975 ha admitido 80 000 profesionales o técnicos, de los cuales más de la mitad tenían

Mapa 8.5. Emigración argentina, según censos de 1980



Fuente: Lattes y Oteiza, 1986.

titulación superior: médicos, ingenieros, investigadores y enseñantes. Aparte de Cuba, donde el éxodo profesional tuvo un cariz eminentemente político, los países que sufrieron más la "fuga de cerebros" fueron, por orden de mayor a menor, México, Argentina, Colombia, República Dominicana, Brasil y Ecuador (Torrado, 1980). Esta migración calificada se ha dirigido también a Europa. El éxodo no resta sólo brazos, sino que priva a América Latina de sus "talentos", recurso imprescindible para su desarrollo.

9
EL AÑO 2025

Ediciones anteriores de esta obra concluían con una prospección hasta el año 2000, cargado de simbolismo y en el que se suma el número redondo y la fascinación que despierta el cambio de milenio. Los años han pasado y aquel horizonte ha dejado de parecer remoto. La nebulosa se esfuma ante nuestros ojos, pues falta poco para alcanzar el año mágico. La mayoría de los actuales latinoamericanos seguirán entonces vivos y en plena actividad reproductora. Una extrapolación a un mediano plazo nos lleva ahora por lo menos hasta el año 2025.

Confiado en el poder de su ciencia, al hombre contemporáneo no le arredra el cruce del milenio como a sus antepasados de hace 10 siglos. El porvenir parece previsible siempre que los comportamientos demográficos mantengan su inercia actual y no ocurran guerras, cataclismos tecnológicos o ecológicos u otros hechos aleatorios que tuerzan su rumbo. El cuadro 9.1 recoge las proyecciones para el año 2025 elaboradas por el Celade, por países y para el conjunto de América Latina. Las estimaciones se basan en la trayectoria presumible de la natalidad y de la mortalidad (o sus expresiones más elaboradas: fertilidad y esperanza de vida), así como de la distribución de la población por edades y de las migraciones internacionales esperadas. El cuadro recoge los valores proyectados para cada una de estas variables. El grupo de jóvenes de entre 0 y 14 años sugiere la composición por edades; las migraciones quedan en cambio implícitas.

De cumplirse estas previsiones, América Latina alcanzará a tener, en el año 2025, 777 millones de habitantes, o sea, más del doble de los actuales. En ese año, la explosión demográfica contemporánea, en una fase terminal, aparecerá, por otra parte, como habiendo significado

Cuadro 9.1. América Latina en el año 2025. Proyecciones demográficas

	Población (millones)	*Natal.*	*Mortal.*	*Crec.*	*Esperanza de vida*	*Tasas de fecundidad*	*Porcentaje 0-14 años*
América Central continental							
México	154.1	17.7	6.4	11.3*	73.2	1.1	24.8
Guatemala	21.7	24.0	5.7	18.3	72.2	1.4	31.7
El Salvador	15.0	22.9	5.2	17.7	73.1	1.3	30.8
Honduras	13.3	25.8	4.9	20.9	72.2	1.5	34.1
Nicaragua	9.2	22.9	5.1	17.8	72.6	1.2	31.1
Costa Rica	5.1	17.0	6.4	10.6	75.2	1.1	24.5
Panamá	3.8	16.1	7.1	9.0*	74.3	1.0	23.2
Subtotal	**222.2**	**19.3**	**6.9**	**12.4**	**73.1**	**1.2**	**26.7**
Caribe							
Cuba	13.6	13.9	9.9	4.0	75.1	1.0	20.2
Puerto Rico	6.5	13.8	8.9	4.9	75.7	1.0	20.0
Rep. Dominicana	12.2	18.2	6.5	11.7	72.5	1.1	25.7
Haití	18.3	28.9	6.5	22.4*	66.0	1.6	37.2
Subtotal	**50.6**	**20.3**	**7.7**	**12.6**	**71.3**	**1.2**	**25.1**
América del Sur tropical							
Brasil	245.8	17.6	7.6	10.0	72.1	1.1	24.6
Colombia	51.7	17.7	7.5	10.2*	71.4	1.1	24.9
Perú	41.0	18.2	6.4	11.8	72.0	1.0	25.2
Venezuela	42.8	20.0	5.7	14.3*	73.9	1.2	27.7
Ecuador	25.7	25.6	5.4	20.2*	71.5	1.5	32.9
Bolivia	18.3	28.5	6.2	22.3*	67.2	1.6	36.7
Subtotal	**425.3**	**18.9**	**7.1**	**11.8**	**71.9**	**1.1**	**26.0**
América del Sur templada							
Argentina	47.4	16.6	8.6	8.0	74.0	1.1	23.9
Chile	18.8	16.2	9.3	6.9*	71.9	1.0	23.1
Uruguay	3.9	15.4	10.2	5.2*	73.4	1.0	21.1
Paraguay	8.5	21.1	6.0	15.1	71.7	1.2	28.9
Subtotal	**78.6**	**16.9**	**8.6**	**8.3**	**73.2**	**1.1**	**21.3**
Total de América Latina	**776.7**	**18.9**	**7.2**	**11.7**	**72.3**	**1.1**	**25.7**

Nota: Las tasas de natalidad, mortalidad, crecimiento, esperanza de vida y fecundidad corresponden al quinquenio 2020-2025.
*Prevé movimientos migratorios.
Fuente: *Boletín Demográfico*, núm. 32, 1982.

una multiplicación por seis, en menos de un siglo, de la población de la región. Brasil contará entonces, por sí sólo, con 246 millones, tantos como América Latina hacia 1965 o poco menos de los que tiene en la actualidad Estados Unidos. En número de habitantes, Brasil constituirá en ese momento un bloque formidable. México contará por su lado con 154 millones, o sea, los que tenía América Latina hacia 1945. Los conjuntos de Centroamérica o el Caribe e, individualmente, naciones tales como Argentina, Colombia, Venezuela y Perú tendrán cada cual en torno al medio centenar de millones, tantos, por cierto, como España. El español será hablado entonces por unos 531 millones de los 777 millones de latinoamericanos previstos. Este medio millar de millones representa casi 10 veces más que los habitantes del país en que nació el idioma.

La natalidad media se estima que será de unos 19 nacimientos por cada mil habitantes, es decir, la mitad de la tasa bruta de medio siglo atrás. Aunque el descenso de la natalidad se haya iniciado antes, es en el primer cuarto del próximo siglo cuando se espera que se reduzca más rápido. Por grandes grupos, Haití y Bolivia, los países que han iniciado últimos la transición demográfica, seguirán exhibiendo las tasas más altas de la región. La generalidad se alineará en cambio dentro de una banda cinco puntos por encima o por debajo del promedio, con la excepción de Guatemala, Honduras y Ecuador, que sobrepasarán su límite superior. Una buena parte, representada por los muchos habitantes de México, Brasil, Colombia y Argentina, contará con tasas claramente por debajo del promedio. Cuba y Puerto Rico lucirán por su parte los registros de natalidad más ventajosos. La fecundidad habrá descendido igualmente y ganado en homogeneidad. Si la diferencia en este punto, entre Cuba y Haití, era de 380% 60 años antes, en el año 2025 será de 60%, una distancia considerable todavía, pero claro acercamiento de posiciones extremas. En términos generales, se prevé que el índice medio sea una cuarta parte del que la región ha de tener al comienzo del siglo XXI. Para lograrlo, las mujeres latinoamericanas habrán de cambiar a fondo su estilo de vida.

En el año 2025, la tasa de mortalidad será baja, pero no representará un adelanto notable. En el nivel actual, los avances no pueden dar lugar a zancadas. Un descenso de la letalidad, de 8.9 a 7.2%, representa

una corta mejoría para el largo tiempo que deberá transcurrir entre 1975-1980 y el año 2025, o en comparación con los cambios presenciados a mediados del siglo XX. En Cuba y Puerto Rico, la tasa de mortalidad repuntará incluso, no por deterioro de las condiciones sanitarias, sino al modificarse la composición por edades de la población. Las esperanzas de vida confirman a su modo la lentitud de los cambios a experimentar. Los latinoamericanos apenas ganarán un año más de vida en el primer cuarto del siglo XXI. Los extremos entre países se habrán al menos limado. Si los habitantes de Puerto Rico vivieron 26.5 años más que los del vecino Haití 60 años antes, en el año 2025 los sobrepasarán sólo por diez.

El crecimiento natural previsto en función de estos comportamientos será moderado. Una distancia corta separará la natalidad de la mortalidad. La gran deflagración del siglo XX habrá remitido. Algunos países, como los centroamericanos, los andinos y Paraguay, continuarán creciendo rápido de todos modos, pero mucho menos de la mitad de su velocidad actual. Haití seguirá siendo la excepción; el crecimiento de su población apenas habrá disminuido en comparación con el de principios de siglo. Entre los países de menor crecimiento se encontrarán Cuba, Puerto Rico y Uruguay, por efecto de una baja natalidad y una mortalidad superior al promedio latinoamericano.

Las migraciones internacionales no dejarán de afectar el crecimiento. Entradas en masa no parece que vayan a darse; salidas sí. La actual emigración hacia el norte y, en menor escala, hacia otros continentes no es verosímil que se detenga de aquí al año 2025. Proyectar el comportamiento de esta variable resulta sin embargo harto azaroso. A diferencia de la muerte o de la reproducción que suceden inexorablemente y cuyos comportamientos se modifican en forma gradual, la migración, si ocurre, puede experimentar grandes altibajos. Manipulaciones legales o de otro tipo pueden imprimirle giros bruscos. La incapacidad de Estados Unidos para impedir el flujo de latinoamericanos a su país es quizá el mejor fundamento con que contamos para suponer que la emigración ha de durar y que por lo tanto debe ser incluida. Quienes proyectaron las tendencias han tomado en cuenta la emigración. Nada sorprendería que se hubieran quedado cortos.

Una cuarta parte de la población tendrá en el año 2025 de 15 años para abajo. América Latina habrá perdido ese tono juvenil que le caracteriza ahora. Patios, plazas, calles y escuelas serán irreconocibles entonces para los que recuerden su infancia. Menos niños, más personas maduras o ancianas. Haití, Bolivia o los países afines en este punto seguirán teniendo más niños que el resto, alrededor de un tercio de su población.

De acuerdo con estos pronósticos, pesarán entonces menos los obstáculos de orden demográfico que ahora frenan el desarrollo latinoamericano. El futuro de la región resulta esperanzador desde este aspecto. La explosión demográfica habrá supuesto además una profunda redistribución de la población. El vuelco favorecerá por un lado a la América Central y la del Sur tropical a expensas de la templada y del Caribe. En 2025, la Central será la región que más habrá crecido en términos relativos. De albergar 23% del conjunto en 1940 contará con casi 29%. La América del Sur tropical, la más poblada, aumentará por su parte de 52 a 55%. En contrapartida, el peso relativo de la América del Sur templada se habrá contraído de 19 a 10%, y el del Caribe se reducirá de 9 a 7%. La nueva distribución representa en cierta medida una vuelta a la vertebración demográfica precolombina a lo largo de norte a sur del eje occidental del continente.

Esa América Latina del futuro será también una región altamente urbanizada. Incluso habrá alcanzado un grado superior (84.3%) al de Europa (79.5%), Norteamérica (77.3%) o el área de la antigua Unión Soviética (74.1%). Su tasa de crecimiento urbano, significativamente recortada (del orden de 0.3% anual), será con todo superior a la de estas regiones. En este punto, América Latina se alineará entonces con el mundo desarrollado; se hallará en cambio a distancia de África (que ostentará un grado de urbanización de 55.3% y una tasa de 1.2%) y de Asia (52.9 y 1.4%, respectivamente). La sociedad rural de la región se hallará incluso culturalmente urbanizada.

Aunque el crecimiento previsible de sus grandes ciudades sea más lento de ahora en adelante, cuatro de las 10 urbes mayores del mundo seguirán entonces situadas en América Latina. México se mantendrá a la cabeza de todas. Se supone que contará con 30 millones de habitantes.

São Paulo reunirá 18 millones y Río de Janeiro con sus 14 millones habrá superado a Buenos Aires (12 millones), que hoy ocupa el tercer lugar.

Asia (4 535 millones) y África (1 617 millones) sobrepasarán a América Latina en población en el año 2025. Ésta se hallará en cambio más poblada que Europa (524 millones), el bloque de naciones euroasiáticas (368 millones) y Norteamérica (345 millones). Por primera vez en la historia, a partir más o menos del año 1995, América Latina contará con más habitantes que Europa. A Norteamérica y a la antigua Unión Soviética las dejó por cierto atrás a mediados del siglo XX. Las nuevas dimensiones de América Latina no podrán por menos que reflejarse en las relaciones geopolíticas y económicas de la región con el resto del mundo.

En suma, de aquí al año 2025 la inercia acumulada seguirá impulsando un rápido crecimiento. Por constituir una capa muy numerosa, las mujeres en edad reproductiva darán a luz muchos hijos pero cada mujer tendrá menos que sus abuelas. La muerte habrá sido relegada a la edad avanzada. Sus principales víctimas no se contarán como antaño entre los párvulos. El óbito se habrá convertido en el desenlace natural de una población envejecida, sujeta a enfermedades degenerativas. La cabeza del hongo formado por un crecimiento demográfico explosivo habrá dejado de ensancharse. La transición demográfica habrá concluido, al menos en la mayoría de las naciones. Que este ciclo se cierre o esté por concluir en 2025 concede una significación especial al siglo XX. Este siglo será recordado en la historia de la población latinoamericana como el de la mutación de su comportamiento vital y el de un crecimiento extraordinariamente veloz. Esa mutación sólo se da una vez en la historia.

Los augurios no es seguro que se cumplan. Aunque las proyecciones parezcan razonables, los imprevistos no quedan excluidos. Los latinoamericanos son quienes en definitiva han de forjar su porvenir imponiendo que los plazos se acorten o se prolonguen, o que las tendencias mantengan el curso previsto o se desvíen de él. De sus decisiones, en gran medida personales, dependerá que el recorrido futuro sea accidentado o terso.

BIBLIOGRAFÍA

Celade	*Centro Latinoamericano de Demografía,* Santiago de Chile
DyE	*Demografía y Economía,* México
EML	*Estudios Migratorios Latinoamericanos,* Buenos Aires
HAHR	*The Hispanic American Historical Review*
HM	*Historia Mexicana,* México
IMR	*International Migration Review,* Nueva York
JBLA	*Jahrbuch fur Geschichte von Staat. Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*
MMFQ	*Milbank Memorial Fund Quarterly,* Nueva York
ONU	Organización de las Naciones Unidas, División de Población, Nueva York
RI	*Revista de Indias,* Madrid

Acosta León, M., y J.E, Hardoy, 1972: "La urbanización en Cuba", *DyE*, 16: 41-67.

Acosta Rodríguez, A., 1979: *La población de Luisiana española* (1763-1803), Madrid.

Adams, R.N., 1965: *Migraciones internas en Guatemala. Expansión agraria de los indígenas kekchíes hacia El Petén,* Guatemala.

Aguayo, S., 1985: *El éxodo centroamericano. Consecuencias de un conflicto,* México.

—— *et al.*, 1987: *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo. Condiciones sociales y culturales,* México.

Aguirre, J.Q. 1974: "Evolución de la nupcialidad en México, 1906-1970", *DyE*, 22: 34-49.

Aguirre Beltrán, G., 1972: *La población negra de México,* 1519-1810, 2a. ed., México.

Alba, F., 1979: *La población de México: evolución y dilemas,* México.

——y J.E. Potter, 1986: "Population and development in México since 1940: An interpretation", *Population and Development Review,* 12(1): 47-75.

Alcedo, A. de (1786-1789), 1966: *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América*, 5 vols., Madrid.

Alden, D., 1963: "The population of Brazil in the late eighteenth century: A preliminary study", HAHR, 43(2): 173-205.

——y J.C. Miller, 1987: "Out of Africa: The slave trade and the transmission of smallpox to Brazil, 1560-1831", *Journal of lnterdisciplinary History*, 18: 195-224.

Altman, I., 1992: *Emigrantes y sociedad. Extremadura y América en el siglo XVI,* Madrid.

Álvarez, M., *et al.*, 1978: "La participación de la mujer en la fuerza de trabajo en Cuba, 1899-1970", *Estudios Demográficos* (La Habana), 16.

Álvarez, N., y E. Míguez, 1989: "Patrones de mortalidad en las tierras nuevas de la provincia de Buenos Aires: Tandil (1860-1895)", *Siglo XIX*, 7: 9-69.

Álvarez Amézquita, J., *et al.*, 1960: *Historia de la salubridad y de la asistencia en México,* 4 vols., México.

Álvarez Estévez, R., 1986: *La emigración cubana en Estados Unidos, 1868-1878*, La Habana.

Allison, M.J., *et al.*, 1981: "Tuberculosis in pre-Columbian Andean populations", en J.E. Buikstra, 1981: *Prehistoric tuberculosis in the Americas*, Evanston.

Andrews, G.R. 1980: *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900,* Madison.

Aramburú de Oliveira, C., y P. Remy, 1983: *La población del Cuzco colonial. Siglos XVI-XVIII,* Lima.

Aranovich, C., 1974: "Notas sobre la urbanización en la América portuguesa", *RI*, 33-34: 383-398.

Arcondo, A., 1990: *Ensayos de demografía histórica. Córdoba, siglos XVIII y XIX,* Córdoba.

Archer, C.I., 1973: "The deportation of Barbarian Indians from the Internal Provinces of New Spain, 1789-1810", *The Americas,* 39: 376-385.

Archivo General de Indias, 1940-1980: *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII,* Sevilla, 5 vols. (vol. 1, 1509-1534, vol. 2, 1535-1538, vol. 3, 1539-1559, vol. 4, 1560-1566, vol. 5, 1567-1577).

Arlettaz, G., 1979: *Emigration et colonisation suisses en Amérique latine,* 1815-1918, Berna.

Arretx, C., *et al.*, 1983: *Demografía histórica en América Latina. Fuentes y métodos,* San José (Costa Rica).

Arriaga, E.A., 1967a: “Rural-urban mortality in developing countries: An index for detecting rural under registration”, *Demography*, 4(1): 98-107.

—— 1967b: “The effect of a decline in mortality on the gross reproduction rate”, *MMFQ*, 45 (3): 333-352.

—— 1968a: *New life tables for Latin American populations in the nineteenth and twentieth centuries,* Berkeley.

—— 1968b: “Components of city growth in selected Latin American countries”, *MMFQ*, 46(2): 237-252.

—— 1970a: *Mortality decline and its effects in Latin America,* Berkeley.

—— 1970b: “The nature and effects of Latin America’s non-western trend in fertility”, *Demography*, 7(4): 483-501.

—— 1972: “Impact of population changes on education cost”, *Demography*, 9(2): 275-293.

—— y K. Davis, 1969: “The pattern of mortality change in Latin America”, *Demography*, 6(3): 223-242 (en español, mismo año: *Revista Paraguaya de Sociología,* 15: 93-123).

Arrom, S.M., 1985: *The women of México City, 1790-1857*, Stanford.

Aschmann, H., 1959: *The Central Desert of Baja California: Demography and ecology,* Berkeley.

Ashmore, W. (comp.), 1981: *Lowland Maya settlement patterns,* Albuquerque.

Assadourian, C.S., 1985: “La crisis demográfica del siglo XVI y la transición del Tawantisuyu al sistema mercantil colonial”, Sánchez-Albornoz, 1985a: 69-93.

—— 1989: “La despoblación indígena en el Perú y Nueva España durante el siglo XVI y la formación de la economía colonial”, *HM*, 38: 419-453.

Azevedo, T. de, 1955: *Povoamento da cidade do Salvador* (2a. ed.), São Paulo.

Baily, S.L., 1980: “Marriage patterns and immigrant assimilation in Buenos Aires”, *HAHR*, 60: 32-48.

—— 1982: “Chain migration of Italians to Argentina: Case studies of the Agnonesi and the Sirolesi”, *Studi Emigrazioni,* 19: 73-91.

—— 1983: “The adjustment of Italian immigrants in Buenos Aires and New York, 1870-1914”, *American Historical Review,* 88: 281-305.

—— 1985: “Patrones de residencia de los italianos en Buenos Aires y Nueva York, 1880-1914”, *EML*, 1: 8-47.

——y F. Headlam, 1980: *Intercontinental migration to Latin America. A selected bibliography,* Londres.

Balán, J., 1969: "Migrant-native socioeconomic differences in Latin American cities: A structural analysis", *Latin American Research Review,* 4 (1): 3-51.

——1976: "Migraciones, mano de obra y formación de un proletariado rural en Tucumán, Argentina, 1870-1914", *DyE*, 10: 201-134.

——1981: "Estructuras agrarias y migración interna en una perspectiva histórica: estudios de casos latinoamericanos", *Revista Mexicana de Sociología,* 41: 141-192.

——1988: "International migration in Latin America: Trends and consequences", R.T. Appleyard, *International migration today,* vol. 1: *Trends and prospects,* París: 210-263.

Balhana, A.P., 1978: *Santa Felicidade, uma paroquia vêneta no Brasil,* Curitiba.

——1986: "Le peuplement et la population du Paraná", *Annales de Démographie Historique:* 81-101.

——*et al.*, 1973: "Estudos de demografía histórica no Paraná", *Estudos de Historia Quantitativa,* 2: 5-63.

Barón Castro, R., 1942: *La población de El Salvador. Estudio acerca de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días,* Madrid (reprod., El Salvador, 1978).

——1959: "El desarrollo de la población hispanoamericana (1492-1950)", *Journal of World History,* 5(2): 325-343.

Bataillon, C., 1971: *Villes et campagnes dans la région de México,* París.

——y H. Riviére d'Arc, 1973: *La ciudad de México,* México.

——e Y. Lebot, 1974: "Migration intérieure et emploi agricole au Guatemala", *Cahiers des Amériques latines,* 11: 117-147.

Bean, F.D., *et al.* (comps.), 1989: *Mexican and Central American Population and U.S. Immigration Policy,* Austin.

Beaver, S.E., 1975: *Demographic transition theory reinterpreted. An application to recent trends in Latin America,* Lexington.

Behm Rosas, H., 1962: *Mortalidad infantil y nivel de vida,* Santiago de Chile.

——y H. Gutiérrez, 1967: "Structure and causes of death and level of mortality: An experience in Latin America", ONU, *Proceedings of the World Population Conference,* 1965, 3: 391-394.

——*et al.*, 1972: "Mortalidad infantil en Chile: tendencias recientes", *Conferen-*

cia Regional Latinoamericana de Población [1970], Actas, 2 vols., México, 1972, 1: 169-174.

Beozzo Bassanezi, M.S., 1989: "Camino a la *fazenda*. Estructura de la familia inmigrante y cultivo de café en San Pablo", *Siglo XIX*, 7: 95-126.

Beretta, P.L., 1976: *La colonizzazione italiana nel Rio Grande do Sul* (*Brasile*), Pavia.

Berglund, S., 1985: "...Y los últimos serán los primeros. La inmigración masiva en Venezuela, 1945-1951", Sánchez-Albornoz, 1985a: 313-326.

—— y H. Hernández Carrión, 1985: Los de afuera. *Un estudio analítico del proceso migratorio en Venezuela, 1936-1985,* Caracas.

Berquó, E.S., *et al.*, 1977: *A fecundida em São Paulo. Características demográficas, biológicas e socio-economicas,* São Paulo.

Bertrand, M., 1987: *Terre et société: les communautés Maya-Quiché de la région de Rabinal du XVIe au XIXe siècle,* México.

Besio Moreno, N., 1939: *Buenos Aires. Puerto del Río de la Plata. Capital de la Argentina. Estudio crítico de su población, 1536-1936,* Buenos Aires.

Bestene, J.O., 1988: "La inmigración sirio-libanesa en la Argentina. Una aproximación", *EML*, 9: 339-367.

Bethell, L., 1970: *The abolition of the Brazilian slave trade. Britain, Brazil and the slave trade question, 1808-1869,* Cambridge.

Beyhaut, G., *et al.*, 1961: *Inmigración y desarrollo económico,* Buenos Aires.

Beyer, G.H. (comp.), 1967: *The urban explosion in Latin America. A continent in process of modernization,* Ithaca. (Hay traducción al castellano, Buenos Aires, 1970.)

Bideau, A., y S.O. Nadalin, 1988: "Etude de la fecondité d'une communauté évangélique luthérienne à Curitiba (Brésil) de 1866 á 1939", *Population* 43: 1035-1064.

Bidegain Greising, G., 1984: *Los migrantes del Cono Sur en Venezuela,* Caracas.

—— 1985: *Evolución reciente de la mortalidad en Venezuela,* Caracas.

—— y A. Freitez, 1989: *Los colombianos en Venezuela. Mito y realidad,* Caracas.

Blanton, R.E., 1978: *Monte Albán. Settlement patterns at the Ancient Zapotec capital,* Nueva York.

Borah, W., 1951: *New Spain' century of depression,* Berkeley (traducción al castellano, México, 1975).

—— 1964: "America as model. The demographic impact of European expansion upon the Non-European world", *XXXV Congreso Internacional de*

Americanistas, México, 1962, 3: 379-387. (Hay traducción al castellano en *Cuadernos Americanos,* 21[6], 1962: 176-185.)

—— 1970: "The historical demography of Latin America: Sources, techniques, controversies, yields", en Deprez, 1970: 173-205. (Hay traducción al castellano, Bogotá, 1972.)

—— y S.F. Cook, 1960: *The population of Central México in 1548: A critical analysis of the* Suma de visitas de pueblos, Berkeley.

—— 1962: "La despoblación del México Central en el siglo XVI", *HM*, 12(1): 1-12.

—— 1963: *The aboriginal population of Central México on the eve of the Spanish conquest,* Berkeley.

—— 1966: "Marriage and legitimacy in Mexican culture: México and California", *California Law Review,* 54(2): 946-1008.

Borges, M.J., 1989: "Los portugueses en Buenos Aires a mediados del siglo XIX: una aproximación socio-demográfica", *EML*, 12: 353-381.

Borges Morán, P., 1977: *El envío de misioneros a América durante la época española,* Salamanca.

Bourdé, G., 1972: "Sources et méthodes de l'histoire démographique á Cuba (XVIIIe et XIXe siècles)", *Annales de démographie historique:* 385-424.

—— 1974: *Urbanisation et immigration en Amérique latine: Buenos Aires (XIXe et XXe siècles),* París.

Bowser, F.P. 1974: *The African slave in Colonial Peru,* 1524-1650, Stanford.

Boxer, C.R., 1969: *The golden age of Brazil: 1695-1750. Growing pains of a colonial society,* 3a. ed., Berkeley.

Boyd-Bowman, P., 1964 y 1968: *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI,* 1 (1493-1519), Bogotá, y 2 (1520-1539), México.

—— 1973: *Patterns of Spanish emigration to the New World (1493-1580),* Buffalo.

—— 1974: "La emigración española a América, 1560-1579", *Studia hispanica in honorem R. Lapesa,* 2: 123-147.

—— 1976: "Patterns of Spanish emigration until 1600", *HAHR*, 56: 580-604.

Bowser, F.P., 1974: *The African slave in Colonial Peru, 1524-1650,* Stanford.

Boyer, R.E., y K.A. Davies, 1973: *Urbanization in 19th century Latin America: Statistics and sources,* Los Ángeles.

Brachet, V., 1976: *La población de los estados mexicanos, 1824-1895,* México.

Brading, D.A., 1971: *Miners and Merchants in Bourbon México, 1763-1810,* Cambridge. (Hay traducción al castellano, México, 1975.)

—— 1972: "Grupos étnicos, clases y estructura ocupacional en Guanajuato (1792)", HM, 21: 460-480.

—— y C. Wu, 1973: "Population growth and crisis: León, 1720-1860", *Journal of Latin American Studies,* 5: 1-36.

Bray, D., 1984: "Economic development: The middle class and international migration in the Dominican Republic", IMR, 18(2): 217-236.

Brinckmann S., L., 1989: "Natalidad y mortalidad en Tecali (Puebla), 1701-1801", *Siglo XIX,* 7: 219-269.

Brito V., E.M., 1969: "La fecundidad según status socioeconómico. Análisis comparativo de las ciudades de México y Buenos Aires", DyE, 3(2).

Bromley, J., y J. Barbagelata, 1945: *Evolución urbana de la ciudad de Lima,* Lima.

Bromley, R.D.F., 1974: "Parish registers as a source in Latin American Demographic and Historical Research", *Bulletin of the Society for Latin American Studies,* 19: 14-21.

—— 1979: "Urban-rural demographic contrasts in Highland Ecuador: Town recession in a period of catastrophe 1778-1841", *Journal of Historical Geography,* 5: 281-295.

Bronfman, M., y J. Gómez de León (comps.), 1988: *La mortalidad en México. Niveles, tendencias y determinantes,* México.

Browning, H.L., 1975: "Variación de la primacía en la América Latina durante el siglo XX", *El Trimestre Económico,* 42: 429-456.

—— y W. Feindt, 1969: "Selectivity of migrants to a metropolis in a developing country: A Mexican case study", *Demography,* 6(4): 347-357.

—— 1971: "Patterns of migration to Monterrey, México", IMR, 5(3): 309-324.

Buarque de Hollanda, S. 1966: "Movimentos de população em São Paulo no século XVII", *Revista do Instituto de Estados Brasileiros,* 1: 55-111.

Buarque de Hollanda Filho, S., 1971: *Migration, regional and urban growth and development in Brazil. A selective analysis of the historical record 1872-1970,* São Paulo.

Bueno, C. [1763-1779], 1951: *Geografía del Perú virreinal (siglo XVIII),* Lima.

Cacopardo, M.C., 1969: *Argentina: aspectos demográficos de la población económicamente activa en el periodo 1869-189,* Santiago de Chile.

—— y J.L. Moreno, 1984: "Características regionales, demográficas y ocupacionales de la inmigración italiana a la Argentina (1880-1930), *Studi Emigrazione,* 75: 277-293.

—— 1988: "La migración italiana a Argentina: consideraciones metodológicas acerca de las fuentes estadísticas", *EML*, 10: 523-540.

Calvo, T., 1972: "Démographie historique d'une paroisse méxicaine: Acatzingo (1606-1810)", *Cahiers des Amériques latines,* 6: 7-41.

—— 1973: *Acatzingo. Demografía de una parroquia mexicana,* México.

—— 1983: "Japoneses en Guadalajara: 'blancos de honor' durante el seiscientos mexicano", *RI*, 172: 33-547.

—— 1989: *La Nueva Galicia en los siglos XVI y XVII,* Guadalajara.

—— y G. López (comps.), 1988: *Movimientos de población en el occidente de México,* Zamora.

Camargo, J.F. de, 1960: *Exodo rural no Brasil. Formas, causas e consequências economicas principais,* Río de Janeiro.

— 1968: *A cidade e o campo. O éxodo rural no Brasil,* São Paulo.

Camisa, Z.C., 1968: "Assessment of registration and census data on fertility", *MMFQ*, 46(3), parte 2: 17-37.

Candido, S., 1976: "La emigración política italiana a la América Latina (1820-1870), *JBLA*, 12: 217-238.

Cardona, R. (comp.), 1980: *El éxodo de colombianos,* Bogotá.

—— (comp.), 1987: *América Latina: distribución espacial de la población,* Bogotá.

Cardoso, C.F.S., 1973: "La historia demográfica, su penetración en Latinoamérica y en América Central", *Estudios sociales centroamericanos,* 9: 115-128.

—— y H. Pérez Brignoli, 1977: *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930),* San José.

Cardoso, J.A., y S.O. Nadalin, 1986: "Les mois et les jours de mariage au Paraná (Brésil) aux XVIIIe, XIXe et XXe siècles", *Annales de Démographie Historique:* 11-27.

Cardoso, L.A., 1980: *Mexican emigration to the United States, 1897-1931.* Socioeconomic patterns, Tucson.

Carleton, R.O., 1965: "Fertility trends and differentials in Latin America", *MMFQ*, 43(4), parte 2: 15-31.

—— 1969: *Aspectos demográficos de la infancia y de la juventud en América Latina,* Santiago de Chile.

Carmack, R.M., *et al.* (comps.), 1982: *The historical demography of Highland Guatemala,* Albany.

Carmagnani, M., 1967: "Colonial Latin American demography. Growth of Chilean population, 1700-18 30", *Journal of Social History,* 1(2): 179-191.

—— 1972: “Demografía y sociedad. La estructura social de los centros mineros del norte de México, 1600-1720”, HM, 21: 419-459.

—— y H.S. Klein, 1965: “Demografía histórica: la población del obispado de Santiago, 1777-1778”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* 72: 54-74.

Carvalho, J.A.M., 1974: “Regional trends in fertility and mortality in Brazil, *Population Studies,* 28: 401-421.

Carrasco, P., 1964: “Family structure of sixteenth century Tepoztlan”, en R.A. Manners (comp.), *Process and pattern in culture. Essays in honor of Julian H. Steward,* Chicago.

Carrón, J.M., 1980: “Factores de atracción de la inmigración de origen limítrofe existente en la Argentina”, *Migraciones Internacionales en las Américas,* 1(1): 113-131.

Casas, B. de las [1542], 1992: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* Madrid.

Caséy Gaspar, J., 1979: Limón: 1880-1940. *Un estudio de la industria bananera en Costa Rica,* San José.

Castillo, J. del, 1978: *La inmigración de braceros azucareros en la República Dominicana (1900-1930),* Santo Domingo.

—— y C. Mitchell (comps.), 1987: *La inmigración dominicana en los Estados Unidos,* Santo Domingo.

Caviedes, E., 1983: “Formas de vida y estructuras demográficas de una sociedad colonial: San Felipe en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Cuadernos de Historia,* 3: 79-97.

CDI, 1864-1884: *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas,* 42 vols., Madrid.

Cedeplar, 1973: *Migrações internas e desenvolvimento regional,* 2 vols., Belo Horizonte.

Celade, 1968: “Crecimiento de la población de la región de América Latina, 1920-1980”, *Boletín Demográfico,* 1.

—— 1969: Chile. *Población económicamente activa. Migración. Seguridad social. Fecundidad. Mortalidad. Fuentes de datos demográficos,* Santiago de Chile.

—— 1970: “América Latina: población total por países, año 1970”, *Boletín Demográfico,* 6.

—— 1971: *Boletín Demográfico,* 8.

—— 1972: *Boletín Demográfico,* 10.

—— 1975: *Boletín Demográfico,* 15.

—— 1984: *Boletín Demográfico,* 32.

Centre National de la Recherche Scientifique, 1965: *Problémes des capitales en Amérique latine,* París.

Centro de Estudios Demográficos, 1976: *La población de Cuba,* La Habana.

Centro de Estudios Económicos y Demográficos, 1970: *Dinámica de la población de México,* México.

Centro de Estudios de Población y Desarrollo, 1972: *Informe demográfico del Perú,* Lima.

Centro de Estudios Puertorriqueños, 1982: *Sources for the study of Puerto Rican migration, 1879-1930,* Nueva York.

Centro de Investigación y Acción Social, 1966: *La revolución demográfica. Estudio interdisciplinar del caso colombiano,* Bogotá.

Centro Latino Americano de Pesquisas em Ciências Sociais, 1965: *Situação social de America Latina,* Río de Janeiro.

Chance, J.K, 1978: *Race and classic colonial Oaxaca,* Stanford.

Chandler, D.L., 1981: *Health and slavery in Colonial Colombia,* Nueva York.

Chandler, T., y G. Fox, 1974: *3 000 years of urban growth,* Nueva York.

Chang-Rodríguez, E., 1958: "Chinese labor migration into Latin-America in the nineteenth century", *Revista de Historia de América,* 45-46: 375-397.

Chase-Dunn, C., 1984: "El fenómeno de la primacía de una ciudad en los sistemas urbanos latinoamericanos: su surgimiento", en Walton, 1984: 27-46.

Chaunu, H., y P., 1955-1960: *Séville et l'Atlantique (1504-1650),* 12 vols., París.

Chen, Ch. Y, 1968: *Movimientos migratorios en Venezuela,* Caracas.

—— y M. Picouet, 1980: "Migración internacional en Venezuela: evolución y características socio-demográficas", *Migraciones internacionales en las Américas,* 1(1): 41-62.

Chevalier, F., 1952: *La formation des grands domaines au Méxique. Terre et societé aux XVIe-XVIIe siècles,* París. (Hay traducción al castellano, *Problemas agrícolas e industriales de México,* 8[1], 1962: 1-258.)

Cieza de León, P. [1553], 1984: *La Crónica del Perú,* Madrid.

Cifré de Loubriel, E., 1964: *La inmigración a Puerto Rico durante el siglo XIX,* San Juan.

—— 1975: *La formación del pueblo puertorriqueño. La contribución de los catalanes, baleáricos y valencianos,* San Juan.

Cintra, J.C., 1971: *La migración japonesa en Brasil* (1908-1958), México.

Cisneros Cisneros, C. 1959: "Indian migrations from the Andean zone of Ecuador to the lowlands", *América Indígena,* 19(3): 225-231.

CLACSO-Celade, 1975: *Fuentes para la demografía histórica de América Latina,* México.

Clementi, H., 1991: *Inmigración española en la Argentina,* Buenos Aires.

Cline, H.F., 1949: "Civil congregations of the Indians in New Spain, 1598-1606", *HAHR*, 29(3): 349-369.

Cohén, M.N., y G.J. Armelagos (comps.), 1984: *Paleopathology at the origins of agriculture,* Orlando.

Colee, R.S., 1971: "Rio Abajo population movements: 1670-1750", *Ethnohistory*, 18(4): 353-360.

Coleman, K., 1976: "The decadencia of a Spanish colonial city: Trujillo, Peru, 1600-1784", *Bulletin of the Society for Latin American Studies,* 25: 37-61.

Colin, M., 1966: *Le Cuzco á la fin du XVIIe et au début du XVIIIe siècle,* París.

Colmenares, G., 1969: *Encomienda y población en la provincia de Pamplona (1549-1650),* Bogotá.

—— 1970: *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. Ensayo de historia social (1539-1800),* Bogotá.

—— 1973: *Historia económica y social de Colombia,* 1573-1719, Bogotá.

Collin Delavaud, A., 1973: "Migrations, colonisations et structures agraires sur la côte équatorienne", *Cahiers des Amériques latines,* 7: 65-95.

Collver, O.A., 1965: *Birth rates in Latin America: New estimates of historical trends and fluctuations,* Berkeley.

—— 1968: "Current trends and differentials in fertility as revealed by official data", *MMFQ*, 46(3): 39-48.

Comadrán Ruiz, J., 1969: *Evolución demográfica argentina durante el periodo hispano (1535-1810),* Buenos Aires.

Congresso sobre a Historia de População da América Latina (1989: Ouro Preto, 1990): *História e população: estudos sobre a América Latina,* São Paulo.

Conniff, M., 1977: "Guayaquil through Independence: Urban development in a colonial system", *The Americas,* 33: 385-410.

Consuegra, J., 1969: *El control de la natalidad como arma del imperialismo,* Buenos Aires. (Hay edición colombiana de la misma fecha.)

Contreras, 1971: *La población y la economía de Chile durante la Colonia,* Concepción.

—— *et al.*, 1971: *Fuentes para un estudio de demografía histórica de Chile en el siglo XVIII,* Concepción.

Cook, N.D., 1965: "La población indígena en el Perú colonial", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario), 8.

—— (comp.), 1968: *Padrón de los indios de Lima en 1613,* Lima.

—— 1981: *Demographic collapse. Indian Peru,* 1520-1620, Nueva York.

—— 1982a: "Population data for Indian Peru: Sixteenth and seventeenth centuries", HAHR, 62: 73-120.

—— 1982b: *People of the Coca Valley: A population study,* Boulder.

—— 1989: "Patrones de migración indígena en el virreinato del Perú: mitayos, mingas y forasteros", *Histórica*, 13: 125-152.

—— y W.G. Lovell (comps.), 1991: *The secret judgement of God: Old World disease in Colonial Spanish America,* Norman.

Cook, S.F., 1937: *The extent and significance of disease among the Indians of Baja California, 1697-1773,* Berkeley.

—— 1940: *Population trends among the California Missions Indians,* Berkeley.

—— 1941-1942: "Francisco Xavier Balmis and the introduction of vaccine to Latin America", *Bulletin of the History of Medicine,* 11: 543-557, y 12: 70-89.

—— 1946a: "Human sacrifice and warfare as factors in the demography of Pre-Colonial México", *Human Biology,* 18(2): 81-102.

—— 1946b: "The incidence and significance of disease among the Aztecs and related tribes", HAHR, 26(3): 320-325.

—— 1947: "The interrelation of population, food supply and building in Pre-Conquest Central México", *American Antiquity,* 13(1): 45-52.

—— 1949a: *The historical demography and ecology of Teotlalpan,* Berkeley.

—— 1949b: Soil erosion and population in Central México, Berkeley.

—— 1970: "Las migraciones en la historia de la población mexicana. Datos modelo del occidente del centro de México, 1793-1950", en B. García M. *et al.*, *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda,* México: 355-377.

—— y W. Borah, 1957: "The rate of population change in Central México, 1550-1570", HAHR, 37(4): 463-470.

—— 1960: *The Indian population of Central México, 1531-1610,* Berkeley.

—— 1966: "On the credibility of contemporary testimony on the population of México in the sixteenth century", Summa Anthropologica *en homenaje a Roberto J. Weitlaner,* México, 229-239.

—— 1968: *The population of the Mixteca Alta, 1520-1960,* Berkeley.
—— 1971-1979: *Essays in population history: México and the Caribbean,* 3 vols. [vol. 1, 1971; vol. 2, 1974; vol. 3, 1979], Berkeley. (Hay traducción al español, México, 1977-1980.)
Cooney, J.W., 1983: "Foreigners in the Intendencia of Paraguay", *The Americas,* 39: 333-357.
Cooper, D.B., 1965: *Epidemic disease in México City, 1761-1813. An administrative, social and medical study,* Austin.
—— 1975: "Brazil's long fight against epidemic disease, 1849-1917, with special emphasis on yellow fever". *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, 51: 672-696.
—— 1986: "The new 'Black Death': Cholera in Brazil, 1855-1856", *Social Science History* 10: 467-488.
Corbitt, D.G., 1971: *A study of the Chinese in Cuba, 1847-1947,* Wilmore.
Cordero, R., 1968: "La subestimación de la mortalidad infantil en México", *DyE*, 2(1): 44-62.
Cordero Michel, E. (comp.), 1975: *Seminario sobre problemas de población en la República Dominicana,* Santo Domingo.
Cortés Alonso, V., 1965: "Tunja y sus vecinos", *RI*, 99-100: 155-207.
Cortés Conde, R., 1988: "Migración, cambio agrícola y políticas de protección. El caso argentino", Sánchez-Albornoz, 1988: 235-248.
Cortés y Larraz, P. [1768-1770], 1958: *Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala,* Guatemala.
Corwin, A.F., 1967: *Spain and the abolition of slavery in Cuba, 1817-1886,* Austin.
—— 1972: "Historia de la emigración mexicana, 1900-1970. Literatura e investigación", *HM*, 86: 188-220.
—— (comp.), 1978: *Immigrants and immigrants. Perspectives on Mexican Labor migration to the United States,* Westport.
Corredor, B., 1962: *La familia en América Latina,* Bogotá.
Costa, E.V. da, 1974: "Urbanización en el Brasil en el siglo XIX", *RI*, 131-138: 339-432.
Costa, I. del Ñero da, 1979: *Vila Rica: População, 1790-1826,* São Paulo.
—— 1981: *Populações mineiras. Sobre a estructura populacional de algums núcleos mineiros no alvorecer do século XIX,* São Paulo.
—— 1982: *Minas Gerais: estruturas populacionais típicas,* São Paulo.

—— (comp.), 1986: *Brasil: historia económica e demográfica,* São Paulo.

Cowell, B., 1975: "Cityward migration in the nineteenth century. The case of Recife, Brazil", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* 17: 43-63.

Crosby, A.W., 1967: "Conquistador y pestilencia: The first New World pandemic and the fall of the great Indian empires", *HAHR*, 47(3): 321-337.

—— 1972: *The Columbian exchange: Biological and cultural consequences of 1492,* Wesport.

—— 1976: "Virgin soils epidemics as a factor in the aboriginal depopulation in America", *William and Mary Quarterly,* 33: 289-99.

—— 1986: *Ecological imperialism: The biological expansion of Europe, 900-1900,* Cambridge.

Cross, H.E., y J.A. Sandos, 1981: *Across the border. Rural development in Mexico and recent migration to the United States,* Berkeley.

Cuadernos de la CEPAL, 1978: *25 años en la agricultura de América Latina: rasgos principales, (1950-1975),* Santiago de Chile.

Cuba. Secretaría de Hacienda, 1902-1930: *Inmigración y movimiento de pasajeros,* La Habana.

Cuenya Mateos, M.A., 1987: "Evolución demográfica de una parroquia de la Puebla de los Ángeles, 1660-1800". *HM*, 36: 443-464.

Cueto, M., 1992; "Sanitation from above: Yellow fever and foreign intervention in Peru, 1919-1922", *HAHR*, 72: 1-22.

Culbert, T.P. (comp.), 1973: *The Classic Maya collapse,* Albuquerque.

Cunill Grau, P., 1987: *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX,* 3 vols. Caracas.

Curtin, P., 1968: "Epidemiology and the slave trade", *Political Science Quarterly,* 83(2): 190-216.

—— 1969: *The Atlantic slave trade. A census,* Madison.

Cushner, N.P., 1975: "Slave mortality and reproduction on Jesuit haciendas in Colonial Peru", *HAHR*, 55: 177-199.

—— 1980: *Lords of the land. Sugar, wine and Jesuit estates of Coastal Peru, 1600-1767,* Albany.

Dahl, V.C., 1960: "Alien labor in the Gulf Coast of México, 1880-1900", *The Americas,* 17(1): 21-35.

Daly, H.E., 1969: "El problema de la población en el Noreste de Brasil: sus dimensiones económicas e ideológicas", *DyE*, 3(3): 279-307.

Dávila Padilla, A. [1596], 1955: *Historia de la fundación y discurso de la provincia, de Santiago de México, de la orden de predicadores,* 3a. ed., México.

Davis, K., 1964: "The place of Latin America in world demographic history", MMFQ, 42(2): 19-47.

—— 1969: *World urbanization, 1950-1970.* Vol. 1: *Basic data for cities, countries and regions,* Berkeley.

—— y A. Casis, 1946: "Urbanizations in Latin America", MMFQ, 24(2): 186-207 y (3): 292-314. (Hay traducción al castellano, *El Trimestre Económico,* 14(3), 1947.)

Dean, W., 1985: "Las poblaciones indígenas del litoral brasileño de São Paulo y Río de Janeiro. Comercio, esclavitud, reducción y extinción", Sánchez-Albornoz, 1985a: 25-51.

Debien, G., 1953: "Les colons de Saint-Domingue réfugiés à Cuba (1793-1795)", RI, 54: 559-605.

Deive, C.E., 1989: *Las emigraciones dominicanas a Cuba (1795-1808),* Santo Domingo.

Delgado Ribas, J.M., 1989: "La emigración española durante las décadas del comercio libre (1765-1820). El ejemplo catalán", *Siglo XIX,* 7: 315-339.

Denevan, W.M., 1966: *The aboriginal cultural geography of the Llanos de Mojos of Bolivia,* Berkeley.

—— 1970: "The aboriginal population of Tropical America: Problems and methods of estimation", en Deprez, 1970: 251-269.

—— (comp.), 1976: *The native population of the Americas in 1492,* Madison.

Deprez, P. (comp.), 1970: *Population and economics,* Winnipeg.

Devoto, F., 1988: *L'Italia nella società argentina,* Roma.

—— 1991: *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX,* Nápoles.

—— y G.F. Rosoli (comps.), 1985: *La inmigración italiana en Argentina,* Buenos Aires.

Díaz-Briquets, S., 1981: "Determinants of mortality transition in developing countries before and after World War: Some evidence from Cuba", *Population Studies,* 35: 399-411.

—— 1983: "Demographic and related determinants of recent Cuban emigration", IMR, 17: 95-119.

—— y L. Pérez, 1982: "Fertility decline in Cuba: A socioeconomic interpretation", *Population and Development Review,* 8(3): 513-537.

Díaz de Yraola, G., 1947: “La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna”, *Anuario de Estudios Americanos,* 4: 105-162.

Díaz-Trechuelo, L., 1977: “La despoblación de la ‘Isla de Canaria’ y la emigración ilegal a Indias”, I Coloquio Canario-Americano (1976): 293-314.

—— y A.F. García-Abasolo, 1988: “Córdoba en la emigración andaluza de la primera mitad del siglo XVII”, Actas del Congreso Internacional de Historia de América. Córdoba, 1987, *Córdoba*, 2: 53-74.

Díez-Canedo, J., 1981: *Undocumented migration to the United States: A new perspective,* Albuquerque.

Dipolo, M., y M.M. Suárez, 1974: “History, patterns and migration: A case study in the Venezuelan Andes”, *Human Organization,* 33: 183-195.

Dobyns, H.F, 1963: “An outline of Andean epidemic history to 1720”, *Bulletin of the History of the Medicine,* 37(6): 493-515.

—— 1966: “Estimating aboriginal American population. 1. An appraisal of techniques with new hemispheric estimate”, *Current Anthropology,* 1: 395-416.

—— y M.C. Vásquez (comps.), 1963: *Migración e integración en el Perú,* Lima.

Duke, L., 1977: “The family in eighteenth century plantation society in Mexico”, *Annals of the New York Academy of Sciences:* 226-241.

Durand, F., 1988: “Los primeros industriales y la inmigración extranjera en el Perú”, *EML*, 9: 199-215.

Durand, J.D, 1977: “Historical estimates of World population. An evaluation”, *Population and Development Review,* 3(3): 253-296.

—— y C.A. Peláez, 1965: “Patterns of urbanization in Latin America”, *MMFQ*, 43(4), parte 2: 166-191.

Early, J.D, 1982: *The demographic structure and evolution of a peasant system: The Guatemalan population,* Boca Ratón.

Eblen, J.E, 1975: “On the natural increase of slave populations: The example of the Cuban black population”, en S.L. Engerman y E.D. Genovese (comps.), *Race and slavery in Western hemisphere: Quantitative studies,* Princeton: 211-247.

Eidt, R.C., 1971: *Pioneer settlement in Northeast Argentina,* Madison.

Elizaga, J.C., 1963: *Formas de asentamiento de la población en América Latina,* Santiago de Chile.

—— 1965: “Internal migration in Latin America”, *MMFQ*, 43(4), parte 2: 144-161.

—— 1966: “A study of migration to Greater Santiago (Chile)”, *Demography*, 3(2): 352-377.

—— 1969: *Población y migraciones: América Latina y el Caribe,* Santiago de Chile.
—— 1970: *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina,* Santiago de Chile.
Elkin, J.L., 1980: *Jews of the Latin American republics,* Chapel Hill.
Eltis, D., 1989: "Fluctuations in mortality in the last half century of transatlantic slave trade", *Social Science History,* 13: 315-340.
Espinoza Soriano, W. (comp.), 1964: *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garcí Díez de San Miguel en el año 1567,* Lima.
—— 1981: *La destrucción del imperio de los incas,* Lima.
Esteva Fabregat, C., 1974: "Población y mestizaje en las ciudades de Iberoamérica: siglo XVIII", *RI*, 131-138: 351-604.
Estrada Ycaza, J., 1977: "Migraciones internas en el Ecuador", *Revista del Archivo Histórico del Guayas,* 11: 5-26.
Eugenio Martínez, M.A., 1977: *Tributo y trabajo del indio en Nueva Granada,* Sevilla.
Evans, B.M., 1981: "Census enumeration in late Seventeenth-Century Alto Peru: The numeración general of 1683-1684", en Robinson, 1981: 25-44.
—— 1991: "Death in Aymaya of Upper Peru, 1580-1623", en Cook y Lovell, 1991.
Fajardo, D., 1969: *El régimen de la encomienda en la provincia de Vélez. Población indígena y economía,* Bogotá.
Fals Borda, O., 1957: "Indian congregations in the New Kingdom of Granada: Land tenure aspects, 1595-1850", *The Americas,* 13(4): 331-351.
Farriss, N., 1978: "Nucleation versus dispersal: The dynamics of population movement in Colonial Yucatan", *HAHR*, 58: 187-216.
—— 1992: *La sociedad maya bajo el dominio colonial. La empresa colectiva de la supervivencia*, Madrid.
Feindt, W., y H.L. Browning, 1972: "Return migration: Its significance in an industrial metropolis and an agricultural town in México", *IMR*, 6: 158-165.
Ferris, E.G., 1987: *The Central American refugees,* Nueva York.
Fifer, J.V., 1967: "Bolivia's pioneer fringe", *The Geographical Review,* 57: 1-23.
Figueroa Camps, B. (comp.), 1989: *La fecundidad en México. Cambios y perspectivas,* México.
Figueroa Marroquín, H., 1980: *Enfermedades de los conquistadores,* Guatemala.
Flannery, K.V. (comp.), 1982: *Maya subsistence,* Nueva York.

—— 1985: *Guilá Naquitz. Archaic foraging and early agriculture in Oaxaca,* Nueva York.

Flores Colombino, A., 1967: "Reseña histórica de la migración paraguaya", *Revista Paraguaya de Sociología,* 8-9: 89-107.

Flores Moscoso, A., 1985: "Tripulantes de inferior categoría: llovidos y desvalidos. Siglo XVIII", *Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América,* 1: 251-269.

Florescano, E., 1969: *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810),* México.

—— 1972: "Bibliografía de la historia demográfica de México (época prehispana, 1910), *HM*, 21: 525-537.

—— y E. Malvido (comps.), 1982: *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México,* 2 vols., México.

Folan, W.J., *et al.* (comps.), 1983: *Coba. A classic Maya metropolis,* Nueva York.

Fortuna, J.C., *et al.*, 1988: *Uruguay y la emigración de los 70,* Montevideo.

Fowler Jr., W.R, 1988: "La población nativa de El Salvador al momento de la conquista española", *Mesoamérica*, 15: 79-116.

—— 1989: *The cultural evolution of Ancient Nahua Civilizations. The Pipil-Nicarao of Central America,* Norman.

Fox, J.W, 1980: "Lowland to Highland Mexicanization processes in Southern Mesoamerica", *American Antiquity,* 45: 43-54.

Freundlich de Seefeld, R., 1986: "La integración social de extranjeros en Buenos Aires según sus pautas matrimoniales: ¿pluralismo cultural o crisol de razas? (1860-1923)", *EML*, 2: 203-231.

Friede, J., 1963: *Los Quimbayas bajo la dominación española. Estudio documental (1539-1810),* Bogotá.

—— 1965: "Algunas consideraciones sobre la evolución demográfica de la provincia de Tunja", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* 2(3): 5-19.

—— 1967: "Demographic changes in the mining community of Muzo after the plague of 1629", *HAHR*, 47(3): 338-359.

—— 1968: "Las minas de Muzo y la 'peste' acaecida a principios del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada", *Revista de Historia de América,* 65/66: 90-108.

—— 1969: "De la encomienda indiana a la propiedad territorial, y su influencia sobre el mestizaje", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* 4: 35-62.

Fuente García, A. de la, 1990: "Esclavos africanos en La Habana: zonas de procedencia y denominaciones étnicas, 1570-1699", *Revista Española de Antropología Americana,* 20: 135-160.

Gabaldón, A., 1956: "Problemas de población y la campaña contra la malaria", *Revista Shell,* Caracas, 19: 35-47.

—— 1965: "Leading causes of death in Latin America", MMFQ, 43(4), parte 2: 242-262.

Gade, D.W, 1979: "Inca and colonial settlement, coca cultivation and endemic disease in the tropical forest", *Journal of Historical Geography,* 5: 263-279.

Galeano, L.A., 1978: "Dos alternativas del campesinado paraguayo: migración y colonización (1870-1950)", *Revista Paraguaya de Sociología,* 41: 115-142.

García, G., *et al.*, 1987: *Fuentes estadísticas para la historia económica y social de Cuba (1760-1900). I Población,* La Habana.

García Bernal, M.C., 1979: *Yucatán. Población y encomienda bajo los Austrias,* Sevilla.

García López, Y.R., 1992: *Las remesas de los emigrantes españoles en América. Siglos XIX y XX,* Colombres.

García Martínez, B., 1987: *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700,* México.

García y Griego, M., y M. Verea, 1988: *México y Estados Unidos frente a la migración de indocumentados,* México.

Gardiner, C.H., 1975: *The Japanese and Peru, 1873-1973,* Albuquerque.

Geiger, P.P., 1963: *Evolução da rêde urbana brasileira,* Río de Janeiro.

—— *et al.*, 1974: "Migrações internas e urbanizado na estruturação do espaço nacional", RBE, 35: 411-428.

Gerhard, P., 1968: "Descripciones geográficas (pistas para investigadores)", HM, 17(4): 618-627.

—— 1972: *A guide to the historical geography of New Spain,* Cambridge.

—— 1977: "Congregaciones de indios en la Nueva España de 1570", HM, 103: 347-95.

—— 1979: *The southwestern frontier of New Spain,* Princeton.

—— 1982: *The north frontier of New Spain,* Princeton.

Germani, G., 1970: "Mass immigration and modernization in Argentina", en I.L. Horowitz (comp.), *Masses in Latin America,* Nueva York.

Gibson, Ch., 1964: *The Aztecs under Spanish rule. A history of the Indians of the Valley of México, 1519-1810,* Stanford. (Hay traducción al castellano, México, 1967.)

Gudmunson Kristjanson, L., 1978: *Estratificación socio-racial y economía de Costa Rica, 1700-1850,* San José.

Goldam, N., y A.R. Pebley, 1981: "Legalization of consensual unions in Latin America", *Social Biology,* 28: 49-62.

Goldberg, M.B., 1976: "La población negra y mulata de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico,* 61: 75-99.

Gómez, B.M., 1970: "El rápido descenso de la fecundidad en Costa Rica", *Quinto Seminario Nacional de Demografía, San José, Costa Rica,* San José: 271-308.

Gómez Jiménez, A., y L.M. Díaz Mesa, 1983: *La moderna esclavitud. Los indocumentados en Venezuela,* Bogotá.

—— 1988: "El estado del conocimiento sobre las migraciones laborales de Colombia a Venezuela", *EML*, 10: 397-412.

Gómez Pérez, C., 1980: "Los extranjeros en la América colonial: su expulsión de Cartagena de Indias en 1750", *Anuario de Estudios Americanos,* 24: 41-75.

Góngora, M., 1960: *Origen de los "inquilinos" de Chile central,* Santiago de Chile.

—— 1962: *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisionomía histórico-social de un tipo de conquista*, Santiago de Chile.

Gonzalbo Aizpuru, P. (comp.), 1991: *Familias novohispanas. Siglos XVI al XIX,* México.

González, G.R., 1968: "The migration of Latin American high level manpower", *International Labour Review,* 98(6): 551-569.

González, G., y V. Ramírez, 1979: "Las políticas relativas a la fecundidad", *Cuadernos de Celade,* 1: 91-115.

González Mendoza, J., 1982: "Demografía y sociedad en San Germán: siglo XVIII", *Anales de Investigación Histórica* (Río Piedras), 9(1-2): 1-64.

González Navarro, M., 1960: *La colonización en México, 1877-1910,* México.

—— 1968: "La guerra de castas en Yucatán y la venta de mayas a Cuba", *HM*, 18(1): 11-34.

—— 1970a: "Mestizaje in Mexico during the National Period", en Mörner, 1970: 145-169.

—— 1970b: *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén,* México.

—— 1974: *Población y sociedad en México (1900-1970),* 2 vols., México.

Gootenberg, P., 1989: *Between silver and guano. Commercial policy and the State in postindependence Peru,* Princeton.

Graham, D.H, 1973: "Migração estrangeira e a questo da oferta de mão-de-obra no crescimento económico brasileiro, 1880-1930", *Estudos Económicos,* 3(1): 7-64.

Granda, G., 1984: "Negros emancipados cubanos en Fernando Poo", *RI*, 174: 559-566.

Grebler, L., *et al.*, 1970: *The Mexican-American people, the nation's second largest minority,* Nueva York.

Grieshaber, E.P, 1980: "Survival of Indian communities in nineteenth century Bolivia: A regional comparison", *Journal of Latin American Studies,* 12:223-269.

Gross, S.A, 1975: "Labor in Amazonia in the first half of the eighteenth century", *Las Américas,* 32: 211-221.

Guerra, F., 1985: "La epidemia americana de influenza en 1493", *RI*, 176: 325-347.

—— 1988: "The earliest American epidemic: The influenza of 1493", *Social Science History,* 12: 305-325.

Guerra, R., *Manual de Historia de Cuba*, La Habana.

Gutiérrez, H., 1986: "La mortalité des évêques latino-américains aux XVIe et XVIIIe siècles", *Annales de démographie historique:* 29-39.

Gutiérrez Azopardo, I., 1983: "Los libros de registro de pardos y morenos en los archivos parroquiales de Cartagena de Indias", *Revista Española de Antropología Americana,* 13: 121-141.

Guzmán, J.M, 1988: "Mortalidad infantil y diferenciación sociogeográfica en América Latina, 1960-1980", en Bronfman y Gómez de León, 1988: 25-53.

Hajnal, J., 1965: "European marriage patterns in perspectives", en D.V. Glass y D.E.C. Eversley, 1965: *Population in History,* 101-143.

Halberstein, R.A., 1974: "Mortality patterns in Cuanalan, México, 1866-1970", *Social Biology,* 21: 256-271.

—— *et al.*, 1973: "Historical-demographic analysis of Indian population in Tlaxcala, México", *Social Biology,* 20: 40-50.

Hamerly, M.T., 1973: *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1763-1842,* Guayaquil.

—— 1974: "La demografía histórica del Ecuador, Perú y Bolivia: una bibliografía preliminar", *Revista del Archivo Histórico del Guayas,* 6: 24-63.

—— 1977: "Registros parroquiales e inventarios de iglesias del litoral", *Revista del Archivo Histórico del Guayas,* 12: 25-69.

Hanke, L., 1961: "The Portuguese in Spanish America with special reference to the Villa Imperial de Potosí", *Revista de Historia de América,* 51: 1-48.

Hardoy, J.E., 1967: *Ciudades precolombinas,* Buenos Aires.

——*et al.* (comps.), 1972: "The process of urbanization in America since its origin to its present time", Verhandlungen des XXXVIII Intemationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart y Múnich, 4: 9-318.

——1978: *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina,* Buenos Aires.

——y C. Aranovich, 1969: "Urbanización en América hispánica entre 1580 y 1630", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas,* 11: 9-89.

——1970: "Urban scales and functions in Spanish America toward the year 1600: First conclusions", *Latin American Research Review,* 5(3): 57-110.

——1972: *Las ciudades en América Latina. Seis ensayos sobre la urbanización contemporánea,* Buenos Aires.

——1974: "Escalas y funciones urbanas en América española hacia 1600. Un ensayo metodológico", RI, 33-34: 345-381.

——1984: "Estudio de los distritos centrales de las ciudades de América Latina. Una primera aproximación", en Walton, 1984: 207-234.

——y M.E. Langdon, 1978: "Análisis estadístico preliminar de la urbanización de América Latina entre 1850 y 1930", *Revista Paraguaya de Sociología,* 42-43.

——y R.P. Schaedel (comps.), 1966: *El proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días,* Buenos Aires.

——1977: *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina,* Buenos Aires.

——1978: *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia,* Buenos Aires.

——y C. Tobar (comps.), 1969: *La urbanización en América Latina,* Buenos Aires.

Hassan, F.A., 1978: "Demographic archeology", en Schiffer, 1978: 49-103.

Hastings, D., 1969: "Japanese emigration and assimilation in Brazil", *IMR*, 3(8): 32-53.

Hauser, P., 1962: *L'urbanisation en Amérique latine,* París. (Hay traducción al castellano, Buenos Aires, 1967.)

Haviland, W.A., 1969: "A new population estimate for Tikal, Guatemala", *American Antiquity,* 34: 428-433.

—— 1972: "Family size, prehistoric population estimates and the Ancient Maya", *American Antiquity,* 37: 135-139.

Heer, D.M., y E.S. Turner, 1965: "A real difference in Latin American fertility", *Population Studies,* 18(3): 270-292.

Hemming, J., 1978: *Red Gold. The conquest of the Brazilian Indians,* Cambridge.

Henry, L., "Temas de pesquisa, fontes e métodos da demografía histórica do Brasil", *Revista de História,* 53: 63-79.

—— 1983: *Manual de demografía histórica,* Barcelona.

—— y A.P. Balhana, 1975: "La population du Paraná depuis le XVIIIe siècle", *Population*, núm. especial: 157-186.

Hernández, P.J., 1976: "Los inmigrantes italianos de Puerto Rico durante el siglo XIX", *Anales de Investigaciones Históricas,* 3(2): 1-63.

Hernández Álvarez, J., 1967: *Return migration to Puerto Rico,* Berkeley.

Hernández Castellón, R., *et al.*, 1979: "Dinámica de la población económicamente activa en Cuba, 1899-1970", *Estudios Demográficos* [La Habana], 21.

Herrick, B.H., 1966: *Urban migration and economic development in Chile,* Cambridge.

Herzog, L.A., 1990: *Where North meets South. Cities, space and politics of the U.S.-Mexico border,* Austin.

Hiecks, T.W., 1974: "Economic development and fertility change in México, 1950-1970", *Demography,* 11: 407-421.

Hinshaw, R., *et al.*, 1972: "Environmental effects on child-spacing and population increase in Highland Guatemala", *Current Anthropology,* 13(2): 216-220.

Hoetink, H., 1971: *El pueblo dominicano, 1850-1900. Apuntes para una sociología histórica,* Santiago (R.D).

Hoffman, A., 1974: *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation pressure,* Tucson.

Hogan, D.J., *et al.*, 1989: "Café, ferrocarriles y población. El proceso de urbanización en Río Claro, Brasil", *Siglo XIX,* 1: 7-94.

Hollingsworth, T.H., 1969: *Historical demography,* Ithaca.

Holloway, T.H., 1980: *Immigrants on the land. Coffee and society in São Paulo, 1886-1934,* Chapel Hill.

Houdaille, J., 1973: "Quelques données sur la population de Sainte-Domingue au XVIIIe siècle", *Population,* 28: 859-872.

Humboldt, A. Stet [1811], en Humboldt 1966: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España,* 4 vols., México.

—— [1816-1831], 1941: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente,* Caracas.

IIAS (Instituto Interamericano de Estadística), 1953: *The story of the 1950 Census of the Americas,* Washington, D.C.

IBGE (Istituto Brasileiro de Geografía e Estatística), 1961: *Contribuções para o estudo da demografía do Brasil,* Río de Janeiro.

IEPD-Celade, 1988: *República Dominicana. Población y desarrollo. 1950-1985,* San José (Costa Rica).

INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México), 1986: *Estadísticas históricas de México,* 2 vols., México.

Interamerican Economic and Social Council, 1954: *Causas y efectos del éxodo rural en Venezuela,* Washington, D.C.

International Labour Office, 1959: *International migration 1945-1957*, Ginebra.

IPGH (Instituto Panamericano de Geografía e Historia), 1985: *La inmigración a América Latina. Primeras jornadas internacionales sobre la migración en América,* México.

—— 1987: *Legislación y política inmigratoria en el Cono Sur. Argentina, Brasil, Uruguay,* México.

Jackson, R.H., 1981: "Epidemic disease and population decline in the Baja California Missions, 1697-1834", *Southern California Quarterly,* 63: 308-346.

Jacobs, A.P., 1983: "Pasajeros y polizones. Algunas observaciones sobre la emigración española a las Indias durante el siglo XVI", *RI*, 172: 439-479.

Jaén Suárez, O., 1978: *La población del istmo de Panamá del siglo XVI al XX,* Panamá.

Jaramillo Uribe, J., 1963: "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* 1(1): 3-62.

—— 1964: "La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* 1(2): 239-293.

Jaspers, D., y H. Pérez Brignoli, 1985: "Estimaciones de la mortalidad adulta en seis parroquias del Valle Central de Costa Rica (1888-1910), a partir de información sobre orfandad", *Notas de Población,* 13: 87-106.

Jiménez Castro, W., 1956: *Migraciones internas en Costa Rica,* Washington, D.C.

Jiménez de la Espada, M., 1965: *Relaciones geográficas de Indias,* Perú, 3 volúmenes, Madrid.

Jiménez Jiménez, R., 1970: *Estadísticas demográficas de Costa Rica,* San José.

Johnson, A.H., 1978: "The impact of market agriculture on family structure and household in nineteenth century Chile", *HAHR*, 58: 625-648.

Johnson, L.L., y S.M. Socolow, 1980: "Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII", *Desarrollo Económico,* 79: 329-350.

Jones, R.C. (comp.), 1984: *Patterns of undocumented migration. Mexico and the United States,* Totowa.

Joralemon, D., 1982: "New World population and the cause of disease", *Journal of Anthropological Research,* 38: 408-427.

Kemper, R.V., 1971: "Rural-urban migration in Latin America: A framework for the comparative analysis of geographical and temporal patterns", *IMR*, 5(1): 35-47.

Kenny, M., *et al.*, 1979: *Inmigrantes y refugiados españoles en México (Siglo XX),* México.

Kiple, J.F., 1985: "Cholera and race in the Caribbean", *JLAS*, 17: 157-177.

Klein, H.S., 1969a: "The trade in African slaves to Rio de Janeiro, 1795-1811: Estimates of mortality and patterns of voyages", *Journal of African History,* 10(4): 533-549.

—— 1969b: "The colored freedman in Brazilian slave society", *Journal of Social History,* 3(1): 30-52.

—— 1973: "O tráfico de escravos africanos para o porto do Rio de Janeiro, 1825-1830", *Anais de Historia,* 5: 85-101.

—— 1975: "Hacienda and free community in eighteenth century Alto Peru. A demographic study of the Aymara population of the districts of Chulumani and Pacajes in 1786", *Journal of Latin American Studies,* 7: 193-220 (también *Desarrollo Económico*, 59: 421-444).

—— 1978: *The middle passage. Comparative studies in the Atlantic slave trade,* Princeton.

—— 1981: "La integración de inmigrantes italianos en la Argentina y los Estados Unidos: un análisis comparativo", *Desarrollo Económico,* 81: 3-27.

—— 1986a: *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe,* Madrid.

—— 1986b: "Familia y fertilidad en Amatenango, Chiapas, 1785-1816", *HM*, 36: 273-286.

Klepinger, L., 1979: "Paleodemography of the Valdivia III phase at Real Alto, Ecuador", *American Antiquity,* 44: 305-308.

Knight, F.W., 1970: *Slave society in Cuba during the nineteenth century,* Madison.

Konetzke, R., 1948: "Las fuentes para la historia demográfica de Hispanoamérica durante la época colonial", *Anuario de Estudios Americanos,* 5: 267-323.

—— 1953-1962: *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispano-América, 1493-1810,* 3 vols., Madrid.

—— 1970: "Die 'Geographischen Beschriebungen' als Quellen zur Hispano-amerikanischen Bevölkerungsgeschichte der Kolonialzeit", *JBLA*, 7: 1-15.

Korol, J.C., y H. Sábato, 1979: "*The camps": inmigrantes irlandeses en la Provincia de Buenos Aires, 1870-1890,* Buenos Aires.

—— 1981: *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina,* Buenos Aires.

Kramer, W., *et al.*, 1986: "Las tasaciones de tributos de Francisco Marroquí y Alonso Maldonado, 1536-1541", *Mesoamérica,* 7: 357-394.

Kubler, G., 1952: *The Indian caste of Peru, 1795-1940. A population study based upon tax records and census reports,* Washington, D.C.

Kuznesof, E.A., 1986: *Household economy and urban development. São Paulo, 1765 to 1836,* Boulder.

—— 1988: "Household, family and community studies 1976-1986: A bibliographical essay", *Latin American Population History Newsletter,* 14: 9-23.

Lancaster, H.O., 1990: *Expectations of life. A study in the demography, statistics and history of world mortality,* Nueva York.

Landstreet, B., y A. Mundingo, 1983: "Migraciones internas y cambios en las tendencias de urbanización en Cuba", *DyE*,17: 409-447.

Lange, F., 1971: "Una reevaluación de la población del norte de Yucatán en el tiempo del contacto español: 1528", *América indígena,* 31(1): 117-139.

Lattes, A.E., 1967: *La fecundidad efectiva en la República Argentina,* Santiago de Chile.

—— 1968: *Evaluación y ajuste de algunos resultados de tres primeros censos nacionales de población,* Buenos Aires.

—— 1979: *La dinámica de la población rural en la Argentina entre 1879 y 1970,* Buenos Aires.

—— 1980: *Aspectos demográficos del proceso de redistribución de la población en la Argentina,* Buenos Aires.

—— 1986: *La población de Argentina en la era pre-estadística: desde la Conquista al primer censo nacional (1550-1860),* Buenos Aires.

—— 1990: "Tratando de asir lo inasible: las dimensiones de la inmigración en la Argentina entre 1945 y el presente", EML, 15-16: 295-309.

—— y R. Poczter, *1968: Muestra del censo de población de la ciudad de Buenos Aires de 1855,* Buenos Aires.

—— y E. Oteiza (comps.) 1986: *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): democratización y retorno de expatriados, Ginebra* (reeditado en Buenos Aires).

—— *et al.* (comps.), 1989: *Salud, enfermedad y muerte de los niños en América Latina,* Buenos Aires.

Lavallé, B., 1974: "Les étrangers dans les régions de Tucumán et Potosí (1607-1610)", *Bulletin hispanique,* 76: 125-141.

Lavrín, A. (comp.), 1989: *Sexuality and marriage in Colonial Latin America,* Lincoln.

Leander, B. (comp.), 1989: *Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe,* México.

Leff, H., y H.S. Klein, 1974: "O crescimento da população no européia antes do inicio do desenvolvimento: O Brasil do século XIX", *Anais de Historia,* 6: 51-70.

Leite, V.M., 1982: "Níveis e tendências da mortalidade e da fecundidade no Brasil a partir de 1940", *Anais. Segundo Encontro Nacional. Estudos Populacionais,* São Paulo, vol. 1: 581-609.

Le Roy y Cassá, J.E, 1913. *Estudios sobre la mortalidad de La Habana durante el siglo XIX y los comienzos del actual,* La Habana.

Levy, M.S.F., l974: "O papel da migração internacional na evolução da população brasileira (1872 á 1972)", *Revista de saúde pública,* 8 (suplemento: *A evaluação da população brasileira*): 49-90.

Lida, C.E. (comp.), 1994: *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales en México en los siglos XIX y XX,* Madrid.

Lisanti, L., 1962-1963: "La población de la 'Capitanía de São Paulo' entre la segunda mitad del siglo XVIII y el comienzo del siglo XIX", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* [Rosario], 6: 13-26.

Livi-Bacci, M., 1990: *Historia mínima de la población mundial,* Barcelona.

Lockhart, J., 1968: *Spanish Peru, 1532-1560. A colonial society,* Madison.

Lodolini, E., 1958: "Los libros parroquiales y de estado civil en América Latina", *Archivium,* 8: 95-111.

Lombardi, J.V., 1971: *The decline and abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854,* Westport.

—— 1976: *People and places in colonial Venezuela,* Bloomington.

López de Gomara, F. [1552], 1986: *La conquista de México,* Madrid.

López Sarrelangue, D.E., 1963: "Población indígena de la Nueva España en el siglo XVIII", *HM*, 12(4); 516-530.

López Toro, A., 1968: "Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX", *DyE*, 2(3): 351-403.

López de Velasco, J. [1574], 1971: *Geografía y descripción universal de las Indias,* Madrid.

Love, E.F., 1971: "Marriage patterns of persons of African descent in a colonial México City parish", *HAHR*, 51(1): 79-91.

Lovell, W.G, 1982: "Historia demográfica de la sierra de los Cuchumatanes, Guatemala, 1520-1821", *Mesoamérica,* 4: 291-325.

—— 1985: *Conquest and survival in Colonial Guatemala: A historical geography of the Cuchumatán Highlands, 1500-1821,* Montreal.

—— 1988: "Enfermedades del Viejo Mundo y mortandad amerindia: la viruela y el tabardillo en la sierra de los Cuchumatanes de Guatemala", *Mesoamérica,* 16: 239-85.

—— 1991: "Disease and depopulation in Early Colonial Guatemala", en Cook y Lovell, 1991.

—— *et al.,* 1984: "The Indian population of Southern Guatemala, 1549-1551: An analysis of López de Cerrato's 'Tasaciones de tributos'", *The Americas,* 40: 459-477.

Lundhahl, M., 1982: "A note on Haitian migration to Cuba, 1890-1934", *Cuban Studies:* 23-36.

Luque de Sánchez, M.D., 1987-1988: "Con pasaporte francés en el Puerto Rico del siglo XIX (1778-1850)", *op. cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas,* 3: 95-122.

Lutz, C.H., 1982: *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773,* Guatemala.

Luzón, J.L., 1987: *Economía, población y territorio en Cuba (1899-1983),* Madrid.

Lynch, T.F., 1980: *Guitarrero cave. Early man in the Andes,* Nueva York.

Llano Saavedra, L., 1971-72: "Rasgos de la población boliviana", *Estudios Andinos,* 2(2): 87-112.

Llorens, V., 1976: *El exilio español de 1939,* Madrid.

Macías Domínguez, L., 1985: "La emigración de Málaga y Jaén hacia América y Filipinas en el siglo XVII", *Andalucía y América en el siglo XVII,* Sevilla, 1: 1-27.

Macías Hernández, A.M., 1992: *La migración canaria, 1500-1980,* Colombres.
MacLeod, M.J., 1973: *Spanish Central America. A socioeconomic history, 1520-1720,* Berkeley.
——1985: "Los indígenas de Guatemala en los siglos XVI y XVII: tamaño de la población, recursos y organización de la mano de obra", Sánchez-Albornoz, 1985a: 53-67.
MacNeish, R.S., 1964: *El origen de la civilización mesoamericana visto desde Tehuacán,* México.
——1970: "Social implications of changes in population and settlement pattern of the 12 000 years of prehistory in the Tehuacan Valley of México", Deprez, 1970: 215-250.
——1971: "Early man in the Andes", *Scientific American,* 224(4): 36-46.
Maeder, E.J.A., 1969: *Evolución demográfica argentina desde 1810 a 1869,* Buenos Aires.
——1988: "Las dimensiones demográficas del Gran Chaco a principios del siglo XVII", *Investigaciones y Ensayos,* 37: 291-316.
——1990: "Las Misiones de Guaraníes: historia demográfica y conflictos con la sociedad colonial, 1641-1807", *Congresso sobre a Historia de População da América Latina,* 41-50.
——y A. Bolsi, 1982: "La población guaraní de la Provincia de Misiones en la época post-jesuítica (1768-1809), *Folia Histórica del Nordeste,* 5: 61-106.
Maino Prado, V., y G.J. Oehninger Greenwood, 1987: "La migración italiana en Chile, su distribución geográfica y su preferencia locacional en la ciudad de Santiago", *EML*, 6-7: 199-222.
Málaga Medina, A., 1972: "Toledo y las reducciones de indios en Arequipa. Aspecto demográfico", *Historiografía y Bibliografía Americanista,* 16: 13-400.
Maldonado, C., 1976: *Estadísticas vitales de la ciudad de México (siglo XIX),* México.
Maldonado-Denis, M., 1976: *Puerto Rico y Estados Unidos: emigración y colonialismo. Un análisis sociohistórico de la emigración puertorriqueña,* México.
Maluquer de Motes, J., 1992: *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (siglos XIX y XX),* Colombres.
Malvido, E., 1973: "Factores de despoblación y reposición de la población de Cholula (1641-1810)", *HM*, 89: 52-110.
——1980: "El abandono de los hijos. Una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena. Tula (1683-1730)", *HM*, 116: 521-561.

—— 1982: "Efectos de las epidemias y hambrunas en la población colonial de México (1519-1810), en Florescano y Malvido, 1982, 1: 179-197.

—— 1987: "Los novicios de San Francisco en la ciudad de México. La edad de hierro (1649-1749)", *HM*, 36: 699-738.

Mamalakis, M., 1980: *Historical statistics of Chile,* vol. 2, Westport.

Marazzi, R., 1974: "El impacto de la inmigración a Puerto Rico de 1800 a 1830. Análisis estadístico", *Revista de Ciencias Sociales,* 18: 3-42.

Marcílio, M.L., 1968: *La Ville de São Paulo. Peuplement et population 1750-1850 d'après les registres paroissiaux et les recensements anciens,* Rouen (ed. en portugués; São Paulo, 1973).

—— 1971: "População, sociedade e economía de uma comunidade pré-malthusiana brasileira", *Estudos históricos,* 10: 9-20.

—— 1973a: "Tendances et structures des ménages dans la capitainerie de São Paulo (1765-1868) selon les listes nominatives d'habitants", Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique, *L'histoire quantitative du Brésil de 1900 à 1930,* París: 157-165.

—— 1973b: "Variation des noms et des prénoms au Brésil ancien", *Annales de Démographie historique,* 1972: 345-353.

—— 1974a: *Crescimento demográfico e evolução agrária paulista, 1700-1836,* São Paulo.

—— 1974b: "Evolução da população brasileira através dos censos até 1872", *Anais de Historia,* 6: 115-137.

—— 1977a: "Levantamentos censitários da fase proto-estatística do Brasil", *Anais de Historia* [Assis] 9: 63-75.

—— 1977b: "Croissance de la population pauliste de 1798 à 1828", A*nnales de Démographie Historique* : 249-269.

—— 1979: "Os registros eclesiásticos e a demografía histórica da América Latina", *Memorias da I Semana da História,* Franca.

—— 1980: "A população da América Latina de 1900 a 1975", *Ciencia e cultura,* 32(9): 1155-1176.

—— 1981: "Mariage et remariage dans le Brésil traditionnel: lois, intensité, calendrier", J. Dupâquier *et al.* (comps.), *Marriage and remarriage in populations of the past,* Londres.

Marco, G. de, 1986: "Extranjeros en la Argentina: cuantía y continuidad de los flujos inmigratorios limítrofes, 1970-1985", *EML*, 3: 323-349.

Marchena, J., 1983: *Oficiales y soldados en el ejército de América,* Sevilla.

—— 1985: "Las levas de soldados a Indias en la Baja Andalucía. Siglo XVII", *Actas de las IV Jomadas de Andalucía y América,* 1: 93-117.

Marenales Rossi, M, y G. Bourdé, 1977: "L'immigration française et le peuplement de l'Uruguay (1830-1860)", *Cahiers des Amériques latines,* 16: 7-32.

Marín Lira, M.A., 1981: "Les unions consensuelles en Amérique Latine: l'Amérique Centrale", J. Dupâquier *et al.* (comps.), *Marriage and remarriage in populations of the past,* Londres: 363-372.

Mármora, L., 1980: "Características de la política de migraciones laborales en Colombia", *Migraciones Internacionales en las Américas,* 1(1): 89-111.

Márquez Morfín, L., 1984: *Sociedad colonial y enfermedad,* México.

Marschalk, P., 1976: "Social and economic conditions of European emigration to South America in the 19th and 20th centuries", *JBLA*, 13: 11-19.

Marshall, A., 1988: "Emigration of Argentines to the United States", Pessar, 1988: 129-141.

Marshall, D.I., 1979: *"The Haitian problem". Illegal migration to the Bahamas,* Kingston.

Martine, G., 1972: "Migration, natural increase and city growth. The case of Rio de Janeiro", *IMR*, 6: 200-215.

1990: "As migrações de origen rural no Brasil: uma perspectiva histórica", *Congresso sobre a Historia de População de América Latina.* 16-26.

—— y L. Camargo, 1984: "Crecimento e distribução da população brasileira: tendencias recentes", *Revista Brasileira de Estudos da População,* 1, 1/2: 99-142.

Martínez, H., 1969: *Las migraciones internas en el Perú,* Caracas.

Martínez, J.L, 1983: *Pasajeros de Indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI,* Madrid.

Martínez Manautou, J. (comp.), 1982: *The demographic revolution in México, 1970-1980,* México.

Massey, D.S., y K.M. Schnabel, 1983: "Recent trends in Hispanic migration to the United States", *IMR*, 17: 212-244.

Mata, M. da, *et al.*, 1973: *Migrações internas no Brasil. Aspectos económicos e demográficos,* Río de Janeiro.

Mateo Avilés, E., 1993: *La emigración andaluza a América (1850-1930),* Málaga.

Matos Mar, J., 1968: *Urbanización y barriadas en América del Sur,* Lima.

Mazet, C., 1985: "Mourir à Lima au XVIIIe siècle: les ethnies et la mort", *Ibero-Amerikanisches Archiv,* 11: 127-170.

McCaa, R., 1978: “Chilean social and demographic history: sources, issues, and methods”, *Latin American Research Review,* 13(2): 104-126.

—— 1981: “A new approach for analyzing population data: Log linear models of tables of counts”, *Latin American Population History Newsletter,* 2(4): 39-46.

—— 1983: *Marriage and fertility in Chile. Demographic turning points in the Petorca Valley,* Boulder.

—— 1984: “Calidad, clase, and marriage in Colonial México: The case of Parral, 1788-90”, *HAHR*, 64: 477-501.

—— y S.B. Schwartz, 1983: “Measuring marriage patterns; percentages, Cohen’s kappa, and log-linear models”, *Comparative Studies in Society and History,* 25: 711-720.

McKeown, I., 1976: *The modern rise of population,* Londres.

Meléndez, C., 1978: *Costa Rica: tierra y poblamiento en la colonia,* San José.

Mellafe, R., 1965: “Problemas demográficos e historia colonial hispanoamericana”, *Nova Americana,* 1: 45-55.

—— 1970: “The importance of migration in the Viceroyalty of Peru”, en Deprez, 1970: 303-313.

—— 1973: *Breve historia de la esclavitud en América Latina,* México (1a. edición, Buenos Aires, 1964).

—— 1980: “Tamaño de la familia en la historia de Latinoamérica, 1562-1950”, *Histórica,* 4(1): 349.

—— y R. Salinas Meza, 1988: *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700- 1850*, Santiago.

Memoria de los virreyes…, 1859: ...que han gobernado el Perú durante el tiempo del coloniaje español, 6 vols., Lima.

Merbs, C.F. 1989: “Patterns of health and sickness in the precontact Southwest”, en D.H. Thomas (comp.), *Columbian consequences*. Vol. 1: *Archeological and historical perspectives on the Spanish Borderlands West,* Washington D.C.: 41-55.

Merrick, T.W, 1974: “Interregional differences in fertility in Brazil, 1950-1970”, *Demography,* 11: 423-440,

—— y D.H. Graham, 1979: *Population and economic development in Brazil. 1800 to the present,* Baltimore.

Mier y Terán, M., 1986: “Evolución de la población mexicana, 1895-19/0”, S. Schmidt, *et al., Estudios cuantitativos sobre la historia de México,* México: 93-102.

Míguez, E.T. 1987: "Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la Provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *EML*, 6-7: 337-378.

Millón, R. (comp.), 1973: *Urbanization at Teotihuacan,* Mexico, 2 vols., México.

Mina Valdés, A., 1983: "La integridad del registro de defunciones adultas en México, 1930-1980", *DyE*, 17: 330-366.

Minchom, M., 1983: "The making of a white province: Demographic movement and ethnic transformation in the south of the Audiencia de Quito", *Bulletin de l'Institut d'Etudes Andines,* 13: 23-39.

—— 1986: *"La evolución demográfica del Ecuador en el siglo XVIII", Cultura, Revista del Banco Central del Ecuador,* 8: 459-590.

Miranda, J., 1963: "La población indígena de México en el siglo XVII", *HM*, 12(2): 182-189.

Miró, C.A., 1964: "The population of Latin America", *Demography,* 1(1): 15-41.

—— 1965: *La población de América Latina en el siglo XX,* Santiago de Chile.

—— 1966a: *La población de América Central y Panamá: un ejemplo de multiplicación acelerada,* Santiago de Chile.

—— 1966b: "The World population: Two distinct 'blocs'", *Latin American Research Review,* 1(3): 5-16.

—— 1968: *Aspectos demográficos de América Latina,* Santiago de Chile.

—— y W. Martens, 1968: "Influences affecting fertility in urban and rural Latin America", *MMFQ,* 46(3), parte 2: 89-117.

—— y J.L. Somoza, 1964: *Características demográficas de la América Latina,* Santiago de Chile.

Mon Pinzón, R.A., 1989: "La migración china a Panamá", Leander, 1989: 246-267.

Moncarz, R., 1970: "Effects of professional restriction on Cuban refugees in selected health professions in the United States, 1959-1969", *IMR*, 8 (1/2): 22-30.

Morales Álvarez, J.M., 1980: *Los extranjeros con carta de naturaleza de las Indias durante la segunda mitad del siglo XVIII,* Caracas.

Morales, P., 1982: *Indocumentados mexicanos,* México.

Morelos, J.B., 1973: "Diferencias regionales del crecimiento y la mortalidad en México, 1940-1960", *DyE*, 21: 280-311.

Moreno, J.L., 1965: "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario), 8: 151-170.

Moreno Fraginals, M., 1977: "Quantitative analysis of the African population in the island of Cuba", *Annals of the New York Academy of Sciences:* 187-201.

—— 1989a: "Migraciones chinas a Cuba: 1848-1959", en Leander, 1989: 225-246.

—— 1989b: "Immigració, lleves i guerres colonials. El cas cubà: 1834-1878", *3es Jornades d'Estudis Catalano-Americans,* Barcelona, 23-37.

Moreno Toscano, A., 1972: "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", *HM*, 86: 160-187.

—— y C. Aguirre Anaya, 1975: "Migrations to México City in the nineteenth century. Research approaches", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* 17: 27-42.

Morimoto, A., 1979: *Los inmigrantes japoneses en el Perú,* Lima.

Morin, C., 1972a: "Los libros parroquiales como fuente para la historia demográfica y social novohispana", *HM*, 83: 389-418, 525-537.

—— 1972b: "Population et épidémies dans une paroisse méxicaine: Santa Inés Zacatelco (XVIIIe-XIXe siècles)", *Cahiers des Amériques latines,* 6: 43-73.

—— 1973: *Santa Inés Zacatelco (1646-1812). Contribución a la demografía histórica de México colonial,* México.

—— 1977: "Démographie et différences ethniques en Amérique latine coloniale", *Annales de Démographie Historique:* 301-312.

—— 1979, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial,* México.

Mórner, M., 1967: *Race mixture in the history of Latin America, Boston.* (Hay traducción al castellano, Buenos Aires, 1969.)

—— 1970: *La corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América,* Estocolmo.

—— (comp.), 1970: *Race and class in Latin America,* Nueva York.

—— 1976: "Spanish migration to the New World prior to 1810: A report on the state of the research", en F. Chiapelli, *First images of America. The impact of the New World on the Old,* Berkeley, 2: 737-782.

—— 1985: *Adventurers and proletarians. The story of migrants in Latin America,* Pittsburgh.

Morse, R.M., 1958: *From community to metropolis. A biography of São Paulo, Brazil,* Gainesville.

—— 1969: "Recent research on Latin American urbanization: A selective survey with commentary", *Latin American Research Review,* 1(1): 35-74.

—— 1973: *Las ciudades latinoamericanas,* 2 vols., México.
—— 1974: "Trends and patterns of Latin American urbanization: 1750-1920", *Comparative Studies in Society and History,* 16: 416-447.
—— 1975: "The development of urban systems in the Americas in the nineteenth century", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* 17: 4-26.
Mortara, G., 1942: "Contribução ao studo das influéncias da inmigração sôbre a taxa de natalidade", *Revista Brasileira de Estatística,* 3(12): 575-584.
—— 1943-1944: "Estudios de demografía interamericana", *Estadística,* 1(3): 65-75, (4): 89-95 y 2(5): 72-80.
—— 1947: "Pesquisas sôbre populações americanas", *Estudos Brasileiros de Demografía,* 1(1) (Monografía núm. 3): 1-227.
—— 1954: "The Brazilian birth rate: Its economic and social factors", en F. Lorimer *et al., Culture and human fertility, París.*
—— 1961: *Le unioni coniugali libere nell'America latina,* Roma.
—— 1964: *Characteristics of the demographic structure of the American countries,* Washington, D.C.
—— 1965: *Nuovi dati sulle unioni coniugali libere nell'America latina,* Roma.
—— 1970: "A composição por sexo e idade das populações latino-americanas e suas recentes variações", *Revista Brasileira de Estatística,* 31: 5-12.
Mott, L.R.B., 1974: "Brancos, pardos, pretos e indios em Sergipe: 1825-1830", *Anais de História,* 6: 139-184.
Mourat, O., 1969: "La inmigración y el crecimiento de la población del Uruguay, 1830-1930. Series estadísticas para su estudio", en O. Mourat *et al., Cinco perspectivas históricas del Uruguay moderno,* Montevideo.
Moya Pons, F., 1974: "Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: curvas, tasas y problemas", *Eme Eme. Estudios Dominicanos,* 15: 3-29.
—— 1986a: *El Batey. Estudio socioeconómico de los bateyes del Consejo Estatal del Azúcar,* Santo Domingo.
—— 1986b: *Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro,* Madrid.
Müller, M.S., 1972: "Mortalidad en la ciudad de Buenos Aires desde mediados del siglo XIX", *Conferencia Regional Latinoamericana de Población* (1970), *Actas,* 2 vols., México, 1972, 1: 66-73.
—— 1974: *La mortalidad en Buenos Aires entre 1855 y 1960,* Buenos Aires.

—— 1978: *La mortalidad en la Argentina. Evolución histórica y situación en 1970,* Santiago de Chile.

Mundigo, A.I., 1972: *Elites, economic development and population in Honduras,* Ithaca.

Mundy, C.N., 1985: "La población prehispánica y sus adaptaciones agrícolas en la zona de San Miguel Petapa, Guatemala", *Mesoamérica,* 10: 293-354.

Murray, D.R., 1971: "Statistics of the slave trade to Cuba, 1790-1867", *Journal of Latin American Studies,* 3(2): 131-149.

Navarro Azcue, C., 1989: "La emigración gallega a Cuba y el dictamen de las Cortes de 1855", en *Presencia de España en América: aportación gallega,* La Coruña: 291-297.

Negrón, M.A., 1982: "The origins of contemporary urbanization in Venezuela: Growth without accumulation between 1920 and 1945", *Regional Development Dialogue,* 2(3): 1-28.

Newman, M.T., 1976: "Aboriginal New World epidemiology and medical care, and the impact of Oil World disease imports", A*merican Journal of Physical Anthropology,* 45: 667-672.

Newson, L., 1976: *Aboriginal and Spanish Colonial Trinidad. A study in cultural contact,* Nueva York.

—— 1979: "Inmigrantes extranjeros en la América española: el experimento colonizador de la Isla de Trinidad", *Revista de Historia de América,* 82: 79-103.

—— 1986: *The cost of Conquest: Indian decline in Honduras under Spanish rule,* Boulder.

—— 1987: *lndian survival in Colonial Nicaragua,* Oklahoma.

—— 1991: "Oil World epidemics in Early Colonial Ecuador", en Cook y Lovell, 1991.

Normano, J.F., y A. Gerbi, 1943: *The Japanese in South America. An introductory survey with special reference to Peru,* Nueva York.

Nunn, C., 1979: *Foreign Immigrants in Early Bourbon México, 1700-1760,* Cambridge.

Oddone, J.A., 1966a: *La emigración europea al Rio de la Plata,* Montevideo.

—— 1966b: *La formación del Uruguay moderno (La inmigración y el desarrollo económico-social),* Buenos Aires.

Oechsli, F.W., y D. Kirk, 1975: "Modernization and the demographic transition in Latin America and the Caribbean", *Economic Development and Cultural Change,* 23: 391-419.

Omran, A.R., 1971: "The epidemiologic transition. A theory of the epidemiology of population change", *MMFQ,* 49(4), parte 1: 509-538.

ONU, 1949-1971: *Demographic yearbook,* 22 vols.: 1948-1970, Nueva York.

—— 1953: *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas.* Nueva York.

—— 1958: *Latin American Seminar on population, Rio de Janeiro, 1955,* Nueva York.

—— 1966: *World population prospects as assessed in 1963* (Population studies 41), Nueva York.

—— 1969: *Growth of the World's urban and rural population,* 1920-2000, Nueva York.

—— 1981: *Modalidades del crecimiento de la población urbana y rural,* Nueva York.

—— 1987: *The prospects of world urbanization. Revised as of 1984-85,* Nueva York.

—— 1987: *World population trends and policies. 1987 monitoring report,* Nueva York.

Oppenheimer, R., 1983: "The urbanization process in 19th century Chile: The railroad and rural-urban migration", Hunter, J.M., *et al.* (comps.), *Population growth and urbanization in Latin America. The rural-urban interface,* Cambridge.

Organización de Estados Americanos, 1985: *Las migraciones laborales en América Latina: diagnóstico demográfico,* Washington.

Ortiz de Montellano, B.R., 1990: *Aztec medicine, health and nutrition,* New Brunswick.

Ortiz de la Tabla Ducasse, J., 1980: "La población ecuatoriana en la época colonial: cuestiones y cálculos", *Anuario de Estudios Americanos,* 37: 235-277.

—— 1983: "Extranjeros en la Audiencia de Quito", en F. Solano y F. del Pino, *América y la España del siglo XVI, Madrid,* 2: 93-113.

—— 1985: "Rasgos socioeconómicos de los emigrantes a Indias. Indianos de Guadalcanal: sus actividades en América y sus legados a la metrópoli. Siglo XVII", *Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América,* 1: 29-62.

Ortiz de Zúñiga, I., 1962 y 1967: *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562,* 2 tomos, Huánuco.

Ospital, M.S., 1987: "Aspectos de la oferta de la mano de obra en la campaña bonaerense. Aporte migratorio (1900-1914)", *EML,* 5: 113-124.

Oss, A. van, 1979: "Architectural activity, demography and economic diversification: regional economies of México", *JBLA,* 16: 147-189.

Oteiza, E. 1969: *La emigración de personal altamente calificado de la Argentina. Un caso de "brain drain" latinoamericano,* Buenos Aires.

—— 1971: "Emigración de profesionales técnicos y obreros calificados argentinos a los Estados Unidos. Análisis de las fluctuaciones de la emigración bruta, julio de 1950 a junio de 1970", *Desarrollo Económico* 39/40: 429-454.

Otero, H., 1990: "Una visión crítica de la endogamia: reflexiones a partir de una reconstrucción de familias francesas (Tandil, 1850-1914)", *EML*, 15-16: 343-377.

Otte, E., 1984: "La despoblación de La Española: la crisis de 1528", *Ibero-Amerikanisches Archiv,* 10: 241-265.

Paesa, P., 1971: "Aspectos en la población de las costas patagónicas hacia 1779", *Investigaciones y ensayos* (Buenos Aires), 10: 313-349.

Páez Celis, J., 1974: *Ensayo sobre la demografía económica de Venezuela,* Caracas.

Palacio Preciado, J., 1973: *La trata de negros por Cartagena de Indias,* Tunja.

Palmer, C., 1976: *Slaves of the White God: Blacks in México 1570-1650,* Cambridge.

Palomeque, S., 1989: "Ecuador en el siglo XIX. Movimientos de la población en la región de Cuenca", *Siglo XIX,* 7: 127-175.

Palloni, A., 1981: "Mortality in Latin America emerging patterns", *Population and Development Review,* 7(4): 623-649.

—— y R. Wyrick, 1981: "Mortality decline in Latin America: Changes in the structure of causes of deaths, 1950-1975", *Social Biology,* 28(3-4): 187-216.

Pantélides, E.A., 1979: *Evolución de la fecundidad en Argentina,* Santiago.

—— 1983: "La transición demográfica argentina: un modelo no ortodoxo", *Desarrollo Económico,* 22: 511-534.

—— 1986: "Notas respecto a la posible influencia de la inmigración europea sobre la fecundidad de la Argentina", *EML,* 3: 351-355.

Parsons, J.J., 1968: *Antioqueño colonization in Western Colombia,* Berkeley. (Hay traducción al castellano, Bogotá, 1961.)

1983: "The migration of Canary Islanders to the Americas: An unbroken current since Columbus", *The Americas,* 39: 447-481.

Parsons, J.R., 1968: "Teotihuacan, México, and its impact on regional demography", *Science,* 162(3856): 872-877.

Patarra, N.L., 1987: "Migrações na transição demográfica: o caso de São Paulo, 1900-1980", en Rosoli: 293-306.

Pedraza-Bailey, S., 1985: *Political and economic migrants in America. Cubans and Mexicans,* Austin.

Peek, P., y G. Standing (comps.), 1989: *Políticas de estado y migración. Estudios sobre América Latina y el Caribe,* México.

Perazzo, N., 1973: *La inmigración en Venezuela, 1830-1850,* Caracas.

Pereira, J.J., y R. Trajtenberg, 1966: *Evolución de la población total y activa en el Uruguay, 1908-1957,* Montevideo.

Pérez, L., 1982: "Iron mining and socio-demographic change in Eastern Cuba, 1884-1940", *Journal of Latin American Studies,* 14: 381-405,

Pérez Brignoli, H., 1981: "Deux siècles d'illégitimité au Costa Rica 1770-1974", en J. Dupáquier *et al.* (comps.), *Marriage and remarriage in populations of the past,* Nueva York.

—— 1986a: "Nuevas perspectivas de la demografía histórica en América Latina", *Latin American Population History Newsletter,* 12: 7-14.

—— 1986b: "La fecondité légitime à San Pedro del Mojón. 1871-1936", *Annales de Démographie Historique:* 59-79.

—— 1988: "Reconstrucción de las estadísticas parroquiales de Costa Rica, 1750-1900", *Revista de Historia,* 17: 211-277.

—— 1989: "Costa Rica, 1866-1973: tablas modelo de mortalidad", *Siglo XIX,* 7: 271-314.

Pérez de la Riva, J., 1967: "La population de Cuba et ses problèmes", *Population,* 22(1): 99-110.

—— 1973: "Peuplement et cycles économiques à Cuba (1511-1812)", *Cahiers des Amériques latines,* 8: 1-24.

—— 1975a: *Barracón y otros ensayos,* La Habana.

—— 1975b: "Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad (1899-1906)", *Anuario de Estudios Cubanos,* 1: 11-44.

—— 1976: *Para la historia de las gentes sin historia,* Barcelona.

—— 1979: "Cuba y la migración antillana, 1900-1931", *Anuario de Estudios Cubanos,* 2: 5-75.

Pérez Herrero, P., 1990: "Estructura familiar y evolución económica en México (1700-1850). Antiguas y nuevas hipótesis de investigación", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica,* VIII(2): 67-109.

Peruser, G., 1984: "Haitian emigration in the Early Twentieth Century", *IMR*, 18: 4-18.

Pessar, P.R. (comp.), 1988: *When borders don't divide: Labor migration and refugees movements in the Americas,* Nueva York.

Petruccelli, J.L., y J.C. Fortuna, 1976: *La dinámica migratoria en el Uruguay del último siglo, 1875-1975,* Montevideo.

Picó, F., 1986: *Historia general de Puerto Rico,* Río Piedras.

Piel, J., *et al.*, 1973: *Regiones y ciudades en América Latina,* México.

—— 1980: "Immigration et démarrage de l'agriculture spéculative au Pérou au XIXe siècle", *Les migrations internationales de la fin du XVIII siècle à nos jours,* París.

Pineo, R.F., 1990: "Misery and death in the Pearl of the Pacific: Health care in Guayaquil, Ecuador, 1870-1925", *HAHR,* 70: 609-638.

Pinto Rodríguez, J., 1981: *Dos estudios de la población chilena en el siglo XVIII,* La Serena.

Piñal, J.H. del, y C. de Navas, 1990: *The Hispanic Population of the United States: March 1989,* Washington, D.C.

Poblete Troncoso, M., 1967: *La explosión demográfica en América Latina,* Buenos Aires.

Ponce, F., y E. Quirós Paz-Soldán, 1978: "La información demográfico-histórica de Arequipa, 1549-1820", *Latin American Research Review,* 13: 176-181.

Population Bulletin, 1958: "Latin America. The 'Fountain of Youth' overflows", 14(5): 85-107.

Population Research Center, 1965: *International population census bibliography. Latin America and the Caribbean,* Austin.

Powers, K, 1987: "Migración vertical en la Audiencia de Quito: el caso de los Quijos en el siglo XVI", *Revista Ecuatoriana de Historia Económica,* 2: 104-130.

—— 1991: "Resilient lords and lndian vagabonds: Wealth, migration, and the reproductive transformation of Quito's chiefdom, 1500-1700", *Ethnohistory,* 38: 225-249.

Prem, H., 1991: "Disease outbreaks in Central Mexico during the sixteenth century", Cook y Lovell, 1991.

Pyle, J., 1976: "A reexamination of aboriginal population estimates for Argentina", Denevan, 1976: 181-204.

Rabell, C.A., 1976: "Evaluación del subregistro de defunciones infantiles. Una crítica a los registros parroquiales de San Luis de La Paz, México (1735-1799)", *Revista Mexicana de Sociología,* 38: 171-185.

—— 1990: *La población novohispana a la luz de los registros parroquiales (Avances y perspectivas de investigación),* México.

—— y C.S. Assadourian, 1977: "Self-regulating mechanisms of the population

in a pre-Columbian society: The case of the Inca Empire", *International Population Conference,* México, 7(1): 25-42.

—— y N. Necochea, 1987: "La mortalidad adulta en una parroquia rural novohispana durante el siglo XVIII", *HM*, 36: 405-442.

Rabinovitz, F.F., y F.M. Trueblood, 1971: *Latin American urban research,* 2 vols., Beverly Hills.

Radell, D.R., 1976: "The lndian slave trade and population of Nicaragua during the Sixteenth Century", Denevan, 1976: 67-76.

Ramenofsky, A.F., 1987: *Vectors of death. The Archeology of European contact,* Albuquerque.

Ramírez de Arellano, A.B., y C. Seipp, 1883: *Colonialism, catholicism and contraception: A history of birth control in Puerto Rico,* Chapel Hill.

Ramos, D., 1975: "Marriage and fertility in Colonial Vila Rica", *HAHR,* 55: 200-225.

—— 1978: "City and country: The family in Minas Geraes, 1804-1838", *Journal of Family History,* 3: 361-375.

Rasini, B., 1965: "Estructura demográfica de Jujuy. Siglo XVIII", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* [Rosario], 8: 119-150.

Reber, V.B, 1988: "The demographics of Paraguay: A reinterpretation of the Great War, 1864-1870", *HAHR,* 68: 289-320.

Recchini de Lattes, Z.L, 1967: *República Argentina. Correlación de la serie anual de nacimientos registrados por sexo y jurisdicción, 1911-1947,* Buenos Aires.

—— 1969: *Argentina: la fecundidad en la ciudad de Buenos Aires desde fines del siglo pasado hasta 1936,* Santiago de Chile.

—— 1971: *La población de Buenos Aires. Componentes demográficos del crecimiento entre 1855 y 1960,* Buenos Aires.

—— 1973: *Aspectos demográficos de la urbanización en la Argentina, 1869-1960,* Buenos Aires.

—— (comp.), 1975: *La población de la Argentina,* Buenos Aires.

—— y A.E. Lattes, 1969: *Migraciones en la Argentina. Estudio de las migraciones internas e internacionales basado en datos censales, 1869-1960,* Buenos Aires.

Requena, B.M., 1968: "The problem of induced abortion in Latin America", *Demography,* 5(2): 785-799.

Rial Roade, J., 1980a: *Estadísticas históricas del Uruguay, 1850-1930,* Montevideo.

—— 1980b: "Sources for studies of historical demography in Uruguay (1728-1860)", *Latin American Research Review,* 15(2): 180-200.

—— 1983: *Población y desarrollo de un pequeño país. Uruguay 1850-1930,* Montevideo.
—— y J. Klaczko, 1981: *Uruguay: el país urbano,* Montevideo.
Ribeiro, D., 1971: *Fronteras indígenas de la civilización,* México.
Rick, J.W., 1980: *Prehistoric hunters of the High Andes,* Nueva York.
Rivarola, D., y G. Heisecke (comps.), 1969: *Población, urbanización y recursos humanos en el Paraguay,* Asunción.
—— *et al.*, 1974: *La población del Paraguay,* Asunción.
Robinson, D.J. (comp.), 1979: *Social fabric and spatial structure in Colonial Latin America,* Syracuse.
—— 1980: "Population patterns in a Northern Mexican mining region: Parral in the late eighteenth century", *Geoscience and Man,* 21: 83-96.
—— (comp.), 1981: Studies in Spanish American Population History, Boulder.
—— 1989: "Migration in eighteenth-century México: Case studies from Michoacán", *Journal of Historical Geography,* 15: 55-68.
—— (comp.), 1990: Migration in colonial Spanish America, Cambridge.
—— y T. Thomas, 1974: "New towns in eighteenth century North West Argentina", *Journal of Latin American Studies,* 6: 1-33.
—— y C.G. McGovern, 1980: "La migración regional yucateca en la época colonial. El caso de San Francisco Umán", *HM,* 117: 99-125.
Robinson, W.C., 1963: "Urbanization and fertility: The non-western experience", *MMFQ,* 41(3): 291-308.
Rocha Nogueira, A., 1973: *A immigração japonesa para a lavoura cafeeira paulista (1908-1922),* Río de Janeiro.
Roche, J., 1969: *A colonização alemã no Rio Grande do Sul,* 2 vols., Porto Alegre.
Rodríguez, M.A., y T. Calvo, 1986: "Sobre la práctica del aborto en el Occidente de México: documentos coloniales (siglos XVI-XVII)", *Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre,* 10: 32-38.
Rodríguez Vicente, M.E., 1973: "Notas sobre la emigración española al Perú a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX", *Revista Internacional de Sociología,* 31: 353-358.
Rosenblat, A., 1954: *La población indígena y el mestizaje en América,* tomo 1: *La población indígena, 1492-1950,* y tomo 2: *El mestizaje y las castas coloniales,* Buenos Aires.
—— 1967: *La población de América en 1492,* México.
Rosoli, G.F. (comp.), 1987: *Emigrazioni europee e popolo braziliano,* Roma.

Rothman, A.M., 1967: *La fecundidad de Buenos Aires según algunas características demográficas y socio-económicas,* Buenos Aires.
—— 1971: "Evolution of fertility in Argentina and Uruguay", *International Population Conference,* Londres, 1969, Lieja, 1: 712-732.
Russell-Wood, A.J.R., 1979: "The Black family in the Americas", *JBLA,* 16: 267-310.
Ruiz Rivera, J.B., 1972: *Fuentes para la demografía histórica de Nueva Granada,* Sevilla.
—— 1975: *Encomienda y mita en Nueva Granada en el siglo XVIII,* Sevilla.
Saignes, T., 1984: "Las etnias de Charcas frente al sistema colonial (siglo XVII). Ausentismo y fugas en el debate sobre la mano de obra indígena, 1595-1665", *JBLA,* 21: 27-75.
—— 1985a: *Los Andes orientales: historia de un olvido,* La Paz.
—— 1985b: *Caciques, tribute and migration in the Southern Andes. Indian society and the 17th century Colonial order (Audiencia de Charcas),* Londres.
—— 1987a: "Politiques du recensement dans les Andes coloniales: décroissance tributaire ou mobilité indigène?", *Histoire, Economie, Société,* 4: 436-464.
—— 1987b: "Parcours forains: l'enjeu des migrations internes dans les Andes coloniales", *Cahiers des Amériques latines,* 6: 33-58.
—— 1987c: Nuevas fuentes para la historia demográfica del Sur Andino", *Latin American Population History Newsletter,* 13: 16-21.
Salinas Meza, R., 1970: *La población de Valparaíso en la segunda mitad del siglo XVIII. Estudio preliminar del empadronamiento de 1779,* Valparaíso.
—— 1971: "Caracteres generales de la evolución demográfica de un centro urbano chileno: Valaparaíso, 1685-1830", *Historia,* 10: 177-204.
—— 1978: "Fuentes para el estudio de la demografía histórica en el Norte Chico chileno, 1600-1814", *Latin American Research Review,* 13: 98-103.
—— 1982: "Crecimiento de la población y patrones de fecundidad en Chile colonial. Reconstitución de familias en San Felipe y La Ligua durante los siglos XVIII y XIX", *Cuadernos de Historia,* 2: 63-71.
—— 1983: "Salud, ideología y desarrollo social en Chile, 1830-1950", *Cuadernos de Historia,* 3: 99-126.
Samara, E. de M., 1987: "Estratégias matromoniais no Brasil do século XIX", *Revista Brasileira de Historia,* 8: 91-106.
—— 1989: *As mulheres, o poder e a família: São Paulo, século XIX,* São Paulo.
Samora, J., 1971: *Los mojados. The Wetback story,* Notre-Dame.

Sánchez Alonso, B., 1992: *La inmigración española en Argentina. Siglos* XIX *y* XX, Colombres.

Sánchez-Albornoz, N., 1967: "Les registres paroissiaux en Amérique latine. Quelques considérations sur leur exploitation pour la démographie historique", *Revue suisse d'histoire,* 17(1): 60-71.

—— 1974: "La dénomination des personnes en Amérique latine", en L. Henry (comp.), *Noms et prénoms. Aperçu historique sur la dénomination des personnes en divers pays,* Dolhain: 15-20.

—— 1978: *Indios y tributos en el Alto Perú,* Lima.

—— 1982: "Migración urbana y trabajo. Los indios de Arequipa, 1571-1645", *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero,* México: 259-281.

—— 1983a: "Migración rural en los Andes. Sipesipe (Cochabamba), 1645", *Revista de Historia Económica,* 1(1): 13-36.

—— 1983b: "Mita, migraciones y pueblos. Variaciones en el espacio y en el tiempo. Alto Perú, 1573-1692", *Historia Boliviana,* 3/1: 31-59.

—— (comp.), 1985a: *Población y mano de obra en América Latina,* Madrid.

—— 1985b: "Poblamiento y despoblación rural de la provincia de Buenos Aires, 1869-1960", *Anuario* [Escuela de Historia, Rosario], 11: 251-266.

—— 1986: "La población de las Indias en Las Casas y en la historia", *En el quinto centenario de Bartolomé de Las Casas,* Madrid: 85-92.

—— (comp.), 1988: *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930,* Madrid.

—— 1989: "Territorio y etnia. La comunidad indígena de Santa Cruz de Oruro (Collao) en 1604", *HM,* 39: 167-179.

—— 1990a: "Demographic change in America and Africa induced by the European expansion, 1500-1800", en H. Pohl (comp.), *The European Discovery of the World and its economic effects on pre-industrial society, 1500-1800,* Stuttgart: 190-206.

—— 1990b: "Las etapas de la emigración española a América Latina", *Arbor,* 536-537: 15-24.

—— 1991: "La población de América Latina, 1850-1930", en L. Bethell (comp.), *Historia de América Latina, Barcelona,* 7: 106-132.

—— y S. Torrado, 1965: "Perfil y proyecciones de la demografía histórica en la Argentina", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* [Rosario], 8: 31-56.

Sanders, W.T., 1972: "Population, agricultural history and Societal evolution

in Mesoamerica", en B. Spooner, *Population growth: Anthropological implications,* Cambridge: 101-153.

—— 1976: "The population of the Central Mexican Symbiotic Region, the Basin of Mexico, and the Teotihuacán Valley in the sixteenth century", en Denevan, 1976: 85-150.

—— *et al.,* 1979: *The Basin of Mexico. Ecological processes in the evolution of a civilization,* Nueva York.

—— y C.N. Murdy, 1982: "Cultural evolution and ecological succession in the Valley of Guatemala: 1500 b.c.-a.d. 1524", en K.V. Flannery, 1982: 19-63.

Sandner, G., 1962-1964: *La colonización agrícola de Costa Rica,* 2 vols., San José.

Santley, R.S., y E.K. Rose, 1979: "Diet, nutrition and population dynamics in the Basin of México", *World Archeology,* 11: 185-207.

—— *et al.,* 1986: "On the Maya collapse", *Journal of Anthropological Research,* 42: 123-159.

Sanz Tapia, A., 1987: "Refugiados de la Revolución francesa en Venezuela (1793-1795), RI, 181: 833-867.

Sassen-Koob, S., 1980: "Crecimiento económico e inmigración en Venezuela", *Migraciones internacionales en las Américas,* 1(1): 63-87

Sauer, C.O., 1969: The early Spanish Main, Berkeley. (Hay traducción al castellano, Barcelona.)

Scarano, F. (comp.), 1981: *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX,* San Juan.

Scobie, J.R. 1991: "El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, 1870-1930", en L. Bethell (comp.), *Historia de América,* Barcelona: 202-230.

Schaedel, R.P., 1967: *La demografía y los recursos humanos del sur del Perú,* México.

—— (comp.), 1972: *Urbanización y proceso social en América,* Lima.

—— *et al.* (comps.), 1978: *Urbanization in the Americas from its beginnings to the present,* La Haya.

Schiffer, M.B. (comp.), 1978: *Advances in archeological method and theory,* vol. 1, Nueva York.

Schlicher van Bath, B.H., 1978: "The calculation of the population of New Spain, especially before 1570", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe,* 25: 67-95.

—— 1979: "De historische demografie van Latjins Amerika. Problemen en resultaten van onderzoek", *Tijdschrift voor Geschiedenis,* 92: 527-556.

—— Schwartz, S.B, 1969: “Cities of Empire: Mexico and Bahia in the sixteenth century”, *Journal of Inter-American Studies,* 11(4): 116-637.

—— 1985: *Sugar plantations in the formation of Brazilian society. Bahia, 1550-1835,* Cambridge.

Seed, P., 1985: “The Church and the patriarchal family: Marriage conflicts in Sixteenth and Seventeenth Century México”, *The Journal of Family History,* 10: 284-293.

Segall, M., 1968: “Esclavitud y tráfico de culíes en Chile”, *Journal of Inter American Studies,* 10(1): 117-133.

Senkman, L., 1985: “Política internacional e inmigración europea en la Argentina de post-guerra (1945-1948). El caso de los refugiados”, *EML,* 1: 107-125.

Siegel, B., 1971: “Migration dynamics in the interior of Ceara, Brazil”, *Southwestern Journal of Anthropology,* 27: 234-258.

Silva, J.G., 1976: “A emigração para América nos sáculos 19 e 20 e a historia mundial: Os portugueses e a América”, *JBLA*, 13: 107-131.

Silva, M.B. Nizza da, 1984: *Sistema de casamento no Brasil colonial,* São Paulo.

Simmons, A.B, y G.R. Cardona, 1972: “Rural-urban migration: Who comes, who stays, who returns? The case of Bogotá, Colombia”, *IMR,* 6: 166-181.

Skidmore, T.E., 1974: *Black into white. Race and nationality in Brazilian thought,* Nueva York.

Slenes, R., 1986: “Grandeza ou decadencia? O mercado de escravos e a economía cafeeira da província do Rio de Janeiro, 1850-1888”, en Costa, 1986: 103-155.

Smith, M.M., 1974: “The ‘Real expedición marítima de la vacuna’ in New Spain and Guatemala”, *Transactions of the American Philosophical Society,* 64(1): 1-74.

Smith, R.C., 1955: “Colonial towns of Spanish and Portuguese America”, *Journal of the Society of Architectural Historians,* 14: 3-12.

Socolow, S.M., 1978: *The Merchants of Buenos Aires, 1778-1810. Family and Commerce,* Cambridge.

—— y L.L. Johnson, 1981: “Urbanization in Colonial Latin America”, *Journal of Urban History,* 8: 27-59.

Sofer, E., 1980: *From Pale to Pampa: The Jewish immigrant experience in Buenos Aires,* Nueva York.

Solano, F., 1974: *Los mayas en el siglo XVIII,* Madrid.

—— (comp.) 1975: *Estudios sobre la ciudad iberoamericana,* Madrid.

Solberg, C. 1970: *Immigration and nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914,* Austin.

Somolinos d'Ardois, G., 1982: "Hallazgo del manuscrito sobre el Cocolitzli, original del Dr. Francisco Hernández", en Florescano y Malvido, 1982: 369-379.

Somoza, J.L., 1965: "Trends of mortality and expectation of life in Latin America", MMFQ, 43(4), parte 2: 219-233.

—— 1968: "Fertility and differentials in Argentina in the nineteenth century", MMFQ, 46(3), parte 2: 53-71.

—— 1971a: *La mortalidad en la Argentina entre 1869 y 1960,* Buenos Aires.

—— 1971b: "Mortality in Latin America. Present level and projection", International Population Conference. Londres, *1969,* Lieja, II: 889-899.

—— y A.E. Lattes, *Muestras de los dos primeros censos nacionales de población, 1869 y 1895,* Buenos Aires.

Sonesson, B., 1989: "Els catalans a Puerto Rico de 1840 a 1920: migració i poder", *3es Jornades d'Estudis Catalano-Americans,* Barcelona: 221-233.

Stabili, M.R., 1986: "Las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920", *EML,* 2: 181-202.

Stan, E.J., 1975: "Transportation and urbanization in Caracas, 1891-1936", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs,* 17: 82-100.

Stein, S.J., 1970: *Vassouras. A Brazilian coffee county, 1850-1900,* Nueva York.

Stern, C., 1989: "La industrialización y la migración en México", en P. Peek y G. Standing, 1989.

Stewart, W., 1951: *Chinese bondage in Peru. A history of the Chinese Coolie in Peru, 1849-1874,* Durham.

Stinner, W.F., *et al.* (comps.), 1982: *Return migration and remittances: Developing a Caribbean Perspective,* Washington D.C.

Stolcke, V., 1992: *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial,* Madrid.

Storey, R., 1986: "Perinatal mortality at Pre-Columbian Teotihuacan", *American Journal of Physical Anthropology,* 69: 541-548.

Stycos, J.M., 1968: *Fecundidad en América Latina,* Bogotá.

—— y J. Arias (comps.), 1966: *Population dilemma in Latin America,* Washington D.C.

Suárez, M.M., y R. Torrealba, 1979: "Internal migration in Venezuela", *Urban Anthropology,* 8: 291-311.

Susnik, B., 1965-1971: *El indio colonial del Paraguay,* 3 vols. (1, *El guaraní colonial;* 2, *Los trece pueblos guaraníes de las Misiones [1767-1803];* 3, *El chaqueño: guaycurúes y chanesarawak),* Asunción.

Suzuki, T. (comp.), 1969: *The Japanese immigrant in Brazil,* 2 vols., Tokio.

Swann, M.M., 1980: "The demographic impact of disease and famine in late Colonial Northern México", *Geoscience and Man,* 21: 97-109.

—— 1982: *Tierra adentro. Settlement and society in Colonial Durango,* Boulder.

—— 1989: *Migrants in the Mexican North. Mobility, economy, and society in a Colonial world,* Boulder.

Szuchman, M.D., 1988: *Order, family and community in Buenos Aires, 1810-1860,* Stanford.

Tabah, L., y M.E. Cosío, 1970: "Medición de la migración interna a través de la información censal: el caso de México", *DyE,* 4(1): 43-84.

Tignor, J.L., 1978: "The Ryukyuans in Peru, 1906-1952", *The Americas,* 35: 20-44.

Tjarks, A. [Vidaurreta], 1974a: "Comparative demographic analysis of Texas 1777-1793", *Southwestern Historical Quarterly,* 77: 291-338.

—— 1974b "Evolución urbana de Texas durante el siglo XVIII", *RI*, 131-138: 605-652.

—— 1978: "Demographic, ethnic and occupational structure of New México, 1790", *The Americas,* 35: 45-88.

Tjarks, G.O., *et al,* 1976: "La epidemia de cólera de 1856 en el Valle Central: análisis y consecuencias demográficas", *Revista de Historia,* 3: 81-129.

Tornero, P., 1989: "Comerç colonial y projecció de la població: l'emigració catalana a Cuba a l'época del creixement sucrer (1790-1817)", *3es Jornades d'Estudis Catalano-Americans,* Barcelona: 235-266.

Torrado, S., 1980: "El éxodo intelectual latinoamericano hacia los EE.UU. durante el periodo 1961-1975", *Migraciones internacionales en las Américas,* 1(1): 19-39.

Tovar Pinzón, H., 1970: "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura,* 5: 65-140.

Trento, A., 1989: *Do outro lado do Atlántico. Um século de imigração italiana no Brasil,* São Paulo.

Troconis de Veracochea, E., 1986: *El proceso de la inmigración en Venezuela,* Caracas.

Tyrer, R.B., 1988: *Historia demográfica y económica de la Audiencia de Quito,* Quito.

Ulloa, A. de, 1748: *Relación histórica del viage a la América meridional,* 4 vols., Madrid.

Unikel, L., 1976: *El desarrollo urbano de México: diagnóstico e implicaciones futuras,* México.

Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, 1992: *El poblamiento de las Américas, Actas, Veracruz,* 1992, México.

Universidad Nacional de Venezuela, 1967: *Estudio de Caracas,* Caracas.

Universidad de la Paz, 1987: *Los refugiados centroamericanos,* Heredia (Costa Rica).

Urquidi, V.L., 1969: "La ciudad subdesarrollada", *DyE*, 3(2): 137-155.

Urzúa, R., 1979: *El desarrollo y la población en América Latina,* México.

Vangelista, C., 1975: "Immigrazione, struttura produttivae mercato del lavoro in Argentina e in Brasile (1876-1914)", *Annali della Fondazione Luigi Einaudi,* 100: 197-216.

—— 1982: *La braccia per la fazenda. lmmigrati e "caipiras" nella formazione del mercato del lavoro paulista* (1880-1914), Milán.

Van Roy, R., 1983: "La población clandestina en Venezuela: resultados de la matrícula general de extranjeros", *Migraciones Internacionales en Las Américas,* 2: 47-66.

Vargas-Lobsinger, M., 1986: "El ascenso social y económico de los inmigrantes españoles: el caso de Francisco de Valdivieso (1683-1743)", *HM,* 140: 601-619.

Vázquez Calzada, J.L., 1974: "La dinámica poblacional y el futuro de Puerto Rico", *Revista/Review Interamericana,* 4: 22-27.

—— 1988: *La población de Puerto Rico y su trayectoria histórica,* San Juan.

Vázquez de Espinosa, A. [1628-1629], 1968: *Compendio y descripción de las Indias occidentales,* Madrid.

Veblen, T.T., 1982: "Declinación de la población indígena en Totonicapan, Guatemala", *Mesoamérica,* 3: 26-66.

Velázquez, R.E., 1972: "La población del Paraguay en 1682", *Revista Paraguaya de Sociología,* 24: 128-148.

Vergara y Velasco, F.J., 1891: *Nueva Geografía de Colombia,* Bogotá.

Verger, P., 1968: *Flux et reflux de la traite des nègres entre le golfe de Benin et Bahía de Todos os Santos du 17e et 19e siècle.* La Haya.

Vidal Luna, F., e I.d. N. da Costa, 1982: *Minas colonial: economia e sociedade,* São Paulo.

Vieira, F.L.S., 1973: *O japonês na frente de expansão paulista. O proceso de absorção do japonês em Marilia,* São Paulo.

Vieytez, A., 1969: “La emigración salvadoreña a Honduras”, *Estudios Centroamericanos,* 254-255 (número extraordinario, *El conflicto Honduras-El Salvador*): 399-406.

Viel, B., 1974: “Demographic growth and the quality of life in Latin America”, (*Revista/Review*) *Interamericana,* 4:12-21.

Vila Villar, E., 1977: *Hispanoamérica y el comercio de esclavos,* Sevilla.

—— 1979: “Extranjeros en Cartagena (1593-1630)”, *JBLA,* 16: 147-189.

Villa, M., 1972: “América Latina: algunas consideraçãos demográficas acerca do proceso de metropolização, 1900-1960”, *Revista Brasileña de Estatística,* 33: 439-471.

Villamarín, J., y J. Villamarín, 1979: “Chibcha settlement under Spanish rule, 1537-1810”, en Robinson, 1979: 1-84.

—— 1981: “Colonial censuses and tributary listas on the Sabana de Bogotá Chibcha: Sources and issues”, en Robinson, 1981: 49-52.

—— 1991: “Epidemic disease in the Sabana de Bogotá, 1536-1810”, en Cook y Lovell, 1991.

Villanueva Urteaga, H., 1982: *Cuzco, 1689. Informes de los párrocos al obispo Mollinedo. Economía y sociedad en el sur andino,* Cuzco.

Villaseñor y Sánchez, J.A., 1746-1748: *Theatro mexicano, descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones,* México.

Vives Azancot, P.A., 1982: “Entre el esplendor y la decadencia: la población de Misiones, 1750-1759”, *RI,* 42: 469-543.

Vollmer, G., 1967: *Bevolkerungspolitik und Bevolkerungsstruktur im Vizekönigreich Peru zu Ende der Kolonialzeit 1741-1821,* Bad Homburg vor der Hohe.

—— 1973: “La evolución cuantitativa de la población indígena en la región de Puebla (1570-1810)”, *HM,* 89: 44-51.

Walton, J., *et al.*, 1984: *Ciudades y sistemas urbanos. Economía informal y desorden espacial,* Buenos Aires.

Wasserstrom, R., 1978: “Population growth and economic development in Chiapas, 1529-1975”, *Human Ecology,* 6: 127-144.

Watson, R.C., 1983: “La dinámica espacial de los cambios de población en un pueblo colonial mexicano: Tila, Chiapas, 1595-1794”, *Mesoamérica,* 5: 87-108.

Webster, D., 1988: “Copan as a Classic Maya center”, en E.H. Boone y G.R. Willey (comps.), *The Southeast Maya zone,* Washington D.C.

Wightman, A.M., 1990: *Indigenous migration and social change. The forasteros of Cuzco, 1520-1720,* Durham.

Wilkie, R.W., 1976: "Urban growth and the transformation of the settlement landscape of Mexico, 1910-1970", en J. Wilkie y M. Meyers (comps.), *Contemporary México,* México.

Willcox, W.F., 1929: *International migrations,* Nueva York.

Williams, G., 1976a: "The structure and process of Welsh emigration to Patagonia", *Welsh History Review,* 8: 42-74.

—— 1976b: "La emigración galesa a la Patagonia, 1865-1915", *JBLA,* 13: 239-292.

Williams, J.H., 1976: "Observations on the Paraguayan census of 1876", *HAHR,* 56: 424-437.

Wilson, D.J., 1988: *Prehispanic settlement patterns in the Lower Santa Valley, Peru. A regional perspective on the origins and development of complex North Coast Society,* Washington, D.C.

Wonsewer, I., *et al.,* 1985: *La emigración uruguaya, 1963-1975. Sus condicionantes económicas,* Montevideo.

Woodward, R.L. Jr., 1980: "Crecimiento de la población de Centro América durante la primera mitad del siglo de la independencia nacional: investigación reciente y estimados hasta la fecha", *Mesoamérica,* 1: 219-231.

Yáñez Gallardo, C., 1989a: "Argentina como país de destino. La emigración española entre 1860-1930", *EML,* 13: 467-497.

—— 1989b: "L'emigració catalana a América entre 1830 i 1930", *3es Jornades d'Estudis Catalano-Americans,* Barcelona: 279-302.

Young, C.W., 1949: "Some aspects of Haiti's population and national territory significant in census considerations", *Estadística,* 25: 516-519; 26: 69-86; 27: 204-216, y 28: 388-399.

Young, G.F.W., 1974: *The Germans in Chile. Immigration and colonization, 1849-1914,* Nueva York.

Yunes, J., y V.S.C. Ronchezel, 1974: "Evolução da mortalidade geral, infantil e proporcional no Brasil", *Revista de saúde pública,* 8 (suplemento: *A evolução da população brasileira*): 3-48.

Zambardino, R.A., 1980: "Mexico's population in the Sixteenth Century: Demographic anomaly or mathematical illusions?", *Journal of Interdisciplinary History,* 11: 1-27.

Zamora Acosta, E., 1975: *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI. Tradición y Cambio en Guatemala,* Sevilla.

Zárate, A.O., 1967a: *Principales patrones de migración interna en Guatemala,* Guatemala.

—— 1967b: "Fertility in urban areas of México: Implications for the theory of the demographic transition", *Demography,* 4(1): 363-373.

Zelinsky, W., 1949: "The historical geography of the Negro population of Latin America", *Journal of Negro History,* 34: 153-219.

Zolberg, A., *et al.* (comps.), 1989: *Escape from violence. Conflict and the refugees' crisis in the developing world,* Nueva York.

Zucotti, J.C., 1987: *La emigración argentina contemporánea a partir de 1950,* Buenos Aires.

Zúñiga Herrera, E., 1990: "Fecundidad y anticoncepción en el campo", *Demos,* 3: 6-8.

ÍNDICES DE CUADROS, GRÁFICOS, LÁMINAS Y MAPAS

CUADROS

GRÁFICOS

LÁMINAS

MAPAS

Historia mínima de la población de América Latina,
desde los tiempos precolombinos al año 2025
se terminó de imprimir en marzo de 2014
en los talleres de Offset Rebosán, S.A. de C.V.,
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco, 14370 México, D.F.
Portada de Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Juan Carlos Burgoa, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidaron la edición Gabriela Said y Oswaldo Barrera.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

El libro que el lector tiene en sus manos abarca unos cuatrocientos siglos, desde que los cazadores y recolectores primitivos descubrieron el entonces Nuevo Mundo hasta el futuro inmediato, el no tan lejano año 2025. Su propósito es brindar una visión de conjunto y a la vez apretada de una de las facetas del pasado latinoamericano más apasionante.

Cada etapa de esta historia no es tratada por igual. La obra sobrevuela los años más antiguos y los por venir. Los prehistoriadores han reconstruido las líneas de la evolución más remota merced a una sabia dosis de inspiradas conjeturas y de inferencias estrictas. Divergencias en la interpretación subsisten, sin embargo, y lagunas importantes no han sido colmadas todavía (capítulo 2). En cuanto al futuro, los pronósticos, formulados según proyecciones matemáticas constantemente refinadas, establecen a lo sumo unos bretes entre los cuales es probable que transcurran los acontecimientos. Nada asegura sin embargo que vaya a ser así (capítulo 9). Los juegos de la adivinación prevalecen pues, en buen grado, en cuanto al pasado más remoto y al porvenir. Ni uno ni otro deben tratarse con la misma atención que aquéllos, propiamente históricos, para los que disponemos de datos más abundantes y rigurosos.

De los cinco capítulos que se fundan en fuentes históricas (capítulos 3 a 7), dos están dedicados al largo ciclo colonial y a su prolongación en los primeros años de independencia, uno a la sociedad moderna (de mediados del siglo XIX hasta 1930) y dos al medio siglo que dura la insólita explosión demográfica contemporánea. Cuanto más cercana la época, mejor la información y mayor la significación de los hechos para nuestra existencia. La exposición progresa pues en una suerte de *crescendo*.





